





LA ALEGRIA DE ANDAR

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

EN PRENSA:

TOMO II

EUROPA SE VA...

EDUARDO ZAMACOIS

OBRAS COMPLETAS

I

LA ALEGRIA DE ANDAR

CROQUIS DE UN VIAJE POR TIERRAS DE PUERTO RICO Y CUBA, ESTADOS UNIDOS, CENTRO-AMÉRICA Y AMÉRICA DEL SUR

(1916-1920)



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1920



Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid.

Para las almas inquietas, para las voluntades ávidas de emociones, nada más interesante que una Mujer, un Libro y un Camino.

EL MUNDO ESPERA

El abanico.

¿Un símbolo de la Vida, quieres?...

Es Nuestra Señora la Vida, en sus comienzos, para nosotros, como un maravilloso abanico abierto. Nosotros ocupamos el clavito, hicimos atalaya de él, y desde allí observamos minuciosos las quince o veinte varillas, semejantes a caminos de tentación, extendidas ante esa divina alondra del alma que llaman Curiosidad. Hierve la sangre en el corazón mozo; de risas tenemos llenos los labios y los ojos; es la edad en que, ávidos de vivir, respiramos con la boca abierta. Las varillas, primorosamente labradas, relucen a la luz, y todas conducen a un «país» de ensueño y de belleza superior a cuanto imaginaron los más peregrinos artistas japoneses. ¿Cómo sustraernos a su atracción, si aquel «país» de quimera es el horizonte, todo el horizonte?...

Desde nuestro mirador, conscientes de nuestra libertad, de nuestra agilidad, de nuestra fuerza, y también ambiciosos—más que nada ambiciosos—tú, lector hermano, y yo, influenciados por mil sensaciones y por mil lecturas, nos hemos preguntado:

—¿De tantos rumbos, ¿cuál elegiré?... ¿Seré rey? ¿Seré Papa? ¿Seré millonario, y luego, en un yate

de mi propiedad, iré a descubrir tierras insospechadas aún?...

Y, en otro orden de emociones:

—¿A qué mujer o a cuántas mujeres daré mi corazón?...

¡Oh, el excelso, el supremo, el deleite Unico, de poder elegir!...

Nuestra alegría de entonces era la del pájaro que canta, en el extremo de una rama, bajo el sol de abril. Y mientras vacilábamos, el abanico, lentamente, sin trepidaciones, sin ruido, iba cerrándose. Era el Tiempo, eran las Horas, con sus dedos sigilosos—sus dedos de enguate—los que lo cerraban. El varillaje se superponía; como los años, las varillas simbólicas caían unas sobre otras: ya no quedaban libres más de diez; luego nueve; después ocho... siete... ¡y por momentos el horizonte era más pequeño, y nosotros—¡torpes!—no lo veíamos!

De pronto echamos a andar, pero sin saber fijamente adónde; porque nuestra decisión más tuvo de instintiva que de razonada. Pronto reconocimos que nuestro camino no era aquel, y retrocedimos para buscar otro... ¡que tampoco era el nuestro!...

Y el abanico fatal, entretanto, continuaba cerrándose; hasta que se cerró del todo, y sólo hubo ante nosotros un camino recto, absolutamente recto, inexorable, sin sorpresas ni horizonte. El horizonte se había convertido en una cruz. Entonces comprendimos...

¡Ah!... ¡Qué dolor, qué tremendo dolor este de marcharnos del mundo sin haber escrito la página, precisamente, que hubiésemos querido escribir; sin darle a nuestro espíritu su verdadero pan, ni a nuestro corazón su alegría legítima, ni a nuestra cara su expresión cierta!... ¡Oh!... ¡Qué indescriptible tortura ésta de morir sin haber hallado la ocasión ni los medios de «darnos a conocer», ni de ser leales ni aun con nosotros mismos!...

Porque hay en nosotros dos vidas, tal que dos surcos paralelos: la grotesca que vivimos, y aquella

otra altísima, sagrada, que hubiésemos querido vivir.

La invencible inquietud.

"Lohengrín" dice:

"Si quieres que te ame, Elsa, si quieres que proteja tus Estados, y que tu suerte sea siempre igual, no intentarás saber cuál es mi patria, mi raza ni mi ley."

Elsa acepta esta condición, hasta que, al fin, su curiosidad se impone a su juramento.

"Un deseo ardiente—le grita Elsa a su esposo—combate mi corazón. Aunque me costase la vida, habla: ¿quién eres?..."

El héroe, tristemente, descubre su misterio y vuelve la espalda; se va, y nada ni nadie podrá detenerle; el Cisne—la Ilusión—que le trajo, se lo lleva. Por saber quién es Lohengrín, Elsa pierde a Lohengrín.

Para los inquietos, el Horizonte es nuestro Lohengrín. Como el semidiós wagneriano, aquél nos advirtió:

—Si deseas la dicha, si quieres eternizar la lozanía de las rosas que hoy aroman el jardín de tu corazón, cierra los párpados; no intentes acercarte a mí.

Pero nuestra alma es la pobre alma mariposeadora de Elsa, y un día se nos escapó la pregunta aciaga:

—Aunque me costase la vida, habla, Horizonte: ¿quién eres, qué sortilegio divino se disimula en ti?...

Y embarcados en el cisne blanco de nuestra ilusión bogamos hacia El; y cuando supimos que su enigma no escondía nada, experimentamos un desencanto infinito, y las encendidas rosas de nuestro corazón se volvieron negras.

Ahora que estamos ciertos de que Lohengrin no

volverá nunca, ¿qué será de nosotros?. . Todo viaje implica una rebeldía, un malestar, una protesta tácita contra el sitio de donde nos vamos, pues es indudable que nos vamos "por algo"...; acaso, sencillamente, porque lo Pasado siempre es bello, porque todas las cosas idas lo son... Pero entonces, ¿por qué apenas nos vamos sufrimos la melancolía de irnos?... ¿Cómo el júbilo de las manos que nos acogen, en un puerto, no basta a consolarnos completamente del dolor que movía aquellas otras que nos despidieron en el puerto anterior?...

En los viajes largos por mar siempre guardamos un poco de ropa sucia en nuestro baúl, y así en el larguísimo viaje de la vida, donde es casi imposible que nadie, ni aun los más limpios, dejen de llevar una o varias páginas sucias en la conciencia. ¿Será una ansia de mejoramiento, de purificación, lo que nos hace andar?...

Para salvarse en un naufragio basta un leño; para salvarse del gran naufragio de la Vida basta un Ideal, porque los ideales son las boyas del océano del vivir. Pero ¿dónde hallar ese Ideal? ¿Qué absurda sed de ubicuidad nos mueve? ¿De qué nace esta ansia torturadora y selecta de amarlo todo y a todos, y de no querer, sin embargo, envejecer al lado de nadie?

Habla Tagore.

Reconozco, aunque un poco tarde, que no debo buscar ni pedirle al mundo una alegría que no hallaré jamás porque no está en mí, y el secreto único de la felicidad es que todo esté en nosotros. El espíritu es múltiple y sabe desdoblarse a cada momento, y transmutarse en "objeto" o término del propio conocer. Podemos hablar con nosotros mismos. Cada hombre lleva, dentro de sí, un crítico, un público, un teatro completo, y, de consiguiente, nada necesita; nuestro naufragio o nuestra salvación caminan con nosotros.

"¡Hijo mío—le dice Rubindranath Tagore a un peregrino—, en el mundo no hay más posada que la que cada uno lleva dentro. ¡Y si quieres salvarte, éntrate en ella, agárrate bien a tí!..."

¡Oh, excelso poeta indostánico, de barbas y ojos nazarenos, bañados en reposo!... ¿Cómo convencerte a tí, tan recogido, de que no hay solitarios más grandes que los vagabundos?... A los que me odian, a los que me desdeñan, a los pequeños envidiosos que sembraron mis caminos de cortantes cristales, yo les respondo con palabras tuyas:

"Nada puede tocarme, porque yo siempre estoy lejos de todo, en lo infinito."

Y a la mujer vulgar, a la que parece acompañarme y no es mi compañera, la siento sobre mis rodillas, y mientras acaricio sus cabellos, repito aquellas otras divinas palabras que el "Sanyasi" de tu poema dice a la hija del Raghu:

"Puedes quedarte conmigo, pero no estarás nunca conmigo."

Maestro Tagore: tu filosofía, ungida de silencio, no se opone a lo que Wagner enseñara. El secreto de la felicidad consiste en cerrar las puertas de nuestro corazón después que el cisne haya entrado en él.

El dolor de volver.

Tras un prolongadísimo éxodo el viajero regresa a "su ciudad"; a la ciudad que él, a solas, cuando dialoga con sus recuerdos, suele llamar enternecido "mi Madrid..." "mi París..." o "mi Buenos Aires..." Al salir de la estación del ferrocarril subió a un coche después de indicarle al cochero unas señas; y ahora va emocionado, en los labios una sonrisa, avizorándolo todo, relucientes los ojos, la nariz aplastada contra los cristales del vehículo. Tropeles de diminutas y empolvadas sensaciones le salen al encuentro. Nada ha cambiado: ni los frontis

de las viviendas, ni el aspecto de los transeuntes, ni la cadencia—rica en evocaciones—de los pregones callejeros; ¡ni siquiera las ropas tendidas a secar en los balcones pobres, y que si no las mismas, hermanas son, al menos, de aquellas otras que años antes, abanicadas por el viento, parecían despedirle cuando él se marchaba!... Y esto le apena un poco: ¿por qué el mundo objetivo no se renovará como se renueva nuestro corazón?

Al llegar a su casa el viajero es acogido en el zaguán por una portera a quien no conoce, pero que es exactamente igual a "la otra", a la que él dejó allí, y, por lo visto, o se murió o se fué.

—Buenos días, don Fulano; ¡ya sabíamos que vendría usted hoy!

"Ya sabían que llegaba hoy..."—piensa don Fulano; y, sin advertirlo, sufre una leve decepción. Su regreso carecerá de teatralidad. En las novelas y en los dramas existe "la sorpresa", por eso son bellos; pero de nuestro vivir vulgar el divino Imprevisto desapareció: lo mataron el teléfono y el cable, que suelen contar lo que hicimos... y lo que no hicimos; lo que dijimos que pensábamos hacer... y también lo que nunca pensamos hacer...

—¿Y qué tal por aquí?—pregunta el viajero obediente a esa falsa cortesía que consiste en "decir algo", sea preciso o no.

—Por aquí, como siempre—responde la portera.

"¡Como siempre!..."—repite el viajero para su corazón, y se queda triste. "¡Como siempre!" ¿No evocan estas dos palabras la pesadez, la frialdad, la expresión inmóvil de las piedras tumbales?

Aquella tarde el viajero va a la peluquería, a "su peluquería", y piensa complacido en la emoción amistosa que producirá su aparición. Llega. La mayoría de los oficiales que él dejó, y de cuyos rostros—en virtud de una sutil asociación de imágenes—ahora recuerda, siguen allí. Uno de ellos mira al recién llegado, le remira atentamente, vacila... pero al reconocerle sonríe y exclama:

—¡Hola, don Fulano!... ¿Ya estamos de vuelta?

Don Fulano ocupa un sillón.

El peluquero.—"¿Qué va a ser?"

Don Fulano.—Afeitar.

El peluquero *(mientras cubre la cara de su cliente de jabón)*.—Pues... ¡ya lo ve usted!... Nosotros aquí, como siempre.

Y ya no hablan más: o acaso hablarán de si hace frío, o de si hace calor... ¡como siempre!

Camino de su casa don Fulano tropieza con Pérez, el eterno cesante. El viajero le abraza, casi con alegría, aunque seguro de que el encuentro va a costarle dinero.

Don Fulano.—¿Qué hace usted ahora?

Pérez *(que convirtió en profesión el no hacer nada)*. ¿Yo?... Esperar... esperar a que "esto" cambie. *(Alude a la situación política.)* Creo que, al fin, conseguiré "meter la cabeza" en Hacienda.

Pérez acaba pidiéndole a don Fulano dos duros, y don Fulano se los da... ¡como siempre!

Al siguiente día el viajero se dirige a la oficina donde, desde hace veinte años, trabaja su amigo, su gran amigo fraternal, Pepe. Una de las mil minúsculas razones que movieron a don Fulano a emprender su viaje de regreso era esa alegría, la alegría de volver a abrazar a Pepe.

Don Fulano.—¿Está don José?

Un portero *(con cara de aburrido)*.—Sí, señor; ahí en su despacho. ¿Sabe usted el camino?

Don Fulano *(desapareciendo por un corredor)*.—Perfectamente.

Son las cinco de la tarde y el viajero recuerda que a esa hora—precisamente a esa hora exacta—su amigo acostumbra a tomar un vaso de leche. Don Fulano empuja, con mano trémula, una mampara, y sus ojos ven lo que segundos antes viera con los ojos de su espíritu: ve a Pepe sentado a una mesa delante de un gran vaso de leche. ¡Como siempre!

Don Fulano *(emocionadísimo y radiante)*.—¡Pepe!

Don José *(volviendo la cara)*.—¡Hola!... ¿de dónde vienes?

Se levanta y le abraza con alegría, pero sin pasión, sin fe, porque la rutina de su liso vivir le ha anquilosado los nervios, le ha enmohecido los nervios. Don José repite su pregunta: "¿De dónde vienes?..." Como si se hubiesen visto la víspera, en algún café; y el visitante no sabe qué contestarle, porque acaba de sentir que aquel camarada, aquel hermano que tiene entre sus brazos, está infinitamente lejos de él.

Otro día don Fulano va a Correos a recoger su correspondencia y los empleados, acostumbrados a ver irse y a ver llegar tantas cartas, le acogen impasibles. Uno de ellos le ha dicho:

—¿Ya está usted aquí otra vez?...

Don Fulano observa a su interlocutor y cree producirle la impresión de "un certificado devuelto".

—¿Seré yo, efectivamente—piensa—un "certificado" que devuelven de todas partes?... ¿Y por qué?... ¿Iré mal dirigido?...

....

Cerca de cuatro años ha durado mi segundo viaje a América. El maravilloso continente lleno de sorpresas, lleno de aventuras, que primero tenía delante y era para mí una interrogación, ahora queda a mi espalda... ¡y es una respuesta! Se agotaron los caminos; "el abanico" se ha cerrado.

¡Ah, pero mientras la Vida dure hay que pelearla! Corazón mío, todavía sediento: yo sabré abrir de nuevo el abanico, aunque para abrirlo necesite romperme las manos...

EL PORTERO DE «LA TRASATLÁNTICA»

Evidentemente los cronistas constituyen una fuente de investigación y conocimiento muy superior a la de las agencias telegráficas. Los recursos de que éstas disponen son, claro es, infinitamente más rápidos; pero también sus noticias adolecen de fragmentarias, de obscuras y hasta de contradictorias: frecuentemente las agencias disimulan lo sucedido; otras se equivocan, y el hecho de no ir las informaciones firmadas deja a sus autores en las cómodas penumbras de una relativa irresponsabilidad. El cronista no puede proceder así; su labor es personalísima; lo que nos cuenta lo ha oído o ha pasado ante sus ojos, y el honor de su nombre le obliga en todos los momentos a ser sincero. Las cuartillas corren menos que el telégrafo y el teléfono, pero son más concienzudas, más leales y se ahincan más hondo en la verdad.

Ahora bien: el director de un periódico debe tener muy en cuenta, no solamente la amplitud mental, sino también la sensibilidad, la emotividad, el carácter y temperamento de la persona encargada de escribir las cuartillas. Pero aquí surge un problema:

¿Quién será capaz de realizar mejor una información gráfica? ¿Un buen fotógrafo o un gran pintor?... Indudablemente el primero, porque su espíritu es más vulgar, y nada tan vulgar ni cosido a la tierra como la realidad; un fotógrafo hábil fijará

siempre en sus placas "lo que es" y "como es", sin añadir, ni quitar, ni modificar... fiel a esa exactitud inexorable de las cosas mecánicas. De un paisaje, cuarenta fotógrafos, operando desde el mismo sitio, obtendrán cuarenta "clichés" exactamente iguales o casi iguales...

En cambio, cuarenta pintores sacarán de un paisaje único cuarenta paisajes distintos. Zuloaga, por ejemplo, dará preferencia a los tonos negros, a las tintas clásicas y trágicas, allí precisamente donde Sorolla sólo verá las energías luminosas del ocre y del verde; lo que en aquél sonará a elegía, en los nervios del colorista levantino será madrigal. Y esto obedece a que los artistas fuertes, lejos de doblegarse a los imperativos del mundo exterior, le imponen su personalidad, y sin advertirlo lo descoyuntan un poco, lo mudan, lo obligan, lo avasallan. El verdadero genio crea generalmente dentro de un miraje feliz, pero falso, de la realidad. Un genio como Miguel Angel, es a la vez sujeto y objeto: quiero decir que ve únicamente lo que su extraordinario poder imaginativo le permite ver; o lo que es igual: que no mira con los ojos, sino con el alma.

A los escritores les sucede lo propio, y así no estamos ciertos de si las cuartillas de un novelista, de un dramaturgo o de un ilustre profesional de la crónica, nos informarán mejor de un hecho y serán más acreedoras a nuestra confianza que las escritas por un humilde *reporter;* porque éste, como el objetivo de una máquina fotográfica, reproducirá llanamente "lo que es", sin cuidarse de exornar con arrequives retóricos su narración; mientras aquéllos, fieles a su connatural costumbre de aderezar la realidad y aun de torcerla un poquitín con tal de decir "una frase" o de sacar adelante la armonía de un párrafo, suelen preocuparse más de lo bonito que de lo cierto, y mejor prefieren ver las cosas según desean que fuesen, que como son. A su juicio, una verdad fea no merece nada, mientras una

ficción bella, armoniosa o heroica, lo vale todo. Los maestros—y aun los aprendices—del teatro y de la novela se parecen a Don Quijote—genio también de primera clase—, para quien eran de Holanda finísima las camisas de arpillera de Maritornes.

En vísperas de emprender un largo viaje por tierras de América y ya dispuesto a ir fijando en crónicas las emociones de mi peregrinación, la Conciencia pregunta severa a la Fantasía:

"¿Sabrás ver lo que efectivamente vaya desfilando ante ti, o lo alborotarás y desfigurarás todo, conforme a tu gusto y capricho?..."

La Fantasía, la encantadora "señorita Locura", ha prometido callar y enmendarse, y esconder sus trajes de cascabeles en lo más arcano del alma.

Yo, sin embargo, desconfío, y creo hacer bien: como la conozco...

Durante varios días he necesitado ir a las oficinas que tiene establecidas en Madrid la Compañía Trasatlántica, y se hallan en un espléndido inmueble de la calle de Alcalá, esquina a la flamante Gran Vía. Al penetrar en el zaguán, amplio, suntuoso y revestido de mármoles, me sale al encuentro el portero. El portero de la Compañía Trasatlántica es un individuo alto, recio, sobrio de ademanes, tranquilo de rostro y metido entre un sombrero de copa y un levitón con grandes botones de plata, que le llega a los pies. Representa cuarenta y siete años, cuarenta y ocho... Tiene unos ojos grandes y serenos, medio verdes, medio azules, y una barba bronca, autoritaria y decorativa, que fué negra y ahora es casi blanca...

—¿El señor Alcón?—preguntó.

—En el piso principal—responde el portero.

Subo una escalera ricamente alfombrada y dispuesta en suave espiral. Varios vitrajes de colores diluyen en el ambiente una luz blanda, melancólica, recogida. Aquella claridad dulce, aquella alfombra densa, aquella escalera en espiral, aquel pasamanos dorado, curvo, semejante a una rúbrica de bronce

hecha en la pared, me recuerdan el aspecto de las cámaras de los grandes vapores trasoceánicos. A esta evocación ayuda la idea de mi próximo viaje, las emociones, todas de destierro y despedida, que me cercan, e inmediatamente pienso:

"Ese portero con quien acabas de hablar debe de haber sido marino. Cansado de navegar, el pobre hombre buscaría un oficio más tranquilo, y la Compañía, para corresponder a su honradez y buenos servicios, le colocaría aquí..."

Mientras esperaba en un saloncito del piso principal la llegada del señor Alcón, mi fantasía resucitaba la figura del portero: alto, ancho, con sus pupilas enverdecidas por el reflejo de las olas y su áspera barba de contramaestre...

Mi descubrimiento me había llenado de candorosa vanidad; estaba satisfecho de mi perspicacia. "Solamente —discurría yo— un novelista, un cronista, un temperamento acostumbrado a viajar y a observar, sería capaz de deducir, como yo acabo de hacerlo, del aspecto de un hombre, su historia y su oficio." Y seguidamente me pareció que la expresión de los ojos del portero de la Trasatlántica no era de serenidad, sino de resignación, de melancolía, de desasimiento hacia todo; porque seguramente ahora, en su retiro, de cuando en cuando echaba de menos la vida errante de otros tiempos. Al marcharme le miré con ese afecto, con esa pena, que nos produce un condor enjaulado.

En días sucesivos esta creencia echó en mi ánimo nuevas raíces, y al ver al portero le dedicaba aquel saludo cordial y discreto que reservamos para las personas "que han venido a menos". El, por su parte, no fué insensible a la consideración de que yo le hacía objeto, y en cuanto me divisaba acudía a prepararme el ascensor.

"He adivinado quién es, y él lo sabe" — pensaba yo.

La última tarde que fuí a visitar al señor Alcón se desencadenaba sobre Madrid un vendaval horro-

roso: llovía, y en la calle de Alcalá los árboles, deshojados, se doblaban bajo el viento. En las chimeneas y en los hilos del teléfono el huracán ululaba con gemidos de tragedia y profecía. La Prensa de aquellos días hablaba de una furiosa tormenta en el Mediterráneo. Yo miré al portero de la Trasatlántica, queriendo decirle:

—No crea usted que me da miedo embarcarme con un tiempo así. Yo, aunque no haya viajado tanto como usted, sé lo que es eso...

Entré en el ascensor, y ya el portero iba a apoyar un botón, cuando detuve su ademán con esta pregunta:

—¿Usted ha sido marino, verdad?...

Me miró, sonrió:

—No, señor.

Experimenté esa sensación tan conocida del que está soñando y le despiertan:

—¿Cómo? ¿No ha sido usted marino?—repetí.

—No, señor.

Y añadió, moviendo a un lado y otro la cabeza:

—Es más... ¡parece mentira!... Pero le diré al señor que yo... ¡nunca he visto el mar!...

No respondí; ¿qué iba a responder? Partió el ascensor: yo iba inerte, aniquilado... ¿Era posible que en aquella barba de pirata, en aquel rostro grave, en aquellos ojos medio azules, medio verdes, no hubiese otra poesía que la que yo quise darles?... ¡Luego no había tal condor enjaulado! ¡Luego lo que yo juzgué nostalgia de libertad y de perdidos horizontes era el natural aburrimiento de pasarse la vida en un zaguán, las manos a la espalda y metido entre unas botas de paño y un sombrero de copa!...

Después de un fracaso tan evidente, la imaginación de un ciudadano cualquiera—obrero, médico o notario — habría "presentado la dimisión"; la mía, no, porque la fantasía del escritor, como la de "Quijano el Bueno", ignora la derrota, y de cada descalabro resurge con una sonrisa nueva en los labios.

Llegué al piso principal:

—¿El señor Alcón?

—Aguárdele usted un instante; vendrá en seguida...

Pasé a un despacho, me acerqué al balcón, abierto sobre la Gran Vía, y esperé. Largo rato permanecí inmergido en mis cavilaciones. Ya no me acordaba del portero... ni del señor Alcón...

Continuaba lloviendo copiosamente, y las gotas caían sobre los grandes charcos de agua que espejeaban aquí y allá, en la obscuridad de la calle; cruzaban el espacio apretados batallones de nubes; el viento silbaba y hacía vibrar los cristales con furioso aletazo. De pronto, olvidé el sitio donde estaba, el barandal del balcón me pareció una borda y sentí que el piso de la estancia oscilaba cual si, bajo los cimientos del edificio, acabase de pasar una ola...

....

¡Ah, la Imaginación: la maga excelsa, la loca divina siempre victoriosa y danzarina y cubierta de sedas joyantes!...

Lector: perdón para esos artistas que a intervalos disfrutan, como "Tartarín", de la gracia inefable de no ver la verdad; perdón para cuantos, sin ánimo de burlarte, ennoblecen lo ruin y corrigen lo feo, y ponen sobre lo más prosaico un trino de alondra. Dirás que no es discreto fiarse de ellos porque, engañándose, te engañan... Pero ¿qué importa si lo que te contaron fué bello y arrancó un latido de inquietud a tu corazón?...

EL TREN SE VA

Todas las despedidas, aun las de mayor momentaneidad, son un poco tristes, porque implican la idea de no rever lo que dejamos. Así, la emoción de la despedida es siempre melancólica, y por ello, íntima, grave y prócer.

Los diarios publican con frecuencia:

«Esta noche, a «tal» hora, saldrá para X nuestro ilustre amigo, etc.»

En estos casos, de una teatralidad mercantil, el prohombre se convierte en cartel anunciador; la despedida, en exhibición y trivial pasatiempo. El viajero ha de olvidarse, para atender a cuantos por interés egoísta, por cumplir fórmulas de la cortesía social, o, sencillamente, por desocupación, le acompañaron al andén. El mozo portador de nuestro equipaje camina delante de nosotros, y ni siquiera hallamos coyuntura de recomendarle que nos busque un buen asiento. Todas las personas que nos circundan se ofenderían si apartásemos de ellas un solo instante la atención, porque esta amistad que se ejercita y manifiesta en público, es tan susceptible como los celos. Debemos reir el donaire del uno, tener una frase oportuna para la observación del otro, oir lo que un tercero nos explica. La comitiva se detiene delante del vagón adonde luego subiremos. Parados a nuestro alrededor, todos nos hablan a la vez, llevándonos a un estado de tensión nerviosa, febril, congestiva, que

acelera baldíamente el latir de nuestro corazón. Y, de pronto, doce, quince, veinte manos que buscan la nuestra; brazos que nos oprimen; recomendaciones, saludos... palabras... Ya rueda el tren, y aun deberemos asomarnos a la ventanilla para agitar nuestro sombrero en honor de aquel grupo de leales amigos. No hemos tenido tiempo de examinar nuestro asiento, ni de ver a nuestros compañeros de viaje, ni de «sentirnos» en el momento, exquisitamente nostálgico, de partir. Un sabor de fastidio, una ola amarga de desgana y misantropía, nos sube a los labios...

Para despedirnos, en un muelle o en un andén, basta una persona. Ella condensará el perfume, abreviará las emociones, guardará el calor, será el símbolo, en fin, de la ciudad que vamos a dejar. Esa persona, en corto tiempo tal vez, habrá sabido acercarse a nuestra intimidad y conocerá muchos de nuestros pequeños secretos. Como su carácter y el nuestro tendrán, seguramente, perfiles comunes, no nos estorbaremos, no nos distraeremos el uno al otro de aquello en que cada cual, gozosamente, va meditando; al contrario...

En pie, a nuestro lado, silencioso, atento, ese amigo nos ayudará a comprender la emoción agridulce, la emoción que así es pena como alegría—sonrisa y suspiro a la vez—de marcharnos. Él velará sobre todos los detalles:

—Yo cuidaré—dice—de ir al hotel a recoger cuantas cartas lleguen para usted, y así ninguna se perderá.

Luego de un silencio, añade:

—No pase usted cuidado por nuestros amigos Fulano, Mengano, Zutano y Perencejo; yo le despediré a usted de ellos y les demostraré que no tuvo usted tiempo de decirles adiós.

Hay otra pausa, durante la cual nuestro interlocutor prosigue registrando cariñosamente todo cuanto dejamos atrás. Su afecto quiere sernos útil.

—Esas fotografías y esos libros que usted desea yo se los enviaré...

Su fraternal solicitud es dulce, minuciosa, abrigadora, y sentimos que, gracias a ella, no nos vamos del todo. Nuestra voluntad, siempre que sea preciso, florecerá en él. También sube con nosotros al vagón y se sienta a nuestro lado, para que después podamos instalarnos con mayor holgura. Su devoción lo atisba y lo previene todo: la novela, que ha de acompañarnos; la almohada, que nos ayudará a conciliar el sueño... y es porque el afecto más viril, el más brusco, si es hondo, tiene algo de mujer.

Estamos tristes, porque nos vamos; estamos contentos, porque nos vamos... ¡Oh, la eterna, la insoluble, la devorante paradoja de nuestro corazón!... Acaso en aquella ciudad queda, como una serpentina enredada a un balcón, una página sentimental. Momentáneamente, este recuerdo nos aflige: los ojos se han llenado de abatimiento. Nuestro amigo comprende, pues él quizá conoce ese brebaje, hecho de remordimientos y de ingratitud, que la vida nos obliga a beber tantas veces. Discreto, callado, nos mira, nos oprime una mano:

—No se preocupe usted—murmura—; ya arreglaremos eso...

Todo tiende a la unidad, a la simplicidad de la síntesis: en la historia de las naciones, toda la importancia de un siglo suele condensarse alrededor de un sabio ilustre o de un gran artista; en nuestra propia biografía, épocas enteras se reducen a un negocio o a un nombre de mujer; en nuestros viajes, una población frecuentemente no es más que un camarada.

Lector: tú acaso te embarcaste para ultramar y a despedirte fueron al muelle varios amigos. Según el buque dejaba la costa, los pañuelos que te saludaban poco a poco desaparecían. Al tremolar, eran como llamas blancas sacudidas por el viento, y como llamas, iban apagándose. Al principio había

muchos; luego menos, después menos aún; los brazos se cansaban de decirte adiós. Ya no quedaban más que cinco pañuelos, ya no quedaban más que cuatro; ahora sólo quedan tres... dos... Ahora uno, el más constante, el más firme, el de la mano que más te quiso.

Quédate con él, lector, y no busques otro. Sería pedir mucho. Créeme: para el llanto de nuestros ojos, basta un pañuelo.

LOS GRANDES TRASATLÁNTICOS

El *Montevideo*, que zarpó de Valencia a las seis de la tarde del día 11 de Diciembre de 1916, navegó toda la noche con mar gruesa. Ni un pasajero sobre cubierta, y en aquella soledad húmeda las luces que iluminaban el puente tenían una rara expresión dolorosa; luces sin alegría, luces inútiles, como las que se consumen baldíamente en la paz de las criptas. El viento se rompía gárrulo contra la arboladura, de la que arrancaba notas musicales. Las olas, hinchadas, teñíanse momentáneamente de plata, de rojo, de verde, al acercarse el buque, y veloces escapaban hacia atrás, a perderse en la tiniebla infinita del piélago y del cielo sin luna. A intervalos, muy lejos y a ras del mar, un faro parpadeante, tal que una pupila soñolienta, nos hablaba de España.

En los grandes trasatlánticos, la vida urbana se repite exactamente, pero más enérgica, más viril, más fuerte: los divanes, los lavabos, hállanse sujetos sólidamente a las paredes; los sillones del comedor se afianzan al suelo por medio de recios tornillos; las puertas cierran mejor que en tierra, y al hacerlo es con un golpe seco; las camas, aun las de los departamentos de lujo, carecen de voluptuosidad. Todo es duro, sobrio y dispuesto a luchar contra el peligro. Un misoginismo instintivo dirigió hasta los menores detalles, cual si para los constructores de buques la mujer no existiese. Ni una

blandura: las viejas maderas de pino, de haya, de cedro, de caoba, tienen la resistencia del hierro; los peldaños de las escaleras ofrecen revestimientos de bronce; por todas partes planchas y columnatas de acero, cabezas de clavos y de tornillos enormes, solados de hormigón y de mármol. Si un balance nos tira al suelo o contra una pared, siempre nos haremos daño; va usted a cerrar un "ojo de gato", que este es el nombre técnico y pintoresco de las ventanillas circulares de los camarotes, y se deja usted una uña. Indiscutiblemente, dentro de la existencia astral de nuestro planeta, la tierra es "la hembra" y la mar "el macho".

Aun para el observador menos perspicaz, cada trasatlántico expresa una síntesis admirable de nuestra pobre arquitectura civil: los viajeros de "primera clase" significan la aristocracia; los "de segunda", la mesocracia; los "de tercera" y la marinería, simbolizan el pueblo. Existen un jefe, rey o presidente de república, el capitán; una especie de ministro de Hacienda, el sobrecargo, representado a bordo del *Montevideo*, por don Rafael Abella, gordo, simpático y canonjil; un ministro de la Guerra—el piloto—y otros varios tipos y empleos correspondientes exactamente a los más altos de la farsa social. Hay en estos barcos, como en las ciudades, amos y servidores, explotadores y explotados, gentes que viven en la luz y parias que, como los fogoneros, se arrastran perpetuamente en la sombra.

Esos gigantes de las inmensidades del Atlántico y del Pacífico son a manera de satélites de la Tierra, puesto que giran en torno de ella, y se parecen a nuestro mundo en que no podemos salir de ellos sino para dar en la muerte. Tienen, finalmente, la inquietud roedora, enloquecedora, la inquietud abracadabra, de la Vida; y lo que les sostiene, su entraña, su esencia—el mar—es mortal, traidora... amarga... ¡como la Vida!...

¡Puerto!...

Amanecía cuando el *Montevideo* se puso a media máquina, lo que llenó instantáneamente el interior del buque de un extraño silencio.

"¡Tierra!"—pensamos.

Alegres saltamos del lecho, corremos a la ducha, y luego, con la ufanía del preso que acaba de expiar su condena, subimos a cubierta. Muy cerca, Málaga extiende la belleza meridional de su caserío blanco, y el castillo sarraceno de Gibralfaro enarca su jiba ceñida de aspillerados muros, que las gestas de la Cruz y de la Media Luna tiñeron de sangre mil veces. La víspera llovió abundantemente y el aguacero dejó grandes charcos en las partes bajas del muelle. A través de la conjunción triste del mar obscuro y del cielo nuboso, el *Montevideo* avanza callado, lento, y su presencia no parece suscitar emoción entre los cargadores que esperan su llegada en los malecones, la chaquetilla al hombro, las manos en las faltriqueras del pantalón. Pocos barcos—que la guerra limpió el mar de navegantes—, pero entre ellos reconozco el *Játiva*, de la Compañía Correos de Africa, en el cual realicé hace años un viaje bohemio—amor, hambre y risa— que contaré algún día.

A las diez de la mañana tendieron el puente y los hombres saltamos a tierra; únicamente las mujeres, por su afición innata al hogar, sin duda, se quedaron a bordo.

Todos conocemos las emociones—iguales siempre de estos desembarcos, que amenizan la monotonía de los viajes a ultramar. Solos o en pequeños grupos los pasajeros recorren la ciudad, y al encontrarse en los *restaurants* o en los bazares donde entraron a mercar alguna chuchería, cambian sonrisas amistosas; a bordo, el enemigo común—el mar—acerca a los hombres. Llegada la

noche también suelen tropezarse en las callejas solitarias, de costumbres malsanas; y cuando vuelven a reunirse en el buque, todos se alegran de hallarse otra vez juntos. Las mujeres, que se aburrieron solas durante diez o doce horas, rodean a los recién llegados y hay en ellas una curiosidad de pecado.

—¿Qué tal ese paseo—preguntan— se divirtieron ustedes mucho?

Ellos ríen, se miran y las regalan bombones y postales; a veces, con la precipitación de los saludos, dejan caer una tarjeta pequeñita, una tarjetita galante, que se aceleran a recoger y que las mujeres procuran leer de soslayo, mientras bajan los ojos...

Cuando nosotros determinamos regresar al *Montevideo* no eran las once; el buque zarpaba a media noche. Mientras caminábamos hacia el puerto pensamos en nuestras compañeras de viaje. Un pianillo de manubrio, colocado sobre un cochecillo de dos ruedas y arrastrado por un borriquito soñoliento, pasaba...

—¿Lo alquilamos para bailar a bordo?—exclamó alguien.

La proposición fué aceptada y el pianillo avanzó delante de nosotros, oscilando grotesco sobre el empedrado irregular de la calle.

Subimos al buque. Como la temperatura es tibia, las pasajeras no se han retirado todavía; unas dormitan, otras leen. De pronto, allá abajo, el pianillo comienza a sonar; es un vals lo que su cilindro desgrana, rimado por un tintinear canallesco de timbres. Las mujeres se levantan alegres y corren hacia la borda para mirar. Risas.

—¿Qué es eso?—exclaman.

Y empieza el baile, al que los hombres casados asisten con ojos indulgentes.

Acodado sobre la obra muerta, contemplo el panorama: delante de mí, la ciudad, muda, blanca, bajo el hechizo fantasmal del plenilunio; desiertos

los muelles; y en el silencio profundo de la bahía, el chirriar lamentable de las grúas del *Montevideo*, que aun no ha terminado de cargar, y los acordes, impregnados de no sé qué rara melancolía, del pianillo mecánico. A mi lado las parejas danzarinas giran cadenciosas, se alejan, vuelven... Junto al piano, el borriquillo, dormido, alarga el cuello y abandona sus largas orejas a la acción deprimente de la gravedad.

Era más de media noche cuando la música se fué y el *Montevideo* levó anclas.

Se dice...

No hay taller de obreras, casa de vecindad, ni compañía de comediantes—y cito estas personas y lugares, por considerarlos los más favorables a los mil enredijos de la murmuración—donde la chismografía halle un terreno mejor preparado que a bordo. Abonada por la vida en común, la irritación de los apetitos contenidos, y la ociosidad, los grandes trasatlánticos son campos admirablemente preparados para toda laya de acechanzas, invenciones y cizañas, graves o pequeñas. En el obligado reposo de tantos días, la calumnia teje fácilmente, entre cuchicheos y risas, sus arabescos infernales. La gente se aburre y para matar su fastidio habla; acaso no hemos creído lo que acaban de contarnos, pero lo repetimos, y con el suave veneno que hay en cada boca humana, los hechos se hinchan y desfiguran. A bordo se dice todo cuanto ha sucedido, y también todo lo que no ha sucedido ni puede suceder.

Es inverosímil, es diabólica, es realmente cosa de brujería y maravilla, la rapidez eléctrica con que las noticias van de proa a popa, penetran en las cocinas, trepan a la toldilla, bajan a las bodegas...

A poco de salir de Málaga, Eugenio Agacino, a

quien acabo de saludar sobre cubierta, me llama aparte. ¿He dicho que el capitán del *Montevideo* es un hombre dotado de un extrordinario don de amistad?...

—¿Cuántos pasajeros van con usted en su camarote?—pregunta.

—Dos—respondo.

—¡Y se aburre usted con los dos, claro!

Hizo un gesto discreto, uno de esos pequeños ademanes que no confiesan nada, y, de consiguiente, no ofenden a nadie. Agacino ríe y su rostro cobrizo se baña en luz blanca: yo creo que Agacino podría vender su risa, como anuncio, a cualquier fabricante de dentífricos.

—Es natural que se desespere usted—añade—dentro de cuatro o cinco días, en cuanto salgamos de Santa Cruz de la Palma, yo le daré un camarote para usted solo; un camarote de lujo.

Insinuó otro gesto:

—Le advierto que "eso" no va a costarle nada. ¿Le conviene a usted el precio?

A mí, el precio me conviene.

—Pues, ya lo sabe usted—concluye el capitán—: pero... ¡cuidado!... no hable de esto con nadie; no quiero celos.

Nos separamos y voy a reunirme con un grupo de viajeros que, desde hace rato, no me quitan ojo.

A los pocos momentos me encuentro con Rafael Abella en el pasillo que hemos convenido en llamar "Rambla de las Flores". La figura lucia y placentera del señor sobrecargo alegra el corredor. Abella me da la mano.

—Enhorabuena—murmura—; me han dicho que pronto cambiará usted de camarote.

Sus palabras no me sorprenden; a bordo, el capitán y el sobrecargo marchan siempren muy unidos.

En el comedor, el médico se sienta enfrente de mí: hablamos del mareo, de las incomodidades del viaje...

—Cuando hayamos salido de Santa Cruz de la

Palma, donde desembarcará mucho pasaje, estaremos mejor—declara el doctor.

Y me mira, y yo le comprendo al corriente de lo que una hora antes, y con el mayor sigilo, me comunicó el capitán.

Aquella misma tarde, Pepe Fernández Dorán y Eduardo Atané, compañeros míos de cámara, me dicen a boca de jarro:

—¡Caramba, qué calladito lo tenía usted!...

—¿El qué?

—No se haga usted el chiquito; nos referimos al nuevo camarote.

Me marcho humillado: ¿para qué me habrá recomendado Agacino el secreto...?

Entro en el fumadero, donde veo a Lebredo, al pobre Alfredo Lebredo, durmiendo, entre cojines, su incurable borrachera del mar.

—Este sí que no sabe nada—pienso.

Pero me equivoco: Lebredo, a pesar de pasarse las noches y los días metido entre su gorra gris y su gabán inglés a cuadros, también "lo sabe todo".

—¿Quién se lo ha dicho a usted? — grito estupefacto —. ¿Ha sido Fernández Dorán? ¿Ha sido Atané?...

—No han sido Fernández Dorán ni Atané — replica Lebredo con voz de agonía, mientras vuelve a cerrar los ojos—; ha sido... ¡no sé quién!...

Estoy cierto de que Alfredo Lebredo no miente; no es Fernández Dorán quien le llevó la noticia; tampoco son ni el capitán, ni el médico, ni el sobrecargo, ni Atané .. ¡Es que en los barcos, hasta lo más secreto lo sabe todo el mundo!...

He aquí uno de los perfiles más interesantes de la existencia de a bordo.

La moral.

Un viaje trasoceánico es un precioso guía para descender a las capas arcanas del alma, y, de consiguiente, un observatorio psicológico de orden magnífico. Nada desnuda mejor los caracteres que el mareo y el fastidio: mujeres que en tierra viven esclavas de la elegancia y de la moda, a bordo se muestran desceñidas y olvidadas de todo afeite, cual si la primera náusea hubiese arrancado de ellas el dilecto prurito de agradar; caballeros que en la vida de los salones recuerdan, por su corrección y prestancia, la historia de Tamames, de Carrick o de Brummel, no es raro verles sobre cubierta repantigados en un sillón, estirar los brazos y bostezar torpemente.

El mareo y el fastidio combinados descubren pronto el poso ramplón, el légamo de incultura y descortesía de cada individuo. Así, de la persona que, durante diez y ocho o veinte días de travesía supo mantener sin intermitencias la corrección de su trato y de sus actitudes, podemos afirmar que es especificamente elegante.

A bordo, la moral o virtud femenina suele sufrir graves descaecimientos. El galán que en tierra fracasaría, triunfa con la complicidad del mar. Los constantes vaivenes del buque turban simultáneamente las funciones digestivas y las cerebrales, y ambas perturbaciones marchan paralelas y concatenadas.

El "Yo" fitscheano—diga lo que quiera Descartes—reside más bien en el estómago que en la cabeza, de donde resulta que cuando aquél flaquea, la voz de la conciencia se debilita. Vacilan los pies... vacila el espíritu...

El barco se mueve, se mueven las olas, cambia de segundo en segundo el perfil de las nubes, hasta los mismos astros se desplazan, y esta unánime

mutación física, esta universal renovación de colores, formas y lugares, este perpetuo derivar en el que ni las manos ni los ojos hallan jamás el reposo confortador de un punto fijo, produce desgarraduras gravísimas aun en nuestras opinioues éticas más recias.

Del estómago sube al cerebro un vaho de eclecticismo, una neblina de amoralidad, que en los hombres adquiere el gesto emprendedor de la osadía, y en las mujeres la blandura de la condescendencia.

A bordo más que en tierra comprendemos la fuga de la Vida, el vacío de la Vida, y la necesidad de aprovecharla dando placer a los sentidos. ¡Que nadie nos hable de principios transcendentales!... Y cuando la pobre conciencia, batiéndose en retirada, se opone a algo, un diablillo interior—el demoncejo del vértigo—pregunta risueño:

—"¿Por qué no?..."

Y cerramos los ojos, y con los ojos del cuerpo los del alma, lámparas del deber.

Sobre el mar, como en los sueños, todo parece fácil, hasta lo monstruoso, lo irreparable. Después de un viaje largo, cuando el trasatlántico llegó al puerto último, yo he visto a muchas mujeres apoyarse en la borda y con pupilas llenas de sombras, de dudas, mirar tristes, hondamente tristes, acercarse los botes en que sus maridos o sus padres acudían a recibirlas.

El buque acababa de anclar y apenas quedó inmóvil, el mareo huyó de las frentes, y una voz lancinante musitó en el corazón de las adúlteras, de las livianas, un áspero:

"¿Qué has hecho?..."

¡Pobres esposos burlados! ¡Pobres "Ellas" también, las traidoras, que al disiparse el encanto fingido del mar, se llevaron en la memoria la amargura infinita de su azul!...

¡Ah!... No es entre los brazos del hijo de Tarquino, sino a bordo, donde el cronista hubiese

querido ver sometida a prueba la virtud de Lucrecia...

Cádiz.

A Cádiz arribamos a media tarde, y la mayoria del pasaje "de primera", desembarcó, no obstante la lluvia, el viento y la desapacible nerviosidad del oleaje.

Un grupo de viajeros que dejamos el *Montevideo* con intención de cenar juntos, en tierra, cansados de recorrer la ciudad en todos sentidos y de medir las aceras de la calle Duque de Tetuán, fuimos al teatro, a oir *Marina*, zarzuela que por su ambiente playero no carecía para nosotros de cierta actualidad. El teatro estaba, según vulgarmente se dice, "de bote en bote", y cuando el tenor, de pie todavía sobre una ridícula lancha de tramoya, saludó, sombrero en mano, las "costas de Levante", por el nutridísimo público que invadía el local pasó un temblor de emoción... exactamente como sucedió hace treinta y cinco o cuarenta años, cuando Arrieta estrenó su obra. Evidentemente en cuestiones de arte, el alma española se renueva poco.

La noche la pasamos en un hotel, cuyo nombre callaré por respeto a los intereses de su dueño, pero que figura entre los mejores de la población: el techo de la habitación, alto, el moblaje sólido y elegante, la cama muelle, silenciosa y limpia...

A la mañana siguiente, bien temprano, apoyé un timbre. Una camarera joven, con delantal blanco y cuidadosamente peinada, acudió en seguida:

—Buenos días.

—"Bueno día"...—repuso la moza, avara, como andaluza, de las letras y aun de las sílabas finales de cada palabra.

—¿Puedo pasar—pregunté—a tomar la ducha?

Abrió los ojos, la boca... No había comprendido:

—¿La qué?...
—La ducha.
—¿La ducha?
—Sí.
—¿La ducha?... Y "ezo" qué "é"?...
—¡Ah! ¿No sabe usted lo que es una ducha?
—Yo no "é oío hablá de ezo" nunca.
—Pues, una ducha—repuse algo picado—es un chorro de agua que le cae a usted en la cabeza, haciendo girar una llave o tirando de una cadena...
Mi colocutora se echó a reir.
—"¡Ay, qué coza tan grasiosa!"...
Acabé de amoscarme; estaba cómicamente indignado.
—¡Hola!—exclamé—: ¿usted cree que tomar una ducha tiene gracia?...
—A mí, "zí zeñó". Ezo, aquí, no lo conocemo...
Esta fué la última impresión que me dió Europa.

VIENTO DE PROA

Al salir de Santa Cruz de la Palma con la intención y el rumbo bien enderezados hacia San Juan de Puerto Rico, sorprende al *Montevideo* ese terrible enemigo que los marinos llaman "viento de proa". El buque oscila de delante a atrás y muévese en toda su eslora como el brazo de una balanza; el tajamar alternativamente sube, cae, vuelve a subir y torna a hundirse para levantarse invicto algunos metros más allá con un gran gesto afirmativo de fe, y unas veces las olas derivan bajo él procelosas y verdeantes, otras se estrellan contra su audacia, y al deshacerse en nevadas espumas parecen la humareda de un cañonazo. Esta inquietud se aprecia mejor colocándonos en uno de los extremos del eje longitudinal del barco: allí tan pronto descendemos al abismo cual si las aguas amargas fuesen a devorarnos, como nos sentimos lanzados hacia el espacio azul; diríase que vamos en un ascensor...

Estos vaivenes ofrecen cierta gracia, una especie de coquetería, de presunción voluptuosa. El viejo *Montevideo*, con su proa optimista que llama, que invita, que repite femenina "sí... sí... sí...", y su popa turgente, redonda, provocadora, recuerda el anadear de esas jamonas que todavía no han renunciado al deseo.

Este oscilar implacable debe de adquirir en la fantasía de los viajeros atacados del mareo expre-

siones absurdas. El *Montevideo*, verbigracia, con su tajamar erguido sobre el lomo de una ola, luce la despreocupación, la osadía, el guiño baratero, de un sombrero echado hacia atrás; en cambio, cuando es su ancha popa redonda la que emerge del agua, su ademán se afemina y es dócil, sumiso y sensual, como la actitud de una mujer puesta de rodillas...

Los camarotes.

La máquina del trasatlántico ocupa, claro es, el comedio del buque, y constituye su verdadero centro de gravedad. A ambos lados de la máquina—parodia del infierno abrasado y rugiente—hay dos corredores, limpios y blancos como trajes nupciales, a lo largo de los cuales se hallan los camarotes de primera clase. Los pasajeros hemos conferido a estos pasillos o crujías nombres pintorescos. Al de la izquierda — según vamos de popa a proa— que es donde habitan el capellán y el médico, lo llamamos "el Paseo de Gracia", y al corredor de la derecha, embellecido por la gran hermosura y mucha juventud de dos señoritas que van a la Habana, lo denominamos galantemente "la Rambla de las Flores".

Es muy interesante la vida de esos camarotes, habitaciones minúsculas en las cuales la destreza y previsión de los constructores de buques supo colocar tres, cuatro y hasta seis literas. Nada falta en esta especie de baúles que apenas miden doce pies de longitud. Las camas hállanse unas encima de otras, en la misma disposición que los entrepaños de los armarios, y cada una se recata y aisla tras una cortinilla sutil de percal. Debajo de las literas inferiores queda el espacio necesario para alojar los baúles o maletas más indispensables al viajero. Disimulados hábilmente en la pared hay uno o dos lavabos y en todos los rincones, perchas y redecillas destinadas a colocar ropa.

Al instalarnos en un camarote, lo que más nos preocupa no son sus dimensiones, ni siquiera la luz y la ventilación, siempre exiguas, que tendremos en él, sino la crianza de las personas que forzosamente habrán de compartir nuestra intimidad durante quince o veinte días.

¿Quiénes serán esos hombres, ignorados ahora y que, transcurridos unos instantes, vivirán fraternalmente junto a nosotros? ¿Serán agradables? ¿Serán limpios? ¿Padecerán la terrible enfermedad del mareo?... Y un tropel de inquietudes que así amenazan nuestro olfato, como nuestros oídos, como nuestros ojos, nos acomete.

Para conocerles, la primera noche que dormimos a bordo procuramos acostarnos los primeros. Desde nuestra litera, cuyas cortinillas dejamos descorridas adrede, observamos. La luz quedó encendida. De pronto se abre la puerta y aparece un señor. Saluda.

—Buenas noches.

—Buenas noches—contestamos.

Una oscilación insólita le fuerza a dar un traspiés, que él juzga oportuno comentar.

—Me parece—dice—que el barco se mueve demasiado; esta noche vamos "a bailar".

—¿Usted se marea?—preguntamos.

—Nunca; no sé qué es eso.

Su respuesta categórica nos infunde una honda y alegre serenidad estomacal. Asimismo nos complace su carácter expansivo; con estos temperamentos comunicativos se vive mejor. Nuestro compañero empieza a desnudarse y distribuye sus ropas en las perchas que ve libres. Ya está en calzoncillos, y sentado en un baúl se quita las botas. Aquel hombre puede ser gordo o flaco, viejo o joven; en todo caso su figura, dentro de aquella indumentaria íntima y sumarísima, ofrece un perfil ligeramente cómico. Después le vemos realizar varios movimientos acrobáticos para subir a su cama, que es de "las de arriba". En este primer ensayo lo fre-

cuente es que la cabeza del viajero choque contra el techo, demasiado bajo, detalle que añade a la escena un seguro regocijo. El se palpa la parte lastimada, lanza sin cólera un porvida o juramento netamente español, y al mirarnos le sonreimos con cara de compasión y de cruel hilaridad. Nuestro compañero se desliza entre la colchoneta y las mantas, mulle las almohadas, bosteza, suspira a algún recuerdo y corre las cortinillas. Desde su misterio se despide:

—Hasta mañana; buenas noches.

—Hasta mañana—respondemos.

Con nuestros otros camaradas de cuarto sucede lo mismo, poco más o menos. Ya se acostaron todos y probablemente duermen, y en la quietud de la ambulante alcobita las cortinillas de las literas y las prendas colgadas, allá y aquí, de las perchas, se mecen a compás, dóciles a los cuneos del buque. A la vez, todo va, todo viene, con perfecto isocronismo, y llama mi atención una camiseta azul cuyos brazos, tendidos hacia abajo, se mueven cadenciosos como los del director de una orquesta de pesadilla...

El alma de estos camarotes es un alma atormentada, un espíritu esclavo de fieros y arcanos sufrimientos, que sin tregua solloza, gime, trema, ruge; el dolor de algo que va rompiéndose, despedazándose poco a poco y se revela a nosotros por medio de un silabario bárbaro y extraño; ese alfabeto extravagante con que, según los espiritistas, los muertos se acercan a los vivos.

A la tercera noche, todas las voces de nuestro camarote nos son familiares. A cada esfuerzo de la máquina, a cada cabeceo del navío, a cada ola que resbala mugidora a lo largo de las bordas, las paredes albas de nuestra habitación responden de un modo característico, y el maderamen entero parece jadear como el ijar de una bestia cansada. Si la nave se inclina hacia babor, cruje el marco de la puerta; si lo hace a estribor, algo metálico tintinea

dentro del lavabo; si el balanceo es de popa a proa, son el suelo y el techo los que se afligen y lamentan. La repetición prolongada, durante horas, de estos ruidos, produce efectos alucinantes: cada crujido parece, de pronto, modularse sobre una vocal; luego estas vocales se relacionan mediante otros restallidos y frotamientos subalternos, que son a manera de consonantes; y, finalmente, de súbito también varias sílabas se asocian y surge una palabra.

En aquella tercera noche de viaje, las lenguas brujas de mi camarote articulan claramente:

"Acuático... acuático... acuático... acuático..."

Todo él cruje como un papel que se arruga, como unas botas nuevas de charol. Yo, despabilado, acecho en la penumbra lechosa que filtran dentro de la mezquina estancia las luces de "la Rambla de las Flores."

Mis compañeros duermen y cada litera, con sus cortinillas corridas, tiene la paz y el hermetismo de un nicho; todos los objetos describen a compás idéntico vaivén negativo; el maderámen dice:

"A-cuá-ti-co... a-cuá-ti co..."

Este adjetivo repetido mil veces y que yo solo escucho, adquiere de repente para mí, tan aficionado al mar, la expresión de una ironía.

El mareo.

El alma de a bordo, la verdadera psiquis de la vida de a bordo, es lo que los ingleses llaman «sea sickness», o «enfermedad del mar»; y hasta las mismas personas que, físicamente, son inaccesibles a ella, no pueden sustraerse moralmente a su influjo revolucionario. Yo malicio que ni aun los capitanes disfrutan, sobre el puente de su buque, de aquel aplomo, de aquel hondo, robusto y cabal dominio de sí propios, que sienten en tierra.

Tengo clasificados a los turistas del mar en dos grandes grupos: el de las personas sencillas que se marean y lo dicen, y el de aquellas gentes orgullosas que, aunque el alma se les salga por la boca, no lo dicen. En el "Salón de fumar", donde se juega al tresillo y al pocker, o durante las horas interminables de ociosidad pasadas sobre cubierta, cada pasajero espía celosamente en su interlocutor los síntomas desemblantadores del implacable mal.

—Buenos días, don Fulano. ¿Qué le sucede a usted?... ¿Se mareó usted anoche?...

El interpelado niega, dispuesto a morir «en belleza.»

—No, señor: precisamente he dormido muy bien.

—¡Lo celebro!... Así, al pronto, me pareció que traía usted mala cara...

Esta fiscalización cruel se agrava a las horas del yantar. El pasaje se distribuye en pequeñas mesas y este momento suele ser aciago para los débiles de estómago, porque el olor de los guisos agrava la acción emética del mareo. El oleaje es recio; las mesas oscilan, y dentro nuestro plato la sopa dibuja niveles distintos; el asiento que ocupamos vacila también; los aparadores cargados de loza, el respaldo de los divanes, las columnas que sustentan el artesonado, realizan reverencias quiméricas y los atacados por el diablillo sofístico del vértigo comienzan a experimentar una angustia inexorable: sus ojos se turban, sus ideas se embrollan, un asco que sabe a hieles y a vinagre les sube a la boca; un sudor frío les moja la frente...

Bruscamente uno de los comensales se levanta, saluda y se marcha extendidas las manos, el andar indeciso. Los circunstantes le miran con fingida piedad, luego sonríen y ponen a su derrota un comentario burlón. En esos días de mar aborrascado en que se marean hata los relojes, únicamente "los privilegiados" tendrán el heroísmo de sentarse a la mesa.

El mareo triunfa de todos los miramientos, de todas las cortesías: la mujer más precupada de "la línea", el hombre más correcto, sacrificarán sus preocupaciones sagradas al demonio verde del mar. Frecuentemente nos hemos cruzado en un pasillo con un caballero con quien momentos antes departimos amablemente y que ahora pasa a nuestro lado sin saludarnos; va mareado y no nos ha reconocido; en sus manos, que buscan inútilmente a lo largo de la pared un punto de apoyo, sobre sus mejillas lívidas, como las de Pierrot, se refleja la muerte.

De noche, en el silencio de los corredores alfombrados y bañados en la luz lechosa de las lamparillas, el vértigo del mar arranca a sus víctimas disonancias desgarradoras.

El mareo es una tortura, un "sin sosiego", una agonía interior, un deseo tan fiero de extraernos el estómago, que debería describirse con los mismos rebuscados giros que Teresa de Jesús empleara para comunicarnos su vehementísimo deseo de unirse pronto a Dios. A imitación de la Santa, una persona mareada podría explicar su aflicción diciendo: "vivo sin vivir en mí"... Y también, por lo exactamente que define su anhelo de librarse de tan rudo sufrir, hacer suyo aquel verso sutil de: "que muero porque no muero"...

Estas congojas se traducen en lamentaciones y suspiros. Aquí y allá, en el recogimiento obscuro de los camarotes, voces ásperas de hombres y voces suplicantes y dulces de mujer, duélense de aquella fatiga, semejante a una mano que les anduviese arañando y como rebañando las paredes del estómago. El mareo, en cuanto a sus medios de expresión, tiene mucho de copla andaluza:

"¡Ay, ay, ay!... ¡Madrecita mía... madre de mi alma!... ¡Ay, las fatiguitas que yo estoy pasando!... Etc.

Los síntomas del truculento suplicio son cosmopolitas; esto es, comunes a los individuos de todas

las naciones; y así cabe decir que, al igual de nosotros, los ingleses, los alemanes, los yanquis, los chinos, los turcos... para declarar su dolor recurren a "la malagueña"...

Ha transcurrido la noche, y una claridad alechugada y sucia comienza a invadir el oriente. De súbito el horizonte se insinúa entre el espacio y el piélago, negro todavía; negro cual si la enorme tiniebla nocturna se hubiese inmergido y diluído en él. Asomados a la claraboya del camarote, abierta precisamente a la altura de nuestra litera, asistimos a la resurrección del sol. Estas claraboyas reciben un nombre de singular elocuencia: llámanlas "ojos de gato". ¿Por qué...? Evidentemente porque son redondas y su cristal lleno de la infinita inquietud de las olas filantes, y teñidas por ellas de verde, de amarillo, de violeta, de azul... tienen toda la indecible movilidad y toda la riqueza polícroma, de las pupilas felinas.

De buen humor brincamos al suelo y corremos a la ducha. Ya desayunados subimos a cubierta, donde saludamos a varios pasajeros. A bordo se madruga mucho.

—¿Qué tal pasó usted la noche?—se preguntan unos a otros.

—Perfectamente.

—¿No se mareó usted?

—Nada. ¿Y usted?

—Tampoco...

Resulta que todas aquellas "malagueñas" que oímos sollozar tras de la puerta de algunos dormitorios, son mentiras. ¡Nadie se ha mareado!...

Conozco, sin embargo, un medio infalible para distinguir al viajero franco del mentiroso, al que no se ha mareado del que se mareó y no lo dice: el tabaco. Del fumador que, al levantarse de dormir, no nos acepte un cigarrillo, aseguremos que ha pasado una mala noche.

A bordo del «Montevideo», 1916.

TIPOS DE A BORDO

La pequeña humanidad que peregrina en los grandes buques trasoceánicos merece dividirse en tres grupos capitales. Constituyen el primero "la crema", los distinguidos, los que, apenas se acercan a nosotros, adquieren un relieve, una personalidad. Inmediatamente conocemos sus nombres: se llaman don Fulano, don Zutano, don Mengano...; y sabemos también su profesión o carrera, y hasta si tienen familia o nó.

Forman el otro grupo, los individuos de silueta más débil, los de figura menos vertical y definida; los sujetos, en el escenario de la vida, a las grises penumbras del "segundo término". Nunca conoceremos sus nombres, y si alguien nos los dice, los olvidaremos en seguida. Viajan en la clase que nosotros, parecen acreedores a análogas consideraciones o a igual prestigio, y no sobresalen sin embargo. Para distinguirles, les adjudicaremos remoquetes caprichosos:

"El caballero de la nariz larga"... "El joven del traje azul"... "El papá de la niña"... "La señorita de la cara triste"...

Componen la tercera y última categoría los cautivos perpetuos de la obscuridad y del anónimo; los "sin carácter", los "sin perfil", los "ceros" del humano enjambre, quienes, aun después de viajar quince o veinte días a nuestro lado, no habrán tenido la virtud de atraernos la atención ni un instante

siquiera. Pasan ante nosotros, y no les vemos; conversamos con ellos, y no les oímos...

Dentro de las agrupaciones primera y segunda, existen varios tipos.

A saber:

Los que aman.

Sin razón nos quejamos de nuestras preocupaciones económicas o sentimentales: cada día debe traernos una inquietud, un trabajo, porque las horas desprovistas de finalidad se hacen intolerables. El vacío, aun en lo más trivial, asfixia. Dos amigos acuerdan dar un paseo, y lo primero que se preguntan es: "¿Adónde vamos?..." Maldecimos del estómago, que nos obliga a la conquista epopéyica del pan, y renegamos del corazón, el gran príncipe loco de nuestro jardín interior. ¡Mal hecho! Seamos justos. ¿Cómo negar que, sin la doble guerra civil de esas dos vísceras, a todos, probablemente, nos hubiese matado el fastidio antes de los cuarenta años?...

Un viaje trasoceánico es un silencio, una tregua, en el fragor de nuestros combates. Suspendida momentáneamente nuestra acción, la voluntad toma sus vacaciones y el espíritu se recoge en sí mismo. Pero la contemplación—aristocracia suprema del alma—aquel dilecto placer de andar solitarios y conversar con nosotros mismos, no satisface a la mayoría: dos, tres semanas de reposo, entre los recuerdos de la playa que dejamos y las ilusiones que esperan tras del nuevo horizonte, son un intervalo que nuestra vulgaridad aprecia demasiado largo: los hombres, en general, necesitan, para sentirse contentos, de la trivialidad—la grosería, podríamos decir—del presente de indicativo.

De ahí el incremento, la exaltación, del amor a bordo. Es muy difícil que un hombre, especialmente si nació español, frecuente el trato de una mujer

más allá de ocho días sin enamoriscarse de ella, y contribuye a empujarle hacia este dulce peligro la ociosidad.

Generalmente el marinero encargado de la limpieza y custodia de los sillones que cada pasajero alquila al embarcar, coloca nuestro asiento en el mismo lugar, lo que no tarda en inculcarnos una consoladora noción de propiedad. A cada momento decimos: "Mi sillón"... Mi sitio"...

La viajera que la casualidad puso a nuestro lado nos parece fea: ni una gracia hay en su rostro; ¡qué lástima!... Sin embargo, por coquetería, procuramos testimoniarla nuestra devoción; ella ríe y bajo su risa cortés nuestra vanidad se esponja. A la mañana siguiente, la saludamos con una respetuosa inclinación de cabeza; al otro día, con una sonrisa; al otro, con un ligero apretón de manos. Ella nos ha obsequiado con bombones, y nosotros la hemos prestado un libro.

Hemos murmurado—¡sin saña, por supuesto!—de algunos compañeros de viaje, y esto nos ha acercado. Transcurren dos días más. De repente advertimos que nuestra amiga tiene los ojos bonitos, y hallamos que las líneas de su boca y del cuello son perfectas. El descubrimiento nos regocija, y como su alma va pasando, quizás, por análogos estados, pronto surge entre ambos ese exquisito matiz que los novelistas franceses denominaron "amistad amorosa".

Una tarde, Ella se levantó, y en aquel instante, el viento, escultor prodigioso, la envolvió en una ráfaga. Bajo el vestido, el cuerpo juvenil se dibujó ágil, garrido... y la gran mariposa de fuego de la tentación pasó ante nuestros ojos.

Una noche Ella y su galán se han encontrado, sin saber cómo, acodados sobre la borda, el uno junto al otro. Nadie a su alrededor. Las pupilas de El tienen una expresión tremante y felina, y Ella siente que el viento acaricia su cabeza y se agarra a sus cabellos semejante a una mano invisible, exigente

y sensual. Abajo, a lo largo del buque, las aguas espumosas y amargas huyen raudas, como las horas de la vida. Titilan en el cielo todas las estrellas que alumbraron el balcón de Verona; la luna cubre con su rocío de plata la inmensidad marina...

El, trémulo, con ganas de llorar, con la angustia del que ha de morir, murmura:

—¿Por qué no amarnos?... La quiero a usted... Usted podría ser para mí "la de toda la vida"...

Y Ella, vencida por el hechizo nupcial del paisaje, ha suspirado y ha dicho "sí", con la cabeza; e inmediatamente ha sentido frío en los hombros y ha bajado a su camarote a ponerse un chal.

Los graciosos.

Existen otras subclases, muy curiosas, de pasajeros: "los jugadores", por ejemplo, que desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, fraternizan en las emociones del "pocker" y del "tute arrastrado"; "los mareados", que permanecen semanas enteras inmóviles en sus sillones, la cara escondida bajo la visera de sus gorras de viaje, y con un libro, que no leen, sobre las rodillas; "los elegantes", que cambian de traje tres veces al día y que, preocupados con su persona, suelen dedicar escasa atención a las mujeres; "los padres de familia", que viven una existencia fuerte y de perpetuo sacrificio, consagrados a cuidar de la esposa, mareada y sin corsé, y de los niños; "los profetas", empeñados en anunciarnos los cambios atmosféricos, y que siempre rematan sus vaticinios con la misma frase, un si es no es amenazadora, de: "Acuérdese usted de lo que le digo"; "los misioneros", a quienes su fe conduce a playas lejanas, y constantemente releen su breviario; "los graciosos"...

¡Ah, los profesionales del buen humor!... Cuantos hacen de la risa una especie de obligación, se asocian en seguida. Nunca suelen ser muchos: tres,

cuatro, cinco... cuando más: son los que cantan, los atormentadores del piano, los organizadores de las tómbolas, de los bailes y de los juegos de prendas. Todos ellos, claro es, son inaccesibles al mareo y los últimos en retirarse a dormir, y en el comedor se granjean la pública admiración por su extraordinario apetito.

Casi siempre "operan" juntos y les tropezamos en todas partes. Una alegría estudiantil les acompaña. A primera hora de la noche, después de cenar, "los graciosos" se acercan a un grupo de viajeros que se aburren hablando seriamente:

—¿Ha salido el *Heraldo?*—preguntan.

Una saludable carcajada responde a la ocurrencia; a bordo la risa es fácil.

Después llaman a la puerta de la cámara del capitán, donde éste juega al pocker con sus amigos. El capitán del *Montevideo*, don Eugenio Agacino, no ha cumplido todavía cuarenta años: alto, esbelto, tiene en la vivacidad tropical de sus ojos negros, en la blancura de sus dientes y en su rostro de bronce, algo que regocija e invita a frotarse las manos.

A Agacino le gusta que "los graciosos" vayan a verle.

—¡Adelante!—grita su voz ruda.

Con su venia "los graciosos" se adelantan, y uno de ellos habla:

—Vengo a decirle, mi capitán, que tenemos otra vez viento Sudeste...

—¿Qué más?

—Que haga usted el favor de decirme lo que hacemos con la carga del Pacífico... y con esa señora de segunda clase que está enamorada del mayordomo. También le recordamos el bicarbonato para ablandar los garbanzos...

Agotado el tema, los importunos se llevan su buen humor a otra parte.

El azote de "los que aman" son "los graciosos"; éstos, efectivamente, les acechan y hacen cuanto

pueden por molestarles. Nunca les faltan recursos. "La señorita de la cara triste", por ejemplo, deja su asiento y se dispone, con su aire más desolado e inocente, a dirigirse hacia el rincón donde, desde hace rato, la espera "el joven del traje azul". "Los graciosos", que han sorprendido el movimiento, corren hacia su víctima.

—Señorita, venimos en comisión a rogar a usted que toque el piano.

La interpelada, que comprende el verdadero objeto de aquella invitación, se ruboriza, quiere excusarse... Pero ellos insisten, la hacen reir, la aturden; el más alto la ofrece su brazo; el más pequeño, para dar a su ruego mayor fuerza, se hinca de rodillas, y "la señorita de la cara triste" cede al fin. ¡Se la llevan!... Y "el joven del traje azul", al verlo, se muerde una uña desesperado.

En ocasiones "los graciosos", en vez de dirigirse a "Ella", cierran contra "El".

—¿Qué hace usted aquí?

El galán balbucea la primera razón que le baja a los labios.

—Tomaba el fresco. ¿Qué hermosa luna, verdad?

—Véngase a jugar al pocker con nosotros.

—No sé jugar al pocker.

—¿Y al dominó?

—Tampoco.

—Le enseñaremos; no pase cuidado; la luna no se va...

Le agarran de los brazos y se le llevan; el galán suspira; "los graciosos", sus enemigos, que ni aman ni dejan amar, no le devolverán su libertad hasta media noche; seguros de que a esa hora "Ella", cansada de esperarle, ya se ha ido.

El hércules.

A poco de zarpar el *Montevideo* de Cádiz, advertimos la presencia a bordo de un hombre terrible.

Era, sin duda, el más corpulento de cuantos íbamos allí, y a su lado nos sentíamos desprestigiados y como en ridículo. Evidentemente, aquel individuo, según la locución infantil, "nos podía a todos". Las hazañas de "Atar-Gull" debían de ser pequeñas para él; sus movimientos expresaban un arrebato extraño. Las mujeres le miraban sorprendidas, y él lo sabía y procuraba lucirse. Tenía una melena byroniana y un rostro huesudo, firme y cuadrado, de boxeador. Recorría la cubierta a zancadas tremendas, cual si estuviese furioso, y al sentarse, todos los sillones gemían bajo sus posaderas. Cuando se levantaba, yo le seguía con los ojos seguro de que quien se ponía en pie con tanto ímpetu era para efectuar algo heroico: arrojar algún viajero al mar, por ejemplo, partir una cadena de un mordisco, o tragarse un paraguas...

Al saber mi nombre, se apresuró a darme su mano, y yo le abandoné la mía, que me devolvió estrujada, planchada y casi sin jugo. ¡Qué simpático bárbaro! En aquel momento la alegría de conocerme aumentó su vigor físico; pensé que me arrancaban el brazo.

Hecho esto trató de maravillarme, lo que consiguió en seguida.

—¿Qué edad cree usted que tengo?—preguntó.

Le inspeccioné atentamente y repuse:

—¿Treinta y cinco años?

—Veintidós.

—¡Qué precocidad!

Se desabrochó la americana, y echó ambos brazos hacia atrás.

—¿Quiere usted examinar un pecho bien desarrollado?... Toque usted aquí.

Y luego:

—Tóqueme usted los biceps.

Yo obedecía: comenzaban a dolerme los dedos; aquel hombre era de piedra; varios pasajeros, tan atónitos como yo, se habían acercado y miraban. Además, mi interlocutor era de esos temperamen-

tos hiperbólicos que gritan todo lo que hablan, cual si cada una de sus frases la situasen entre dos signos de admiración.

Interrogué, por decir algo:

—¿Tiene usted hermanos?

—Seis; cuatro varones y dos hembras; advirtiéndole que mis hermanas tienen la misma fuerza que yo.

Suspiré; sin saber por qué, me había puesto a considerar lo difícil que sería entrar a robar en el domicilio de una familia así.

Aquella noche no hablamos más. Desde luego supuse que tamaño gigante se habría embarcado en Cádiz para darle la vuelta al mundo y traerse de Bengala un par de tigres; un hombre como él no podía hacer menos. Después supimos que se quedaba en Santa Cruz de la Palma... ¡Lo que engañan las apariencias!...

Don Alfredo.

Este caballero figura entre los individuos que llamaremos "substantivos", o sea los investidos de real e inconfundible personalidad.

Don Alfredo es un señor bajito, afeitado, vestido según los cánones de la elegancia inglesa; sabe dar la mano, tiene una sonrisa indulgente y blanca, y unos ojos verdosos, ecuánimes y astutos, de hombre de mundo. Don Alfredo bulle muy poco y apenas habla, porque se marea horrorosamente. Todos, sin embargo, le estimamos; algo cordial y señoril se desprende de él: conocemos su nombre, sus apellidos, su profesión, y cuando pasamos por delante del sillón en que dormita, metido entre un gabán a cuadros y una gorra gris, nos acercamos a él afectuosamente para informarnos de su salud.

Una mañana subió a cubierta la noticia de que don Alfredo estaba enfermo, y entonces recorda-

mos que hacía dos días no le veíamos en el comedor. Alguien propuso:

—¿Vamos a su camarote?

Aceptóse la idea y designamos una comisión compuesta de dos señoritas y varios "distinguidos". Como estas ceremonias no deben verificarse con excesiva gravedad, las señoritas llevaban en sus lindas manos, para el paciente, una copa de champagne y un racimo de uvas.

A don Alfredo le hallamos caído, más que acostado, a medio vestir y con una bota puesta; ¡sólo una!... El pie descalzo colgaba fuera de la litera, y oscilaba inerte; parecía un péndulo.

Los que marchábamos a la vanguardia de la comisión detallamos, a la primera ojeada, la indumentaria del enfermo, y volvemos la cabeza para significar a las señoritas que podían entrar.

Don Alfredo entreabre sus ojos verdes, burlones y dulces, y al reconocernos se incorpora sobre un brazo para agradecernos nuestra atención. Una señorita le ofrece uvas, la otra le enseña la copa teñida de oro por el champagne y don Alfredo sonríe feliz. Después refiere con voz convaleciente sus trabajos de aquella mañana: su lucha contra el vértigo había sido terrible: a fuerza de voluntad pudo vestirse el pantalón y la camisa, y ponerse los puños; lo que le perdió fué la corbata, es decir, el momento en que trató de anudarse el lazo de la corbata: vacilaba él sobre sus piernas débiles, temblaba su imagen, cada vez más lívida, en el fondo del espejo; don Alfredo apenas se reconocía en el cristal; su figura cadavérica se emborronaba, su cabeza iba de un lado a otro, hasta que, de súbito, el mareo le agarró del cuello y le tiró, como a un pobre pelele roto, sobre la litera. Con un gesto pícaro y humilde nos mostraba su cinturón mal ceñido, su camisa a medio abrochar... y placenteramente volvió a reclinarse sobre la almohada y cerró los párpados; de nuevo la conciencia se le iba...

Cuando a la tarde siguiente don Alfredo, aprove-

chando unas horas de mar tranquilo, reapareció sobre cubierta, hundido entre su gorra gris y su gabán de cuadros, fué recibido con aplausos.

El señor que está triste.

No he conocido persona más ingenua, más sencilla, más buena, en suma, que este viajero moreno y barrigón, de bigote negro y ojos grandes y sinceramente tristes, cuyos rasgos culminantes de carácter fueron siempre la resignación y la melancolía. En este hombre, joven aún, que viajaba con su señora y tres o cuatro niños, que disfrutaba de salud excelente y era rico, según después supimos, la tristeza y el constante suspirar no constituían una *pose*. "Pérez"... (¿vamos a llamarle así, puesto que era español?...), no se las echaba de taciturno, ni se desgarraba a entrecortados suspirones el pecho, por darse importancia, sino por acendrado altruísmo y blandura exquisita de corazón. Pérez aplicaba sus cinco sentidos a mostrarse triste, convencido de que el dolor propio alivia y distrae el ajeno. Desde el primer instante, en el comedor, como en la biblioteca, en el fumadero, en la sala del piano o allá arriba, sobre cubierta, Pérez ofreció aquel gesto nostálgico que había de conservar todo el viaje. Resuelto a ser triste, hasta lo más alegre parecía afligirle.

Una tarde Pérez se acercó a nosotros, la gorra bien encasquetada, los ojos lánguidos, las manos en los bolsillos del pantalón, la oronda barriga cortada por una cadena de oro.

—¡Qué azul está hoy el mar!—suspiró.

Efectivamente, el día era espléndido; pero "el hombre triste", en su afán de consolarnos de nó sabemos qué dolor, añadió:

—¡Ay!... El mar azul me da pena...

Todas las mañanas, su saludo iba acompañado

de la siguiente reflexión, alusiva a la terminación del viaje:

—¡Ya falta ménos!...

Y se alejaba suspirando.

Pérez no se mareaba, pero aseguro que, más de una vez, debió de renegar de su fortaleza y hacer cuanto pudo "por acompañar" a su señora, que se mareaba horrorosamente.

Era muy avanzada la noche cuando el *Montevideo* salió de Málaga: la luna llena parecía deshacerse en una magnífica catarata de luz lívida; por las aguas dormidas, refulgentes, como de plata, de la bahía, una goleta se deslizaba silenciosa, fantasmal; sobre la obscuridad, el castillo de Gibralfaro recortaba sus perfiles heroicos, propicios a la leyenda.

Cruzados de brazos, contemplábamos desvanecerse la ciudad de donde nuestra alma errante se ha llevado recuerdos. Sin embargo, estábamos contentos: un viaje largo es como un regreso a la primera juventud; una excursión trasoceánica tiene la alegría, la nerviosidad, de una vida que empieza. Jamás fulguraron en el cielo tantas estrellas...

Creyéndonos dolidos, "el señor triste" se acercó a nosotros, observó el espectáculo y sollozó:

—¡Adiós, Málaga!...

Su pena nos interesó, nos conmovió; acabábamos de vislumbrar, en el fondo de aquella exclamación trivial, un amor desgraciado; una novia muerta, tal vez... Nadie sabe la cantidad de dolor que puede haber en el suspiro de un hombre gordo.

—¿Ha vivido usted en Málaga?—inquirimos.

—No—repuso sencillo—no la conozco...

Volvió a suspirar y se marchó lento, balanceando sus espaldas cuadradas y su vientre redondo.

Yo hubiera querido regalarle a Pérez unas castañuelas, para ver lo que hacía con ellas; probablemente echarse a llorar.

EL CORAZÓN DEL BUQUE

Siempre que alguien cuyos negocios marchan bien me participa su decisión de comprar un hotel, me quedo triste. ¿Envidia?... ¡No! ¡Lo contrario, precisamente!... Afecto, conmiseración hacia quien me habla. Porque ese hotel es "la solución", el "desenlace" burgués de un largo camino de privaciones, trabajos y vigilias. Ese hogar propio, donde cada hombre ansía pasar "sus últimos años", implica un concepto de reposo, de quietud, que le convierte en un atrio o preámbulo del cementerio. Adquirir una casa para meternos a envejecer en ella es ponerle a nuestra muerte una introducción. Un pequeño propietario de esos no necesita ser un gran imaginativo para fantasear su propia agonía y asistir, en cierto modo, a sus funerales. Rodeado de muebles sólidos, de muebles que durarán más que él, le es fácil pensar:

"Moriré en la alcoba. El salón será convertido en capilla ardiente. Llegado el momento, sacarán mi ataúd "por ahí"...

Esto es repugnante: tiene la monotonía, el aburrimiento horrible, de lo muy previsto.

Yo, por rico que llegase a ser, nunca compraría una casa. ¿Para qué vincularnos a lo material? ¿Para qué meter el perpetuo y divino sobresalto de nuestro corazón entre la estrechez carcelaria de cuatro paredes?... Un inmueble es algo que oprime, que sofoca; es una especie de enorme raíz que de pron-

to nos sujetase a la tierra. Una casa es el primer paso que los hombres, fatigados de luchar, dan hacia la tierra...

*
* *

Mi ideal burgués es muy otro: yo, a poder, compraría un automóvil, un buque, un tren... Algo que me liberase de cuanto me circunda y no se mueve; algo que me permitiese huir...

Esta idea no es nueva en mí. Hace algunos años, hallándome de paso en Valencia, llegué a ver reunidas mil pesetas. Posiblemente lo exiguo de la cantidad hará sonreir a muchos; pero conste que no hago de ella donaire; antes la consigno por respeto a la verdad histórica: en la vida del arte mil pesetas juntas es un fenómeno que se produce raras veces.

Aquella tarde—un suave crepúsculo de Agosto—salí a rondar por el puerto en bote. Dormía el mar bajo el cielo azul y sin viento. El botero remaba cadenciosamente, las piernas abiertas, los desnudos pies, de dedos sueltos y poderosos, bien afianzados sobre el banquillo que tenía delante. Alrededor de la embarcación las olas musitaban su canción sirena, y su filar acariciaba, adormecía y era como un sedante para el redolor cauteloso de los recuerdos.

—¿Cuánto me costaría una lancha como ésta?—pregunté al barquero.

—De doscientas a doscientas cincuenta pesetas—repuso.

—¿Nada más?—exclamé asombrado y feliz.

—Nada más—repitió.

Sus palabras me llegaron al corazón y dieron súbita vida a una ambición vieja en mí: la de comprar un buque.

"¿En qué más lucida empresa podría emplear mis mil pesetas?"—pensé.

Apenas concebida la idea, la imaginación—formidable amazona—echóse a cabalgar sobre ella.

"Si esta lancha—discurría la incorregible traviesa—cuesta doscientas cincuenta pesetas, otra de doble eslora costará quinientas, y si doblamos aún su longitud—lo que ya comienza a representar un tonelaje de cierta consideración—su precio ascenderá a doscientos duros exactamente, ¡o no hay matemáticas en el mundo!..."

Parecióme que mi vida, mal encauzada siempre, había hallado su refugio, su rumbo. Yo necesitaba trabajar mucho y aislarme, y para aislarme nada mejor que un buque.

La imaginación continuaba tejiendo su prodigiosa red de araña.

Un velero no gasta en locomoción. Podían acompañarme a bordo dos marineros y un grumete. ¿Para qué más gente?...

Mi programa reducíase a escribir sin descanso durante los viajes; cuando llegase a un puerto depositaría mis crónicas en el correo, cobraría su importe a los corresponsales de mis periódicos, pagaría a mi tripulación, compraría víveres... ¡y al mar otra vez! ¡Oh, qué existencia tan aventurera, tan fuerte, tan bella, tan libre!...

A partir de aquel momento me dediqué a buscar "mi buque". La investigación duró varios días: a unas embarcaciones las desdeñaba por pequeñas; otras me parecían demasiado grandes; llegué a saberme todos los rincones del puerto de memoria.

Al cabo descubrí un bergantín que, a la primera ojeada, satisfizo todos mis anhelos: era alto de guinda, de corte elegantísimo y pintado de blanco; la luz matinal parecía bañarlo en la alegría de una sonrisa de novia. Varios cargadores desembarcaban de él madera. Gravemente, con esa parsimonia fatua de los hombres adinerados, acostumbrados a satisfacer sus caprichos, me acerqué al capataz de la cuadrilla.

—Me gusta este barco—le dije—¿usted sabe si su dueño lo vendería?...

El interpelado demostró un asombro que, franca-

mente, me molestó un poquito. ¿De qué se pasmaba? ¿No tenía yo trazas de poder comprar un barco?...

—Sí, señor—repuso—; tal vez... Diríjase usted a la casa armadora.

Y me dió unas señas que yo, con lentitud estudiada y teatral, apunté en un papel. Luego...

—¿Cuánto cree usted que costaría este buque?...

Mi interlocutor miró hacia el bergantín, y sus ojos tasadores fueron desde el casco a la arboladura.

—Este barco, según está—afirmó—no vale menos de sesenta mil pesetas.

¡Catorce mil duros!... ¡¡Me había equivocado en sesenta y nueve mil pesetas!!...

Este fracaso, que acredita mi exiguo sentido de la realidad, ha servido para ratificar mi devoción, mi fervor ardiente, por los barcos de vela. Admiro el ágil donaire con que jinetean sobre las olas; su destreza para servirse del viento hasta cuando han de avanzar contra él; la femenina gracia que hay en las turgencias de su velámen; la gárrula polifonía de su cordaje; la suprema elegancia, la impecable euritmia con que su trapío, intensamente blanco, bajo el sol, se balancea en el regio esmalte azul del horizonte. Las fragatas, las corbetas, los bergantines, son los aventureros del mar, los artistas del mar; son, por antonomasia, los barcos románticos, los barcos líricos, en que la voluntad del hombre lo dispone todo...

***

Por el contrario, los grandes trasatlánticos modernos, con sus hélices y su telegrafía sin hilos, carecen de poesía: los vientos y las olas significan para ellos casi nada; saben la fecha en que llegarán a puerto; esquivan fácilmente los ciclones y conocen milla a milla el derrotero que han de seguir. Su vida es mecánica, y el cálculo expulsó de ellos, cual

si le hubiese tirado por la borda, al duende novelesco de lo imprevisto. En los trasatlánticos, el capitán pierde su personalidad. ¿Es joven? ¿Es viejo? ¿Es impaciente? ¿Es reflexivo?... Nada sabemos, ni importa: dentro del tremendo dinamismo de esos colosos del océano, el capitán es una rueda más. Los trasatlánticos de hoy, con sus magníficos comedores, sus camarotes de lujo y sus jardines, donde por las tardes suena una orquesta, repiten la vulgaridad, la frialdad, de los hoteles de viajeros.

Quise conocer la máquina del *Montevideo;* aquella vieja máquina que día y noche, pero particularmente de noche, desde el silencio de mi camarote sentía latir infatigable, como un corazón.

Provistos de pelotones de estopa, para no ensuciarnos las manos demasiado, descendimos por una empinadísima escala de hierro. El primer maquinista, don Miguel Miró Benlliure—pariente del famoso escultor—es nuestro "Virgilio" en esta excursión a las entrañas bárbaras, ardorosas y rugientes, del buque.

Llegamos a un puente o rellano de hierro, que constituye una especie de "primer piso", y hacemos alto. Bajo nuestros pies, en la tiniebla del abismo, el titán forcejea, y su musculatura de acero brilla trágicamente a la luz de las lamparillas, inteligentes y atisbadoras como pupilas. La atmósfera es tan ardiente, que abrasa el rostro; la excéntrica prolonga un jadeo enorme, un treno formidable de agonía, que parece subir desde el mismo fondo del mar y sacude las paredes de la sima.

El ruido ensordece, enloquece; es necesario hablar a gritos. Miramos sin cansarnos, porque cada miembro del monstruo tiene una expresión, un gesto consciente, casi humano.

Las bielas que ponen en movimiento al eje motor, parecen brazos desesperados: los cigüeñales remedan hombros; el eje de transmisión, tendido en el suelo de un largo túnel, es como una fabulosa larva que se retorciese incesantemente sobre sí

misma; el cojinete de empuje, destinado a resistir los esfuerzos de la hélice, semeja, en su inmovilidad, una silenciosa y extraña estalagmita; hay, pendientes de los muros, alambres y complejas tuberías que parecen telarañas, que simulan raíces...

Algo muy poderoso, sobrehumano, nos circunda y domina con la idea de hallarnos presos entre las patas de un inmenso y absurdo pulpo de hierro. El demonio inexplicable del movimiento piruetea de un extremo a otro, convertido, por la acción concertada de la excéntrica y de las bielas, de circular en rectilíneo, de rectilíneo en circular. La maraña de órganos, todos tremantes, en la ingente armonía del conjunto, es indescriptible; a compás de los miembros vitales que reparten la fuerza, las máquinas auxiliares realizan sus cometidos respectivos: tal es la hidráulica, encargada de mover las grúas de carga y descarga, y el molinete de levar anclas; la eléctrica, que alimenta con su energía toda la red de alumbrado del barco, y los dínamos de la telegrafía Marconi; el refrigerador, destinado a mantener en los depósitos de legumbres y de carnes una temperatura glacial; los automáticos que inyectan el agua a las calderas; la bomba que surte los tanques sanitarios, baños, lavaderos y retretes... y otros varios mecanismos inferiores, cuyas enmarañadas tuberías cuelgan de las paredes misteriosos festones.

Hemos bajado otros dos pisos, y nos hallamos en la parte más arcana del buque.

El calor llega a ser asfixiante: un calor de volcán o de báratro: el sudor nos empapa la frente y el cuello; ahora, vistos tan de cerca los miembros trajinantes de la máquina, parecen más atormentados, más temibles y mayores. En la semioscuridad torva de la sima, las mangas de aire, hinchadas por el viento que tragan allá arriba, en cubierta, se estremecen, se hinchan, vibrantes y grotescas, y son como las perneras de un pantalón de locura.

El personal de la máquina lo componen cuatro "maquinistas", cada uno de los cuales tiene un "ayudante" a sus inmediatas órdenes; seis "engrasadores" que sin cesar van y vienen, lubrificando las articulaciones del titán; un "pañolero", un "calderero", tres "cabos de agua", encargados de vigilar el servicio de los hornos; diez y ocho "fogoneros" y doce "paleros", cuya misión es transportar el carbón desde los depósitos a los hornos. Todos estos hombres, los más comprometidos, los más abocados a morir en caso de naufragio, se relevan cada cuatro horas.

Por una puertecilla enana penetramos en la cámara de las calderas, verdadero "corazón del buque", en cuya tiniebla los diez y ocho hornos que mantienen su vida bermejean como pupilas infernales. Allí lo que no es negro, es rojo, y el choque de estos dos colores apasionados y supremos teje matices alucinantes. Silba el fuego, mientras las llamas se retuercen epilépticas con una alegría de destrucción; los fogoneros y paleros, casi desnudos, callados, enjutos, dantescos, se atrafagan sobre los montones de carbón y de ganga humeante; los reflejos del incendio tiñen de púrpura las rodillas salientes y los pechos secos y velludos. El aliento de los hornos quema; es como una brasa que nos acercasen al rostro, y retrocedemos. Bruscamente hemos sentido el deseo de escapar pronto de aquel pozo apocalíptico, donde a cada momento nos parece que un estallido horrísono va a producirse.

Ya estamos sobre cubierta; la región apacible, soleada y azul. Los viajeros forman grupos: unos leen, otros charlan o dormitan, ajenos a la tortura de "los de abajo", de los paleros, tiznados de carbón y jadeantes; de los fogoneros, siempre sedientos ante los hornos que les abrasan la boca y los ojos.

El corazón del buque bate isócrono, con un ululeo de plegaria y de suplicio; y ese ululeo es la can-

ción del barreno que, de continente a continente, las hélices clavan en el mar.

. . . .

¡Ah, mi velero, que no compraré nunca! A tenerlo, en él no hubiese habido jamás ruido, ni calor, ni dolor; hubiera sido alegre, blanco, liviano, como una sombra en un espejo...

FIESTAS PASCUALES

La Nochebuena a bordo.

La tarde languidece plácidamente en un magnífico terceto rosa, esmeralda y azul. Cruzados de brazos, en pie a la hila de la borda, varios viajeros contemplan la lejanía sumidos en esa serenidad nostálgica que inspira el mar. De pronto, casi en la línea misma del abrasado horizonte, descubrimos una manchita blanca: es un velero, que boga en dirección contraria a la nuestra.

—Parece inmóvil—observa a mi lado una voz.

Me vuelvo. Es la señorita María la que acaba de hablar: una señorita muy linda, muy discretamente elegante, a quien, por lo silenciosa y la dulzura contemplativa de sus ademanes, llamamos "la Niña Calladita". Sonrío: "la Niña Calladita" tiene razón; aquel barco se muestra quieto y como clavado en el bruñido añil del horizonte.

—Esta vez, sin embargo—respondo—podemos asegurar que las apariencias nos mienten. Si ese velero no marchase tan lejos, lo veríamos cabecear; acaso lleve viento de proa... Y así, como él, son muchas vidas: tranquilas y ecuánimes, miradas a distancia; secretamente despedazadas y acaso dramáticamente tempestuosas, si tuviésemos la curiosidad de acercarnos a ellas...

Ahora es "la Niña Calladita" la que sonríe; su inocencia busca en mí una amargura.

—¿Está usted triste—dice—porque hoy es Nochebuena?

Hago gestos negativos y sinceros. ¡No!... A bordo nadie puede sentirse irremediablemente triste: el Dolor, señor y déspota de la tierra inmóvil; los recuerdos, raíces malditas con que nuestra pobre alma se agarra al tremendo fracaso de lo ido, naufragan o al menos se debilitan sobre la aturdidora y desmoralizadora inquietud del mar.

A nuestro alrededor, efectivamente, todas son risas: a la hora del almuerzo el capitán anunció su propósito de festejar la Nochebuena, y cada cual se dicta hacer algo en pro del general regocijo. Hay concesiones mutuas: "los que aman" interrumpen de vez en cuando su ilusionado picotear para acercarse a nosotros; "don Alfredo" parece menos mareado que otros días; los bien informados aseguran que después de la Misa del Gallo habrá baile, cena, y una tómbola a la que cada viajero contribuirá con un objeto, y cuyo producto será enviado al Montepío Naval. Entretanto "los graciosos" se han procurado unos carrizos y fabricado, con latas de pimientos, unas zambombas que llenan el barco de un estrépito disonante y morisco, y como tal, netamente español. Las muchachas van de corrillo en corrillo pidiendo a unos y a otros aquellos objetos—una corbata, un frasco de esencia, un pañuelo, un libro—que a la noche serán pujados en la tómbola. Nadie esquiva el compromiso y cada cual se retrata en lo que ofrece. Don Alfredo dona un par de guantes nuevos; don Eduardo Atané, una botella de Jerez; "un gracioso" regala un calcetín, ¡uno solo!... y su donaire arranca una ovación.

Las horas que siguen a la de la comida transcurren alegres; el buque vacila y con él las amargas memorias de cuanto dejamos atrás. Como en tierra,

«Esta noche es Nochebuena,
y mañana Navidad»...

Cunde la risa; la vida desarruga el ceño para convertirse en una pirueta. Se recuerdan cuentos, se disponen juegos "de prendas" y se cantan villancicos hasta que las zambombas quedan rotas. Después, como todavía es temprano, asaltamos el salón y comienza el baile; a cada momento los danzarines pierden el equilibrio; "los graciosos" desafinan "a coro"; don Eduardo Atané, gordo y zumbón, anuncia que, en obsequio a la concurrencia, cantará el vals del "Caballero de Gracia", viejo de más de treinta años. Un viajero se ofrece a acompañarle al piano, y entre protestas y risas de los circunstantes, Atané, carirredondo y grave, y muy erguido, como para hacer resaltar mejor la convexidad feliz de su panza, ataca las primeras notas del vals rancio y famoso. ¡Empeño imposible! El cantante va por un lado y por otro el pianista, a quien los fuertes balanceos del barco sustraen, a cada momento, el teclado de debajo de los dedos. Los artistas, sin embargo, no cejan, y hubiesen llegado heroicos al último compás, si Fernández Dorán, en medio del cortés silencio de todos, no se hubiera llevado una mano a la boca para lanzarles – o "empujarles" — según se dice en Cuba, una irreverente "trompetilla". Y así, entre carcajadas y a filo del ridículo, terminó el concierto.

Poco antes de la media noche, un marinero abrió las hojas, revestidas de espejos, de un armario que guardaba un altar, encendió las velas con que éste había de alumbrarse, y así, por arte de tramoya, el salón quedó transmutado en capilla.

Sobre la alfombra en que minutos antes estuvieron bailando, las mujeres van arrodillándose contritas, los semblantes cubiertos de unción, el mirar grave, aquietado, como inmergido en la contemplación de algo inmenso y distante. De los hombres, algunos, los viejos, también se prosternan; los demás nos mantenemos de pie junto a las puertas, abiertas esa noche a la devoción de todos los habitantes del buque: es la única vez en que, igualadas

por la mansedumbre del Evangelio, las "tres clases" pueden mezclarse.

A la primera campanada de las doce, humilde, solemne, peregrinamente magnificada por el mar, lleno de luna, que nos sostiene, que nos mece; por el mar que es camino, y puede ser abismo y sepulcro para nosotros, comienza la Misa...

El sacerdote, a pasos lentos y escénicos, va y viene bajo el prestigio de su casulla blanca, florecida de oro; el aroma litúrgico del incienso invade el salón; todos los labios repiten maquinales la misma plegaria; clarineante, imperativa, tal que una voz de profecía, ha tintineado una campanilla y las frentes se doblan hacia el suelo. Y en aquel instante, soberanamente estético, prodúcese un acre contraste entre el místico sacrificio que significa lo Eterno, lo Inmóvil, y la barroca cabalgata exterior del viento y de las olas.

Terminada la Misa, bajamos todos al comedor y renace la hilaridad. Después de la tómbola y de la cena, remojada con *champagne*, la mayoría de los pasajeros se reintegran a sus camarotes. Están cansados. Son más de las tres. Unicamente vuelven a cubierta "los que aman", devotos de los rincones y de la media luz; y "los graciosos", resueltos, con tal de amargarles a aquéllos la Nochebuena, a presenciar el orto del Sol.

Día de Inocentes.

A bordo, el famoso "día de Inocentes" añade, al natural mareo de la navegación, el aturdimiento que ocasionan en nosotros los hechos imprevistos y absurdos; el pasmo desconcertador de lo extravagante. En los trasatlánticos, como en las Academias militares, la jornada del veintiocho de Diciembre reviste caracteres terroríficos. Nadie se fía de nadie, porque cada cual salió de su camarote decidido a no hablar en serio. Degollando niños, Herodes ins-

tituyó la "fiesta de la Mentira". Ese día mentirán los hombres más graves; mentirán el sobrecargo, el médico... Todo a nuestro alrededor es incongruente y nos acecha. ¿No habrá una broma escondida en el vaso de agua que nos trae el camarero? El bombón que esa señorita va a ofrecernos, ¿no será de madera o de acíbar? "Nuestra silla", la silla en que acostumbramos a sentarnos y ostenta nuestro nombre, ¿no estará desclavada?... En cada persona que se acerca a hablarnos, en cada viajera que nos mira sonriendo, nuestra malicia recela una burla, un peligro. Lo que la víspera nos hubiera halagado, en ese día aciago nos tortura. El mismo capitán, que minutos antes vimos pasar con ceño de pocos amigos, como si hubiese bajado el barómetro, lleva preparada su mentira...

Un camarero habla a don Alfredo:

—De parte del médico, que tenga usted la bondad de ir a verle.

—¿A mí?—balbucea don Alfredo entreabriendo en la penumbra de su visera sus ojuelos azules y mareados.

—Sí, señor; y usted también...

Se dirige "al caballero de la nariz larga".

—¿Yo?... ¿Para qué?

—No sabría decírselo; cumplo una orden.

El criado sonríe con la humildad de un irresponsable, saluda y se marcha.

Casi a la vez, todos, "la Niña Calladita", "el joven del traje azul", "el señor que está triste", yo... hemos recibido igual aviso. ¿A qué obedecerá esto? ¿Por qué nos molestan?... Desconfiados, procuramos explorarnos unos a otros. Se forman corrillos.

—¿A usted le ha llamado el médico?

—Sí, señor.

—Y a mí.

—¿También a usted?

—Creo que no han exceptuado a nadie.

Reflexionamos: sin duda quieren informarnos de algo concerniente a la visita de inspección que ha

de hacernos, en Puerto Ricò, la Sanidad. Ya tranquilizados, casi felices—porque hay algo que hacer — nos encaminamos al camarote del médico. Parado en la puerta, las manos en los holgachones bolsillos de un guardapolvo, el buen doctor, sonriente, a todos nos acoge con las mismas palabras:

—¡Otro "inocente"!... ¿Pero, no había usted comprendido que es una bromita del sobrecargo?...

Al volver a cubierta, ligeramente amohinados—¿a qué negarlo?—sabemos que la noche antes una pobre pasajera "de tercera" ha dado a luz. El capitán ha permitido que en el cuadro de las Noticias Oficiales, se fije un aviso donde se invita "a las personas de buena voluntad" a socorrer la afligidísima situación de la enferma; los donativos deberán entregarse al señor sobrecargo. El aviso no va autorizado por ningún sello, y la firma puesta al pie de él es ilegible; la gente, sin embargo, no duda, y aquellos de más compasivo y misericordioso corazón son los primeros en morder el engaño; su ejemplo arrastra a otros. Alegres, con la dilecta alegría que nace del ejercicio de la caridad, van en busca del señor sobrecargo. Don Rafael Abella, que está escribiendo, se levanta al oirles llegar y tiende hacia ellos sus manos amables y tranquilas, de hombre gordo; una dulce sonrisa episcopal descubre la blancura de los dientes en la magnífica placidez del rostro redondo y afeitado; la calva brilla bajo la cruda luz que llena el "ojo de gato".

—Hemos leído el aviso, y veníamos...

—¡Ah, sí!... Muy bien...

—¡Pobre mujer!... ¿Cómo sigue?...

El señor sobrecargo se distrae removiendo unos papeles, y contesta evasivamente:

—Yo no la he visto todavía; parece que sigue igual...

No quiere comprometerse. "Los inocentes" abren sus bolsas: quién da dos pesetas, quién da cinco... Es un dinero que, cuando llegue la noche, se disipará en *champagne*.

A media mañana varios emigrantes cruzan el puente, de popa a proa, llevando en hondas gamellas de hojalata grandes porciones de rancho humeante. Caminan de uno en fondo y sus cuerpos mal vestidos, sus pies descalzos, de dedos separados y fuertes, causan entre los viajeros "de cámara" una impresión molesta. Las mujeres, más sensibles, apartan de ellos los ojos. Al llegar a la escalerilla que conduce a cubierta, el hombre que marcha delante resbala y cae; la gamella escapa de sus manos; el rancho se derrama. Casi al mismo tiempo, el individuo que caminaba tras él, patina y viene al suelo. Todos miramos: la primera caída ha producido estupor, piedad; la segunda ha causado risa. Los emigrantes, sin rechistar, huyen avergonzados. Dos camareros, provistos de escobas y de baldes de agua, acuden a fregar lo sucio.

En un rincón, "los graciosos" se convulsionan de risa: son ellos los autores del desaguisado; ellos, que minutos antes untaron el suelo de jabón para que los emigrantes se cayesen.

En el comedor, a la hora del almuerzo, la desconfianza que todos nos inspiramos mutuamente se agrava. Con la venia del capitán, el cocinero dejó volar su fantasía por los fertilísimos campos de la travesura, y, verdaderamente, los platos, aún los más burgueses, no inspiran apetito a nadie. Nos miramos, nos espiamos, y cada cual desea que su compañero de mesa "empiece". Poco a poco nos convencemos de que nuestros recelos son justificados: el agua de las botellas es de mar; en el interior de cada barra de pan hay una cuerda; los pasteles son de serrín; en los saleros una mano burlona ha puesto azúcar...

El miedo cunde entre los comensales, las cucharas, los tenedores, permanecen ociosos; hubo plato que, a pesar de no encubrir ninguna travesura, regresó intacto a la cocina. Muchos se levantaron de la mesa casi en ayunas; y todos nos reíamos de

todos: del que comía y recibía un chasco, y también de quien, por no recibirlo, no comía...

¿A qué ese horror a ser engañado, cuando es tan dulce creer?...

¡Día de Inocentes!... ¿Por qué llamarlo así? ¿Acaso para la ilusa y pobre humanidad, sobre el mar, como en tierra, todo el año no es "dia de Inocentes"?...

MI PRIMERA CONFERENCIA

Pequeñas confesiones.

La noche del 31 de Diciembre la pasó el *Montevideo* dando vueltas, a menos de un cuarto de máquina, frente a la bahía de San Juan de Puerto Rico; un retraso como de media hora nos vedó entrar en ella, y necesitamos esperar al día siguiente.

Esa noche memorable la viví solo, en un rincón de la toldilla: nadie fué a buscarme, nadie llegó a importunarme con pláticas triviales, y en verdad que mi elocuencia y mi agradecimiento, puestos de acuerdo, no hallarían frases con qué festejar este olvido de mis compañeros de viaje.

Pocas veces el mundo exterior y mi espíritu latieron tan al unísono, ni se compenetraron tan íntimamente, ni parecieron derramarse y fundirse tan sabrosamente el uno en el otro: era como si la naturaleza entera estuviera pendiente de mí y me hablase con sigilosas voces de amistad; era como si todas las brisas y rumores del mar, y todas las suaves claridades astrales, se me hubiesen metido en el corazón. Delante de mí, el Atlántico inmenso, negro y tranquilo, y el cielo copiosamente estrellado, bañado en la lividez argentina de la luna; y en mi alma, toda la serenidad mística del espacio, al par que todas las peores inquietudes y amarguras del piélago.

A pocas millas, en la obscuridad ligeramente azulosa de la distancia, la ciudad de San Juan, a la izquierda; y luego, a la derecha mano, los caseríos de Miramar, Santurce, Hatorrey, Martín Peña y otros, prendían a lo largo de la costa ondulante un alegre festón de luces.

Yo meditaba:

«En esa playa comienza para mí un camino.»

Puerto Rico podía hundirme o impulsarme, servir de tumba a mis planes o de poderoso trampolín a mis ambiciones, darme un par de alas aquilíferas para volar, o ceñirme un grillete a los pies...

¿Qué me esperaba allí?

Acodado sobre la borda, mi pensamiento se detenía en aquella tierra donde la Realidad salía a proponerle a mis esperanzas un duelo a muerte. Algo irreparable iba a decidirse. Al salir de Europa, mi optimismo le había dicho a mi con ciencia:

«San Juan de Puerto Rico será para ti un lugar de ensayo: si triunfas en tu empresa, seguirás adelante; si fracasas, como la ciudad es pequeña, nadie lo sabrá. No te asustes: más que de un verdadero *début* se trata de un *ensayo general.*»

Con tales palabras me sentí satisfecho. ¿Para qué apurarme cuando entre mi proyecto y su realización estaba todavía la vastedad del Atlántico? El barco podía hundirse, o haber un incendio a bordo. El dios maravilloso de lo Imprevisto camina siempre a nuestro lado. ¿A qué, pues, torturarme prematuramente?

Pero ya el Atlántico había quedado atrás; ya era llegado el crítico momento en que mi presente y lo que debía de ser mi porvenir, iban a estrecharse las manos. ¡La Realidad!... ¡Qué fuerza terrible la de esa Realidad en donde no hay términos medios ni penumbras, y así, cuando no se humilla a nosotros y nos favorece, es porque nos ahoga!... Hasta entonces pude complacer a los demás y esperanzarme a mí mismo con frases amables; de allí en

adelante, para colocarme en airoso lugar, las bellas frases necesitaban mudarse en victorias.

Emociones innúmeras, semejantes a pájaros negros, a pájaros de agorería, surcaban mi espíritu. Era media noche y a esa hora, la más propicia a la confesión, quizás porque el cansancio de una larga vigilia distendió nuestros nervios y los inclinó a la sinceridad, una gran luz de verdad iluminó mi interior. Según soy, me vi, y durante larguísimo rato pude reconocerme sin modestia ni orgullo.

Unas veces me decía:

«De eso eres capaz.»

Y otras:

«Eso no lo harás nunca; no lo intentes siquiera, por mucho que te lo aconsejen, porque los mismos que te animen a ello no serían los últimos en reirse de ti.»

También experimenté la pena de hallarme tan solo en trance tan difícil. Pero en el acto reaccioné. Una voz sabia musitaba en mi oído:

«Procura no desempeñar nunca el papel de remolcador: la misión de los remolcadores es arrastrar objetos útiles, sí, pero abúlicos y pesados; y por eso, aunque sus máquinas sean prepotentes, los verás avanzar despacio. Tú estás bien precisamente porque estás solo. Sé egoísta: para ti todas tus iniciativas, todo tu esfuerzo.»

El caminar del *Montevideo* era tan soñoliento que, por instantes, apenas se advertía. Una indescriptible serenidad religiosa sublimaba las vastedades del espacio y del mar, y bajo el cielo empapado en la llovizna fría y blanca de la luna, la proa del buque se adelantaba—toda voluntad—con un magnífico ademán afirmativo; durante unos segundos aquella proa me pareció un altar. Detrás del trasatlántico la estela dibujaba un camino fantasmal; aquél por donde nosotros acabábamos de pasar y que es el mismo que sigue el pensamiento de los que nos recuerdan. ¡Oh! Si es verdad que las almas viajan de noche, durante su sueño, ¡cuántas irán y vendrán

bajo la luz lunar, por el piélago, acompañando al ser amado! Coro de sombras lívidas, filantes, sutiles, como mallas de neblina, sobre el penacho cano de las olas.

A estas imaginaciones, cada una de la cuales, a su modo, me solicitaba y empavorecía, vino a añadirse otra que, por ampararse en una rara coincidencia, ayudó no poco a turbarme.

Era la noche del 31 de diciembre...

Un año desaparecía y otro comenzaba; el hilo cabalístico del Tiempo iba a romperse, como para insinuarme que dentro de mí algo moriría tambiény, de consiguiente, que me importaba ir aderezándome para una nueva vida. ¡Ah!... ¡Qué emoción de pavura la de aquella noche en que cabían dos años!

El desembarque.

Al siguiente día, muy de mañana, no bien terminó la inspección sanitaria y apenas los aduaneros subieron a bordo y los vaporcitos que habían de trasportarnos al muelle atracaron al *Montevideo*, comenzó el alijo de pasajeros y equipajes.

El registro de las maletas y baúles "de camarote", se verificaba arriba, sobre cubierta, bajo la luz ruda del sol. Era una exposición de prendas íntimas, un atropello grosero de secretos, que a veces hacía sonreir a los mirones; luego aquellos equipajes desaparecían a hombros de los marineros, por la escalerilla de desembarque. Todos andábamos inquietos y no nos deteníamos a saludarnos, como otros días; diríase que no nos conocíamos. He aquí un fenómeno curioso y triste, que se repite invariablemente: durante dos o más semanas los viajeros de un trasatlántico han convivido, han fraternizado; a juzgarles por la cordial animación de sus charlas, por los apretones de manos que cambian todas las mañanas, al levantarse, y por el interés con que cada cual acude a informarse de cómo su interlocutor ha

pasado la noche, creeríase que entre ellos existe una amistad cierta; y, sin embargo, un ochenta por ciento de estos afectos desaparecen — como el mareo—en cuanto el barco larga anclas; de donde fácilmente se deduce que, sin advertirlo, dócil a un imperativo ancestral y subconsciente, la humanidad se repele, se odia, y así nos huímos unos a otros no bien la ocasión aparece de perdernos de vista.

De los pasajeros del *Montevideo*, unos se quedan en Puerto Rico, la mayoría va a la Habana, otros a Centro América. Ha llegado el momento de restituirnos los libros que nos prestamos durante la travesía, de despedirnos y de cambiar nuestras tarjetas. Todos—unos sabiendo que mienten, aquellos ingénuamente — prometemos no olvidarnos y enviarnos una postal, de cuando en cuando.

Una señora francesa, que también desembarca en San Juan, viene a devolverme una novela de León Daudet, que yo la dí a leer. En la última página del volumen, ella había escrito con lápiz: "25 de Diciembre. A bordo del *Montevideo*". Días después me dijo que una señorita, compañera nuestra de viaje, solicitaba un autógrafo mío.

—¿Cómo se llama?—pregunté.

Y ella había añadido, también con lápiz, y a continuación de lo arriba escrito: "Julia Battlé".

Ahora, al separarnos, observé:

—Convendría romper esta hoja.

—¿Razón?

—Porque ese nombre puesto al pie de esa fecha y por la misma mano, parece indicar que entre esa señorita y yo hubo un "flirt", lo que no es cierto.

Meditó unos instantes:

—Es verdad – dijo:—¡qué original!... Hay coincidencias que luego parecen historias...

. . . .

El vaporcito que me llevaba a tierra cruzaba rápido la bahía, inmóvil, tersa, refulgente, como un inmenso espejo lleno de sol; y, según avanzaba, la

población iba definiendo ante mí su seductora policromia tropical. A la izquierda, el glorioso Castillo del Morro, donde subsiste un convento desde el cual unas monjitas españolas saludan ¡todavía! con su bandera a cuantos barcos de España entran o salen; luego, la alegre mancha blanca del Palacio del Gobernador; inmediatamente el apretado caserío de la ciudad, y después, a la derecha, el aristocrático arrabal de Santurce, con sus hotelitos sumidos en la perenne fiesta verde de sus jardines.

Era más de mediodía cuando pisé tierra.

¡San Juan de Puerto Rico! ¿Cómo olvidarte, cómo no amarte, si nunca, bajo ningún cielo, latió mi corazón con mayor ansiedad que lo hizo bajo el tuyo?

El plan.

La idea de las conferencias que titulo "Mis Contemporáneos", surgió en mi espíritu como se imaginan los argumentos de una novela o de un drama, o según sorprendemos una crónica en el revuelto derivar de la vida cotidiana: de pronto... Porque las ideas van madurándose en el alma al igual que las simientes bajo la tierra, y no rompen su obscuridad y quietud, ni renuncian a su germinar cauteloso, hasta que salen a la superficie. Entonces experimenté una fortísima alegría, y dentro de mí prodújose una gran luz, exactamente cual si mi cerebro acabara de bañarse en sol. Momento divino. En mi alma, jamás desengañada, los diablillos, color de esmeralda, de la Ambición, de la Curiosidad y de la Aventura, cogidos de las manos bailaban un aquelarre primaveral. Volví a tener veinte años: recto, limpio, diáfano, ante mí se extendía un camino.

Rápidamente, sin esfuerzo, alrededor de la idea matriz se arracimaron los detalles; la obra se completaba.

Mis Conferencias irían ayudadas—mejor dicho,

"adornadas"—con proyecciones cinematográficas. Me veía paseándome por un escenario, en tanto hablaba de mis amigos y maestros. Estas disertaciones durarían diez, quince, veinte minutos. Luego me acercaría a una mesa para apoyar el botón de un timbre que repicaría dentro de la caseta "del operador"; en el acto el teatro quedaría a obscuras y sobre la pantalla aparecería la confirmación o ratificación gráfica de cuanto yo acababa de exponer. Después, a una nueva señal, la sala volvería a iluminarse, para que yo continuase hablando, y así, con estas alternativas de sombra y de luz, hasta concluir. El espectáculo podía durar muy bien tres horas, cuatro horas...

En el trazado o composición de estas Conferencias que, desde el primer instante, califiqué de "familiares", pues deseaba exponerlas en estilo amistoso o de sobremesa—el más en armonía con mi carácter—proponíame atender principalmente a la amenidad, y limitar mi empeño al bosquejo de los retratos físico y moral de cada autor. Antes que erudito, deseaba ser ameno. Quédense las disertaciones doctas y los severos análisis críticos, para la austeridad inquisitiva de los paraninfos o el recogimiento de los ateneos; pues el teatro, donde la aglomeración de personas y la presencia de mujeres bonitas dispersan la atención, reclama espectáculos menos enojosos y, por consiguiente, de más fácil, somera y divertida comprensión. En estas pláticas donde lo personal y anecdótico constituiría precisamente "lo culminante", habría "vistas fijas" que reproducirían la imagen de los mejores escritores españoles modernos, cuando eran jóvenes, y otras que darían a conocer su escritura, pues juzgué interesante insinuar aquellas relaciones estrechas que, según los grafólogos, median entre el carácter y la letra de los individuos. Finalmente las proyecciones cinematográficas mostrarían a cada artista en su intimidad y con toda la suprema emoción de su propia vida. Es decir: es-

cribiendo, o dictando una poesía, o dirigiendo un ensayo, etc.

El proyecto no podía ser más bello, ni más educativo, ni más original; lo que no evitó que, apenas intenté realizarlo, mil dificultades insospechadas acudieran a cerrarme el paso: dificultades materiales o de dinero, y dificultades nacidas de la repugnancia que, a la mayoría de las gentes, inspira lo nuevo. Algunos de mis compañeros se alarmaron; parecíales que dejarse "filmar" era más propio de comediantes que de autores; les sobresaltaba el resquemor de hacer lo que nadie en España había hecho, y de no parecer bastante "serios"... Afortunadamente los verdaderamente "serios" aceptaron: don Benito Pérez Galdós, el primero...

Después sucedió lo que no podía menos de ocurrir, y fué el sinnúmero de pequeñas rencillas, de rozamientos y de celos, que acompañan a toda empresa. Los doce o quince ilustres autores que elegí para mi "film", no demostraron agradecerme la preferencia.

—"Para eso soy ilustre"—pensaría cada uno de ellos.

En cambio, todos los escritores de segunda, de tercera y aun de cuarta fila, se molestaron secretamente conmigo: sentíanse desdeñados, preteridos, y cuando les hablaba de mi proyecto me auguraban un completo naufragio.

—Sus Conferencias—decían—no interesarán en América, porque América no lee.

Yo procuraba convencerles de su error, pero mis razonamientos fracasaban.

—En cada ciudad americana—insistían—hallará usted "media docena" de intelectuales, y nada más; y con el dinero de esas "medias docenas" de señores, que seguramente serán periodistas y no pagarán su entrada en el teatro, no tendrá usted ni para cubrir gastos de viaje.

Mis íntimos agregaban, con esa crueldad que da la confianza:

—Por lo que pudiese tronar, te aconsejamos que, al mismo tiempo que el pasaje de ida, te procures el pasaje de vuelta.

Tanto me lo repitieron, que comencé a dudar, si no del éxito moral del éxito económico, de mi empeño; y cediendo a consejos vulgares preparé, bajo el rótulo de "La España Trágica", una conferencia relativa al arte del toreo.

—En España—pensé—donde un escritor fracasa, un torero triunfa; lo que Benavente no consigue, lo consigue Belmonte. Por si en América sucede lo mismo, ¡bueno será ir prevenidos!...

Conste, pues, que mi conferencia "de toros" la dispuse sin gusto, sin entusiasmo, y sólo para curarme del descalabro que había de sufrir si acaso los escritores españoles no interesaban...

Con estos elementos, y sin ayuda de nadie, emprendí el camino. ¡Y con qué júbilo!

Más tarde la experiencia me demostró que era yo, y no el vulgo, quien tenía razón. En América, un escritor merece más y es más aplaudido que un "Espada."

La indumentaria.

Ya embarcado en el *Montevideo*, comenzó a molestarme la duda de si serviría yo para la tarea que, tan precipitadamente, me había impuesto. Esto me quitaba el sueño muchas noches. Yo había desarrollado un plan y lo había "visto" claramente dentro de mí, con los maravillosos ojos del alma. Pero.., ¿sería capaz de realizarlo, de llevarlo a la práctica?... ¿Dispondría del valor necesario para que la idea pura se convirtiese en acción?... ¿Hallaría el gesto feliz, hallaría la voz persuasiva, que dan el triunfo?... Hablar en público es ser autor, porque el orador va improvisando lo que dice; y también comediante, porque eso mismo que dice lo

adereza con ademanes y expresiones. ¿Serviría yo para tanto?... Una vez delante de mi auditorio, ¿no se me secaría la boca? Al verme en presencia de tantas personas que en la taquilla del teatro compraron, con su localidad, el derecho a rechazarme y a manifestarme su desagrado, ¿no se me apagaría la voz, no se me quedarían inertes los brazos, no se me paralizaría el pensamiento?...

Algunos de mis compañeros de viaje—gente sencilla — noticiosos del designio que me llevaba a América, me decían:

—¡Por supuesto, que usted, cuando se lanza a esta campaña, es porque tiene mucha costumbre de hablar en público!

Yo les contestaba afirmativamente, temeroso de desprestigiarme, y hasta me permitía sonreir con un airecillo petulante. Ellos entonces demostraban tranquilizarse y me referían anécdotas de personas inteligentes que, habiéndose subido a una tribuna a perorar, de pronto, sin saber por qué, se quedaron mudas. Yo, que no había hablado nunca en público... ¡nunca!... ni siquiera en los banquetes, les escuchaba aterrado. ¿Qué iba a ser de mí?... Sus palabras me producían, en la nuca, el efecto de un trozo de hielo...

En San Juan de Puerto Rico, día tras día aquel hondo malestar fué agravándose. Mis Conferencias, que debían de celebrarse en el Teatro Municipal, constituían el tema de todas las conversaciones. La "actualidad" era yo. Diariamente *El Boletín*, *El Tiempo*, *La Correspondencia*, *La Democracia*, *Heraldo de las Antillas*, *Puerto Rico Ilustrado*..., publicaban mi retrato y hablaban de mí; mi nombre vivía en todos los labios; las señoritas me enviaban sus álbums de autógrafos para que yo pusiese en ellos mi firma... La ciudad entera se ocupaba de mí, de cuanto hacía, de cuanto decía... ¡Qué placer y qué angustia!... Yo era como un hombre que viviese sobre la cúpula de una torre, a la vista de todo el mundo. El público no cesaba de pe-

dir localidades para mis Conferencias: los palcos se agotaron en seguida; las butacas también... Evidentemente, el "éxito de taquilla" estaba asegurado... ¡Ay!... Pero no era la taquilla—¡oh nobilísimo desinterés del arte!—lo que me preocupaba, sino yo mismo, mi "debut"; y este miedo iba apretándome la garganta poco a poco... poco a poco... con un nudo corredizo inexorable...

Diferentes veces mis amigos más adictos—Pérez Pierret, Pérez Losada, Guerra Mondragón, Romualdo Real, Luis Díaz Caneja y otros—me habían interrogado respecto del traje que yo había de llevar a mis Conferencias.

—Como se trata de verdaderas "conversaciones familiares"—les respondí—yo pienso "vestirlas" de americana o saco. Hallo impropio meterse dentro del rigor de un traje de etiqueta para recordar la alegría de "nuestros días de hambre". Yo quiero que mis pláticas tengan mucho sabor bohemio; que sean muy íntimas, muy cálidas, muy madrileñas, muy "Puerta del Sol"...

Ellos sonreían, meneaban la cabeza en señal de tibia aquiescencia, y mostrábanse convencidos.

—Evidentemente—exclamaban—usted dispone de autoridad suficiente para imponer su gusto...

Pero yo comprendía que "otra" les quedaba dentro, que su dictamen leal no era aquel.

El mismo día de mi primera Conferencia, a la hora del almuerzo, esta conversación se repitió. Las urbanas ambagiosidades de mis camaradas me inquietaron y decidí atacar de frente el asunto.

—Concluyamos—les dije—y séanme sinceros: ¿Debo o nó, presentarme en el palco escénico, bajo la sencillez de un traje de calle? Hablemos clarito.

Pérez Pierret replicó, terminante:

—De ninguna manera: pues que nos pide usted parecer, yo le aconsejo a usted el frac. Es la costumbre.

Más conciliador Pérez Losada, añadió:

—Y si no quiere usted el frac, al menos, el smoking...

Intenté defenderme recordándoles mi deseo de dar a mis charlas la menor tiesura académica posibles. No les convencí. A todas mis razones ellos oponían argumentos eficaces: el público podía creer desdén hacia él lo que realmente era en mí sencillez. El teatro esa noche estaría deslumbrante: las señoras irían escotadas y los hombres de etiqueta: yo no podía quedarme atrás...

—Es la costumbre—concluyeron.

¡Demasiado sabía yo que tenían razón! ¡Era la costumbre!... ¿Cómo triunfar de la costumbre? Debía rendirme.

—Bien—les dije—conformes; dispuesto estoy a hacer lo que ustedes me aconsejan; mas hay un obstáculo que me lo impide.

—¿Cuál?

—Un obstáculo insuperable...

—¿Que no tiene usted frac?

—Ni smoking.

—No importa —replicaron levantándose—; el smoking se lo compra usted hecho. ¡Véngase con nosotros!

—Pero ¿habrá tiempo? Son las dos de la tarde.

—Sobra tiempo; vámonos.

Inmediatamente y casi tirando de mí me arrancaron del hotel para llevarme a un bazar de ropas hechas. Creo que fué el mismo dueño, el señor Goldsmith, quien nos recibió. Me endosaron un smoking que no me servía, y a continuación tres o cuatro más, que tampoco me aprovechaban; me los ponían, me los quitaban, y yo, abúlico, metía los brazos por cuantas mangas me presentaban. Luego daba vueltas ante un espejo, bajo la mirada fría y azul del señor Goldsmith.

—Le está estrecho—declaraba flemáticamente el señor Goldsmith.

El último que me probaron también había sido cortado para un hombre menos recio que yo; me

oprimía los sobacos y la espalda, y se abrochaba mal; pero como era "el último", todos mis amigos convinieron en que me estaba "pintado".

—Lo que le sucede a usted—concluyó el señor Goldsmith mirándome con cierta superioridad compasiva, que me humilló un poco—es que no está usted acostumbrado a vertirse así.

Me quedé con el traje. ¿Qué iba a hacer? Mis camaradas me felicitaron: según ellos, una cuarta parte del éxito de mis Conferencias acababa de quedar asegurado. ¡Almas generosas! Hacían suya mi causa y estaban contentos.

—¿Usted sabe—repetían—la autoridad, el imperio, la fascinación, que ejerce sobre las multitudes un traje de etiqueta?...

Escuchándoles me acordaba de las maravillosas pecheras de don Antonio Maura, y hacía con la cabeza signos afirmativos.

Completé mi indumentaria con unos gemelos, que parecían de oro, y una corbata negra.

La noche terrible.

En el curso de aquella tarde memorable recibí la visita de muchos amigos nuevos: los devotos de "la Actualidad". Venían a conocer "al héroe". Yo, turbado, desconcertado, muerto de miedo, era "el héroe".

Uno me decía:

—Yo pensaba marchar hoy a Ponce, donde resido, pero me quedé aquí para tener el gusto de oirle a usted.

Y el otro, el poeta Enrique Zorrilla, muy simpático:

—Yo vivo en Manatí; he venido a San Juan con el exclusivo objeto de aplaudirle a usted esta noche. Y como yo, muchas personas.

Estas declaraciones, lejos de envanecerme, me amilanaban y deprimían. Yo consideraba que mi

responsabilidad era enorme ante aquellos señores que, en honor mío, turbaban su vida y suspendían sus negocios. ¿Y si yo fracasaba? ¿Y si no hallaban en mí al "elocuente orador" que suponían?... De bonísima gana les hubiera llevado aparte, a un rincón, para decirles:

—Yo les agradeceo infinito su atención, pero... ¡no se molesten ustedes!... Yo nunca he hablado en público y, la verdad, temo fracasar... Váyase usted a Ponce; y usted, amigo Zorrilla, regrese a Manatí. Créanme: mis Conferencias no tienen "nada de particular".

Yo era sincero, rotundamente sincero: yo rivalizaba en honradez con aquel pescador que no encebaba sus anzuelos porque no quería engañar a nadie...

A las seis de la tarde me trajeron mi traje de smoking, que coloqué sobre la cama cuidadosamente, entre una camisa y los zapatos de charol con que debía de marchar al triunfo... ¡quizás al sacrificio! Me rodeaba un ambiente tremante de nerviosidad, de electricidad. La función se anunciaba para las ocho y media en punto.

A las siete, comencé a vestirme; temía no llegar a tiempo... a pesar ¡claro! de la convicción en que estaba de que el espectáculo no podía empezar sin mí.

Ideas pueriles, ideas de pequeñez ridícula, me asaltaban. Por ejemplo: como sospechase que los inquilinos de las habitaciones contiguas a la mía atisbaban mis actos, me puse a cantar mientras me afeitaba.

—De este modo—pensé—les demostraré que no tengo miedo...

Momentos antes de las ocho y media, don Abelardo de la Haba, presidente de la Casa de España, llegó en su automóvil a mi Hotel para llevarme al teatro. Varios amigos me rodeaban, "me custodiaban", mejor dicho. Todo el mundo me miraba, o, al menos, a mi me lo parecía, y aquellos ojos atis-

badores expresaban unánimes este pensamiento:

—Ese señor da en el teatro, esta noche, una Conferencia...

Evidentemente mis palabras, mis actitudes, mis menores gestos, eran espiados. Yo, en aquellos momentos, asumía toda la emoción dolorosa, todo el interés trágico, de un condenado a muerte. Así, casi en calidad de "condenado a muerte", subí al automóvil.

Cuando llegamos al que deberíamos llamar "lugar de la ejecución", los palcos, las butacas, los pasillos, las galerías altas, del Teatro Municipal, rebosaban gente. Yo me hallaba con "mis fieles" detrás del telón de boca, sumido en la gran sombra bruja del escenario, y hasta nosotros llegaba distintamente ese rumor de las muchedumbres que, aunque sea alegre, siempre es amenaza; ese rumor confuso que por igual suena a victoria y a desastre, y que tan bien conocen y tanto exalta y tanto tortura, a los artistas.

Mis amigos—vestidos todos de frac o de smoking—me interrogaban chanceros:

—¿Cómo anda ese ánimo?

—Bien... bien...—respondía yo.

Pero dentro de mí sentía un raro silencio, una obscuridad, una terrible ausencia de ideas.

Por dos veces había vibrado la campana que en los teatros advierte a los espectadores distraídos el comienzo de la representación. Un tramoyista me dijo:

—Son cerca de las nueve.

Todas las miradas se fijaron en mí; los circunstantes esperaban una orden, una decisión mía, para seguir acompañándome o retirarse: yo, allí, era el árbitro, el amo, el responsable único de cuanto iba a suceder.

—¿La orquesta ha tocado la sinfonía?—pregunté.

—Sí, señor.

—¿Ya?...

Mi asombro fué inmenso.

—Sí, señor; hace rato.

¡La orquesta había tocado la sinfonía, a dos pasos de mí, y yo no la había oído! Entonces medí mi turbación. ¿Qué era aquello? ¿Dónde estaban mi alma y mis sentidos?...

El tramoyista, el hombre que en aquellos momentos simbolizaba a mis ojos lo irremediable, agregó:

—Cuando usted quiera doy «la tercera» y empezamos.

Como un eco débil, como un eco desangrado y abúlico, contesté:

—Bueno; pues... dé usted «la tercera».

El peligro, el tremendo peligro del *début* me rozaba, me quemaba ya. Mis acompañantes empezaron a despedirse de mí «hasta el entreacto»; me apretaban la mano, me deseaban «buena suerte», y uno a uno les veía alejarse lentamente y desaparecer en la amplitud del escenario negro...; y yo adivinaba que apenas saliesen de allí, apenas llegasen al público, apenas «fuesen público», de amigos se convertirían inconscientemente en enemigos míos, puesto que iban a juzgarme.

Don Abelardo de la Haba, el último en despedirse de mí, me preguntó:

—¿No se le olvida a usted nada?

—Nada.

Al salir del hotel yo había cogido un peine y una cajita de polvos; exactamente lo que una «cocota» lleva a una cita.

—Pues si no me necesita usted — replicó don Abelardo—hasta luego; le deseo buen ánimo y buen éxito.

Entonces fué cuando verdaderamente me sentí solo, trágicamente solo, desamparado como una víctima...

—¿Vamos?—me gritó el individuo que manejaba el telón.

—Vamos.

En el silencio prodújose un rrrrrr... susurrante:

era el telón de boca que se alzaba, semejante a un párpado. El escenario se inundó de luz... yo dí algunos pasos y, de súbito, me hallé ante el público, en plena claridad. ¡Oh, momento imborrable! Sin ver nada, todo lo vi. Por todas partes caballeros en traje de ceremonia, damas elegantes, hombros desnudos, manos y gargantas enjoyadas, gemelos que me observaban tercos, profundos, agoreros. Un gran aplauso unánime, lleno de cortesía, descendió sobre mí...

Esperé a que aquel maravilloso trueno de gloria cesase, y luego, automáticamente, inconsciente, porque todo cuanto pensaba decir, de pronto, lo había olvidado, comencé:

—Señoras... señores...

Tenía los labios secos, y en el espíritu un vacío no sentido jamás. Al mismo tiempo experimentaba en los músculos faciales una extraña tirantez: sin duda la sangre había huído de los capilares; debía de estar lívido. Continué hablando despacio, pero sin equivocarme; a ratos observaba que ciertas palabras de las más corrientes se me olvidaban, se me escabullían, por obra de no sé qué extravagantes fenómenos de amnesia cerebral; pero al punto hallaba otras, y la disertación proseguía mansa. También en virtud de esos pasmosos «desdoblamientos» que tiene el espíritu, volvía a meditar en lo que mis oyentes pudieran estar pensando de mí.

—¿Me encontrarán bien?... ¿No comprenderán que mi traje lo he adquirido esta tarde en un bazar de ropas hechas?... ¿No se me conocerá demasiado el miedo que tengo?...

La conferencia continuaba; mis frases iban cayendo unas tras otras, ni torpes ni elocuentes, en el silencio expectante del salón. Cuando entre tantos rostros vueltos hacia mí distinguía uno conocido, recibía un notable consuelo, cual si en él hallase un punto de apoyo. Hacía quince minutos, lo menos, que había empezado a hablar. De pronto, el puño almidonado de mi camisa—el puño de la mano de-

recha—se salió completamente de la manga, demasiado estrecha, de mi smoking. Traté de volverlo a su sitio y fracasé; mis esfuerzos reiterados no conseguían reducirlo a la obediencia; imposible reintegrarlo a su prisión; diríase que, repentinamente, había crecido.

Yo seguía, entretanto:

—De todos los novelistas españoles, Pérez Galdós es, indudablemente...

Mi escasa inspiración vacilaba; el maldito puño, añadido a todas las preocupaciones que me mortificaban, me distraía y era más fuerte que yo; él iba a ser la causa de mi derrota. Intenté arreglarlo disimuladamente, poniéndome ambas manos atrás, y tampoco. El público, de un momento a otro, podía percatarse de mis tribulaciones y burlarse de ellas...

Advertí que dos señoras, sentadas a mi derecha en la cuarta o quinta fila de butacas, después de observarme cuchicheaban rápidamente y sonreían. Varias señoras, sentadas un poco más lejos, a la izquierda, también sonrieron. Ya sabemos que, en cuestiones de ironía, las divinas mujeres toman siempre la ofensiva... Finalmente, otras muchas sonrisitas femeninas comenzaron a correr de palco en palco, y como las mujeres tienen las dentaduras tan blancas, su risa se ve más...

Y no era esto lo peor, sino que el ejemplo de las damas iban a imitarlo los hombres...

Me consideré en ridículo, me sentí perdido. Y entonces tuve una audacia que me salvó. Resueltamente avancé algunos pasos hacia la batería, y, componiéndome la cara más burlona que pude:

—¡Sí!—exclamé—¡ya sé de qué se ríen ustedes!... ¡De que se me ha salido el puño!...

El público, que ya tenía ganas de reir, prorrumpió en una carcajada unánime. Comprendí que había triunfado, y todo mi valor, todo mi aplomo, me volvieron al cuerpo.

—Pues la culpa no es mía—continué—sino de

mis amigos, que, contra mi voluntad, me zambulleron en este smoking...

Seguidamente referí la historia de mi traje, mi visita al bazar de ropas hechas, etc., etc. La hilaridad de mi auditorio duró largo rato. Así me salvé, y gracias, tal vez, a este incidente cómico, mi historia de conferencista no terminó allí mismo.

Cuando aquella noche regresé victorioso a mi hotel, me parecía soñar; pero era tan grande mi cansancio, que apenas me permitió gozar de mi alegría.

Sin embargo, al día siguiente sufría ante los amigos que iban a felicitarme un rubor, un empacho análogos a los que experimentan las mujeres después de su primera claudicación. Ellas miran al hombre a quien ya pertenecen, y piensan:

—¿Seguiré gustándole, ahora que ya no guardo secretos para él?...

Así discurría yo:

—¿Esperaría el público de mí más de lo que le he dado?... ¿Serán sinceros estos parabienes que recibo?.. Y si efectivamente gusté, ¿seguiré gustando?...

San Juan de Puerto Rico, enero de 1918.

A PROPÓSITO DE MIS CONFERENCIAS

Cosas de Baroja.

En el Teatro Municipal de Barranquilla (Colombia), en el curso de una de mis "Charlas" dije algo así: "Y ya que hemos hablado de "Azorín", hablemos también de Pío Baroja, el gran amigo de "Azorín".

Una ola unánime, turbadora, de enfoscadas protestas, ahogó estas palabras.

—¡No queremos saber nada de Baroja!—repetían centenares de voces—; ¡Baroja, no, no!...

Yo estaba desconcertado; ignoraba la razón de aquel odio. Varios espectadores mozos—la mocedad es siempre impulsiva—se habían levantado con ademán de marcharse. Afortunadamente, un señor, desde un palco y en breves y correctas palabras, me informó de lo que sucedía.

—Nuestra actitud responde—dijo—a que el señor Baroja, en su último libro, afirma que "América es por excelencia el continente estúpido, y que el americano no ha pasado de ser un mono que imita".

Merced a esta explicación, y más aún, gracias a la cortesía del público, y acaso también a algo oportuno que supe decir, mi "charla" siguió adelante; hasta creo recordar que hubo aplausos para el autor de *El árbol de la ciencia*.

Después, y por mis propios ojos, he sabido que

Pío Baroja, no satisfecho con ofender gravemente a los americanos y a los españoles que viven en América, también "se mete" conmigo.

Lo primero me ha disgustado mucho, porque es injusto, y toda injusticia produce dolor. Lo segundo me ha apenado más, pues en lo que de refilón dice de mí, Baroja añade a la injusticia la ingratitud.

Baroja no conoce América, y yo, que le estimo, querría persuadirle de que hablar de América o de la misma Europa "desde la puerta del Sol", es una temeridad. A Rusia no la debemos jurgar por sus bailarines, ni a Francia por sus cupletistas, ni a la enorme América por los "rastacueros" y los niños "bien", que vienen de allí. América constituye actualmente un misterio: es aquella una humanidad en formación, una especie de nebulosa gigantesca, cuya misión en lo futuro nadie sabe. América es un enigma. América carece de "pasado"; casi podemos afirmar que la mayoría de sus Repúblicas carecen asimismo de "presente". Pero, en cambio—y ésta es su gran fuerza—el "mañana" es suyo. Despreciar América, señor Baroja, es tan arbitrario como despreciar a un niño.

Evidentemente, allí no abundan esos espíritus cumbres que parecen patrimonio exclusivo de Europa: Tolstoi, Ibsen, D'Annunzio, Cajal, Lesseps, Marconi... son "nuestros"... Pero, en cambio, el nivel intelectual de aquellos pueblos es muy superior al que nosotros padecemos acá. Es indispensable haber recorrido esos países de habla española, para comprender y maravillarnos de cómo siguen paso a paso todos los latidos de nuestro pensamiento; de cómo conocen a nuestros escritores, a nuestros pintores, a nuestros músicos... y, lo que es más meritorio: de cómo acertaron a formarse juicios exactos de todos ellos.

América tiene "hambre" de saber: tiene "sed" de saber, de aprender, de leer... Allí no son los autores americanos, sino los españoles, quienes triunfan. Los novelistas franceses, antes muy en boga, ya no

gustan. Allí admiran, pero férvidamente, a Pérez Galdós, a Blasco Ibáñez, a Benavente, a Valle Inclán, a "Azorín", a Baroja...; allí me preguntaron mil veces por Altamira, por Ortega Gasset, por Unamuno, por Ramiro de Maeztu...

¡Y Pío Baroja se revuelve desdeñoso contra esos millares de adeptos que nos leen, y porque nos quieren y nos imitan, esto es: porque procuran "acercarse a nosotros", les llama "monos". ¿Verdad que la actitud de Baroja no es airosa?...

Lo que escribe respecto de los españoles que viven en América, acaso lo comentaremos en otra ocasión, pues el asunto merece crónica aparte.

Ahora, con permiso del lector, hablaré de mí...

Hace cuatro años, Baroja halló admirable mi propósito de recorrer América dando conferencias, ilustradas con proyecciones cinematográficas, acerca de los principales escritores españoles; y yo recuerdo el gusto y la diligencia con que se dejó "filmar". Su adhesión me satisfizo muchísimo, y por ella, y públicamente ahora, vuelvo a darle las gracias.

—Lo que va usted a hacer—decía—constituye una formidable propaganda para nosotros... Los editores madrileños debían subvencionarle a usted..., etc., etc.

¿No es cierto que sus palabras de entonces armonizan mal con lo que luego ha dicho de América y de mí?...

"Odas a la Argentina, salutaciones a Chile. Fiestas a la Raza, elogios a Colón y a su señora madre"...—escribe Pío Baroja en su libro *Las horas solitarias.*

No, compañero: yo no soy "orador", y al no serlo, es evidente que no pertenezco al grupo de esos señores que peroran al final de los banquetes. No me gusta el *champagne;* en cuanto a don Emilio Castelar, tampoco me entusiasma.

Mi labor en América ha sido otra muy distinta: yo, en cerca de cuatro años de constante peregrinar, he recorrido el inmenso continente americano

por el Atlántico y por el Pacífico, desde New York hasta Valparaíso y Buenos Aires, "charlando" con aquellos públicos y explicándoles llanamente, amistosamente, con palabras fraternales y de sobremesa, la vida, las costumbres y los altos prestigios de nuestros mas ilustres escritores. A éstos yo les he ensalzado, les he defendido, y no he tenido, ni para ellos ni para su obra, una sola frase amarga. ¿Qué más?... Yo he seguido hablando bien de Baroja, después de saber que Baroja había hablado mal de mí... Y así lo acredita el *menú*—que guardo—de un banquete con que varios amigos de Mérida de Yucatán me agasajaron, y que dice:

"A... (aquí mi nombre). El único escritor que no habla mal de sus compañeros."

El caso, realmente, es extraordinario; único, quizá...

Pero yo temo que Pío Baroja, que confunde deplorablemente la ironía con la bilis, no sienta la espiritualidad de esa dedicatoria...

Nuestros poetas en el teatro.

La psicología de las multitudes es primitiva, instintiva y por ende sujeta a las afirmaciones fuertes y a los sentimientos rotundos. Se impondrá a una asamblea el tribuno que la ofusque, deslumbre y efervorice con grandilocuencias oratorias, o el *causeur* habilidoso, elegante y pícaro, que sepa hacerla reir. En cambio, el pensador, el razonador adusto, fracasarán, porque al corazón sencillo—infantil más bien—de las muchedumbres, sólo se llega con alardes demostenianos o por los atajos sagaces de la hilaridad.

El espíritu gregal emplebeyece y desluce cuanto hay en nosotros de personal y de genuinamente prócer. Los individuos, al reunirse—y por el mero hecho de hallarse juntos—pierden algo de su acostumbrada jerarquía intelectual. Sin que lo sos-

pechemos, "el rebaño" nos sugestiona y su vaho hipnótico nos rebaja. Instantáneamente, y como por decreto de un escamoteo espiritual, perdemos nuestras capacidades discursivas; la razón apaga sus nobles luminarias, la atención rompe sus hilos de oro y la vida sentimental desborda. Nos vulgarizamos, y porque nos hacemos vulgo, sólo sabremos llorar, indignarnos, reir...

Una reunión de sabios, según Le Bon—y es esta una idea básica en la que el ilustre escritor insiste mucho — no es superior, intelectualmente, a una reunión de obreros. Lo que triunfa de una muchedumbre no es el talento del orador, sino... "otra cosa"... muy difícil de definir, por cierto, y que puede ser la figura del tribuno, o su aplomo, o el volumen de su voz o su gracia. La pobre Lógica camina muy detrás. La oratoria es "teatro", y por ello el disertante tiene siempre mucho de actor; y he aquí la razón de que un verboso cualquiera, repleto de lugares comunes, triunfe sobre la misma tribuna, verbigracia, en que Víctor Hugo fracasó.

Por eso disertar desde un escenarto es tan fácil... ¡y también tan difícil!... Es mi personal experiencia la que habla: desde aquel terrible momento en que el telón se alza, el conferenciante, "solo contra muchos", parece caminar por un hilo de brujería, tan cercano del éxito como de la derrota.

De los tres poetas de quienes me he ocupado preferentemente durante mi viaje por América, Francisco Villaespesa era el más "teatral", el que antes "llegaba al público" con la sonante ampulosidad musical de sus estrofas. Nada más llano que hacerse aplaudir recitando versos de Villaespesa...

Emilio Carrère interesaba más, conmovía mejor que el autor de *El alcázar de las perlas;* y, sin embargo, no triunfaba tan inmediatamente. ¿Cómo explicarme?... Las ovaciones a Carrère eran más prolongadas y más férvidas que las tributadas a Villaespesa, lo que me convencía de que su inspiración doliente cavaba más hondo; pero el aplauso con él

tardaba unos segundos en llegar. El éxito, en cambio, de Villaespesa era inmediato, y los últimos versos de sus poesías se perdían en el estruendoso crepitar de las aclamaciones.

El poeta peor acogido era Manuel Machado. Su musa ligera, versallesca, irónica, fría...—la ironía únicamente se produce en las temperaturas "bajo cero" del corazón —no entusiasmaba.

Al hablar de Machado, yo decía:

—Es el poeta de todas las elegancias, porque es el poeta del desdén, y nada hay más elegante que el desdén...

A continuación recitaba *Fryné* y otras páginas exquisitas—páginas que el travieso Watteau hubiese ilustrado—de su libro *El mal poema*, y mis oyentes permanecían impasibles. El donaire galán, la gracia frívola, el escepticismo a flor de piel del artista, "no llegaban" al público. Creeríase que aquellas composiciones terminaban demasiado pronto y que "la sala" se preguntaba:

—¿Qué ha dicho?... ¿Se acabó ya?...

La menos afortunada de estas poesías—no obstante ser acaso la más bella—era la titulada *Otoño:*

En el parque yo solo...
han cerrado,
y olvidado
en el parque viejo, solo
me han dejado.

—

La hoja seca
vagamente
indolente
roza el suelo...
Nada sé,
nada quiero,
nada espero,
nada...
¡Solo
en el parque me han dejado
olvidado
... y han cerrado!...

Terminada la recitación, desvanecíase la proyección cinematográfica que la subrayaba, y nadie aplaudía.

¡Qué decepción!... Por añadidura, nunca faltaba algún espectador que bostezase; otros me dardeaban con los ojos, como significándome:

—¿Eso es todo?...

Yo me sentía molesto, porque la derrota del poeta me humillaba a mí también. De no triunfar él, parecíame que naufragábamos los dos.

Una noche, yo acababa de repetir con la mayor desolación posible:

¡Solo
en el parque me han dejado
olvidado
... y han cerrado!...

Cuando un señor, desde un palco, exclamó jugando con el consonante y lo bastante alto para que toda la sala le oyese:

—¡Manuel Machado!

Impertinencia que me molestó, tanto más cuanto que hizo reir a muchos. Entonces pensé:

—Esto no ha de repetirse. Necesito un ardid para que esos versos sean aplaudidos.

Y lo conseguí a la noche siguiente; pero tan llanamente, que la misma facilidad de mi victoria, al par que encantado, me dejó suspenso.

Un prólogo brevísimo, un proemio de veinte palabras, me ganó la victoria.

—Para acabar de poner bien de relieve la inspiración de este poeta —dije acercándome a la batería y como clavando una a una mis palabras en mis oyentes—voy a darme el deleite de recordar su poesía *Otoño;* la recito muy pocas veces porque no gusta; los públicos, generalmente, no la comprenden. Pero yo sé que gustará hoy, porque esta noche, en este teatro, hay muchos "atenienses"...

Y allá fueron los versos, y aun no había termina-

do de decirlos, cuando el aplauso, deseado y merecido, estalló delirante.

Mi satisfacción fué grande, pues comprendí que acababa de hacer blanco. Había hablado al "sentimiento" de mis oyentes y la zancadilla fué infalible. Nadie quiso ser "beocio", y los que no aplaudieron por convicción, lo hicieron por vanidad, para que les viesen aplaudir. Este éxito se repitió otras muchas noches. En cuanto yo manifestaba el concepto excelentísimo que mis oyentes me merecían, ellos, unánimemente, se disponían al elogio. Ni una vez falló mi astucia, y es porque la censura, como la alabanza, en las muchedumbres son subconscientes.

—El arte de torear—decía Lagartijo—es muy sencillo: ¿Que viene el toro?... Se aparta usted. ¿Que no se aparta usted?... Le aparta a usted el toro...

Del arte de hablar en público podría escribirse algo igual:

—¿Encuentra usted la frase oportuna?... Es usted el amo. ¿No la encuentra usted?... Pues hágase cargo de que ha entrado en la jaula del tigre.

ELOGIO DE LOS HOTELES

Su alma.

Todos los hoteles del mundo se acercan y confunden en el mismo tinte de cosmopolitismo; es un «aire de familia» que se deriva, precisamente, de la continua mezcolanza de razas y tipos diversos. Dentro, claro es, de las tres categorías, mala, buena y excelente, en que personas y cosas deben clasificarse, indudablemente los hoteles de Washington y los de Buenos Aires, los de Calcuta y los de París, tienen rasgos comunes: el Internacional, verbigracia, de Cartagena de Indias, en Colombia, es hermano del Majestic colosal, de New York: en unos y otros iguales carteles policromos anunciadores de compañías navieras y de estaciones balnearias, el mismo «Salón», el mismo ambiente moral distraído y ligero, el mismo «Bureau»...

Son interesantísimos esos dueños o gerentes de hotel, que viven en la fiebre de todas las recomendaciones, de todas las impaciencias, de todas las preguntas—¿y, por por qué no decirlo?—, de todas las impertinencias también, de cuantos viajeros llegan o se marchan.

Generalmente son psicólogos prácticos de primer orden, catadores de almas de sagacidad extra-

ordinaria, que, según conversan con nosotros, pronto nos miden el humor, el bolsillo y las intenciones. Ellos no estiman a los forasteros por su traje o sus joyas, ni siquiera por la buena calidad de sus maletas; quédense tan burdas argucias para los mesoneros vulgares: sólo juzgan a los hombres por el «no sé qué» de cada cual, y así hay personas mal trajeadas y de aspecto modestísimo que les inspiran notable confianza, y otras de porte aristocrático y seguidas de criados y de magníficos baúles a quienes no concederían el menor crédito.

Debemos aprender a amar a esos servidores nuestros que, aunque interesadamente, se apresuran a remediar todas nuestras necesidades. Cuando fatigados del barco o del ferrocarril echamos pie a tierra en un hotel, «el hombre del mostrador» — al señor gerente le llamaremos así—que nos ha visto llegar, toca un timbre, a cuyo repique imperativo acuden a favorecernos varios camareros: éste cargará nuestras maletas, aquél nos desembarazará del impermeable, un tercero nos pedirá las llaves de nuestro equipaje para, sin demora, ir a sacarlo de la Aduana. Nos sentimos amparados, defendidos, y experimentamos un suave agradecimiento hacia nuestros bienhechores. Cruzamos el zaguán, recibiendo en nuestros pies cansados la caricia muda y tibia de la alfombra. «El hombre del mostrador» nos sonríe, nos mira, nos tasa...

¿Qué buscamos? ¿Una habitación?... ¡Al momento! Un criado nos guía al ascensor: llegamos al cuarto que nos han designado, y una puerta, sobre la cual hay un número, se abre hospitalaria ante nosotros. Acabamos de tomar posesión de la que va a ser, durante cierto tiempo, «nuestra casa». Nada nos faltará. Un poder invisible y munífico nos protege. Ninguno de nuestros deseos se discute, y el gesto más leve de nuestro semblante tendrá para los servidores que nos rodean la autoridad de una orden. ¿Hace frío?... Manos solícitas arreglarán en seguida lacalefacción. ¿Tenemos calor? Los venti-

ladores, en el acto, comenzarán a girar. ¿Queremos comer? La cena nos aguarda. ¿Queremos bañarnos? El baño nos espera. ¿Necesitamos afeitarnos? El peluquero del establecimiento vendrá al instante. Y mientras un criado nos quita las botas que traíamos puestas y nos calza las zapatillas, una camarera joven, limpia, entra a mullir el colchón y tender las sábanas de nuestro lecho.

Los hoteles, pese a su frialdad, son agradables. En las casas particulares la comida peca de monótona, los criados andan peor vestidos, y no suelen abundar los buenos muebles, ni haber calefacción, ni ascensores, ni teléfono, ni aquel sempiterno vaivén de personas cuyas conversaciones e inquietud generalmente nos inclinan al regocijo. Y luego la frivolidad, la ligereza, la inconstancia de que nos impregnan; la alegría con que llamamos a sus puertas, y la ninguna pesadumbre con que les decimos adiós. Los hoteles reflejan la Vida, donde todo y nada es nuestro; la servidumbre, los muebles, los automóviles, nos pertenecen... y no nos pertenecen; somos dueños de mil cosas y, sin embargo, ni de lo más mínimo somos propietarios. Las habitaciones perduran, y por ellas los huéspedes pasan fantasmagóricos. Es el anónimo de los asilos. Allí nuestro nombre significa muy poco: en los hoteles, sólo somos "un número."

En ellos, además, apreciamos mejor la rapidez con que la Vida, nuestra pobre vida, queda atrás. Muchas veces, en la víspera de emprender un viaje, me he dicho:

—Mañana, a esta hora, ya no estarás aquí. Este es tu último almuerzo, tu última cena bajo el techo que hoy te cobija. Lo que ves, acaso no vuelvas a verlo nunca...

Lo que produce un deseo ferviente de ser bueno y de abrir bien los ojos.

Los cuartos.

¡Qué interesantes esas habitaciones provisionales—refugios de undía—en donde rara vez clavamos bien lo que colgamos de sus paredes!...

El moblaje es análogo en todas; únicamente varía la calidad: lo componen sillas de rejilla o de terciopelo, según los climas; un sofá, un tocador con espejo, una mesita con enseres de escritorio, un armario de luna y dos camas, una más pequeña y humilde que la otra. No faltarán tampoco la alfombra, las colgaduras que disimulan el vano de las puertas, y en las cuales solemos lustrar el charol de nuestras botas cuando vamos a salir; y aquí y allá, perchas, cuadros, el teléfono y las pequeñas puertas llamadas «de comunicación», que acaso nos permitan atisbar a la inquilina del cuarto inmediato, y cuyo inventor debió de ser un arquitecto socarrón y perverso, que leía a Petronio.

Nadie crea que las habitaciones de hotel, a pesar de su simplicidad, puedan conocerse a la primera ojeada. Su tamaño, la distribución de los muebles, sí, en seguida se aprecian; pero «su alma» no la constituyen estos grandes tópicos, sino los pormenores delicados, los perfiles esquivos, que son los ruidos y las luces. Ambas circunstancias merecen examinarse despacio. Recuerdo habitaciones que, al pronto, nos fueron antipáticas, y, sin embargo, más tarde llegaron a parecernos excelentes. El hombre, aun sin advertirlo, impone su personalidad a cuanto le rodea, y las habitaciones son como los trajes, que no suelen agradarnos completamente hasta después de vivir dentro de ellos unos cuantos días.

No hay dos personas que dispongan el mobiliario de un cuarto de igual manera, como es imposible que dos individuos lleven el sombrero de la misma traza. Prueba evidente de ello es que, tratán-

dose de estancias donde habremos de habitar cierto tiempo, siempre modificaremos, según nuestro gusto, la ordenación de los muebles: la mesa de escribir, que para nosotros es lo principal, la acercamos al balcón; el lecho lo empujaremos más allá; las cortinas las dispondremos de suerte que la luz no nos despierte demasiado temprano, según ocurrió la primera mañana que pasamos allí...

Pausadamente el calor de nuestra alma espanta el frío de la habitación arisca y mercenaria: los libros invaden el sofá; nuestros retratos y las fotografías de personas favoritas de nuestro corazón, alegran los muros y decoran el mármol de la chimenea; nuestros enseres de tocador, nuestro calzado, nuestros trajes, comienzan a ocupar lugares determinados, fijos, en los cuales poco a poco nos acostumbramos a buscarlos. Vamos conociendo todos los reflejos de los espejos, todos los gemidos de las puertas al abrirse o cerrarse, todos los ecos lejanos del hotel; y estas pequeñas manifestaciones del hondo espíritu de las cosas son cual gnomos que, unos tras otros, fuesen acercándose a rendirnos pleitesía. Encasillamos nuestros actos: tenemos un sitio para afeitarnos, otro para hacernos el lazo de la corbata, otro para leer. Cierta noche, al regresar de la calle, advertimos ufanos que nuestra habitación huele "a nosotros", mientras desde la mesa un retrato de mujer parece decirnos:

"¿Cómo tardaste tanto?..."

Y, un instante, el Pasado vuelve...

Hasta que suena el momento de irnos: el hogar se deshace; ropas, cachivaches, retratos, libros, cartas por contestar, húndense rápidamente en la ancha panza hambrienta de nuestros baúles. Frecuentemente quedan olvidados el cepillo, el jabón... ¡Ah, qué desamparo, qué frío, el de los armarios vacíos, el de las paredes desnudas, el de las ventanas cuyos cortinajes fueron recogidos violentamente para dar brusca entrada a la luz. En los ángulos los papeles inútiles, las cartas rotas, se amontonan tal

que hojas secas. Nos vamos y nada dejamos atrás si no es la escarcha glacial de las despedidas. Un camarero acaba de llevarse nuestro equipaje, y le seguimos con paso ágil, el gabán al brazo, el tabaco en la boca...

Y la habitación queda muda, triste, incolora, como una memoria de la cual el Olvido se hubiese llevado todos los recuerdos.

Los criados.

En los grandes hoteles, y aun en los pequeños, el anónimo triunfa. Para los criados los huéspedes carecen de nombre, y les designan por el número de su habitación. Algo semejante les sucede al dueño o encargado del establecimiento. Mil veces les hemos oído decir:

—Aquí hay una carta para "el número nueve".

O bien:

—Hace media hora que está llamando "el treinta y cinco"...

Los señores viajeros tampoco saben nunca cómo se llaman los criados.

—¿Dónde está el portero?... ¡Que venga un camarero en seguida!—dicen.

En esto los señores viajeros hacen muy mal y cometen una falta que redunda en perjuicio suyo. El criado que—¡naturalmente!—no tiene el menor interés en sacrificarse por nosotros, aprovecha la penumbra del substantivo calificativo, con que le designamos, para servirnos peor. La circunstancia de sentirse innominado favorece su poltronería. A los criados debemos tratarles amablemente—aunque tal amabilidad no borre jamás la distancia que ha de separar al que sirve de quien se deja servir—y llamarles siempre por su nombre. Apenas instalados en un hotel, nuestro primer cuidado es ese:

—¿Cómo se llama usted?—preguntamos a nuestro camarero.

—Pedro, señor.

Esta precaución nos reportará beneficios incalculables. No es lo mismo decir: "Camarero, el desayuno"... Que: "Pedro, el desayuno"... Lo primero, evidentemente, requiere un tono rápido y autoritario, una ingrata sequedad de expresión; es algo que implica un desprecio o, al menos, un templado desdén. En lo segundo deslizamos un afecto, una condescendencia, una leve blandura: algo como una reconciliación de castas.

Otro día nos informaremos del pueblo donde Pedro nació, y le hablaremos discretamente de aquel rincón al cual él, indudablemente, desea volver. Con esto nada más habremos ganado su corazón y conseguiremos que respete la botella de coñac que tenemos sobre nuestra mesa de trabajo, y que no se lleve nuestra Agua de Colonia, ni use nuestra navaja de afeitar, ni nuestro cepillo de dientes...

Las mujeres son aún más sensibles a estos sencillos halagos. ¿Queréis que vuestra camarera os sirva bien y hasta llegue a quereros?... No incurráis en la vulgaridad, por no decir la grosería, de galantearla. El remedio es infalible.

En el hotel Lupone, de Managua, la camarera que cuidaba de mi habitación se llamaba Matilde. Iba descalza siempre y era joven y de buen talle. Había nacido en Blewfields, de madre nicaragüense y padre alemán, y de aquella unión libre la hija heredó el mirar dócil y la tez cobriza de la india, y la distinción del europeo.

Una tarde, junto a mi tintero, vi una rosa dentro de un vaso de agua. Era Matilde quien la había puesto allí, y a partir de aquel día encontré flores en todas partes: en el tocador, sobre mi mesa de trabajo, entre las páginas del libro que estuviese leyendo... Una noche, al acostarme, me sorprendió ver que unas manos afectuosas y artistas habían cubierto el lecho de pétalos de rosas.

La tarde en que me fuí de Managua, mientras los empleados de una agencia de transportes se lleva-

ban mis baúles, Matilde, de pie en un rincón, lloraba amargamente. ¿Por amor? No; al revés: precisamente porque no hubo amor, si no cortesía y buen trato. ¿De qué maravillarnos? ¡Es tan fácil llegar al corazón de los inferiores a quienes todos tratan con el pie!...

Hoteles memorables.

En el enjambre gris de hoteles por donde pasó nuestra historia errante, algunos nombres descuellan con el agridulce recuerdo de ciertas horas amargas o de risa, vividas en ellos. ¿Cómo olvidaros, Hoteles de la Paix y de France, en París; Hotel Jura, en Berna; Hotel de Inglaterra, en Milán; Hotel Central, en Buenos Aires; Hotel Pasaje, de la Habana; Hotel Félix Portland, de New York?

Da pena, mucha pena, considerar que algún día este existir ambulante forzosamente ha de concluir, y que al retirarnos al hogar donde esperamos acabar nuestra vida, una noche en que nos retiremos tarde de la calle, la persona que rija los destinos de la casa ha de decirnos, acaso con cierta acritud:

—Tienes que corregirte: aquí no estás en una fonda...

Lo que equivale a significarnos que allí hay horas de comer y de dormir, y que aquel orden es algo sagrado que no debe alterarse.

Ya nuestros baúles descansan vacíos en la penumbra de algún desván; "ya no estamos en una fonda"... ¡Es verdad!... ¡Qué lástima, tener que despedirnos de tantas cosas bellas, por ser transitorias!...

Barranquilla (Colombia), Mayo 1918.

DE SAN JUAN A PONCE

En el automóvil de mi fraternal amigo Agustín Pérez-Pierret—aquel bohemio que un día malrotó en Madrid la alegría aventurera de sus veinte años—he recorrido las principales ciudades de Puerto Rico: Piedras, Manatí, Mayagüez, Yauco, Ponce, Guayama, Coamo, Juana Díaz, Humacao, Bayamón... y ese viaje de varias semanas ha dejado en mi espíritu la impresión risueña—blanca y verde—de un domingo en el campo.

La isla de Puerto Rico es una Suiza tropical, una Helvecia con mar y sin nieves. Puerto Rico se parece a Suiza por su vegetación pujante, por la abundancia y sorprendente limpieza de sus carreteras, por lo muy nutrido y diseminado de su población, y porque allí los automóviles no sirven para correr dentro de las ciudades, que son todas pequeñas, si no para ir de una ciudad a otra. No existen simas inexploradas, ni selvas vírgenes, ni rincón abrupto en que el hombre no haya dejado su huella civilizadora. Adonde no pudo llegar el arado llegó el machete. Toda la isla, de orilla a orilla, es un maravilloso parque: o, si se quiere, una especie de ciudad «única», constituída por multitud de «barrios», separados unos de otros por bloques de verdura; porque las rutas portorriqueñas tienen la pulcritud, la umbría y la elegancia urbana, de los caminares de un jardín.

Salimos a media mañana de San Juan, y ya hemos

dejado atrás el delicioso arrabal costero de Santurce, tendido a lo largo de una playa de arena. Ahora acabamos de entrar en la carretera «obra de España» y modelo de carreteras militares—según los yankis—que guía de la capital a Ponce, y que puede «cubrirse» en cinco o seis horas de buen andar.

La ruta serpea nerviosamente de norte a sur entre llanos y montes verdinos. Los árboles que la bordean y se inclinan sobre ella, como para mirarla, la cubren de grata sombra. Marea la flexible inquietud del camino; sube, baja, vuelve a subir; describiendo rapidísimas curvas; ya lo vemos delante de nosotros y arriba, muy alto, casi en la cumbre que hemos de trasponer, y al mismo tiempo lo divisamos a nuestra espalda, lejos y en las profundidades de una garganta. Aparece, se esconde, vuelve a mostrarse y de nuevo se oculta en la fronda: indeciso, angosto, grisáceo, parece el rastro que hubiese dejado una serpiente en un campo herbado.

A nuestro alrededor todo es verde, cual si la isla entera sólo se alumbrase con el cuarto color del espectro solar. Abundan los mangos gigantescos, los plátanos, las palmeras... y, principalmente, los cañaverales, los interminables cañaverales que rezuman oro, porque no hay oro de más quilates que su azúcar: y desde el verdescuro de los barrancos al verdegay de las montañas, el paisaje compone una sinfonía de esmeralda. La única nota aparte la da el framboyán, que con su follaje púrpura y sus hojas sangrientas esparcidas por el suelo, en torno del tronco, yérguese semejante a un gallo herido.

También, de cuando en cuando, surge la mancha alegre de una Escuela Pública: son casitas de madera sobre las cuales ondea el pabellón yanki, con sus cuarenta y dos estrellas blancas en campo azul, y sus siete barras bermejas. Desde las ventanas la chiquillería nos mira pasar, sonríe y mueve sus manecitas, despidiéndonos. Esas escuelas, preámbulo de la vida, representan los poros por donde el alma americana va penetrando en la psicología

criolla; allí el estudio del inglés es obligatorio, y el viajero se entristece un instante porque comprende que entre aquellas paredes claras, rientes, el verbo de España agoniza...

Es mediodía cuando llegamos a Aibonito, el lugar más elevado y agreste del camino. Allí hacemos alto, y en un mesón entramos a beber un vaso de cerveza. El mesonero, que conoce a Pérez-Pierret, se alegra de verle y trinca con nosotros. Hablamos del tráfico creciente entre Ponce y San Juan, y del incesante ir y venir de automóviles. Se ha pronunciado el nombre de Ford, el popularísimo millonario y filántropo que de día en día abarata el precio de sus coches porque, según declaración suya, quiere «que todo ciudadano americano vaya a su trabajo en automóvil». Ford es un hombre de quien el dinero—¡caso único, tal vez!—no ha desterrado la espiritualidad.

Se recuerdan anécdotas:

En un restorán de New-York, durante la alegría de una sobremesa, alguien tuvo la ocurrencia de escribir a Ford una carta, diciéndole:

«Ahí le mando esas tres latas vacías de petróleo para que con ellas me haga usted un coche...»

Al día siguiente, Ford contestaba «al gracioso»:

«Me apresuro a remitirle el automóvil que desea. De las tres latas que me envió le devuelvo una, que ha sobrado...»

La charla continúa, y luego, ya desentumecidos y sin sed, reanudamos la carrera. Ahora el camino desciende y a intérvalos, en las líneas rectas y apesar del freno, nuestro vehículo adquiere velocidades vertiginosas. Guía Pérez-Pierret con el aplomo y la destreza de un «virtuoso del volante». En las curvas más rápidas, el coche gira oportunamente, y sus ruedas pintan sobre el camino dos rayas paralelas, armoniosas, de impecable elegancia, como hechas a cincel. Hay virajes que merecían aplaudirse; Pérez-Pierret es un «orfebre».

El caserío de Aibonito hállase enclavado en la

cordillera que corta la isla de este á oeste, y da a Puerto Rico dos fisonomías distintas. La parte norte constituye la que pudiéramos llamar, parte «hembra»: es la de más lozano verdor, la más primaveral, la más alegre, la que se adorna con lejanías azules y ondulaciones más suaves. La parte sur, con su coloración severa, representa el «macho»; la vegetación es menos exuberante, los perfiles de las montañas más bruscos; abundan las fuertes masas rocosas y la tierra de las hondonadas es obscura; recuerda los Pirineos.

Transcurre otra hora. Según adelantamos el paisaje va apaciguándose, los montes son más pequeños, más extensos los valles. El equilibrio se restablece. Es como si la tierra, de pronto amansada, acudiese humilde a la cita que a lo largo de las playas le ha dado el mar.

Al anochecer llegamos a la bella ciudad de Ponce, que cual todas sus hermanas de la ínsula, tiene una plaza sembrada de palmeras, y una vieja iglesia hispana de muros densos y frontis adusto, que parece un fortín.

No obstante el enorme poder de la raza invasora, Puerto Rico es y continuará siendo español durante mucho tiempo. Las leyes de la herencia lo quieren así. En ese pedazo virgiliano del mundo, España grabó fuertemente su nombre y su rúbrica. El nombre, es el Castillo del Morro, de San Juan; la rúbrica, la carretera que va de San Juan a Ponce.

UNA «CENTRAL»

La industria azucarera en Puerto Rico es muy antigua; España fomentó activamente el cultivo de la caña para extirpar el gengibre, que ocupaba gran parte de la isla, y de ello habla el hijo de Ponce de León en una carta dirigida al rey Felipe II y que se conserva en el Archivo de Indias.

¿Es beneficiosa o adversa, para el pueblo portorriqueño, la explotación de la caña de azúcar en las formidables proporciones en que actualmente se hace?

Acerca de este problema, que afecta a la vida de uno de los países de población más copiosa, la opinión del viajero imparcial forzosamente ha de ser pesimista. Los llamados en Cuba «Ingenios» y en Puerto Rico «Centrales», enriquecen rapidísimamente, con una velocidad que podríamos calificar de "insolente" a unas cuantas Compañías o personas, pero arruinan a las clases obreras; pues aunque es cierto que los jornales que en ellos se cobran son magníficos, ni todos los trabajadores se dedican a las faenas azucareras, ni tampoco los tales jornales corresponden al extraordinario encarecimiento de la vida actual. El arroz, las patatas, las cebollas, los plátanos y otras muchas hortalizas y frutas, que antes se exportaban en cantidades considerables, ahora se importan de los Estados Unidos, porque el suelo portorriqueño las produce en cantidad insuficiente. La caña de azúcar invade

los campos, tala los bosques y, por momentos, forma horizonte; la ola dulce ocupa las llanuras, paraliza en ellas los demás cultivos, y no cabiendo ya en los terrenos que la son propicios, desborda y orgullosamente gana las montañas. Pronto lo habrá dominado todo. Puerto Rico es como un panal inmenso, capaz de endulzar él solo la vida del mundo. En Puerto Rico, la pobreza y la prosperidad, se miden por el azúcar; ella constituye una especie de termómetro en cuyo depósito hubiese, en vez de mercurio, guarapo. ¿Sube el precio del guarapo? ¡Albricias! La riqueza aumenta. ¿Decrece, por el contrario, el precio de aquél? El dinero y la alegría se declararán en bancarrota.

Después del ingenio «Chaparra», en Cuba, «La Guánica», de Puerto Rico, es acaso la Central más fuerte del mundo. La Guánica sirvió de base a un pueblecito: sus cañaverales miden más de cien mil cuerdas, o acres, y su producción asciende próximamente, por temporada, a medio millón de sacos, de a trescientas diez y ocho libras cada saco.

La industria azucarera es una de las manifestaciones más enérgicas, más pintorescas y, al propio tiempo, más comprensivas, de la vida tropical.

La zafra dura alrededor de siete meses; desde Junio a Diciembre. La caña se reproduce generalmente por retoño, dos, tres y hasta cuatro veces al año, según la varia fertilidad del terreno; y si el retoño o tocón no bastase, se recurre a la semilla. La altitud media de la caña debe ser de cuatro varas.

El trajín de las Centrales es intenso y varonil, y a él cooperan por igual los músculos y la inteligencia del hombre, entre cuyas manos la solemnidad verde de las tierras cultivadas se convierte en oro.

Antes de romper el día, las cuadrillas de trabajadores salen al campo y atacan al machete las plantaciones de cañas: desnudos van de medio cuerpo arriba, inclinados sobre su labor, y caminan esparrancados y con aquel balanceo tardo de los segadores. Los machetes de punta roma, tajantes

y bruñidos, adelantan y retroceden a ras de tierra y en semicírculo; son como lenguas sedientas de la frescura de tanto verdor. Los obreros operan en fila, y con la mano izquierda van tirando hacia atrás, en manojos, las cañas cortadas. A poco de comenzar la faena, desaparecen; el cañaveral lozano, verde, ondulante bajo la brisa, semejante a un mar, se los ha tragado. Pero si no se les ve, se les oye, y en la enorme paz rústica, llena de sol, resuena el morder cadencioso, áspero, seco, breve y cruel, de los machetes incansables. Detrás de cada hombre va quedando un espacio libre, pero triste: es el rastro de melancolía de las cañas segadas.

Es interesante otear desde una colina el aspecto, rico en actividades, de estas formidables empresas antillanas. En medio de los cañaverales desacotados surge la Central, alta como una casa de tres pisos, con sus muros obscuros, sus techumbres de teja o de cinc, y una o más elevadísimas chimeneas de ladrillo que arrojan contra el purísimo cobalto celeste interminables columnas de humo. Aquella fábrica, tiznada por el carbón y las lluvias, cálida, trepidante, plena de impaciencias, tal que un enorme corazón, late día y noche, y su palpitar sobrehumano se percibe—se presiente, para decirlo mejor—desde muy lejos. A intervalos vemos serpear a través de los plantíos un ferrocarril diminuto: son los trenes cuidadosos de acarrear a la Central las cañas cortadas; los vagones, pequeñines, desaparecen bajo su carga, y el convoy parece un largo gusano verde, con cabeza negra: la locomotora.

Estamos en un patio de la Central donde, con una báscula, se procede a pesar los vagones, uno a uno, para conocer exactamente la cantidad de caña traída. Hecho esto, los coches son empujados a cierto sitio, y sobre ellos desciende una especie de tremenda araña de hierro que izará la carga para inmediatamente volcarla en un gigantesco embudo, desde el cual pasará a un plano inclinado — seme-

jante, por su movimiento, a una correa sin fin — y se llama "hamaca" y también "ladrón".

Aquí da principio el bárbaro, el feroz, el inenarrable suplicio de las pobres cañas mutiladas, robadas a la alegría virgiliana de los campos, por la humana codicia.

Llevadas por «el ladrón», las cañas se precipitan con crujir ininterrumpido, entre los dientes voraces de la «desmenuzadora», monstruo compuesto de dos largos cilindros que giran paralelamente el uno casi encima del otro, y en sentido inverso. La «desmenuzadora» rompe, quiebra, parte, tritura las cañas que luego irán pasando entre los engranajes, más crueles aún, de tres «mazas», situadas a pocos metros de distancia una de otra, y a manera de diques o represas sobre la corriente de astillas miserables que arrastra «el ladrón». Cada «maza» la constituyen o integran tres poderosos cilindros dentados y agrupados paralelamente en forma de triángulo. Los cilindros de la «maza» primera trabajan más apartados entre sí que los de la segunda; como los de ésta se hallan a su vez más distanciados que los de la tercera; y con este artificio se consigue gradualmente la total pulverización de las cañas. Así puede decirse que la «desmenuzadora», encargada de realizar el esfuerzo inicial, el más rudo, es «el macho»; y «las mazas», cuidadosas de prolongar la tortura, de aplastar, de laminar, de exprimir, son «las hembras».

Al salir de la segunda maza, la caña, ya completamente rota, comienza a sudar el zumo o guarapo—oro líquido—por ansia del cual los hombres la condenan a muerte. La tercera maza acaba de separar el guarapo del bagazo, especie de madera ya casi seca por efecto de las terribles presiones que ha sufrido. Este bagazo es inmediatamente arrebatado por el «conductor»—otra rampa movible—al cuarto de las calderas, y de aquí desciende a los hornos que alimentan la marcha de todos los mecanismos de la Central, y de este modo la caña muer-

ta coopera a la ruina y destrucción de la caña todavía viva.

El guarapo, entretanto, realiza un éxodo complicadísimo y pasa por más metamorfosis que las que soñara Ovidio.

Primeramente el guarapo, de un tono amarillento sucio, cae en un depósito, de donde una bomba lo remonta a una romana situada en la parte superior del edificio, para ser pesado y conocer exactamente la proporción entre la caña triturada y el guarapo obtenido. Después este zumo baja, obediente a la ley de gravedad, al «tanque de encalar», donde se le añade la cantidad de cal muerta suficiente para limpiarlo de impurezas químicas, lo que se calcula merced a una solución de fenalzalina. Inmediatamente el guarapo es llevado a través de calentadores sujetos a una violentísima temperatura, y, ya convenientemente preparado, sufre «la decantación», que lo subdivide en el guarapo limpio, transparente, de color amarillo canario, y el guarapo sucio o «cachaza», que más tarde será sometido a nuevas purificaciones. Terminada la decantación, el guarapo primero pasa al «evaporador», que lo convertirá en *sirop*, y de allí a los «tachos», donde cristalizará en granos de una azúcar de color brea, llamada «mascuita». La mascuita cae luego en el «mezclador», que la transportará a «las centrífugas» para su completa y definitiva purificación. Las centrífugas, que giran a más de dos mil revoluciones por minuto, realizan su misión lustral, y el azúcar, ya perfectamente blanca, cae en una «serpentina» que la asciende a una habitación de donde, por un embudo, pasará a llenar los sacos. Todo este proceso es laboriosísimo, y, no obstante, desde que la caña recibió el primer mordisco de la desmenuzadora, hasta que aparece limpia, alba, según nos la sirven en la mesa, han transcurrido únicamente diez y ocho horas.

El vehemente trajín de una de esas grandes Centrales es algo que impresiona fuertemente la ima-

ginación, por el ruido, por el calor sofocante, por el olor del guarapo; aroma pertinaz, dulzón, que casi se paladea.

Las cañas que descienden por la «hamaca» o «ladrón», filan entre las mandíbulas de la desmenuzadora y de las mazas con un lamento áspero, un treno lúgubre que restalla en todos los ángulos del edificio, y, al romperse y chorrear su zumo, componen una verdadera catarata de mieles; porque la caña, asiática de origen, creeríase que, fiel al precepto del poeta indio, quiere pagar con la dulzura de su savia el dolor que recibe.

Los ojos curiosos van de un lado a otro, interrogadores y pasmados: tan pronto nos cautiva la fuga del bagazo que alimenta el silbador incendio de las calderas, como procuramos seguir la marcha del guarapo que sube o baja a lo largo de enmarañadas tuberías, como nos interesan los mil latidos que por todas partes nos cercan y aturden. Y entre tantos ruidos discordes, entre tan gárrulo fragor de ruedas, de cadenas y de bruñidas palancas que, cual brazos heroicos, vienen y van; entre tantas maquinarias aplicadas a la conquista del oro, descuellan el «regulador», brillante y alegre, con su aspecto de sonajero, que girando marca la velocidad con que toda la fábrica trabaja; y la rueda «catalina», enorme, poderosísima, y que bien merece denominarse «rueda de la fortuna», si atendemos a lo que produce.

Y también cautiva nuestra atención el cuarto del químico; laboratorio modesto, obscuro, donde un hombre inteligente examina las evoluciones del guarapo y aprueba lo que fué bien hecho y condena lo que está mal. Esta habitación silenciosa, en la que la frivolidad de los visitantes no repara nunca, es «la conciencia» del establecimiento.

En las inmediaciones de Mayagüez (Puerto Rico) hemos visitado una Central cuyo propietario sufría de diabetes. Era un individuo sexagenario, gordo y simpático, que se ahogaba al hablar. Todos sus

hijos estaban ya casados, y él, que vivía solo, hacía más de veinte años que acariciaba la ilusión de realizar un viaje a España.

—Pero nunca puedo—clamaba suspirante—; ¡hay siempre tanto que hacer aquí!...

Aquel hombre era un terrible goloso. Conocía su enfermedad, sabía que el azúcar le envenenaba, le asesinaba, y, no obstante, se la comía a puñados. Adoraba en ella: la quería por capricho de su paladar, acaso también por agradecimiento, considerando que le había enriquecido...

Y allí seguía, preso ante aquel edificio obscuro, abrasador, fragoroso y humeante, que ahora le daba la muerte con lo mismo que antes le dió la vida.



EL FAMOSO CIPRIANO CASTRO

Europa no ha olvidado todavía al general don Cipriano Castro; aquel presidente de Venezuela que, hace algunos años, asombró al mundo aceptando el desafío con que Alemania, Inglaterra, Italia y Francia, puestas de acuerdo, creyeron asustarle. El día en que los cañones de Maracaibo—unos viejos cañones españoles, casi inservibles—dispararon sobre el crucero alemán *Panter*, Castro mandó abrir las puertas de todas las cárceles de la república. Necesitaba hombres.

—Pues la patria peligra—exclamó—en estos momentos, bajo nuestra bandera, no hay más que venezolanos.

Y una ráfaga saludable de libertad limpió los calabozos de prisioneros. Fué un gesto magnífico que un Miguel Angel hubiese llevado a la piedra.

A pesar del tiempo transcurrido desde entonces, la figura de Castro no ha menguado. Malicio que su voluntad indomable no renuncia al Poder; allí donde él esté, habrá un germen de rebelión, un soplo de tormenta, un peligro. Desterrado—recluído, mejor dicho—en Puerto Rico, acecha, vigila, presiente el momento oportuno para la acción, y dentro del cuerpo enfermizo el ambicioso espíritu arde con savias inexhaustas.

Cuando pasé por la capital borinqueña, quise tratarle. Estaba seguro de que me daría "una sensación".

—Algo extraordinario encerrará ese hombre—pensé—al que un día todas las grandes potencias europeas rechazaron, y sobre el cual los ojos que le espían desde Washington, nunca llegan a cerrarse completamente.

De Cipriano Castro yo sólo conocía la siguiente anécdota, en la que revive el espíritu admirable y salvaje de los conquistadores.

En el villorrio de Capacho Nuevo vivía un cura de familia noble y muy popular, apellidado Cárdenas. Un hermano suyo, calavera, rico y mozo, sedujo a una hermana de Castro. Informado éste del hecho obligó al seductor a reparar su falta, y dispuso que una madrugada, y con discreto sigilo, el Padre Cárdenas celebrase el matrimonio. Negóse a ello el cura; aquella boda le parecía absurda; su hermano merecía algo mejor. La disputa surgió en la iglesia. Exasperado Cipriano Castro, de un pistoletazo mató al cura.

Inmediatamente montó a caballo, y seguido de los novios, fuése en busca de otro sacerdote, a quien refirió lo que acababa de hacer.

—Creo—añadió con esa fuerza persuasiva que en ocasiones dan a nuestras palabras las armas de fuego—que le conviene a usted casarles...

Asustado el clérigo, obedeció. Terminado el acto, Cipriano Castro despidió a su cuñado:

—Ahora—dijo—que ha cumplido usted su deber, márchese; yo me llevo a mi hermana. Usted no la merece.

Y escapó a Colombia.

Este fué el hazañoso prólogo que el futuro general y presidente, que entonces apenas tenía diez y nueve años, puso a su vida.

*
* *

Cipriano Castro me recibe en un salón amueblado modestamente. Son las dos de la tarde. El célebre expresidente cuenta poco más de sesenta años, puesto que nació el día 12 de Octubre de 1858. Es un hombrecillo mezquino y enjuto, de color cobrizo, metido en un traje de vicuña azul. Las piernas descarnadas, menudos los pies, el tórax angosto, las manos nerviosas, amarillas, extraordinariamente locuaces. El cuello, demasiado ancho de su camisa, exagera la delgadez avellanada del pescuezo. Lo más interesante de su figura es la cabeza; una cabeza macrocéfala y calva, en la que el rostro, de mejillas flacas y alargado por una barbilla rucia, parece aplastado, devorado por el frontal alto, imperioso y enorme. Lleva los escasos cabellos, casi blancos, cortados al rape. Las orejas son grandes, los ojos negros y terriblemente vivaces; la boca de labios gruesos, dura, amarga, despreciativa y sensual. Una expresión de dolor, una expresión tan habladora, tan evidente como una luz, ilumina su semblante broncíneo. Castro no es "decorativo". Su entrecejo severo pregona voluntad. En él se adivina al impulsivo, acaso al epiléptico. Lo mismo pudo ser un guerrero que un místico. Cipriano Castro se parece a Trotsky; también se parece a Felipe II...

El antiguo dictador me acoge fríamente; demasiado adivino que me observa, que me sondea, que desconfía de mí, y va midiendo una a una sus palabras, que sabe ha de ver impresas algún día. A Castro, sin embargo, le gusta hablar; a ratos, satisfecho de sí, se escucha, y entonces deja el sillón que ocupa y su ademán es tribunicio.

A largas pinceladas esboza su biografía. A los treinta y cuatro años, y habiendo llegado, por la fuerza de las armas, a presidente del departamento del Táchira, tuvo que retirarse a Colombia, donde permaneció escondido en la hacienda de Bella-Vista hasta el día 23 de Mayo de 1899, en que invadió Venezuela al frente de sesenta hombres. Cinco me-

ses más tarde, precisamente el 23 de octubre del mismo año, y después de ganar las batallas de La Popa, Tononó, Cordero, Zumbador, Tovar, Nirgua, Parapara y la muy reñida acción de Tocuyito, donde le hirieron, Cipriano Castro entraba victorioso en Caracas y se proclamaba Presidente. Aquella ruta de doscientas cincuenta leguas, obscurece las mejores marchas de Bolívar, "El Libertador".

Al evocar estas visiones de gesta, el famoso aventurero se exalta, y su brazo derecho traza en el aire un gesto soberbio y dominador, impropio de la parverdad de su figura. Se ha puesto en pie; arden sus ojos.

—Yo he peleado—exclama—cerca de cuarenta años y no he preguntado nunca: "¿Cuántos son mis enemigos?" Sino: ¿Dónde están?...

Habla luego de sus esfuerzos por mejorar las situaciones moral y económica de su patria, y de las numerosas revoluciones que tuvo que sofocar, de las cuales la más peligrosa fué la de Matos, a quien Alemania favorecía, y al cual la Compañía americana de asfalto, La Bermúdez, ayudó con un donativo de ciento cincuenta mil dólares.

—Aunque eran muchos a combatirme—prosigue Castro—yo hubiese triunfado definitivamente de todos, sin la gravísima enfermedad al vientre de que me operaron en Berlín. Fué entonces, durante mi ausencia y hallándome entre la vida y la muerte y acribillado de dolores, cuando la felonía de Juan Vicente Gómez me arrebató el poder.

Al pronunciar el nombre aborrecido del actual presidente de Venezuela, los labios de Castro, instantáneamente, se quedan blancos. En su alma trágica, el odio tiene el color de la espuma.

—Presintiendo lo que iba a suceder—continúa—abrevié el tiempo de mi convalecencia y regresé a Venezuela: necesitaba recobrar el mando y disponer, con arreglo a la ley, las elecciones de la persona que había de reemplazarme, pues yo quería, así por amor a mi patria como por personal vani-

dad, que mi sucesor hallase la nación semejante "a un tren bien formado, en marcha y con su penacho de humo". Pero mi diligencia resultó inútil, pues cuando llegué a las costas venezolanas, en el sillón presidencial ya se había sentado la traición.

El general Castro se explica copiosamente, y yo me sorprendo de que un hombre "de acción" como él hable tanto. Y con el rencoroso apasionamiento que va invadiéndole y ya le domina, su color ha vuelto a cambiar. Antes se puso blanco; ahora está amarillo. El bronce de su tez se ha transmutado en oro...

El ilustre proscripto me asegura que su patria rueda actualmente hacia un abismo de opresión, de tiranía, de envilecimiento, y la expresión ácida de sus labios, y el dolor acerbo—amargura de impotencia—con que se cruza de brazos, me demuestran que Cipriano Castro, a pesar de todos los horrores que entenebrecen su vida política, es un buen patriota.

Sugestionado por su propia oratoria, el expresidente comienza a ensalzar sus virtudes, su filantropía, su fe en un "más allá"... Su verbo, hasta entonces claro, padece eclipses momentáneos bajo el recuerdo de lecturas mal asimiladas. El guerrillero quiere mostrarse docto y habla de astronomía... de teología...

—Yo—dice cruzando las manos—soy un cristiano dentro del catolicismo...

Le interrumpo porque me fatiga su actitud, que no creo sincera.

—¿Usted me permite exponerle la principal curiosidad que me ha traído aquí?

El semblante del general se nubla; la desconfianza reaparece; aprieta los labios.

—Explíquese usted—dice.

—Yo desearía—prosigo—que usted me hablase de su vida, de sus aventuras... ¡de su leyenda de hombre!

Los ojos del expresidente, fijos en mí, tienen un guiño rápido, indefinible, intraducible...

—No le comprendo—murmura.

Continúo:

—En Europa la figura de usted aparece nimbada de rojo. Allí hablamos de usted como hablaríamos de un príncipe oriental o de un Borgia. Yo no le comprendo así, como ahora le veo, con las manos cruzadas. Usted es un conquistador, con gestos de millonario y de pirata, que atravesó la vida embozado en un manto regio, bárbaro, pero magnífico, de lujuria y de sangre. Usted conoce el placer de violar, el placer de matar... "Dicen" que su fama, como el león que miraba a Francia desde Waterloo, tiene un basamento de cadáveres...

Callo y espero la respuesta a mis palabras, demasiado atrevidas tal vez. El general Castro me mira... me mira...

—¿Eso dice Europa de mí?—murmura con velada voz.

Y añade:

—Pues todo es falso. ¡Pobre de mí! Esas son las patrañas con que mis enemigos procuran acabar de perderme. Es cierto que en ocasiones mandé cortar algunas cabezas... pero ¿cuándo fué crueldad la justicia?...

Estas palabras vehementes le han arrancado un gesto decisivo, terrible. La visión de aquellas cabezas odiadas y segadas le obligaron a extender el brazo, su mano derecha colocada horizontalmente, la palma vuelta hacia arriba, cortó el aire como una espada, e instantáneamente, al calor del recuerdo, su frente se cubrió de sudor. Es la ola epiléptica...

—Pero esos son episodios—prosigue recobrándose—; mi vida está ahí. Indague usted; mi historia la conoce todo el mundo. Mi biografía es la de un hombre que sacrificó cuanto tenía a su familia y a su patria.

Vuelvo a pedirle autorización para referirle los lances de crueldad o de galanía que se le atribuyen.

Sin embargo, mis ardides fracasan; su negativa es absoluta, vertical.

—Calumnias, calumnias —repite—: todas esas son calumnias...

Comprendo que no le arrancaré ninguna confesión y me levanto para marcharme. Mi visita ha durado cinco horas: desde las dos de la tarde a las siete, y me voy vencido.

No obstante, sigo creyendo que el célebre ex presidente es un tigre empeñado en disimularse bajo una piel de cordero. Su mansedumbre es dolo, farsa...

Cipriano Castro, que siendo casi un niño disparó su revólver sobre el padre Cárdenas, es el mismo rebelde que años más tarde declara la guerra a Europa. Nada le acobarda ni le vence. Aunque desterrado, vale tanto como una nación, y los Estados Unidos lo saben. Minúsculo, raquítico, enfermo... pero arisco y autónomo, es un hombre que—para él solo—necesita una bandera. Dentro de su trajecillo de vicuña azul, Cipriano Castro lleva un Estado.



LA ISLA DEL ESPANTO

Frente a San Juan de Puerto Rico, fuera ya de la bahía y como a dos millas del Castillo del Morro, está la isla de las Cabras. Larga, angosta, con su suelo pétreo sin vegetación y sus márgenes sinuosas, casi a ras del mar, semeja el lomo rugoso de un caimán muerto. No crecen árboles allí, que el aliento salitroso del océano no lo consiente; apenas si a trechos, en las pequeñas hondonadas, hay un poco de hierba. Cuando el viento se aborrasca, las olas rugidoras brincan sobre el islote, cruzándolo de orilla a orilla; y entonces el ingrato peñasco, inmergiéndose y resurgiendo alternativamente de las aguas espumeantes, parece moverse, y es como la quilla de un buque náufrago.

Y es ahí, en ese arrecife inhospitalario, donde las autoridades yanquis, tan desdeñosas para con los pueblos que no son de su raza, han establecido el hospital de leprosos. ¿Por qué no llevaron la leprosería a un paraje alto, fresco y bien arbolado del interior de la isla portorriqueña?... ¿Ignoran los administradores de la caridad pública que las sales marinas y la humedad son fatales para la lepra?

Es inexplicable el miedo — un miedo que casi es un odio — con que la humanidad mira a los leprosos. Las razas propicias a la lepra o malatia son la negra y la amarilla. Nació este dolor en los siglos primitivos, junto al Nilo, y pronto invadió el Asia; luego ganó las costas de Grecia, y fueron los solda-

dos de Pompeyo los que, siglos más tarde, lo trajeron a España.

La lepra, llamada también gafedad, parece vinculada al pueblo hebreo; Moisés habla de ella, y una ley mosaica obligaba a los aquejados de esta enfermedad a vivir en despoblado, a llevar la cabeza rapada y al aire y tapada la boca, y a decir su mal a grandes voces para que nadie les aproximase y evitar el contagio.

Ese asco, ese aborrecimiento al malato, son universales: los sintieron los pueblos más antiguos, los sintió la Edad Media, y la América actual los siente también.

¿Por qué? No es un movimiento irreflexivo de conmiseración, sino la misma etiología del mal, la que nos dicta esa pregunta.

Motiva la lepra el bacilo de Hansen, que se halla frecuentemente en las mucosidades nasales, lo que ha sugerido la hipótesis de que su asimilación se verifica por la nariz. Toda la evolución de la terrible enfermedad ha sido perfectamente estudiada. Hay en ella tres momentos, tres fases capitales. El período de "incubación", durante el cual los gérmenes van desarrollándose, y que puede durar de diez a treinta años; período de "invasión", caracterizado por síntomas de anemia progresiva, caquexia, cefalalgia, disnea, vértigos, etc.; y período de "estado", que señala el triunfo definitivo de ese mal irreductible ante el que la Ciencia ¡todavía! se cruza de brazos. Tampoco sabemos fijamente cómo el daño se propaga: unos lo creen hereditario, otros contagioso, y ambas aseveraciones se cimentan en razonamientos y datos de gran peso.

Esta diversidad de criterios demuestra cuán arbitraria es la persecución de que son víctima los leprosos. Si su carroña es hereditaria, no debemos temerla; si es contagiosa, sí; pero en este caso, ¿por qué la sociedad, tan tolerante con la sífilis y la tuberculosis — los dos azotes contagiosos por excelencia — persigue implacable a la lepra?... Los in-

felices leprosos llevan en su cara una sentencia a cadena perpetua; se les delata, se les encierra. En cambio, nadie se opone a que un sifilítico se case; y en cuanto a la tisis, ha llegado a ser una enfermedad "literaria" y hasta una "moda". ¿Cuántos millares de mujeres, después del primer desengaño amoroso, no habrán querido — a imitación de Margarita Gautier — escupir su juventud en su pañuelo de encajes?...

El origen, por tanto, de la repulsión que esa podredumbre inspira es quizás una cuestión de estética: el horror a esas manos sin dedos, a esos rostros de pesadilla, sin nariz, sin labios, que muestran a veces los maxilares por entre pingajos de carne leonada o verdosa; de carnes que tienen el color de las aguas corrompidas. Acaso también el odio a la lepra lleve consigo reminiscencias religiosas: la antipatía secular a la raza judaica, ese extraño pueblo maldito y sin patria...

¿Quién sabe?... Lo indudable es que la crueldad y el asco con que se trata a los leprosos es uno de los crímenes colectivos más graves de que la humanidad debe avergonzarse.



En esta isla que llaman de las Cabras, y que mi corazón llamará siempre "la isla del espanto", había cerca de cuarenta pacientes, de los cuales el más antiguo, el decano, llevaba veintisiete años encerrado allí. La vigilancia a que la Sanidad les condena es severísima, y muchos, desesperados, convencidos de su dolor sin término, han querido suicidarse arrojándose al mar.

Exceptuando a las familias de los malatos, que pueden ver a sus deudos cada quince días, nadie, que no lleve una autorización especial, desembarcará en el peñón maldito. Un peluquero va a prestar sus servicios allí hebdomadariamente. Los alimen-

tos son enviados desde San Juan, al por mayor, una vez al mes. El tratamiento médico se reduce a una inyección semanal de aceite de chaulmoogra, que no extirpa el mal, pero que lo alivia; esto es, que lo prolonga. No hay cura. Cuando algún enfermo fallece, se le entierra sin ceremonias. Los reclusos viven aislados, o en grupos de tres o cuatro, en pequeñas casucas de madera, las mujeres a un lado y los hombres a otro, y de noche dos serenos recorren el islote para impedir que el amor, más fuerte que las peores abominaciones de la carne, encienda su antorcha. Pero el Deseo triunfa de todo: de la fealdad, de la podre, de las leyes; y en aquel centro de muerte y de oprobio, casi todos los años nace un niño...

El fotógrafo que nos acompaña pretende retratar a algunos enfermos. Ellos, los hombres, acceden en seguida, abúlicos, inertes, y se dejan colocar como si ignorasen de qué se trata. Las mujeres, en cambio, se esconden; a pesar de su horrible laceria, su prurito de agradar no se ha extinguido; nadie las verá; su fealdad quedará sepultada allí, bajo aquella misma tierra que hoy huellan con sus pies, pero que en un día cercano ha de cubrirlas.

Sin embargo, transcurridos algunos minutos, vuelven a mostrarse: han reflexionado...

— Nosotras nos retrataríamos — dicen — si ustedes nos permitiesen arreglarnos un poco.

— Sí, sí — exclamamos conmovidos —; lo que ustedes quieran.

Reaparecen a poco: unas vuelven vestidas de blanco, otras de azul o de rosa; ésta se ha rizado los cabellos; aquélla se ha calzado unos zapatos bonitos, o ha ceñido graciosamente a su garganta la policromía criolla de un pañuelo de seda. Las hay chinas, negras..., y todas nos miran, y sus rostros desfigurados, tumefactos, parecen máscaras de pesadilla. Una dice:

— Si ustedes me dan un retrato se lo enviaré a mi madre.

Otra, que escribe versos, habla de la alegría que las produce ver pasar los barcos.

— Estamos histéricas — agrega —; una mañana, por ejemplo, nos levantamos alegres y cantando; reímos; parecemos colegialas. De pronto una de nosotras, por cualquier motivo, se echa a llorar... y todas lloramos... ¡sin saber tampoco por qué!...

La Medicina señala tres clases principales de lepra: la anestésica, la tuberculosa y la asiática o mutilante. La última es, si no la peor, la de aspecto más trágico. Es la que roe los pies y los convierte en muñones amorfos; es la que se lleva las orejas, la nariz, los dedos de las manos... Lo característico de este mal es que priva a las extremidades del cuerpo de su sensibilidad. En el leproso, el sistema nervioso periférico es incompleto, particularmente en los miembros, y así su tacto suele desvanecerse a la altura de los codos, o de las muñecas, o de las rodillas. Su conciencia termina ahí, lo que debe producirles la emoción de no tocar al suelo, de hallarse suspendidos en el aire. Es una soledad nueva, dentro de la espantosa soledad de su cárcel.

Las enfermas, a quienes nuestra visita ha regocijado, ya no quieren separarse de nosotros; y los adornos que se colgaron efervorizan el contento de aquellos cuerpos moribundos que, vestidos de fiesta, tienen la alegría triste de las tumbas florecidas.

— Aquí — exclama una de las más jóvenes — celebramos la Nochebuena cantando y bailando. También festejamos mucho el "cuatro de Julio", aniversario de la independencia de los Estados Unidos. Ese día el comercio de San Juan nos envía flores y dulces, y viene un cura a decirnos misa.

Estas palabras han sido oportunas. Alrededor de la que acaba de hablar, los rostros amarillentos, verdosos, mutilados, sonríen...

Hemos visitado la malatería: la cocina, el comedor, los pequeños dormitorios, adornados con imágenes religiosas, postales y retratos, y en los que zumba, agorero, un enjambre de moscas. Salimos

luego a recorrer el islote, y saltando por entre malezas y peñascos llegamos al camposanto, formado por una veintena de toscas cruces de madera, hincadas a capricho entre la hierba. Ni una piedra, ni un nicho.

¡Ni hace falta!

Porque has de saber, lector, que jamás vieron ojos humanos cementerio más solemne que ese miserable cementerio de leprosos. Es allí donde los cuerpos medio podridos en vida continúan ahora pudriéndose —¡y qué aprisa lo harán!—; es allí donde aquellas almas, obligadas por las leyes a perpetua reclusión y a perpetuo silencio, siguen callando en el anónimo definitivo de sus fosas sin epitafio; y sobre esos seres a quienes se les negó el derecho a amar y a pensar... —¿para qué nacieron entonces? — la eternidad del océano y la eternidad de la cruz, que abre sus brazos cual si entre ellos quisiera serenar y endulzar toda la amargura del piélago.

¡Oh!... ¿qué artista sabría decirnos la desolación infinita de una cruz en una playa?...

....

"¡Isla del Espanto!"... Cuando me separé de tu orilla era tal la pesadumbre, tanta la piedad que rebosaban de mi corazón, que en la lancha que me llevaba me senté de espaldas a ti... y ya no tuve el valor de volver la cabeza.

EN TISCORNIA

Desde un costado del *Esperanza*, que acaba de fondear en la paz tersa y azul de la bahía, una lanchita automóvil nos lleva al desembarcadero de Tiscornia, donde habremos de pasar seis días de cuarentena.

Cuba celebra el aniversario del famoso "grito de Yara"—semilla roja de su independencia—y muchos barcos se adornan con banderas y gallardetes multicolores. Todo ríe a nuestro alrededor en la transparencia lilial de aquella mañana de octubre: las lejanías verdes de Regla y de Guanabacoa, la española silueta del castillo del Morro, los muelles y tras ellos la Habana, con su zumbido confuso de ciudad moderna, sus torres y sus millares de azoteas y de fachadas limpias, como dentaduras de mujer, bañadas en sol. A espaldas de Casa Blanca, en lo alto de un cerro escarpado, se levanta el lazareto. Ninguno de mis compañeros de reclusión tiene ganas de hablar; una nube de melancolía cubre los rostros; evidentemente aquella perspectiva de encierro les entristece, y es lógico. ¡Hallarse tan cerca, tan cerca de sus hogares, y no poder correr a ellos!... ¡Verlos, tal vez, y haber de conformarse con verlos!... Es una tortura análoga a la del niño que no gozará de los dulces puestos en la mesa si antes no come una serie de platos odiosos.

Desembarcamos y por un camino pendiente, retorcido, nervioso, tal que un relámpago, ganamos en

automóvil la cumbre de Tiscornia. Estamos en la oficina del establecimiento y su director interino, don Miguel Caballero, en nombre del doctor Franck Menocal, acude a recibirnos: este don Miguel Caballero es un hombre cincuentón, delgado, inteligente y cordial, que tiene para cuantas personas se le acercan un apretón de manos, una sonrisa y una frase amable. El médico nos toma la temperatura y luego pasamos a conocer nuestros dormitorios.

—Venga usted conmigo, pronto—me dice Luis, el camarero—; porque siendo usted el primero, podrá escoger la habitación que más le agrade.

—¿No hay nadie en el hotel?

—Nadie.

Luis camina delante: es un español bajito, de hombros cuadrados, muy ágil, muy servicial, muy risueño. Yo creo que si existiese la costumbre de estatuar a nuestros buenos servidores, según solemos haces con nuestros malos generales y nuestros malos políticos, este Luis Escobedo tendría un monumento.

Todos los departamentos son iguales y tienen exactamente el mismo moblaje: una cama de hierro, un tocador con espejo, dos mecedoras y una mesita. Los pisos de madera, los techos altos, las paredes blanquísimas, las ventanas y los montantes de las puertas defendidos por sutiles redes metálicas. A cada momento mi guía se vuelve a mirarme, orgulloso de que yo lo vea todo limpio y en orden.

Subimos al primer piso.

—No ando más—exclamo—; me quedo en esta habitación.

—¿No quiere usted que le enseñe las otras? ¡Quedan muchas!

—No. ¿Para qué?... ¿No son todas iguales?

Sí, todas son iguales; y, no obstante, sin razón, aquélla acaba de parecerme diferente; he sorprendido en ella como una simpatía; una especie de aire tibio, de calorcillo inesperado..., familiar...

Luis sonríe.

—En esta misma habitación—dice—estuvo el actor don Emilio Thuillier, a quien usted conocerá... Después llegó don Enrique Borrás.

—¿Ah?

—En otra ocasión tuve hospedados aquí también al señor don Rafael Altamira y al señor Cavestany.

—¿Es posible tanta casualidad?—interrumpí atónito.

—Según usted lo oye. Ultimamente vino el poeta mexicano Antonio Médiz Bolio. Con todos ellos hice lo que con usted: darles a elegir habitación, y todos, ¡todos!... eligieron ésta.

El hecho, realmente, es notable. Siendo los cuartos idénticos y habiendo tantos, ¿por qué preferí aquel que mis amigos habían ocupado? ¿Dejarían algo de su personalidad en aquellos muebles y en la serenidad impoluta de aquellos muros? ¿Thuillier, el primero, atraería subconscientemente a su compañero Borrás, y los dos tirarían más tarde de Altamira y de Cavestany, quienes, a su vez, capturaron a Médiz Bolio, y finalmente, el magnetismo de todos influyó en mí? ¿Será necesario creer en lo que algunos psicólogos denominaron "influencia de los lugares"? ¿Será cierto que nuestra piel "oye"—no hallo medio mejor de expresión—"el lenguaje mudo de las cosas"?...

Los días transcurren en Tiscornia muy dulcemente: la alimentación es buena, el trato exquisito, los paisajes bellísimos, de noche especialmente, cuando la Habana enciende sus luminarias incontables, y el mar brilla tranquilo, cabalístico y magnífico, al claror fantasmal de la luna. La brisa sopla, blanda, sigilosa; sobre la lejanía negra, hileras múltiples de faroles señalan el rumbo vacilante de los caminos más excéntricos de los distintos arrabales; abajo, en la bahía de aguas coruscantes, inmóviles, los grandes navíos, en los que arde una luz roja o verde, insinúan sus perfiles vagabundos, y una lanchita, su vela latina desplegada al viento, resbala cautelosamente, como un alma...

Las primeras horas de encierro fueron bastante duras para nosotros; la impaciencia y el aburrimiento—los dos peores alacranes del corazón—nos atenaceaban sin piedad. Entonces todos nos acordamos de algún amigo influyente—periodista, diputado o ministro — para encomendarle nuestra liberación inmediata. Cada cual decía:

—¡Esta reclusión es absurda! ¡Yo, en cuanto llame a Fulano, salgo de aquí!...

Aquel desasosiego, aquella pena, finaron pronto, sin embargo. Rápidamente iba penetrándonos el espíritu vigoroso y sedante del campo. El orden monástico del establecimiento, la escasez de visitas, el hondo olvido que parecía descender sobre nosotros con la lluvia que, durante horas, empapaba pertinaz, musitadora, los caminares del jardín, aflojaban nuestros pobres nervios y los pensamientos se sumergían en el "mar muerto" de la Serenidad.

Al tercer día todos estábamos resignados, y hasta contentos, de descansar allí. Según sus temperamentos, unos dormían, otros se olvidaban sobre las páginas, llenas de compacta lectura, de los "magazines" americanos; algunas mujeres hacían labores. Era un reposo que evocaba las costumbres de la vida de a bordo.

Terminada la cena, en el vasto salón destinado a comedor, mujeres y hombres nos reuníamos a tocar el piano, a cantar, a bailar, a recitar versos, y éramos alternativamente comediantes o espectadores. Cada momento del día nos aportaba una obligación y con ella una vigilancia. En las habitaciones campaba un horario que recordaba a los inquilinos sus deberes: había horas para desayunarse, para recibir la visita del médico, para almorzar... para dormir...

Este orden nos rejuvenecía, nos infantilizaba, porque nos devolvía recuerdos de colegio. A la puerta del Lazareto habíamos dejado nuestro albedrío, nuestra personalidad verdadera. Una voluntad indiscutible dictaba cuanto debíamos hacer, y

nosotros, obedeciendo, declinábamos responsabilidades: ahora éramos niños. Teníamos ganas de jugar, de divertirnos un poco a costa del señor médico y del señor director. Entre nosotros se desentumía aquel risueño espíritu de solidaridad que, en los bancos de las escuelas, anima a los muchachos contra su profesor.

Nos habían recomendado:

—Si alguno de ustedes advierte en su cuarto mosquitos, dígalo en seguida.

A la mañana siguiente, apenas abrí los ojos, llamé a Escobedo.

—Ha de saber usted que en mi habitación hay un mosquito. Llévele la noticia a los señores de la Directiva.

—¿Un mosquito?

—Sí, Luis; un mosquito: la cosa es grave.

Luis, que al pronto se mostró incrédulo, de repente pareció consternado.

—¡Lo raro es que don Rafael Domínguez me ha dicho lo mismo: que en su cuarto había mosquitos!...

—Se conoce—repuse yo—que anoche, el viento ha lanzado sobre nosotros toda una nube de ellos. ¡Corra, Luis, corra a la Dirección, e informe a los señores cancerberos de la higiene pública de esta infame conflagración mosquil!

A la hora del almuerzo, el señor Domínguez me susurró al oído:

—Ha de saber usted que, por pasar el rato, dije al camarero que en mi cuarto había mosquitos; pero no es cierto.

—Lo mismo, exactamente, le he dicho yo—repliqué—y tampoco es cierto.

Participamos en voz baja a los presentes nuestra invención, y todas fueron risas. Aquella tarde, a la hora de la inspección médica, Luis compareció en el saloncito a decirnos "que, aunque registró hasta debajo de las camas, no había podido hallar ningún mosquito". El señor Domínguez y yo nos miramos, luego miramos al médico... ¡Carcajeo general!... To-

dos veíamos a la Dirección inquieta y a Luis, armado de una escoba, persiguiendo detrás de los baúles y bajo las camas al terrible díptero portador de la muerte.

La víspera de salir del Lazareto, y momentos antes de la visita médica, varios pasajeros nos metimos un buen trozo de hielo en la boca para asombrar al doctor con nuestra pérdida de temperatura...

De Tiscornia conservo un buen recuerdo, una impresión de frescura, de equilibrio, de paz; fueron aquellos seis días de reclusión días de reposo físico, pero de altísima actividad mental; días dilectos, días próceres, contemplativos, en que los horizontes interiores se intensifican y se hacen más grandes. Y para mejor embellecerlos, la amabilidad, la cortesanía, con que en aquella casa se recibe al viajero; una elegancia que recuerda algo de esa dulzura que aplicamos a los convalecientes...

OCHES HABANERAS

El Vedado.

El barrio más hermoso y aristocrático de la Habana—la ciudad seductora—es El Vedado. Fronterizo del mar, comienza en la plaza Maceo, en cuyo centro el general libertador, a caballo, recorta sobre el violento azul del cielo caribe su severa silueta de bronce, y llega hasta la desembocadura del río Almendares.

Con sus calles arboladas trazadas a cartabón, sus jardines y sus parques de frondas tupidísimas, y sus hoteles, muchos de ellos de aspecto suntuario, El Vedado da una impresión de paz, de contemplación y apartamiento. Su belleza, aun en primavera, es una belleza otoñal. Campos feraces sembrados de palmeras, lo ciñen por el lado de tierra, y el mar—de noche especialmente—lo entristece con la voz milenaria de su inquietud. Recibe, de consiguiente, de la tierra, el impreciso dolor de las cosas inmóviles, y del océano, aquel otro dolor de despedida de sus olas errantes.

¡El Vedado!... Por rara coincidencia encubre este nombre una idea de prohibición. Efectivamente, allí donde no hay comercios, ni fábricas, ni casas de vecindad, los pobres no pueden adaptarse; el precio exorbitante de los alquileres y de los alimentos «lo prohibe». El Vedado es el arrabal predilecto de

los herederos ricos, de los fabricantes opulentos, delos buenos burgueses que consiguieron formarse una rentita tras cinco o más lustros de ásperos combates. El ensueño de todo habanero trabajador y medianamente ambicioso es «poseer un hotelito en El Vedado», cuyo precio nunca será inferior a veinte mil duros. Siempre que el marido realiza un negocio feliz, el matrimonio sonríe: la cifra ha bailado ante sus ojos aurífera, deslumbrante.

—Ya falta menos —dice la esposa.

—Sí; ya falta menos —repite él.

Los niños, que mil veces oyeron hablar de aquella casa donde habrá rosas y árboles y pájaros habladores, también sonríen. El ensueño va acercándose... y llega al fin, pero sin alegría. ¡Curioso y mortificante contrasentido! El Vedado, que simboliza el finar de tantos afanes, el sosiego de tantas vigilias, el ramo de olivo de tantas batallas, es profundamente melancólico. La vida perpetúa un intercambio de fuerzas; no hay acción que no acarree una reacción; los objetos y paisajes que nos rodean nos influyen y asimismo nosotros los influímos y modificamos; somos yunque y martillo. De aquí, tal vez, la nostalgia dulce, lentamente invasora, de El Vedado. Es la tristeza de todos los desenlaces; la tristeza de la hoguera que se apaga, del viaje que termina; la melancolía con que el telón desciende, semejante a un enorme párpado, sobre la emoción de la última escena. Aquellos hotelitos de apariencias pompeyanas, de jardines enflorecidos, rezuman la secreta pesadumbre de sus propietarios; luchadores que ya no pelean, ni ambicionan, ni dudan, ni ríen, como en su juventud.

De noche, esta pena nos sobrecoge mejor.

El transeunte camina distraídamente, mientras observa. Las calles rectas, solitarias, se abren entre el denso follaje umbrío con que la hiedra cubrió las verjas de los parques. De cuando en cuando, lejos, el momentáneo estrépito de un tranvía que pasa, o el trompeteo de un automóvil. En algunas esquinas

llega hasta nosotros, traída por el viento, la voz del mar. Hace calor. En el pórtico de los hoteles, al amparo del techo sostenido por varias columnas que dan al atrio cierta gracia de templete griego, las familias buscan la frescura nocturna. Un arco voltaico vierte su raudal de luz alechigada sobre la albura de las paredes, y dibuja las figuras, macilentas y elegantes. Cada cual ocupa una mecedora: los padres, viejos y gordos; las hijas, gráciles, nerviosas, trepidantes, vestidas de blanco; aquéllos, se balancean de un modo; éstas, de otro; sin embargo, todos lo hacen decaidamente: los viejos, porque aquel hotelito es el colofón de su vida; no pasarán de allí; las niñas, por lo contrario, exactamente: porque su verdadera vida no está en aquel hotel... sino en otro... ¿Cuál?... Tienen esos retiros de El Vedado una dulzura sedante de sanatorio, un reposo de playa; pero también tienen—especialmente en el hechizo fantasmal de las noches lunadas—la emoción pasional de una reja andaluza.

Luego, bajo el silencio lleno de aromas y de savias, lleno de sombras, vibran las notas de un piano. ¿Quién lo toca? Una mujer que se aburre, sin duda; porque «Ellas» desahogan así, por medio de la música, esos grandes dolores arcanos que nunca nos dirán. En vez de echarse a llorar, abren el piano; las notas fatigan y sosiegan sus nervios como si fuesen lágrimas. ¿Para qué llorar, cuando Beethoven lloró por todos nosotros y lo hizo tan bien?...

Calla después el piano, y el silencio entonces parece adquirir una densidad nueva. El Vedado, con la blancura de mausoleo de sus hotelitos hundidos en la fronda tupida, es como un cementerio en el que acabase de cantar un pájaro.

Los teléfonos.

En la Habana se emplea, desde hace muchos años, el teléfono automático, que permite comunicarnos directamente con quien deseamos hablar; es decir, sin necesidad de implorar la desvaída diligencia de las señoritas empleadas de la Oficina Central. Sin duda este teléfono es el mejor, por ser el más rápido, al par que el más cómodo, el más seguro y el más secreto.

El amigo genial, el camarada insubstituíble, de las mujeres que se fastidian, es el teléfono. Las habaneras lo adoran y ellas saben por qué. A su lado no existen penas. Varias muchachas se aburren en una casa. Agotáronse las conversaciones y las risas; media la tarde y aún faltan dos horas para que venga el automóvil que ha de llevarlas al Malecón. ¿Qué hacer? Una de ellas pregunta:

—¿Hay teléfono?

—Sí.

—Pues vamos a hablar.

—¿Con quién?

—¡No sé! Con cualquiera. ¡Venid!...

Todas aplauden y corren atropellándose hacia el aparato brujo que sabe traernos al oído la caricia de las voces amadas que viven lejos de nosotros. El teléfono sustituye ventajosamente al piano; distrae más. Por teléfono llamamos al médico o preparamos una cita. Es sincero: por teléfono decimos verdades que, de otro modo, no saldrían de nuestros labios. El teléfono es la broma, el chisme, la calumnia, la fantasía desenfrenada... ¡todo! Es la humanidad sin careta. Esa bocina que se lleva nuestras palabras, tiene mucho de confesonario y de carnaval.

El teléfono es la suprema alegría de El Vedado, y por sus hilos, en el silencio augusto de sus veladas, millares de palabras y cataratas de risas vuelan sigilosas hacia y desde la capital. Primera-

mente hablamos con nuestros amigos, y si alguno de ellos sabe música y la colocación de su aparato telefónico lo permite, le rogamos que toque o cante algo al piano. Cuando hemos agotado el número de nuestros conocidos llamamos a cualquiera: para esto buscaremos en la *Guía de Abonados* aquellas personas que, a causa de la extravagancia de su apellido, invitan a ser embromadas.

Cuatro hermanas ríen, se empujan, se pellizcan y devanan diabluras, al pie de un teléfono. La menor acaba de cumplir trece años; la mayor no pasará de los veinte. Son las diez de la noche. Los papás duermen a pierna suelta al otro extremo del hotel.

BLANCA *(la primogénita, arrebatando la Guía de manos de Fanny).*—¡Trae, tú no sabes!...

FANNY.—Busca en la C.

EVA.—Busca en la M. En la M hay apellidos muy graciosos.

MARÍA LUISA.—¡Mejor es la G!

BLANCA.—No, señoras. Dejadme a mí. Aquí está la C. *(Leyendo.)* Campos... Conde... Cordero... Cuervo...

EVA *(interrumpiéndola).*—¡Ese es bueno!...

TODAS *(impacientes).*—¡Ese es bueno! *(Palmotean.)*

BLANCA.—Aguardaos... aguardaos... ¡Conejo! ¡Este es mejor!...

TODAS.—¡Sí, sí!... ¡Conejo, Conejo!... *(Coro de risas.)* ¿Qué vamos a decirle?...

BLANCA.—¡Silencio, que vais a despertar a papá!... *(Descuelga el auricular y hace funcionar el aparato. Una pausa.)* ¿El señor Conejo?...

Silencio. María Luisa, Eva y Fanny procuran ahogar su hilaridad metiéndose un pañuelo en la boca. A Eva, con la risa, se le aflojan las rodillas y viene al suelo. Vibra un timbre.

TODAS *(en voz baja).*—Ahí está...; ahí está...

BLANCA *(grave).*—¿El señor Conejo?

EL TELÉFONO.—...

BLANCA.—Muy señor mío. Óigame, señor: antes

de pasar adelante yo le ruego que diga su edad...

El Teléfono.—...

Blanca.—Después le explicaré mi pregunta.

El Teléfono.—...

Blanca (*que comienza a perder su seriedad*).—¿Cuarenta años?... Va usted a estar algo duro; pero, en fin. Le he molestado a usted porque mañana he invitado a almorzar en mi casa a varias personas, y me gustaría comérmelo a usted con arroz.

El Teléfono (*dice una grosería*).

Blanca (*reventando de risa*).—Esa contestación es impropia de la timidez que caracteriza a los conejos.

El Teléfono (*replica con otra grosería*).

Blanca (*soltando la carcajada*).—¡Peor para tí, animalejo ridículo! Dispararemos contra ti nuestros fusiles vengadores. ¡Muere! ¡¡Pum!!

Todas (*acercando sus labios a la bocina*).—¡Pum, pum, prurrumpumpúm!...

Blanca.—¡Murió!...

Convulsionadas de risa, las cuatro hermanas se dejan caer, unas en un sofá, otras en el suelo. Una tregua.

La voz de papá, desde las profundidades de la casa:

—¡Niñas!... ¿Qué algazara es esa?

Nadie responde, y las cuatro delincuentes, que habrán conservado exactamente las mismas actitudes en que las sorprendió la voz, se miran llevándose un índice a los labios. Otro silencio. Papá no ha vuelto a hablar; evidentemente papá se ha dormido. ¡Albricias!

Fanny (*hojeando la Guía*).—Aquí tenemos un señor Pedro Pi, admirable. Veréis...

El teléfono responde.

Fanny.—¿El señor Pi?...

—...

Fanny.—Le llamo para preguntarle si es usted un hombre, un mosquito o un ferrocarril...

—...

FANNY.—Mis hermanas y yo le odiamos. Día y noche está usted haciendo: Piiiii... piiiiii... piiiiiii...

A Fanny la estrangula una ola de risa, y suelta el auricular, que va a chocar violentamente contra una mesa. Una estatuilla de porcelana viene a tierra y se rompe.

Aparece el padre; cejijunto, bigotudo y barrigón. Viste pityama; su figura se recorta del fondo negro de la habitación contigua, como un retrato que, de pronto, hubiese llenado el ancho marco vacío de la puerta.

—¡Niñas!... ¿Qué es esto? ¡Fuera de aquí!...

Ellas escapan.

EL PAPÁ (*mientras arregla la bocina que quedó colgando, y sin saber que lo mejor de la Vida es la Risa*).—Estos demonios de chiquillas no hacen más que jugar.

Apaga la luz. Una tristeza juiciosa invade el hotel.

CUBA PINTORESCA

El bandido Manuel García y Ponce de León, cuyas tristes hazañas le valieron el teatral sobrenombre de "Rey de los campos de Cuba", pertenece a la dinastía de aquellos pintorescos bandoleros españoles amigos de robar y de repartir el bien, a la vez crueles y compasivos, codiciosos y espléndidos, caballeros andantes a su modo de un ideal igualitario, que tanto dieron que hacer a la fantasía de los novelistas y a los remingtons de la Guardia Civil. Manuel García no guarda semejanza ninguna con esos ladrones de frac que "operan" y seducen marquesas en los *films* de la Casa Pathé: con su lindo talle, su juventud y sus prestigios de enamorado, de generoso y de valiente; con su ancho sombrero echado sobre el rostro moreno y de corvo perfil, su largo machete, su cuchillo de monte, su rifle a la espalda y sus buenos caballos, encarnaba y resucitaba las leyendas rojas de José María, *el Tempranillo*, y de Diego Corrientes. Dentro de su aperreado oficio, García era "un clásico". Examinando su biografía, puede asegurarse también que, aun prescindiendo de la orientación política que inspirase sus últimos actos, el célebre facineroso cubano parodia a los más célebres capitanes de todas las centurias. La civilización ha reconocido que, conquistadores y bandidos, hermanos son de la gran Cofradía de la Rapiña, y sin otra diferencia entre ellos que la puramente formal nacida de que

los primeros, cuando robaban, hacíanlo en nombre de la civilización, y los segundos, no. La mitad de los éxitos de un hombre deben atribuirse a su época: Manuel García, ciudadano cartaginés, hubiese llegado a ser quizá un Aníbal; Escipión, ciudadano del siglo XX, probablemente habría finado sus días en una cárcel. Hay que nacer a tiempo.

***

Manuel García nació en las inmediaciones del pueblecito de Alacranes, el 15 de Julio de 1850, y en el curso de su terrible historia surgen, a cada momento, coincidencias y presentimientos que vierten sobre ella la luz sangrienta —luz de Fatalidad— de la tragedia griega. Diríase que, desde la cuna, una mano roja avanzaba, el índice extendido, delante de él, señalándole un camino de perdición.

El día de su bautizo, doña Isabel y don Vicente, padres de Manuel, organizaron una fiesta: hubo merendona y baile, y el vino corrió copiosamente. De pronto, por una trivial cuestión de caballos, dos invitados comenzaron a discutir; a poco salieron de sus vainas los machetes, y como uno de los contendientes, apellidado González, resultase gravemente herido, el dueño de la casa dispuso que le trasladasen a su lecho. La sangre del herido empapó las sábanas. Entonces doña Isabel, la madre del recién nacido, se echó a llorar.

—¡Qué desgracia —repetía supersticiosa— qué desgracia! ¡Esto ha de traerle a nuestro hijo el "mal hechizo"!

Hasta los diez años el muchacho no aprendió a leer; aficionóse entonces, con febril entusiasmo, a los gallos y a los naipes, y fué para jugar para lo que realizó su primer robo. En estas andanzas peligrosas le acompañaba y servíale de mentor y escudero un negro esclavo, joven, llamado Tomás. No obstante la notable diferencia de edades, Tomás y Manuel fraternizaban, y apoyábanse mutua-

mente en sus designios y propósitos con notable eficacia. El niño, precozmente aventurero y bravo, comprendía al hombre.

Cierta noche se jugaba a "los prohibidos" en un bohío. Componían la partida Manuel y su amigo, y otros tres individuos de la peor calaña. Los dos primeros perdían, y era evidente que sus contrarios tiraban con ventaja. Como Tomás lo reconociese así, insultó a uno de los ganadores, apodado *Tomeguin*, quien, ofendido, sacó su machete. Echó mano Tomás al suyo, y se acometieron. La pelea fué larga y feroz. *Tomeguin* recibió dos golpes terribles: el primero, en la cara; el segundo, en un hombro. A poco, desfallecido, dió un mal paso y cayó, soltando su arma, y Tomás, viéndole ya indefenso, le macheteó con encarnizamiento salvaje hasta matarle. Los amigos de *Tomeguin* escaparon, llevándose el dinero. Llorando Tomás, abrazó a Manuel.

—Tengo que huir—le dijo—; adiós para siempre...

Y desapareció en la enorme tiniebla de la noche y del bosque. El muchacho regresó a su casa por caminos extraviados, para no ser visto; el abrazo del negro le había cubierto de sangre la camisa. La *jettatura* se repetía.

Ya era Manolo García un mozo muy pinturero, muy buen jinete y muy holgazán, cuando se enamoró de Rosarito Vázquez. Ella le correspondió. Poco después, en un "guateque", un alcalde de barrio se empeñó en danzar con Rosario; negóse la muchacha, diciéndole que ella no bailaba más que con su novio, y como el indiscreto insistiese y añadiera a su porfía frases descorteses, Manuel García le aboteteó. Contra toda justicia, el galán fué preso.

Cuando recobro la libertad, el mozo se casó, aplicóse al trabajo, y durante cerca de un año observó intachable conducta. Entretanto, su madre, cansada de soportar los crueles tratos de su segundo marido, habíase marchado a vivir con un don

José García Gallardo, rico hacendado. Transcurrían los meses tranquilos, felices, monótonos, iguales. Una tarde, Manuel llegó de visita a casa de su madre en el momento en que Gallardo la maltrataba de obra. Cególe, como es lógico, la ira, y acometiendo a Gallardo, le hirió gravemente. También en este caso—según casi siempre acontece—los tribunales de justicia, contra toda razón, favorecieron al más fuerte, y Manuel García fué procesado y llevado a la cárcel por segunda vez.

Al acabar de cumplir su condena, el futuro "Rey de los campos de Cuba" ya era un bandido. Las que pudiéramos llamar "primeras letras" del bandolerismo, las cursó bajo la dirección del entonces famoso salteador Carlos García; pero pronto apartóse de su jefe y organizó una cuadrilla. Todavía, sin embargo, sus faltas no eran demasiado graves y podía redimirse; todavía no había desnudado su machete para robar...

Los accidentes que definitivamente le aherrojaron en el crimen, vinieron después. Fué en 1883. Manuel tenía relaciones secretas, en el pueblo de Quivicán, con una joven de rara hermosura llamada Juana María. Cierta noche, y sin que nadie averiguase cómo el incendio se produjo, la casa de Juana María ardió; Manuel acudió al peligro, y con riesgo inminentísimo de su vida, libró de las llamas a su amada y a su familia. Ya en salvo, el padre de la moza acusó, sin razón, a Manuel García de incendiario. Protestó éste con exasperada vehemencia de tan abominable delito; enredáronse las palabras y, con ellas, los denuestos, que crispan los puños y calientan la sangre; salieron los machetes a pedir venganza de las ofensas, y el padre de Juana María quedó herido de gravedad. Manuel volvió a la cárcel.

Cuando salió de ella, gracias a los mañosos empeños de cierto abogado, Manuel, con una honradez impropia de su oficio, comenzó a buscar las veinte onzas que su defensor le había pedido. Un

propietario, bien porque le estimase o porque le temiese, la facilitó doce onzas; faltaban ocho, y para hallarlas Manuel García determinó robar una yunta de bueyes. Pero tampoco esta vez el azar le fué propicio: una pareja de guardias civiles, de las varias que iban siempre siguiéndole los pasos, le dió el «alto», y Manuel, de dos machetazos, mató a uno de ellos.

Entonces, considerándose irremisiblemente perdido, escribió a su mujer la siguiente carta:

"Todo el mundo sabe que yo soy el autor del crimen de la Gía; pero nadie sabe que las circunstancias me han obligado a cometerlo. Desde aquella mañana soy un bandido más, y Dios disponga de mi suerte. Las doce onzas que te dejé para entregárselas al abogado, quédate con ellas, pues te harán más falta que a él seguramente. Por cumplir mi palabra me he perdido. Que sea lo que Dios quiera. Tu esposo, *Manuel*."

Es un documento curiosísimo: su autor, refiriéndose a su crimen, dice: "las circunstancias me han obligado a cometerlo"; por dos veces invoca el nombre de Dios, y acaba sometiéndose melancólicamente, pero sin protestas, a la voluntad divina. Manuel García, que, por descender de españoles, desciende también de árabes, se entrega a la Fatalidad.

En lo sucesivo, la historia, tristemente hazañosa, del "Rey de los campos de Cuba", devana una película bermeja, de horror y pesadilla. Primero le vemos en Cayo-Hueso, foco entonces del separatismo cubano; luego regresa a su patria, y pronto su nombre llega a ser popular. Baldíamente se le persigue; él, osado y astuto, manirroto con cuantos le ayudan y feroz con los que le venden, es más fuerte que todos. Uno tras otro, los generales Salamanca, Lachambre, Polavieja, Chinchilla, Marín, etc., despliegan sus recursos mejores para capturarle. Nada consiguen. El número de sus aliados es incontable, porque él sabe derrochar entre ellos su dinero: un pañuelo anudado a la barandilla de

un balcón, unas ropas puestas a secar sobre unas matas, la décima que un boyero va cantando dentro de su carreta..., son otros tantos avisos para el bandolero. Manuel García, satisfecho de sí mismo, ama su gloria, su infame gloria de gran criminal, y procura aumentarla. Le vemos cuidarse como lo haría un artista, un torero o un boxeador. El insigne forajido no bebe, no juega, huye de las mujeres y se esfuerza—¡contrasentido admirable!—en que todos los hombres de su cuadrilla observen conducta ejemplar. A los cuarenta años, Manuel García, secuestrador, cuatrero, incendiario y asesino, era un hombre de buen talle, delgado y hercúleo, de labios risueños y finos, que vestía bien, jineteaba en buenos caballos, hablaba urbanamente y se burlaba de la Guardia civil.

A fines de 1894 se dijo que el "Rey de los campos cubanos" había muerto, lo que no era verdad, por cuanto meses después le vemos reaparecer, mas no ya con su antiguo carácter de bandolero, sino como guerrillero o cabecilla, al servicio del grito de independencia lanzado en Baire.

La noche del 23 de Febrero de 1895 marchaba Manuel García rumbo a Matanzas y al frente de unos cuarenta hombres que pudo reclutar en los alrededores de Ceiba-Mocha. Entre ellos iban su hermano Vicente, el mulato Plasencia, Callo Sosa, Asunción la Muerte y otros bandoleros que habían peleado largo tiempo a sus órdenes y gozaban de su confianza; los demás eran campesinos, gentes honradas a quienes animaba un ideal impreciso de libertad y mejoramiento.

Al enfrentar la tienda de comestibles de José Fraguela, situada al borde del camino, los sublevados se detuvieron, y Manuel García penetró solo en la casa a pedirle a su dueño, y en nombre de "la futura república cubana", todo el dinero que tuviese. A lo que Fraguela - acaso por patriotismo —accedió solícito, entregándole noventa centenes, tres luises y sesenta pesos en plata.

Mientras el cabecilla, sentado ante una ancha mesa que por allí había, redactaba el "recibo" correspondiente a la cantidad que Fraguela acababa de donarle, se oyeron por el lado del camino voces y ruido de lucha, sonaron varios tiros, y cuando Manuel se levantaba para informarse de lo que ocurría, lanzóse en la trastienda el sacristán de Canasí, don Felipe Díaz, a quien Plasencia y otros perseguían. El acosado corrió a refugiarse detrás de la mesa. Manuel García procuró salvarle, gritando:

—¡No matadle, no matadle!...

Pero su intervención fué inútil; el mulato Plasencia, sobre todo, parecía borracho de sangre, y el sacristán sucumbió a machetazos.

Consumado el crimen, la partida reanudó su marcha.

Serían las diez y media de la noche cuando los sublevados se cruzaron en la carretera de Matanzas con un individuo de a pie, llamado González. Plasencia, que cabalgaba al lado de García, adelantóse para darle el "¡quién vive!" El interpelado repuso:

—¡España!...

Plasencia disparó contra él su revólver, matándole. Casi al mismo tiempo sonó un segundo disparo, y Manuel García vaciló sobre su silla y cayó al suelo, muerto. Hubo unos instantes de indescriptible pánico. Al quedarse sin jefe, los sublevados, momentos antes tan animosos, perdieron todo su valor. Como obedeciendo a un instinto, varias voces gritaron:

—¡La Guardia civil!... ¡La Guardia civil!...

Y en pocos segundos, aquellos cuarenta hombres, desbandándose, desaparecieron en la obscuridad de los campos sin luna.

¿Quién mató a Manuel García? No se sabe. Dicen que un individuo de su partida. Dicen también que González, el cual, al caer, disparó contra sus agresores. Otros aseguran que a Manuel se le disparó casualmente el revólver que llevaba en la

mano... Pero si fué González, coincide—azar extraño—este apellido con el del herido que, el día del bautizo del "Rey", le vaticinó, con su sangre, su *jettatura*.

El señor Rabadán, a la sazón teniente de la Guardia civil, recogió el cadáver, que tardó varios días en ser identificado. Los vecinos de Ceiba-Mocha no recordaban haberle visto nunca; pero les sorprendía el aspecto de aquel hombre rústico al parecer, y que, sin embargo, iba vestido limpiamente y tenía las manos cuidadas. Al cabo, el negro Osma, enemigo personal del cabecilla, le reconoció:

—¡Es el mismo Manuel García!—cuentan que exclamó apenas le viera—; ¡miren cómo se ríe!...

Efectivamente: aquella sonrisa fría, irónica, cruel, era "el gesto" del famoso "Rey"; la expresión que llevó siempre encendida en su rostro como una luz...

***

Volvíamos de Matanzas, en automóvil, el doctor Antonio Covas Guerrero y yo. Ante nosotros, la carretera reverberaba bajo el sol, amarilla como un arroyo de *champagne*. Cuando cruzábamos el pueblo de Ceiba-Mocha, cuyo caserío de planta baja, humilde, genuinamente criollo, se levanta a ambos lados del camino, Covas-Guerrero exclamó:

—En el cementerio de aquí fué enterrado Manuel García.

Delante de una tienda, un cura bajito, apoyado en un grueso paraguas, platicaba con varias personas. La figura del ensotanado y el recuerdo del bandido célebre se asociaron en mi espíritu. Mandé parar el automóvil, y eché pie a tierra.

—¿Usted sabría decirme si la tumba de Manuel García se halla en el camposanto de Ceiba-Mocha?...

El curita, pequeño, cetrino y enjuto, me miró

atentamente; quitóse el sombrero para mejor secarse el rostro, y púsose su paraguas debajo de un brazo.

—Efectivamente—repuso—a Manuel García se le inhumó aquí; pero años más tarde, sus restos, que iban a ser llevados al osario, desaparecieron...

Había fruncido el ceño y parecía recordar. Sus ojuelos curiosos parpadeaban molestados por el sol.

—Quien podría informarle bien de todo esto es el señor Mouriño. Vaya a verle; él vive allí...

Y la contera de su voluminoso paraguas me señalaba una dirección y una casa. El señor Luis Mouriño me acogió muy amablemente: era un hombre cuarentón, alto, cenceño, nervioso, en quien los ademanes, de una vivacidad completamente tropical, acompañaban, y a veces precedían, a la palabra. Mouriño conserva las "Partidas" de casamiento y de defunción de Manuel García; el certificado médico de los dos profesores que le hicieron la autopsia; la mesa tras la cual se refugió Felipe Díaz, y en la que el machete del sanguinario Plasencia trazó pavorosas cicatrices, y otros objetos y documentos interesantes.

—¿Y los restos de Manuel García?—pregunté.

El semblante del señor Mouriño resplandeció:

—Esos los tengo yo desde hace mucho tiempo. Cuando los exhumaron, para echarlos a la fosa común, yo los recogí, y aquí están, guardados en un cajón que va usted a ver.

En efecto; abierto el cajón a golpes de formón y martillo, apareció un puñado de huesos bastante deteriorados, más que por el tiempo, por la humedad. Para retratarlos los sacamos al patio, lleno de sol, y los colocamos sobre una mesa: ¡la mesa, precisamente, de que antes hablé!

Varios individuos, vecinos o camaradas de Mouriño, se acercaron; les animaba una emoción hecha de curiosidad y de tristeza. Algunos, ya viejos, habían conocido y tratado a Manuel García. Mientras el fotógrafo calculaba distancias y disponía su má-

quina, los circunstantes guardaban un silencio evocativo.

Alguien dijo, refiriéndose al "Rey":

—Fué un hombre todo nervio; un hombre que, para hablar, no se arrimó jamás a la pared...

Observación que, bajo el clima de Cuba, tiene una elocuencia definitiva.

Otro, después de suspirar, cogió el cráneo del "Rey", y, lentamente, fué dejando caer estas palabras sencillas, trágicas, dignas de los lívidos labios de *Hamlet:*

—¡Quién iba a decírtelo, Manuel!... ¡Tú, que tantas veces nos hiciste correr a todos!...

Detalle final, precioso:

Esta crónica ha sido escrita con el mismo mango de pluma con que, en la tienda de Fraguela, Manuel García, minutos antes de morir, escribió su nombre por última vez.

LAS ADMIRADORAS

El tipo de *Don Juan* es multiforme. Además del clásico Don Juan de trusa, gorrilla emplumada y capa carmesí, que inspiró a Tirso de Molina, y de aquel *Marqués de Priola*, que escribió Lavedán, conocemos el Don Juan artista, el Don Juan militar, el Don Juan boxeador, el Don Juan *jockey*, el Don Juan torero... Porque, para decirlo de una vez, las mujeres—almas de alondra — hállanse inclinadas siempre a prendarse "del hombre del día"; de aquel a quien sus bien cimentados prestigios, o acaso un hecho o alarde cualquiera, subió momentáneamente a las cimas refulgentes, cautivadoras y escandalosas, de la Actualidad. Deslumbradas por ese brillo, no consideran los peligros de acercarse a un personaje así, ni los caudales de fatiga y de melancolía que suelen amargar su corazón, ni cuán difícil es encauzar un espíritu que jamás conoció rumbo. Por no mirar Ellas—las eternas, las adorables soñadoras — tampoco se detienen a considerar que este Don Juan que ahora pasa, ni siquiera es joven...

La acción puede desarrollarse, si queréis, en Madrid, o en la Habana, o en Guatemala, o en México... ¿qué importa el escenario si la humanidad, en todas partes, es la misma?...

El empleado del *bureau* del hotel acaba de entregar una carta a Don Juan, que en aquel momento va, camino de la calle, poniéndose los guantes, el

gabán al brazo, un tabaco entre los blancos dientes, el mirar ávido, vanidoso y feliz.

—¿Otra aventura?—le pregunto.

"El hombre del día" sonríe disimuladamente, pues él sabe que la discreción es virtud que las mujeres tasan en mucho.

—Sí—responde—un anónimo, con una cita para esta noche. ¡Seis citas en dos días! No debo quejarme.

Luego, mientras caminamos pausados bajo la alegría de los primeros faroles encendidos, este Don Juan, en cuyas sienes el Tiempo y la Emoción sembraron abundantes hilos de plata, se anima a disertar acerca de la admiración y del amor en la y de los segurísimos filamentos o raicillas mujer, que ligan ambos sentimientos.

—El amor—explica—es lo que podríamos llamar un "sentimiento-término", o "sentimiento-límite"; porque es tan fuerte, tan absoluto, que lo invade todo y de manera que de él no puede derivarse ningún otro. Ante su imperio despótico, la razón desaparece y hasta el sentido común escapa tapándose los oídos. El amor campea, tal que un gallardete en la cumbre de nuestra gama emocional; y como se nutre de sí mismo, de su propia substancia, no necesita de extraños abonos. Una mujer amará, sin explicárselo, a un borracho, a un ruin, a un ladrón, a un deforme. Una mujer puede despreciar a un hombre con toda su alma, y adorarle con toda su alma... ¡Se ama "porque sí"!

Al decir esto hay un silencio, y en el rostro, tan expresivo, de mi interlocutor, tiembla una sombra; la sombra de un remordimiento, tal vez. Sin duda recuerda. Y continúa:

—El amor es como su hermano el fuego. La muerte le sigue: su rastro es de cenizas, de dolor; del amor que se apagó no nace nada. No así la admiración; implica una noción de inferioridad y un deseo vago de sacrificio. Por esto la considero eminentemente femenina, y la tengo por una de las

fuentes más abundantes del amor: en multitud de ocasiones suele ser su alcahueta más astuta, su abogado más elocuente. La admiración es una camarera que alfombra de rosas el camino por donde su dueño, el Amor, el dios de los pies desnudos, ha de cruzar después. La mujer que admira a un hombre se halla en inminentísimo peligro de quererle; tanto, que bastará un gesto de él para que aquella veneración se transmute en cariño. ¡Claro es que, al hablar así, me refiero casi exclusivamente a las mujeres inteligentes, a las impresionables, a quienes hace vibrar más una palabra que una caricia!... ¡A las dilectas, que se embriagan por igual con los paisajes y los besos!...

Don Juan, que ha encontrado su inagotable vena lírica, va a proseguir. Yo le interrumpo:

—¿Pero cree usted que una mujer llegue a inclinarse, con afecto sensual, hacia un hombre viejo y feo, por el mero hecho de admirarle?

—¡Evidentemente!...

Muevo la cabeza a un lado y otro, en señal de duda.

—Evidentemente — repite, acalorándose—y las biografías de los grandes conquistadores y de los más ilustres artistas, colmadas están de anécdotas que confirman mi aseveración. ¿Un ejemplo? El vizconde de Chateaubriand, ya octogenario, y, sin embargo, adorado, perseguido, por una muchacha de diez y siete abriles. Las mujeres poseen el don maravilloso, divino, mejor dicho, de magnificar las cosas, de cambiar en suprema belleza lo que acaso sea definitiva fealdad.

Se interrumpe para sonreir a una memoria halagüeña, y concluye:

—Yo, en Mérida de Yucatán, conocí a una rubia exquisita, adorable dos veces, por hermosa y por espiritual, la cual, después de leer *Fausto*, se enamoró—y enamorada estuvo mucho tiempo—de un retrato de Goethe...

La feliz experiencia de Don Juan divide a l

mujeres que escriben cartas de amor a los artistas célebres en tres grupos.

—En el primero, según el orden cronológico—dice—figuran las "profesionales" del amor, las impacientes que, apenas averiguan la llegada del "gran hombre" por los periódicos, se apresuran a conocerle: unas, por curiosidad sensual; otras, por *snobismo* elegante.

En todas las ciudades que he visitado tropecé con un ramillete de diez, de quince o de veinte mujeres, que tienen a gala ser siempre "las primeras", y en cuyos salones vi, dedicados, los retratos de nuestras celebridades contemporáneas: escritores, luchadores, cantantes, profesores de esgrima, "virtuosos" del violín...

El segundo grupo es menos numeroso y, por de contado, menos apasionado: lo forman las que nos escriben por seguir o imitar el ejemplo de "las primeras", y no ser menos que ellas; las que no nos conocen, verdaderamente, y así se enamoran de nosotros de un modo que podríamos denominar "reflejo", en fuerza de oir nuestro nombre y de ver nuestro retrato en todas partes...

Calla Don Juan para suspirar; sus ojos se han nublado y comprendo que acaba de rozarle un mal recuerdo:

—En el tercer grupo—concluye con una voz sorda, nueva en él—están "las caprichosas" de mayor aristocracia y de mayor recato, las más inteligentes, las más selectas—señoritas y señoras casadas—que únicamente escriben al hombre en boga a última hora, la víspera o la antevíspera de su partida, para así tener la seguridad de que él no tendrá tiempo de referir a sus amigos su aventura. Estas citas son las supremas, las más dulces: ellas constituyen como "el postre" del festín de ilusiones que cada ciudad ofrece, en sus alcobas perfumadas, al hombre ilustre que pasa...

La conversación ha terminado, es tarde y me separo de mi interlocutor, que prosigue su camino

con ese andar flexible y ligero de todos los felices.

¡Pobre Don Juan triunfador! ¡Pobre sediento de un Ideal que no hallará jamás!... Su frivolidad, esa frivolidad que tanto se parece a la dicha, no ha reparado en un cuarto grupo de mujeres, el más numeroso sin duda, y también el más hermoso y el más melancólico: lo constituyen las incontables enamoradas del arte, que reverencian en el aventurero más que al hombre al artista; las solitarias, las contemplativas, las que no le llaman, porque no se atreven; las que llenan los teatros solamente por verle, nada más que por verle; las que se contentarán con un autógrafo suyo, trazado distraídamente sobre una postal cualquiera, y con una crónica en la que El, cortésmente al despedirse, llamará "bonitas" a todas las mujeres de la ciudad que va a dejar.

En esta devoción silenciosa, en esta devoción sin palabras, Don Juan no ha parado mientes.

¡Si él supiese que entre esa muchedumbre femenina que baja los ojos cuando le ve pasar, está Ella!... ¡Ah!... ¡Si acertase a descubrir a la que había de ser su Felicidad entre esos millares de mujeres que no le escribieron, que no le escribirán nunca!...

EL "SIN IGUAL"

Hemos trepado al pequeño cerro del Manchén en la serenidad rutilante, todo plata y añil, de una templada mañana de sol. Ni una pizca de viento. Callan los insectos encelados y los pájaros; en los árboles las hojas inmóviles callan también, y su silencio recuerda la melancolía y el divino lirismo de una oración. Un suspiro amargo nos sube a los labios. ¡Extraña congoja! Suspiramos por lo que fué y no vimos, por lo que ha de ser y tampoco veremos...

A nuestros pies la Antigua Guatemala, la histórica capital hoy casi desierta, duerme el sueño, varias veces centenario, de sus recuerdos: un reposo y un dolor de museo invaden sus calles solitarias, rectas, abiertas entre construcciones de planta baja, pobres y humildes, como arrodilladas. Castigada obstinadamente por implacables terremotos, la ciudad torturada parece suplicar clemencia a la tierra cruel, no sometida aún a los conquistadores, y hay en ella tal que un miedo a vivir. Este pesimismo es un contagio; lo recibe en herencia de sus ruinas gloriosas: son los robustos paredones ennegrecidos, y las bóvedas medio rotas, y los solemnes patios claustrados obstruídos por la maleza, de San Francisco, de la Recolección, de la Catedral, de San Agustín, de Santa Rosa, de la Candelaria, de la iglesia de Belén, de la de Santa Clara, y de otros muchos palacios y conventos, lo que satura de nostalgia la vieja exmetrópoli. Es un aroma de

renunciamiento, un *de profundis* sin palabras que cautelosamente gana el ánimo de los antigüeños y les sumerge en una honda paz triste.

"Aprended de nosotros — parecen decirles los enormes muros carcomidos—que fuimos más fuertes que vosotros y ya no somos nada..."

Y así, sobre la ciudad actual, el Pasado vierte, día tras día, sigiloso, su rocío de dolor.

"Al fondo, lejos, entre la quietud verde del valle Panchoy—nombre que en el antiguo dialecto cachiquel significa "laguna seca"—y el clarísimo azul celeste, se curvan las moles gigantescas de los volcanes de Acatenango y de Fuego, y junto a ellos el volcán de Agua, al que los indios precolombianos denominaron poéticamente "El Solitario", (*Qahol-Huyú*) y también "Sin Igual".

¡Con cuánta razón!... Nunca los ojos de ningún viajero admiraron otro monte tan bello. Alto de más de tres mil setecientos metros, sus laderas dibujan un cono perfecto, un seno de absoluto equilibrio, de suprema armonía, de inefable y religiosa serenidad. Haciéndolo a compás la mano ducha de un geómetra no lo hubiese trazado mejor. ¡Oh, la imaginación pintoresca, y exacta siempre, de los primitivos! ¡El «Sin Igual»!... Pero ¿cómo llamarlo de otro modo si es único por su majestad y su gracia?...

El «Sin Igual» ofrece tres gestos distintos admirables, tres expresiones radicales de fascinante emoción: cuando yergue su enormidad cerúlea sobre la palidez azul de la tarde, es un héroe o un poeta lírico magnífico; su personalidad ocupa el horizonte; no hay nada fuera de él. Si su cresta se pierde tras un nubarrón inmenso, semejante a la humareda de algún incendio colosal, entonces adquiere el enigma de un taumaturgo o de un viejo dios. Finalmente, si se reboza en una franja blanca de nubes, ligera como un boa de plumas, por encima del cual la cúspide asoma, tendrá una expresión de mujer.

El volcán atrae: no es posible contemplarlo sin

que los ojos, primero, y luego el corazón y los pies, nos arrastren a él...

Ha transcurrido el día, que empleamos en visitar algunas ruinas. Dan las siete de la tarde cuando nos sentamos a cenar en una enflorecida galería del Hotel Manchén. Somos cuatro: Pepe Márquez, mi secretario; don Federico Coloma, un español que tuvo la gentileza de abandonar sus asuntos, en Guatemala, para acompañarme en esta excursión, y un estudiante salvadoreño que también quiso sumarse a la partida. Se llama Salvador Escalón: tiene veinte años; es de color macilento, alto, avaro de carnes, inteligente y callado, pero lo poco que dice es siempre oportuno y discreto; en su rostro, casi lampiño todavía, brillan los cristales de unos espejuelos.

Alrededor de la mesa voltijea, sirviéndonos de comer, y a veces brinda a nuestra salud, don Gabino Alonso, el dueño del Hotel; es un español de nariz larga y ojos ladinos, que fué soldado y ejerció diversos oficios hasta dar en este de hospedero.

—Pero... ¿de verdad está usted bien resuelto a subir mañana al volcán?—interroga don Gabino.

Hago un gesto de asentimiento parsimonioso, seguro, que bien claramente expresa lo inexorable de mi decisión.

—¡No seré yo quien le acompañe!—exclama él.

—Ni hace falta—mascullo desabridamente.

Desde que llegué a Guatemala—y va para mes y medio—no hay guatemalteco que, después de celebrarme las bellezas innúmeras del volcán, no termine su jaculatoria aconsejándome "no subir"; o al menos, no intentar la ascensión sin adoptar, previamente, varias precauciones. Y ahora, al mismo pie de la montaña sirena, ya cuando es casi imposible retroceder, don Gabino llega a repetirme lo que todos me han dicho. Le miro con displicencia, con rabia...

Alguien le pregunta:

—¿Tan difícil es el viaje?

—De lo más molesto —responde—; en primer lugar la subida a la cumbre deben realizarla ustedes de noche, si quieren asistir desde allí al orto del sol. En tal caso necesitan salir de aquí mañana por la tarde, en diligencia, para el pueblo de Santa María; ¡qué digo, pueblo!... cuatro casas y una ermita mal agarradas a la falda del volcán. En Santa María descansarán hasta la una de la madrugada, y a esa hora echarán monte arriba.

Salvador Escalón, cuyos espejuelos parecen inflamarse súbitamente con las fosforescencias de la curiosidad, desea informarse de si en Santa María hallaremos camas.

—¿Camas?—interrumpe don Gabino triunfante—; ¡usted sueña! Ni camas ni habitaciones: si quieren dormir, tendrán que hacerlo al aire libre y en algún soportal.

—¿Hay buenos guías?—pregunto.

Alonso mueve la cabeza a uno y otro lado, escéptico.

—¡Psch!... ¿Quién sabe eso? No hay indio que, con el afán de ganarse una propina, no jure conocer la montaña; pero luego, a medio camino, le dice a usted: «Patroncito, yo no sé más»... y le deja plantado.

—¿Y las caballerías?

—Tampoco son seguras. Para esa clase de ascensiones precisan animales muy fuertes de manos, y que sepan de memoria la ruta. La veredita es angostísima y la menor desviación bastaría a precipitarle a usted en el abismo.

La perspectiva de morir despedazado así, de noche y entre breñas, me empavorece un poco, y para que el hostelero no se percate de mi desmayo lentamente me lleno hasta los bordes mi vaso de vino. Don Gabino, en efecto, no advierte mi flaqueza; prueba de ello es que, para alarmar mi prudencia, comienza a hablar del frío y de la rarificación del aire que hacen apenas posible la vida en el cráter del volcán; son muchos los viajeros que, no pudiendo

resistir una tan considerable depresión atmosférica, sangraron por los oídos o la nariz. También recuerda el fin de ciertos turistas alemanes acuchillados en el Volcán de Fuego por unos indios brujos; el drama del Volcán de Fuego podía repetirse en el Volcán de Agua. Don Gabino se exalta; a don Gabino le han asegurado que en el «Sin Igual» hay tigres, nietos de aquellos que vió el reverendo Pedro Betancourt; don Gabino me aconseja proveerme de perlas de éter y de unas tabletas de aspirina.

—Sobre todo—concluye—si padece usted del corazón, no intente subir...

Se lanza a reseñar la trágica historia de una señora—Fernanda Berger de Vasseaux—que era cardíaca, y al pisar la cima del volcán, cayó al suelo muerta. Un gesto mío interrumpe a don Gabino en medio de su lamentable folletín.

—¡Basta, señor Alonso—exclamo—; todo cuanto imagine usted para torcer mi empeño, será inútil; yo mañana subiré al volcán aunque sepa que en el cráter está aguardándome la sepultura!

Estas palabras, altamente dramáticas, tienen la virtud de deslumbrar a don Gabino, cuyos ojos pícaros un instante se llenan de asombro y reverencia hacia mí. Una pausa. En el silencio de estupor que ha producido mi heroísmo, don Federico Coloma, Márquez y Escalón, imitándome, se han puesto de pie.

Al siguiente día, al subir a la diligencia que viene a recogernos, Márquez se declara enfermo y no nos acompaña. Don Federico tampoco demuestra hallarse bien de salud, y el viaje es menos alegre de lo que mi optimismo presumía. El carricoche rueda con grave estrépito sobre las calles mal pavimentadas; las gentes nos miran con curiosidad, con asombro...

—"Esos van al volcán"—piensan. Y en aquellos ojos, en los que hay como una amargura de despedida, leo la ratificación silenciosa de cuantos males nos han vaticinado. A mi lado, agujereando la pe-

numbra del vehículo, que trepida sin cesar entre nubes densísimas de polvo, los redondos espejuelos de Salvador Escalón vigilan impertinentes, semejantes a dos pupilas de maleficio.

Salimos de la ciudad, dejamos atrás el río Pensativo, y nuestras mulas atacan al trote una fatigosa cuesta. El mayoral, de pie en el pescante, las acucia con las riendas, la tralla y la voz. El crepúsculo es breve, que entre los árboles anochece pronto. En escaso tiempo hemos subido mucho; hace frío, y advertimos que, casi de repente, el espacio se ha cubierto de estrellas y de luces el valle: son los faroles de La Antigua, de Santa Lucía, de San Lucas, de San Bartolomé, de Mixco... diseminados aquí y allá, por grupos, en la vastedad torva del campo, como archipiélagos de puntitos brillantes.

Son las siete de la tarde cuando llegamos a Santa María, y mientras devoramos una cena demasiado sencilla, tal vez, pero aderezada con la salsa de un apetito lobuno, una charanga absurda, formada por tres o cuatro instrumentos de metal, toca allá fuera y en honor nuestro valses de aquelarre. El comandante Valdés, a quien el general Barrios, gobernador de La Antigua, nos ha recomendado por teléfono, nos dice que si hemos de dormir las cinco horas que faltan aún para la de la partida, pondrá a nuestro servicio dos colchones y una mesa. Aceptamos. Empiezo a convencerme de que el señor Alonso ha exagerado: él nos anunció que nos quedaríamos sin comer, y estamos comiendo; él nos aseguró que pasaríamos la noche al raso, y no sólo nos hallamos bajo techado, sino que disponemos de una mesa y dos colchones... La cena, sin embargo, carece de alegría; hablamos poco y los vasos de cerveza se apuran en silencio; el buen humor se ha ido. En Escalón, alto, flaco y vestido de negro, pálido y mudo tras los cristales de sus espejuelos, hay una inquietud; su gesto es el del hombre que espía un ruido en la noche. Don Federico Coloma de

cuando en cuando suspira y hace con los labios un mohín amargo.

—¿Le duele a usted el estómago?—le pregunto.

—Sí—murmura.

Y retira su plato, significándonos que no comerá más.

Terminada la cena, nos jugamos a "cara o cruz", con una moneda lanzada al aire, el sitio donde cada cual ha de dormir. A Escalón y a mí nos corresponden en suerte los colchones; don Federico descansará en la tabla durísima de la mesa. ¡Evidentemente don Federico tiene el santo de espaldas!

Transcurren quince, veinte minutos...; hemos apagado la luz, pero nadie duerme; en la doble negación de la obscuridad y del silencio, nuestros sentidos hiperestesiados acechan un peligro. ¿Cuál?... De improviso las paredes vibran; gimen las vigas, la puerta, el techo; bajo nosotros y a nuestro alrededor, durante varios segundos, todo se ha estremecido; fué como un calofrío de la Tierra; como si la madre Tierra hubiese suspirado...

—¿Sintieron ustedes?—exclama Escalón.

—Sí—responde don Federico.

Y yo repito:

—Sí...

Encendemos una vela y nos miramos: a Escalón, que se acostó con los lentes puestos, los ojos parecen relucirle de un modo extraordinario. Todos estamos ligeramente acobardados, pero nos esforzamos en mostrarnos tranquilos. ¡Mostrarse tranquilo! Yo creo que el valor, en la mayoría de los casos, se circunscribe a eso. Nueva pausa. Apenas serenados, un segundo temblor, más fuerte que el precedente, raja en toda su longitud uno de los muros; es una grieta profunda, de trazado irregular, negra, amenazadora, en la blancura indecisa de la pared. Luego, nada; el silencio otra vez, el reposo enorme del campo, interrumpido por el clarinear con que los gallos ahuyentan el maleficio de la media noche.

A la una de la madrugada y sin necesidad de que

nos llamen, salimos al soportal donde varios indios están enjaezando nuestras cabalgaduras. Don Federico desaparece unos momentos; le hemos visto encaminarse al campo, de donde regresa más amustiado y taciturno que se fué.

—¿Está usted peor?—le interrogamos.

—Sí—suspira—; permítanme ustedes que no les acompañe... Me voy a acostar...

Con gran pena nos resignamos a dejarle, y emprendemos la marcha hacia el volcán, cuya mole obscura se levanta, semejante al alcartaz de un nigromante, en la noche estrellada. Delante camina el guía, a pie, con un machete desenvainado en la diestra; le seguimos Escalón y yo, a caballo; y después cuatro indios, también a pie, cargados con las municiones de boca: todos van descalzos y cada cual lleva cruzado delante del pecho, y sostenido por la correa que sujeta la mochila, su machete desnudo, cuya hoja albea inquietante a la lívida penumbra astral.

Estas siluetas desconocidas y armadas, que oímos conversar en un dialecto intraducible, y la soledad en que estamos, vuelve a mi memoria la historia de aquellos alemanes mutilados bárbaramente en el Volcán de Fuego por unos brujos.

—¿ Lleva usted armas ? — le gritó a Escalón en francés.

—No, señor—responde.

Yo tampoco voy armado; y esta circunstancia, que aumenta mi temor a ser asesinado, cuelga nuevas exquisiteces a la aventura.

El camino asciende en pendiente durísima, e inclinándose así a un lado como al opuesto. Es tan angosto, que a veces mide lo indispensable para que pase un caballo, y a nuestro lado, alucinante, el tajo del monte, la sima, por momentos más honda, más llena de procelosas atracciones, según vamos escapando de ella. No hay luna, lo que da al espacio una transparencia severa y profunda; a intervalos, un bólido, tal que un diamante, raya el

maravilloso cristal celeste. A intervalos también, y por entre el bosque cuyas ramas nos azotan la cara, vislumbramos estrellas que, mostrándose y ocultándose alternativamente entre la fronda, parecen luciérnagas. ¿Serán estos los ojos de aquellos tigres con que nos acobardara la melodramática fantasía de don Gabino?...

Al llegar a cierto paraje, más peligroso que los recorridos hasta allí, los indios encienden las antorchas de que iban provistos, y entonces, al claror de aquellas luminarias primitivas, aparece rotundo el extraordinario interés de sus ojos, grandes, negros, incurablemente tristes, en la humildad de los rostros, cetrinos, escuálidos y hambrientos; hambrientos, sí, con un hambre de muchas generaciones; un hambre de piedad, de justicia y de pan... porque no es la raza negra, sino la india, la más desventurada del mundo.

De cuando en cuando, para cerciorarse de que nadie quedó rezagado, el guía gritaba:

—¡*Pachin—scho—ualé*!...

Que significa: «¿Dónde van?»

O también:

—¡*Jam-baley*!...

Que equivale a la pregunta: «¿Vamos todos?»

Y, uno tras otro, nuestros acompañantes contestaban, rítmicos y musicales:

—¡*Jam-baley*!...

—¡*Jam-baley*!...

—¡*Jam-baley*!...

—¡*Jam-baley*!...

Al igual que la del guía, la voz del primer indio de la retaguardia era alegre; la del segundo sonaba triste y como fatigada; la del tercero venía de muy lejos; la del último, resonando allá abajo, a más de veinte metros de profundidad, nos daba una noción admirable de la considerable altura a que estábamos.

La caravana prosigue, tenaz, la ruda ascensión; por instantes el aire es más frío, más sutil. Un silencio absoluto, que parece descender de las estrellas,

el infinito silencio de las cumbres, nos rodea; y en aquel reposo, más lleno de eternidad que el reposo de los cementerios, los indios descalzos, lívidos, de ademanes escurridizos y rampantes, tienen un andar fantasmal.

Son las tres de la madrugada cuando hacemos alto, para encender fuego y calentar un poco de café. Mojados de rocío, los hierbajos y las ramas que han de nutrir la hoguera, arden mal, pero prenden al fin, y en la doble tiniebla de la noche y del bosque, la fogata rojea cual la boca de un dios bienhechor y risueño. Ya recobrados, reanudamos la marcha; esta vez las antorchas resinosas flamean entre espirales de negro humo, y a su reflejo sanguinario los semblantes parecen más exangües y más siniestros los machetes.

—¡*Jam-baley*!... —grita a intervalos el guía.

Y esta palabra, repetida una vez, otra... otra... otra... rueda, como una piedra, monte abajo.

Inesperadamente prodúcese a nuestro alrededor una ficción óptica superior a toda fantasía y descripción: las nubes han tejido delante de nosotros una especie de océano semi-azulado, semi-lechoso, que la carencia completa de viento deja en absoluta y fascinante inmovilidad; y de este mar quimérico, a lo lejos, las cumbres de las montañas que circundan al «Sin Igual» y son más bajas que él, emergen como islas. ¡Oh, qué rara belleza alucinante la de este panorama!... Arriba, el cielo límpido, aljofarado de estrellas; abajo el piélago de nubes quietas, impregnadas de claror astral, y entre ambos abismos, las cimas, que componen islotes, o archipiélagos, o playas vagarosas, playas de pesadilla. ¿Dónde, a no ser en las ilustraciones que Doré, el loco, hizo para «El Infierno» del Dante, vieron ojos humanos aquellas riberas negras, muertas, sembradas de pinos?... Y, para que nada faltase al hechizo y estética soberanía del cuadro, el resplandor de las luces de La Antigua, iluminando desde abajo y flojamente las nubes, producían un maravilloso «efecto de

luna». El espacio, convertido en un mar sin oleaje y sin ruido; el volcán, convertido en playa. Mis ideas se nublaban; sentí deseos de lanzarme de cabeza al abismo. Comparado con este cuadro maravilloso, ¿qué podía valer más tarde la belleza vulgarísima del amanecer?...

Eran las siete de la mañana cuando conquistamos la cumbre; allí almorzamos y a la una de la tarde regresamos a Santa María.

Don Federico, notablemente mejorado, nos abrazó fraternal; sin duda pensó, cuando nos despedimos de él doce horas antes, que no había de volver a vernos. Don Federico nos miraba, nos palpaba y nos molía a preguntas.

—Pero ¿de verdad llegaron ustedes al cráter?—repetía.

—Sí, don Federico, hasta el mismísimo cráter, y cerciórese por sus propias manos de que no nos falta ningún hueso.

—¿Y es cierto, según dicen, que es grande como la Plaza de Armas, de Guatemala?

—No, señor; el cráter del "Sin Igual" es una especie de agujero de corta profundidad, puesto que está cegado, y que no medirá más de treinta metros de diámetro.

Poco a poco, mientras almorzábamos, Escalón y yo fuimos convenciéndole de que los guías nos condujeron muy bien, de que los caballos eran buenos, de que no sentimos el "mal de las montañas", y de consiguiente, que no hubimos necesidad de recurrir a las tabletas de aspirina ni a las perlas de éter; y, finalmente, que no vimos nieve, ni indios brujos, ni tigres...

Escalón y yo levantamos, para brindar, nuestras copas de vino, satisfechos de nuestra entereza. En verdad que para subir al "Sin Igual" necesitamos valor. Mejor dicho, lo necesitamos—y en grado temerario—nó para subir, precisamente, sino para desoir a cuantos, cándidamente, nos aconsejaban que no subiésemos.



"SU EXCELENCIA" ESTRADA CABRERA

La misma noche en que llegué a la ciudad de Guatemala recibí una carta en la que "Varios españoles"—así iba firmada la misiva—me rogaban solicitase del señor presidente de la República la inmediata liberación del aragonés don Lucas Ibáñez, encerrado en estrechísima celda desde hacía más de ocho meses por un imaginario contrabando de sombreros.

"Lo que el ministro de España, don Pedro Quartín, no ha sabido obtener—añadían los comunicantes—nadie mejor que usted puede conseguirlo."

Con lo cual, al par que me elogiaban, obligábanme suavemente a interceder en favor del preso, si no por directa filantropía, por consejos mezquinos de mi personal vanidad al menos. La carta interesaba; había en ella un gran dolor, y yo no he aprendido todavía a encogerme de hombros ante el Dolor. Semejante a un proyectil bien dirigido, el ruego de aquellos compatriotas hizo blanco; yo lo sentí en el corazón.

Desde luego—y más conociendo el fracaso del ministro de España—supuse que la misión que me encomendaban no era fácil, y que solamente un gesto magnánimo de Su Excelencia don Manuel Estrada Cabrera podía sacarme victorioso de mi buen empeño.

Pero ese gesto magnífico, ¿llegaría a producirse? Todas las probabilidades, todos los antecedentes

que yo iba recogiendo aquí y allá respecto a la biografía y humor de Su Excelencia, me decían "que no".

Los guatemaltecos —he aquí una observación comprobada mil veces—cuando hablan de su presidente, y aunque sus palabras sean elogiosas, lo hacen bajando la voz. Hay en ellos un miedo inconsciente a ser espiados, a ser traicionados, y ese miedo evita los motines, pues en el azaroso camino de la rebeldía pocos se atreven a ser "los primeros". Como todos recelan de todos, nadie se mueve; el Miedo fraterniza con la Traición.

A propósito de esto refieren que una noche, ya muy tarde, presentóse ante la guardia que custodia la entrada del Palacio presidencial un individuo, pretendiendo a todo trance hablar con Su Excelencia.

—Le va en ello la vida—repetía.

El visitante fué recibido.

—Señor—comenzó a decir—hay en Guatemala ocho hombres, juramentados, resueltos a asesinarle. Uno de ellos soy yo. Pero hace unos momentos la conciencia me reprochó la mala acción que iba a cometer y vengo dispuesto a descubrirle los nombres de sus enemigos.

Su Excelencia le contempló despreciativamente, apoyó un timbre y varios soldados acudieron.

—Amarrad bien a este hombre—ordenó—y dadle hasta cincuenta palos.

La víctima, aterrada, se hincó de rodillas:

—¡Señor!.. ¿Por qué?,..

—Porque es usted el último en decírmelo; sepa que sus siete compañeros, uno tras otro, ya han estado aquí.

El viejo proverbio mundial "alegría de la calle, dolor de casa", debe aplicarse en "la tierra del quetzal" al revés: en su hogar, después de cerciorarse de que todas las puertas están bien cerradas a la delación, el guatemalteco es jovial y comunicativo; en la calle se muestra, por el contrario, tacitur-

no y reservado, cual si una sombra de maleficio se cerniese sobre él. El pueblo bajo suele llamar a Su Excelencia "El Señor", como si en realidad lo fuese de vidas y haciendas; también le apodan "El Amo", pues parece que de hecho lo es. Los cultos, con cierta amarga ironía, le dicen "El Hombre". ¿Acaso no hay otro? Se le teme, y su retrato no falta en ningún hogar, en ninguna oficina, y hasta en los dormitorios de los prostíbulos se le encuentra, semejante a esos santos que deseamos tener propicios. Es una obsesión. Mas sea este miedo justificado o no, lo indiscutible es que el solo nombre del licenciado don Manuel Estrada Cabrera inspira a sus gobernados una emoción más de pavura que de respeto; algo de aquel terror supersticioso que, cuando niños, nos producía el Dios vengativo y barbudo del Sinaí.

—Créanme ustedes — cuentan que decía cierto viejo general a sus amigos—que si Su Excelencia nos ordenase acudir mañana a su palacio para besarle los pies, no sería yo el último en asistir a la ceremonia...

Este era el hombre con quien yo tenía que habérmelas.

Una tarde, acompañado del gran simpático Fernando Alcalá Galiano, secretario entonces de nuestra Legación, fuí a conocer a don Lucas Ibáñez en su calabozo. Descuidando etiquetas, no le habíamos anunciado nuestra visita; pero, como teníamos seguridad de hallarle en casa... Estaba paseándose, las manos a la espalda y la cabeza sobre el pecho, cuando llegamos. Me encontré en presencia de un hombre como de cuarenta y seis años, alto y huesudo, cenceño de rostro y de cuerpo, y muy discreto en el hablar. Sus actitudes, sus palabras, hasta el metal de su voz, expresaban nobleza.

Mesuradamente, sin lamentos y sin cólera, don Lucas nos explicó el desdichado lance que allí le condujo. El había desembarcado en Puerto-Barrios un cargamento de sombreros; abonó en la Aduana

los derechos que, con arreglo a tarifa, le exigieron, y se trasladó a la capital. Una noche, hallándose acostado, asaltaron su habitación varios policías, los cuales, después de incautarse de toda su documentación, de su mercancía y de algunos miles de dólares que le quedaban, le llevaron a la cárcel. Desde entonces nadie había vuelto a ocuparse de él, ni siquiera para tomarle declaración; probablemente—y esta era su mayor desesperación — nadie sabía que estaba allí, ni él tampoco sabía "por qué estaba allí". Don Lucas no pretendía que le devolviesen su dinero, ni sus sombreros.

—Lo único que pido—concluyó resignado y ecuánime—es mi libertad.

Prometíle—y así me lo juré a mí mismo—hacer cuanto pudiera en su favor, y nos despedimos. Por la noche fué a conocerme al hotel donde yo me alojaba otro español, buenazo y epicúreo, alegre, barrigón, con la cara sanguínea, mofletuda y sensual, a lo Arcipreste de Hita, llena de malicias y de hilaridad... Se llamaba don Aquilino Sánchez, y su notable simpatía personal, añadida a su estrecha amistad con don Lucas y con Alcalá Galiano, hizo que mi afecto hacia él medrase en seguida. Casi todas las noches, después de comer, nos íbamos a gozar del ambiente de aventura que envolvía a la noble ciudad, callada y solitaria, y cuando a don Aquilino se le descomponían los grifos de su abundantísimo reir, lo que acontecía con frecuencia, sus carcajadas tamborileaban en la paz de las calles como una diana de cascabeles.

Una madrugada—las horas del amanecer fueron favorables siempre a la confesión—don Aquilino Sánchez me explicó la situación crítica en que se hallaba:

El era propietario, en el pueblo de San Felipe, de un hotel y de una fábrica de licores, con cuyas industrias, durante algunos años, vivió tranquilo y ganó dinero. Después, y sin que él acertara a explicarse bien la causa, granjeóse la enemistad del go-

bernador de aquella provincia, quien le obligó a cerrar el hotel y la fábrica. Entonces don Aquilino, recelando males mayores, trasladóse a Guatemala, habló con Su Excelencia y le informó de su desgracia y de su inocencia.

—Yo me ocuparé de usted—le contestó el señor presidente—; pero, si no quiere usted exponerse a que le prendan, quédese en la capital.

Desde aquella conversación había transcurrido cerca de un año—en América, como en Europa, "las cosas de Palacio van despacio"—y don Aquilino, separado de sus negocios y con la ciudad por cárcel, veía agotarse sus ahorros y consumarse su ruina.

— Es necesario — agregó despatarrándose y echando fuera su barriga feliz de gran comedor— que usted me salve. Yo quiero que cuando vaya usted a gestionar el indulto de Lucas Ibáñez, aproveche la ocasión para hablarle a Su Excelencia de mí. Tiene usted que hacerlo, porque yo se lo ruego y usted no puede negarse.

Continuamos andando y callados. Yo estaba perplejo.

—Don Aquilino—exclamé al fin—yo bien quisiera servirle a usted; pero, seamos razonables. Si el ministro de España, con todo su prestigio oficial, no ha conseguido la excarcelación de don Lucas, yo, que no tengo su influencia, que soy, sencillamente, un viajero, "un señor que pasa", ¿cómo voy a arreglar de sopetón la causa de Ibáñez y la de usted?... A mi juicio, uno de los dos ha de sacrificarse por el otro; o usted renuncia a su pleito, para que yo pueda abogar con más brío por la causa de don Lucas, o viceversa. No nos hagamos ilusiones, no vayamos, por querer ganarlo todo, a perderlo todo. Uno de ustedes, bien... ¡quizá se salve!... Los dos, imposible. Quien mucho abarca, amigo mío...

Don Aquilino me arrebató el refrán de los labios para terminarlo y glosarlo a su gusto:

—Quien mucho abarca—exclamó—si aprieta bien,

podrá con todo. Conque... ¡no se haga usted el chiquito!

Así nos separamos.

*
* *

La víspera de salir de Guatemala fuí a despedirme de Su Excelencia en su palacio de la Palma, situado a pocos kilómetros de la capital. Eran las tres de la tarde cuando llegué, y vi más de cien personas—ministros, generales y también gentes humildes—que aguardaban en el jardín, al aire libre, sentados sobre largos bancos de madera, la hora de audiencia. No necesité declinar mi nombre. Inmediatamente, con una solicitud que estimé de buen agüero—pues comprendí que venía "de arriba"—un militar de alta graduación acudió a recibirme y me condujo a un pabellón aislado en medio del parque, donde me dejó solo.

Tomé asiento. Yo llevaba mi plan: me proponía charlar con Su Excelencia despreocupadamente, alegremente, por creer este el modo mejor de captarse la simpatía del hombre abrumado siempre, por imperativos de su alto cargo, de graves preocupaciones; y al final, cuando ya le tuviese algo de mi parte, manifestarle el verdadero motivo de mi visita. No obstante, el miedo a fracasar, la consideración de que el porvenir de don Aquilino y la libertad de don Lucas dependían de mí, y que en aquellos instantes decisivos sus espíritus estaban allí conmigo, acompañándome, suplicándome, me producían una honda turbación. Mis manos inquietas se buscaban para refregarse nerviosamente una contra otra.

—Veremos lo que me dice "El Hombre", "El Señor", "El Amo"—pensaba yo febril.

Apareció otro militar:

—Puede usted venir: el señor presidente le espera.

Recorrimos un trozo de jardín, subimos las gradas que dan acceso al vestíbulo del palacio presi-

dencial, y fuí introducido en un salón; el célebre salón que—dice la leyenda popular—está acribillado de mirillas por las cuales una especie de "guardia roja" espía al visitante, pronta a disparar sobre él. Yo meditaba:

—¿Dónde se ocultarán? ¿Me estarán viendo?...

Pronto me distrajo el aspecto del salón espacioso, adornado con moderación y buen gusto: el moblaje era sencillo y de calidad; las alfombras, las cortinas, los objetos artísticos de bronce o mármol, todo armonizaba discretamente en una claridad de tonalidades suaves. Transcurrieron hasta cinco minutos... Luego unos pasos, un leve crujir de maderas y en seguida, súbitamente, bajo la onda del cortinaje de una puerta, aparece "El Hombre". Como su llegada no podía sorprenderme, consigo agarrarle bien, todo entero, con la mirada. Manifiesta sesenta años o pocos más; es calvo, de mediana estatura y bien proporcionado; ni delgado ni grueso, muy erguido, muy sobre sí. Viste corbata blanca, levita y botas de charol. El pantalón negro, de limpio corte americano, desciende a plomo, impecable, sin insinuar una arruga.

Su Excelencia me examina unos instantes y avanza apausado, con lentitud ensayada y efectista; al llegar a mí me ofrece su diestra pulida y pequeña, y con una languidez al par amable y fatigada—el ademán de alguien que va cansándose de ser demasiado indulgente, demasiado bueno—me autoriza a sentarme. Obedezco. Yo ocupo un sillón. Su Excelencia se ha instalado a mi izquierda, en la sombra, sobre un diván. Su sitio es superior al mío; es un lugar "estratégico", desde el cual me observa y escruta mejor que yo a él, puesto que yo estoy en la luz; y un segundo vuelvo a acordarme de aquellos cancerberos que—según aseguran—desde las habitaciones y pasillos contiguos al salón apuntan con sus revólveres a los visitantes. Mas apenas pienso en ello, cuando la visión siniestra se va...

Desde el primer momento tomo "la ofensiva";

quiero decir, que tomo la palabra, pues para dar dichoso remate al asunto que allí me lleva, más que conocer a Su Excelencia, me urge y conviene que Su Excelencia me conozca.

Le hablo de las impresiones que las feracísimas tierras de Guatemala me han producido; de mis "Conferencias" en el hermoso teatro de Colón; de mi visita a La Antigua y de mi ascensión al volcán de Agua, desde cuya cima se contempla la soberana majestad verde de dos Océanos... Comprendo, con una coquetería genuinamente femenina, que mi conversación interesa a Su Excelencia, y continúo hablando. El señor don Manuel Estrada Cabrera no ha subido al volcán de Agua; no ha tenido tiempo; sus múltiples obligaciones de jefe supremo del Estado no le permitieron, a través de tantos años de mando, ni siquiera una tregua...

Al contestarme así, su semblante expresivo se cubre de tristeza; es la melancolía del ambicioso, que, después de sacrificar su vida al Triunfo, reconoce que el Triunfo no es nada. Yo, entretanto, le inspecciono atentamente, ávidamente: el señor Estrada Cabrera no acciona y parece medir sus palabras. Tiene una frente surcada de arrugas inquietantes, y la color broncínea del rostro da al bien poblado bigote una blancura inesperada y fuerte. Sus ojos negrísimos son escrutadores, de una tenacidad molesta; es la mirada común a todos los "conductores de multitudes". En general los rasgos principales de su carácter son el hermetismo y la energía.

Prolongar una entrevista de esta clase más allá de quince minutos envuelve indiscreción, y como considero que ese cuarto de hora ha transcurrido ya, me levanto para despedirme. Su Excelencia también se levanta, y lo hace con cierta precipitación, contento quizás de que yo me vaya. ¡Tiene aún que recibir a tantos!... Sin embargo...

—Espere usted—murmura—; quiero dedicarle, en recuerdo de nuestra conversación, un retrato mío...

Me inclino en una reverencia de sincero agradecimiento hacia su cortesía. El señor presidente se marcha unos instantes y, mientras vuelve, pienso en el pobre don Aquilino y en el infortunado don Lucas, que me esperan...

Su Excelencia reapareció con su obsequio, y, mientras le saludaba con otra zalema, leí la dedicatoria escrita con una letra apacible, monótona, de rasgos finos. ¿Es que la grafología se equivoca?...

—Le deseo a usted un buen viaje—dijo.

Correspondí a su saludo con las frases de ritual, y busqué la salida. El mantúvose de pie, rígido, austero, los brazos pegados militarmente al cuerpo. Al ir a trasponer la puerta, me revolví bruscamente; el momento "teatral", elegido por mí para interceder por mis defendidos, había llegado.

—¡Perdón, Excelencia!—exclamé con estudiado aturdimiento y dando hacia él algunos pasos—; ¡me dejaba en el tintero lo más importante!

El señor presidente no contestó; mejor dicho, contestó a mis palabras con un temblor de cejas, que significaba:

"¿Qué deseaba usted? Sea breve."

—Deseaba pedirle algo...

Hubo un corto silencio, durante el cual se mostró receloso, y yo pude complacerme refinadamente en su inquietud y sorpresa.

—Sé perfectamente—continué sonriendo—que todos mis amigos... mejor dicho... todos mis compañeros de profesión, que pasaron por aquí, solicitaron algo de Su Excelencia...

Al hablar así desfilaban por mi memoria, en cabalgata rutilante, los nombres del gran poeta José Santos Chocano, el de Pedro González Blanco, el muy lleno de luz de Rubén Darío, con quien don Manuel Estrada Cabrera se comportó tan generosamente...

—Según...—repuso grave don Manuel.

—¡No, Excelencia! — interrumpí risueño —; yo estoy seguro de que todos mis camaradas le pidie-

ron algo... y de que usted fué condescendiente con todos.

El seguía impenetrable; no se movía, no sonreía; ni siquiera sus ojos negrísimos parpadeaban. Era como si con el mirar quisiera registrarme el fondo del alma.

—Por lo mismo—añadí con una jovialidad en la que presentía mi triunfo—yo deseo pedirle algo... ¡como los otros!... No hacerlo sería, evidentemente, una falta de compañerismo...

Replicó glacial:

—Hable usted.

—Yo le pido la libertad de don Lucas Ibáñez, recluído en inhospitalario calabozo desde hace varios meses; y el sobreseimiento de la causa que, a modo de excomunión medioeval, pesa sobre don Aquilino Sánchez.

Expliqué sucintamente las acusaciones que tan fieramente abrumaban a don Aquilino y a don Lucas.

—Supongamos—dije deslizando unas savias de ironía en mi alegato—que los licores que don Aquilino fabrica en sus destilerías no son del todo buenos. ¿Qué importa?... ¡Allá el público con él!... Supongamos también que don Lucas no pagó en la Aduana de Puerto Barrios los derechos de introducción de sus sombreros—que sí los pagó, porque yo he leído el recibo correspondiente—; ¿qué trascendencia puede tener eso?...

Aquí una pausa astuta, comprometedora, en la que yo esperaba que Su Excelencia interpolase una respuesta de benevolencia. Como no llegase, concluí:

—Esto es lo que imploro: la liberación de esos dos amigos que en nada ofendieron a Su Excelencia. Yo quisiera llevarme de Guatemala la impresión de que si las manos de Su Excelencia suelen cerrarse para castigar inexorables, también, en ocasiones, saben abrirse paternales y misericordiosas sobre la cabeza del condenado. Yo sospecho que,

a espaldas de Su Excelencia y al amparo de su nombre, los servidores del gobierno suelen incurrir en equivocaciones, de las cuales, naturalmente, Su Excelencia en manera alguna es responsable...

Hubo otra tregua que me hizo sufrir horriblemente; mi corazón latía apresurado; la emoción me secó la garganta. Parecíame que las sombras de don Aquilino y de don Lucas cruzaban un abismo sobre un alambre.

—Está bien—replicó, al cabo, Su Excelencia—; será usted complacido. Sus amigos quedan indultados. Dígale a don Aquilino Sánchez que venga a verme, y yo le daré un salvoconducto para que pueda regresar a San Felipe. En cuanto al señor Ibáñez, mañana mismo quedará libre.

Experimenté una alegría infinita: instantáneamente mi alma se inundó de luz; fué como si dentro de mí surgiese una aurora. ¡Oh, qué felicidad la de hacer bien!...

—Gracias, Excelencia, muchas gracias—repetí estrechándole las manos sin ceremonias.

Y luego:

—¿Puedo ir a comunicarle a don Lucas Ibáñez la fausta nueva?

—Cuando usted guste.

—¿Ahora mismo, si quiero?

—Ahora mismo.

Miré la hora en mi reloj:

—Las cuatro. ¿Me dejarán entrar en la cárcel, Excelencia?

—A usted—contestó amistoso—le dejan entrar en todas partes.

—¿Y, si voy... me dejarán salir, Excelencia?...

Don Manuel Estrada Cabrera se echó a reir con una risa juvenil, franca y leal, que yo no le conocía.

—¡Vaya usted sin miedo!—repuso—; además, por teléfono, anunciaré su visita al director de la Penitenciaría.

*
* *

Por la noche, y ante un cenáculo numeroso de amigos, referí, ya de sobremesa y con lujo abundante de pormenores, mi visita a Su Excelencia.

—No le dejaría a usted hablar apenas—me dijeron a coro aquellos señores—porque Su Excelencia es un conversador inagotable.

—Al contrario—rectifiqué con cierta precipitación vanidosa—; fuí yo quien habló todo el tiempo que duró la entrevista: él escuchaba.

Mis oyentes demostraron asombro. "¡Su Excelencia callado!... ¡Imposible!... ¿Estaría enfermo?..."

—¡Si no deja hablar a nadie!—porfiaban.

De cuya afirmación unánime deduje que si el señor presidente charlaba tanto no era por gusto, sino sencillamente porque muchos de los que le pedían audiencia "no se atrevían" a despegar los labios en su presencia, y él, cortés, se creía obligado a brindarles una conversación.

Esta sorpresa aumentó y llegó a lo cómico al referir yo mis dudas relativas a si me permitirían "entrar" en la cárcel, y a si me dejarían "salir" de ella.

—Pero ¿se lo dijo usted así?...

—Así; ¿por qué no?... ¿Hay en ello acaso falta de respeto?

—¿Y qué contestó?—interrogaban ansiosos.

—Pues respondió afirmativamente y se echó a reir.

—¿De verdad se echó a reir?

—¡De veras!

La noticia increíble, semejante a una mariposa maravillosa, revoloteaba alrededor de la mesa:

—Dice que Su Excelencia se echó a reir.

—¿Se echó a reir?

—¿Dice usted, en serio, que Su Excelencia se echó a reir?...

Todos se consultaban y felicitaban con los ojos; luego me miraban como se mira a un hombre que ha escapado a un peligro inaudito. Por lo visto se trataba de una novedad sin precedentes. Llegué a

tener miedo; yo había entrado en la jaula del león y no lo sabía...

A la mañana siguiente salí de la ciudad de Guatemala, hacia el puerto de San José, donde embarqué, a bordo del *Perú*, para Acajutla. A los pocos días de hallarme en San Salvador recibí un telegrama, que decía:

"Ayer salió don Lucas. Semana entrante voime San Felipe. Reciba usted nuestra gratitud más expresiva. Saludos."

Firmado: "Lucas Ibáñez, Aquilino Sánchez."

Esta es la historia íntima, el "subsuelo", si así puede llamarse, de este pequeño drama bello y sin sangre.

Pero, en resumidas cuentas—preguntarán algunos, tal vez—, ¿cómo es don Manuel Estrada Cabrera?...

En verdad que lo ignoro. Para muchos será un tirano. Libros y folletos conozco que dilatan alrededor de su figura un nimbo neroniano, un resplandor rojo, y le presentan como a un felino, blando en los ademanes y en la intención terrible...

Pero, para mí, el presidente de Guatemala, por haber sabido ser generoso y cumplir luego libremente su promesa de serlo, es un caballero. Decir lo contrario equivaldría a pagarle con barro el oro que me dió perdonando.

Guatemala, 1917.

GUATEMALA FUÉ...

Era Guatemala...

¡Gran dolor, este de tener que empezar así: «era Guatemala»... Como si hablásemos de Nínive, o de Sagunto, o de Pompeya, o de Cartago...; pues la bella ciudad que conoció los bríos de su fundador el mariscal don Martín de Mayorga, carece en los momentos actuales de presente de indicativo. Guatemala ya no existe; "fué": sus perfiles, tan rotundos hasta hace poco tiempo, deshiciéronse en la infinita tiniebla de las cosas idas; de ella no subsisten ni una torre, ni un muro, ni un cimiento, ni una tumba, ya que los mismos muertos escaparon de sus criptas cuando la tierra comenzó a temblar; lo tangible hízose sombra, lo palpitante mudóse en recuerdo, y hogaño es el viento lo que insensiblemente continúa la obra destructora del terremoto llevándose hacia los horizontes el cadáver de la capital reducida a polvo. ¡Ciudad infortunada!... De tu magnificencia pretérita, de cuanto significaste, de cuanto reíste, de cuantos empeños de galanía, de sacrificios o de ambición, exaltaron tus pulsos, sólo queda ese polvo que, de aquí en adelante, se cepillarán refunfuñando los viajeros que pasen junto a ti.

Era, pues, Guatemala, una ciudad de calles largas y amplias, con hermosos paseos, buenos templos y casas de cómoda y segura edificación que evocaban ese espíritu señorial, al par grave y afectuoso, que

distingue a las viejas capitales españolas. Hija de Castilla, los rasgos culminantes de la raza perduraban en ella, y así, no obstante la desbordante munificencia vernal de sus alrededores, guardaba la sobriedad de costumbres y la melancolía esquiva de su recia madre y era, como aquélla, mística, hidalga, brava y triste.

Lo que los indios llaman *malarchia*, que en su dialecto significa "miedo a lo futuro", era la impresión inicial que recibíamos de la ciudad; una nostalgia indefinible, un miedo impreciso—miedo de espera—flotaban sobre ella y parecían infundirla resonancias claustrales. El número de sus tranvías de mulas, de sus automóviles y de sus coches, era muy mezquino; las gentes caminaban despacio y como las personas los negocios. No se vivía, se soñaba. Las espadañas conventuales y las torres centenarias de los templos, dibujaban notas de renunciamiento en el límpido azul. Todas las ventanas aparecían mudas y las casas, con sus portales constantemente cerrados, mostrábanse refractarias a esa alegría de exotismo, de lejanía, que parecen repartir los carteros: nadie esperaba nada.

Aquella tarde, una de las últimas de Noviembre de 1917, el crepúsculo tuvo un desfallecimiento fuerte y nuevo. El cronista, asomado a un balcón del Gran Hotel, miraba distraídamente la escasa vida callejera. Un silencio denso, hondo, subía, semejante a una evaporación del suelo, hacia el espacio. Molestaba el frío. Los faroles del alumbrado público acababan de encenderse; varios comercios iluminaron sus escaparates, y estas claridades rompían bienhechoras la monotonía de los frontis obscuros. La mayoría de los transeuntes era gente plebeya: hombres mal vestidos y mozas de cutis broncíneo y cabellos negrísimos y lasos, vestidas pintorescamente, y cuya resuelta afición a las medias de color carne corresponde quizás a su costumbre de ir desnudas de pie y pierna, ya que así apenas advierten diferencia entre las tonalidades de lo que cubre y

de lo cubierto. La obscuridad creciente vigorizaba el callado hechizo del cuadro: ni un ladrido, ni una canción, ni siquiera el lejano rodar de un coche. Todas las sensaciones eran negativas: de una parte la sombra, cada vez más completa; de otra el silencio, cada vez más intenso. Pasaron dos mujeres sin zapatos; varios paisanos, un grupo de soldados, un policía, y otros tipos que transitaban por allí, en aquel momento, iban lo mismo.

Aquel andar lento, aquellos pies miserables, parecían dejar sobre las aceras rastros de dolor, de abandono, de abulia. ¿Contribuiría a la tristeza y al silencio que envolvían la ciudad el haber tanta gente descalza?...

Anochecido rompió a llover; no se movía el viento, y la lluvia caía en gotitas apretadas y menudas. El aguacero persistió todo el tiempo que duró la comida; un jesuseo sonaba monótonamente en la calle y en el ancho patio, sembrado de árboles, del hotel, y evocaba la contenida pesadumbre de un llanto sin sollozos. El aire era húmedo, frío; flotaba, además, en la atmósfera, como un malestar...

Despierto poco antes de la media noche. Yo dormía profundamente, cuando algo desconocido, insólito y violento, se produce. Es como si la mano de un hércules me hubiese zamarreado. La lamparilla eléctrica suspendida del techo, en el comedio de la habitación, acaba de encenderse sola. Me incorporo y con ambas manos me palpo el rostro, el pecho, los brazos, para reintegrarme a mí mismo.

Estoy soñando... pienso. Instantes después vuelvo a acostarme, pero inquieto; aquella lamparilla, encendida espontáneamente, tiene la emoción de un "alerta", de un consejo. Parece decirme: "No duermas." Casi inmediatamente, oigo rumor de conversaciones y carreras de gentes que se apresuran por las galerías del hotel. Creo que una mujer ha gritado.

Súbitamente el fenómeno se repite; pero esta vez con vehemencia redoblada. Todo oscila; la cama se

separa del muro; mis enseres de tocador patinan de un lado a otro sobre el mármol del lavabo, y después ruedan por el suelo; los frascos de cristal saltan en añicos. Caen asimismo los libros y las maletas que ocupaban un sillón.

Los muebles, poseídos de una vida inexplicable, parecen perseguirse. Comprendo que la tierra tiembla, y que al primer movimiento, que fué de «trepidación», sucede otro de «balanceo», incalculablemente más grave. Mi asombro y mi curiosidad, sin embargo, son tales, que no pienso en huir. El fenómeno continúa con intermitencias de reposo y sacudidas que apenas durarán quince o veinte segundos. La luz guiña y amenaza extinguirse en la extensión amarillenta de los muros; un espejo de marco dorado titubea con gestos negativos que desparraman por la habitación reflejos incongruentes y cabalísticos; los cuadros resbalan de sus clavos; crujen el piso, las paredes, el techo, del que se precipita sobre mí una sofocante cantidad de polvo, y en los balcones estalla un tamborileo frígido de cristales. Un viento de hechicería, que nadie explicaría por dónde entró, hincha los cortinajes. Casi a la vez la puertecilla de la mesita de noche es arrancada de sus goznes, y las ventanas y la puerta, cerrada con llave, de la habitación, se abren con violencia tal que golpean los muros. Creeríase que algún espíritu irritado acaba de penetrar en el dormitorio, y lo recorre y desordena con furioso aletazo.

En este momento llega Márquez, mi secretario; trae cara de miedo; los cabellos alborotados, avispados los ojos, los tirantes a medio ceñir y la americana y el chaleco debajo del brazo.

—¡Levántese usted!—me grita—. ¡Pronto!... ¡La tierra tiembla!...— Y desaparece, cual llevado por el aire.

Entonces salto del lecho, me visto con una rapidez que cualquier artista transformista hubiese admirado, y bajo al zaguán, donde el dueño y muchos huéspedes del hotel se hallan ya reunidos: éste se

anuda la corbata, aquél concluye de arreglarse las botas, y todos hablan a la vez contándose lo que vieron, lo que sintieron. Después unos cuantos salimos a la calle.

El cuadro es imponente. Debemos caminar con cuidado porque la mayoría de los cables de la fuerza eléctrica se han desprendido y se enroscan por el suelo como sierpes mortales. Una niebla de color rojo turbio ensucia el cielo con la tonalidad que determinarían en un vaso de leche unas gotas de sangre. Duerme el viento; los gallos vigilantes callan, asustados quizá, y su mudez insinúa una agorería. Los relojes todos de la capital se han parado cual si señalasen aquella hora, aquel minuto, en que, según "lo escrito", la vida ha de detenerse. Un silencio teúrgico llena la ciudad, que parece escuchar. Guatemala tiene miedo; Guatemala presiente algo trágico ingente; Guatemala, que adivina su muerte, semeja un corazón que hubiera cesado de latir...

A intervalos, las palpitaciones sísmicas vuelven; los árboles, estremecidos hasta en sus raíces, se curvan y sus ramas, al tocar el suelo, parecen saludar algún fantasma; los pájaros escapan al través del cielo con aleteos de maleficio. Muchas cornisas y balcones se han desprendido.

No obstante, en las primeras horas de la madrugada el aspecto de la capital tiene más de pintoresco que de dramático, porque en el ánimo aventurero y confiado de los latinos, el miedo fué siempre menos fuerte que la curiosidad. En el anchuroso "Paseo de la Reforma", en la Avenida del Hipódromo, en el Cerro del Carmen, en la plazoleta de la pequeña iglesia de San Sebastián y en otros lugares espaciosos, los vecinos improvisaron diestramente verdaderos campamentos. En aquellas barracas construídas con cañas y frazadas, se ríe, se bebe coñac y se olvida el peligro; los colchones ocupan el suelo. Otras familias se han acomodado, para pasar la noche, en sus automóviles, o en los

tranvías, o en los vagones del ferrocarril. Ya de madrugada, el vaho bermejo que manchaba el espacio descendió tanto que obscureció los faroles.

Los días sucesivos fueron de gran inquietud: noticias venidas de provincias nos informaban de que en Villanueva y en Morán las trepidaciones telúricas adquirieron intensidad terrible. También supimos que, a consecuencia de un brusco cambio de temperatura, todos los peces del maravilloso lago de Amatitlán habían muerto. Esto aumentaba el general sobresalto; nadie quería volver a su casa; los tranvías, convertidos en dormitorios por obra de las circunstancias, llegaron a alquilarse a razón de ciento cincuenta pesos por noche.

Pero esto no fué más que el prólogo, o en otros términos, "el boceto" del incurable drama que en los arcanos de la tierra iba madurándose. Los grandes temblores vinieron después, en los días postreros de aquel mismo año; el definitivo, el irresistible, que redujo a la ciudad a un hacinamiento informe de escombros, se produjo el 24 de Enero del año siguiente. Sumados todos, es posible que su duración no llegase a quince minutos, y, sin embargo, los sitios de Reims y Verdun, los horrores del Marne y del Yser, con sus minas y contraminas, sus tanques, sus gases asfixiantes y las nubes de metralla que arrojaban los aeroplanos y cañones, no bastarían a dar una idea de este inimaginable cataclismo.

En el arte de componer tragedias, la Naturaleza es superior a Esquilo.

El drama comenzó la Nochebuena, a poco de extinguirse los últimos villancicos de la Misa del Gallo; gracias a lo cual las desgracias personales fueron escasas.

Súbitamente la tierra echóse a temblar con vaivenes cortos, pero violentísimos, que derribaban los coches y obligaban a las personas a tirarse al suelo. Parecía que algo sobrehumano nos escamoteaba el piso bajo los pies, pues sentíamos que

perdíamos su contacto. El fenómeno subía de lo hondo, trepaba desde lo ignorado a la superficie, como las burbujas de un líquido en ebullición. ¿Cómo describirlo?...

La muchedumbre huía sin dirección, presa del pánico, por las calles sumidas en absoluta obscuridad, pues la actividad de la fábrica de electricidad había cesado; las gentes perdían el equilibrio y rodaban por las rúas, cuyas piedras se salían de la tierra, desentendiéndose unas de otras; enloquecidos de terror los fugitivos se levantaban, adelantaban algunos pasos, volvían a caer. Por todas partes gritos, llantos, imprecaciones, oraciones recitadas fervorosamente entre sollozos desesperados; brazos extendidos hacia arriba, en el horror de la inmensa tiniebla. Muchos llamaban en su auxilio al cielo, y como por obra de ensalmo los indestructibles resabios místicos de la raza, retoñaban:

—¡Jesús, socorro!... ¡Señor del gran Poder, dame una buena muerte!...

—¡Virgen mía, no me desampares!...

Palpitaba el suelo, palpitaban con él de miedo los corazones, aun los más animosos, y el pánico hacíase locura. ¿Qué significaba el deber ante el instinto de conservación?...

En la Octava Avenida Sur, una de las más céntricas, los individuos que transportaban en hombros un cadáver, hacia el camposanto, huyeron despavoridos dejando el féretro recostado contra una reja. Durante horas, la fúnebre caja permaneció inmóvil; los transeuntes la miraban distraídos, sin preguntarse por qué estaba allí, y seguían su camino aterrados. Llegó la noche; las trepidaciones sísmicas persistían. De súbito el ataúd se abrió; la tapa, después de ir y venir varias veces con un aleteo de abanico, cayó al suelo y quedó el difunto en pie, vestido de negro, las manos cruzadas. Tres días después, casi sepultado bajo los cascotes, continuaba allí.

La multitud escapaba sin rumbo, buscando a tien-

tas las afueras de la población; mujeres y hombres llevaban aquel mismo traje en que les sorprendió la catástrofe; desmelenados, desemblantados, con la verdosa palidez de los espíritus lívidos del miedo. Los que no se veían, procuraban reconocerse por la voz:

—¡Juan!...

—¡Pedro!...

—¡Hijo, hijo!... ¿Dónde estás?... ¡Dame la mano!...

—¡Madre!...

Rompiéronse las cloacas y las cañerías del agua y del gas, y las calles trocáronse en fangales nauseabundos. Los tejaroces, los balcones, y, finalmente, las fachadas de los edificios, se desplomaban; asfixiaba el polvo. En lo alto de los campanarios las campanas, movidas por las manos invisibles del terremoto, doblaban tristemente, lúgubremente, como tocando a muerto: "Din, don... din, don...", y luego las torres, las recias torres seculares que levantó la fe española, se rendían, rotas en mil pedazos, con fragoroso estrépito; desconectáronse millares de timbres, lo que promovió un rumor delirante, y cuando aquel repique fué apaciguándose hasta extinguirse, el silencio pareció más profundo. Los árboles, cansados de hacer reverencias, abatiéronse completamente desarraigados, cual si la tierra, cansada de sostenerlos, los despidiese. En el cementerio los cadáveres salieron de sus sepulcros en número mayor de veinte mil; abiertos los nichos, desplazadas las piedras tumbales, los finados surgían en actitudes diversas: unos acostados, otros sentados o de rodillas, según los Libros Sagrados cuentan que ha de verificarse en la maravilla del Juicio Final.

¡Y todo esto en el compendioso intervalo de algunos minutos!...

Hoy los viajeros que visitan las ruinas de Guatemala aseguran que es imposible reconocerla: la Plaza de Armas quedó sepultada bajo los escombros de los viejos soportales que la enmarcaban y

de la Catedral; el Teatro Colón, el edificio de Correos, el templo de San Francisco, la iglesia de la Merced, que guardaba numerosas momias de frailes españoles; los Bancos, el Palacio Presidencial, la cárcel, los cuarteles, han desaparecido en el caótico hacinamiento de los muros derruídos. De la Guatemala que visitamos nada queda, si no es su dolor; la tierra la maldijo, la expulsó de su seno. De aquí en adelante el silencio, aquel tremendo silencio que tanto nos impresionó la primera vez que arribamos a ella, será más hondo. Todo acabó. Ahora, sobre el Cerro del Carmen, donde un ermitaño echó los primeros cimientos de la ciudad sin ventura, exangüe, fantasmal, los ojos llenos de lágrimas, sólo vela enlutado el Recuerdo.

Febrero, 1918.

EL AMOR PATRIO

En Sevilla hay un ganadero de reses bravas, alto, gordo, campechano y simpático; Félix Urcola se llama Sucedió que, en el brevísimo espacio de una tarde, ardieron en Sevilla tres casas, propiedad una de ellas de Urcola. Aquella noche, en el Círculo de Labradores, don Félix, invariablemente alegre bajo su sombrero de alas descomunales, gritaba—o por orgullo o por gracia—con su vocerrón saludable, ante un grupo de amigos:

—¡Nada! Dejarse de discusiones. ¡El mejor incendio ha sido el mío!...

El caso no es nuevo. Usted, lector, seguramente incurrió alguna vez en la ligereza de referirle "sus penas" o sus enfermedades a un amigo íntimo, y cuando le creía usted conmovido y en trance de verter amarguísimas lágrimas, él, con una leve sonrisita desdeñosa en los ojos, le ha contestado:

—Todo eso que acaba usted de decirme, comparado con lo que a mí me ha sucedido, no tiene "nada de particular".

La humanidad fué siempre así; nuestra egolatría no claudica, no se doblega, ni aun ante la fuerza abrumadora del ridículo: queremos ser "los primeros" en todo; ser más ricos que nadie, más bellos que nadie y más que nadie también influyentes, gloriosos, elegantes y afortunados con las mujeres; y si se habla de dolores, tampoco consentiremos que

nuestros oyentes nos echen el pie delante en los caminos de la infelicidad. Para la envidia nunca hubo puertas; el envidioso lo es, por igual, de la ventura y del sufrimiento ajenos. Son legión los individuos que, por asombrar a las gentes, se quedarían con "el mejor incendio".

El prurito masculino de haber sido muy amado, la ostentación, el egotismo artístico y el amor a los hijos y a la patria, son semilleros fertilísimos de extravagancias cómicas. Especialmente el cariño a la patria: por cariño incondicional al pedacito de tierra en donde fuimos a nacer, raras son las personas que no se exalten, y llevadas de su férvido entusiasmo no toquen al ridículo. De ahí la dificultad de conocer bien el país que visitamos, porque sus naturales, como añadidura a las mentiras que deliberadamente o de buena fe nos refieren, procuran mostrarnos cuanto juzgan recomendable y ocultarnos lo que, a su juicio, es malo.

Una tarde paseaba yo con varios amigos por los alrededores de Santa Cruz de Tenerife. El sol moría magníficamente; a nuestro alrededor los campos verdes y las montañas violáceas y azules, componían un cuadro soberbio; al fondo, el Teide, de una grandiosidad religiosa, desvanecía su cima en la profundidad celeste.

—¿Ve usted aquella loma? — señaló un compañero.

Hice un gesto afirmativo.

—Fué allí—continuó con voz velada — donde el célebre barón de Humboldt, vencido por la belleza de nuestros crepúsculos, se hincó de rodillas y declaró ser éste "el paisaje más hermoso del mundo".

Cierta o falsa, la leyenda me pareció interesante, y mi emoción aumentó al comprender que los camaradas allí reunidos — todas personas inteligentes—la conocían y creían en ella. Por la noche escribí en mi cuaderno de impresiones: "En las cercanías de Santa Cruz de Tenerife, una tarde el barón Alejandro Humboldt, etc."

Meses después, yendo en automóvil de San Juan de Puerto Rico a la ciudad de Ponce, a una señal de mis compañeros de excursión el coche se detuvo. Alguien quiso saber lo que me parecía aquel "momento" del paisaje.

—¡Magnífico... definitivo!...—repuse sincero.

—Aquí fué—añadió otro de los presentes—donde el barón de Humboldt se hincó de rodillas y declaró hallarse "ante el paisaje más hermoso del mundo".

—¿También aquí?—pensé decepcionado.

Y mi fe en esta bella anécdota acabó de derrumbarse cuando me aseguraron en Guatemala que, a la vista del Volcán de Agua, el autor del *Cosmos* había caído de hinojos. A la cuenta, como a otros les arquea las cejas o les abre la boca, al ilustre Humboldt la admiración le aflojaba las rodillas. De donde deduzco: o que tan gran viajero fué un adulador que, por complacer a unos y otros, no tenía reparo en andar a gatas, o que todos los países—y esto es lo más creíble—se apropiaron lo que él, si acaso, sólo dijo una vez.

Nadie ignora lo muy frecuentes que son en la América Central los temblores de tierra. Puede decirse que no existen allí verdaderos bienes inmuebles, y esto llegó a constituir para los centroamericanos un motivo de orgullo. Así cuando un chileno hablaba de los temblores de Valparaíso, los centroamericanos sonreían despreciativos, dando a entender que "eso" lo tenían ellos en su casa todos los días. Los salvadoreños, especialmente, manifestábanse encantados de ser los protagonistas del formidable cataclismo que arruinó su capital en pocas horas. Cuando un salvadoreño hablaba de "sus temblores", hondureños, panameños, nicaragüenses y costarricenses, humillados y celosos quizás, guardaban silencio. En tratándose de exaltaciones sísmicas, la hegemonía de El Salvador era indiscutible.

Hasta que el Dolor puso sus negros ojos en Gua-

temala. Los sacudimientos telúricos que redujeron a escombros aquella hermosa ciudad, fueron tremendos, particularmente el último, de una intensidad irresistible. Tan enorme resultó el desastre, que los guatemaltecos se sintieron orgullosos de él: la tragedia de Lieja, el bombardeo de Verdún, comparados con el hundimiento de Guatemala fueron juegos de niños.

Entonces los salvadoreños tuvieron celos; querían arrancarles el cetro de los terremotos, y protestaron. Adujeron razones: Guatemala se desplomó tan pronto, porque sus casas eran de ladrillo y cemento y pesaban mucho, que a ser livianas como las de San Salvador hubiesen resistido intactas.

Los salvadoreños quieren, a todo trance, que los mejores temblores continúen siendo los suyos.

Al salir de Guatemala, un amigo me dijo:

—¿Piensa usted visitar Nicaragua? ¿Sí?... Pues ya puede usted tomar precauciones contra el polvo. En Managua, la capital, hay días en que el polvo abruma de tal manera que los comercios se cierran y nadie transita por las calles. Bástele a usted saber que las criadas van al mercado en coche. Las criadas se ajustan "con coche" o "sin coche"; pero es necesario que una familia sea muy pobre para que su sirvienta vaya al mercado a pie.

Bajo esta impresión antipática llegué a Managua. Las personas que tuvieron la cortesía de salir a recibirme a la estación, y de acompañarme luego al Hotel, me hablaron de Corinto, de la ciudad de León, del volcán Momotombo, del lago de Managua y, finalmente, del polvo. Yo declaré honradamente que no había encontrado tanto polvo como esperaba.

—En San Salvador—agregué—hay más polvo que aquí.

Prodújose un silencio. Mis palabras acababan de determinar en mis oyentes cierta decepción; parecían quejosos de que yo estimase el polvo de su capital inferior al de otras ciudades. Uno de ellos dijo:

—Me parece que está usted equivocado.

—No, señores—repuse sin advertir el daño que mi defensa de Managua producía—. En San Salvador el polvo es más denso porque el viento lo arranca, no solamente del suelo, sino también de las fachadas, medio derruídas, de las casas. Es un polvo calcáreo, blanco...

—Será según usted lo explica—interrumpió mi colocutor—; pero si aquí tenemos menos polvo, el nuestro, en cambio, es peor que aquél, porque es negruzco y ensucia más.

Y como todos ratificaran calurosamente esta opinión, hube de rendirme.

El amor a "la patria chica", o en otros términos, el patriotismo de campanario, es todavía más propicio a la burla.

Vayan ejemplos:

La república de El Salvador dispone de tres puertos importantes, a saber: el de Acajutla, el de la Unión y el de la Libertad. Cuentan que en la sobremesa de un banquete, un comensal tomó la palabra y luego de abusar de ella terminó su discurso brindando por la unión y la libertad. Con lo que un acajutleño, allí presente, se consideró ofendido y airado levantóse a protestar:

—No es correcto que el señor Equis, que ha brindado por la Libertad y por la Unión, no levante también su copa por Acajutla... Etc.

Y la sobremesa acaba mal a no mediar explicaciones.

La escena, en una peluquería salvadoreña. El calor abruma. Yo dormito beatífico, las manos cruzadas, la cara cubierta de jabón. El peluquero es un hombrecillo macizo y pequeño, sudoroso. Tiene un entrecejo hostil. Sus dedos carecen de agilidad; diríase que también tienen sueño. A intervalos creo, con inquietud, que la navaja se detiene y apoya en mis mejillas más de lo prudente.

El hombrecito parece absorto: al principio realizó algunas pesquisas encaminadas a esclarecer mis

impresiones de viaje, y aunque le respondí festivamente, sus cejas pobladas y negrísimas mantienen su expresión amenazadora. De súbito, como quien necesita resolver una duda que le suplicia, pregunta:

—¿Ha estado usted en Chalatenango?

—Sí, señor—contesto sin molestarme en levantar los párpados.

—¿Y en Zacatecoluca?

—También.

Pausa breve. Mi interlocutor, curioso:

—Y dígame la verdad: ¿qué le gusta a usted más: Chalatenango o Zacatecoluca?

Esta vez abro y despabilo bien los ojos. El peluquero ha dado un paso hacia atrás; en su diestra la navaja reluce. El hombrecillo me observa: su mirar es fijo, exigente, amenazador, inquisitivo; lo enardece una sed de verdad. Yo, realmente, no me acuerdo mucho ni de Zacatecoluca ni de Chalatenango, pero deseo dejar al peluquero obligado con mi respuesta... ¿Por qué desagradarle en asunto tan sin importancia?

Y pienso:

"¿Dónde habrá nacido este majadero?"

Le contemplo y remiro, y con el ansia de descubrir y acertar, mis dudas aumentan. ¿Será de Chalatenango? ¿Será de Zacatecoluca? ¡Pavoroso misterio! Visto de frente me parece—sin saber por qué—que es de Zacatecoluca. Pero si le observo de perfil—también sin saber por qué—le imagino de Chalatenango... Bruscamente, dócil a una inspiración, exclamo con acento seguro y conmovido:

—A mí, la verdad, me gusta más Zacatecoluca...

El semblante carirredondo del peluquero se baña en luz; acabo de hacerle feliz.

—Celebro que opine usted así—dice—porque yo he nacido en Zacatecoluca.

Respiro libremente; a partir de aquel instante la navaja de mi interlocutor resbalará sobre mis carrillos con la suavidad de la seda.

¿A qué seguir, si en todas partes—en América como en Europa—la humanidad es la misma?

No comprendo bien el amor patrio; lo juzgo un sentimiento retardatario que, afortunadamente, poco a poco va debilitándose, fosilizándose, con el progreso universal. Cultivemos las ideas generales, los horizontes amplios. El verdadero amor patrio, el patriotismo útil y fecundo, no es el que se fatiga cantando la historia, los montes, los árboles y los pájaros de un país, sin el que mejora las industrias y la agricultura y el comercio de ese país; el que abre caminos y ferrocarriles, y así tiende a borrar las fronteras mezquinas y hacer del planeta, de todo el planeta, una patria única, incansablemente progresiva, intensamente fraternal.

LA VERDAD HISTORICA

La empresa del teatro Cecilia, en Panamá, estrenó una película—por cierto muy mala—titulada "Los crímenes del kaiser". No obstante sus defectos—quizás a causa de ellos—la tal película atrajo la atención y fué comentadísima. La opinión pública unánimemente la condenó.

—Vea usted—me decían el juez Mr. Jackson y su señora—; en ese "film" todo aparece falseado. Al kaiser, verbigracia, que es un hombre pequeño, lo representa un individuo de proporciones atléticas.

—¡Diantre!—interrumpí atónito—; ¡qué sorpresa me dan ustedes!... Yo me imaginaba al emperador Guillermo recio y alto.

El matrimonio Jackson negó rotundamente.

—No, señor; nosotros conocemos perfectamente al emperador; pudimos mirarle durante toda una noche en un teatro de Berlín (nuestro palco se hallaba inmediato al palco regio) y aseguramos a usted que Guillermo es delgado y bajito.

Como yo no acabase de manifestarme persuadido, la señora Jackson agregó:

—El kaiser parece alto merced a su casco, que es muy decorativo, y a los enormes tacones que usa; pero él es de mediana estatura, o poco menos, y de mirada afectuosa.

Al fin, mis amigos me convencieron; trabajillo les costó, pero me convencieron.

Días después hablaba yo con el señor Gutiérrez-Alcaide, ministro de Cuba en Panamá, del "film" estrenado en el teatro Cecilia.

—No pierda usted su tiempo en ir a verlo—decía yo—; es una película desprovista de interés y de arte.

Y añadí con la vanidad, muy disculpable, de mostrarme bien informado:

—La figura central, por ejemplo, la del kaiser, que es un hombre enjuto y pequeño...

Gutiérrez-Alcaide no me dejó concluir.

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

Tentado estuve de contestarle que nadie, que lo sabía por el testimonio de mis propios ojos («así se escribe la Historia»); pero no me atreví.

—No, señor—prosiguió el ministro de Cuba—; el kaiser es un hombretón corpulento y fornido, y de un mirar duro, avasallador, lleno de imperio. Tiene unas pupilas azules y frías, que hacen daño. Yo estuve muy cerca de él toda una tarde en el Hipódromo de Berlín, y viéndole como le veo a usted ahora.

Me despedí de Gutiérrez-Alcaide sumido en la más torturadora de las perplejidades. Los señores Jackson y el ministro de Cuba son tres personas igualmente inteligentes y—centímetro más o menos—de la misma estatura; y, sin embargo, el kaiser le ha parecido al matrimonio Jackson pequeño y delgado, y al señor Gutiérrez-Alcaide grande y membrudo. ¿En qué quedamos? ¿Es que no existe la Realidad? ¿Es que todo depende del temperamento del observador?

De este hecho y de otros análogos nace la menguadísima fe que me inspiran las historias, las leyendas y las ruinas; porque si nadie se conoce a sí mismo, si nadie es capaz de fijar, día tras día, la biografía de su propio corazón, ¿cómo penetrar en la historia de los demás?... Este escepticismo mío no es de ahora, sino de siempre.

Cuando llegué a Sonsonate, uno de los pue-

blecitos más lindos de El Salvador, mis amigos me persuadieron de que fuese a visitar las ruinas famosas de Izalco. Verdaderamente no necesitaron insistir mucho, pues disfruto de uno de esos caracteres que se dejan convencer en seguida. Y, según se pensó, se hizo. Salimos de Sonsonate en tranvía de mulas, y a las dos de la tarde llegamos al caserío de Izalco, callado y como muerto bajo un sol que —valga la frase popular—«rajaba las piedras»; mas nada nos arredró, y con juvenil compás de pies visitamos la iglesia y los escasos restos de un castillo de fábrica española. Luego, engañada por nuestra animosa voluntad, doña Teresa, la esposa de nuestro buen amigo don José González Asturias, se empeñó en mostrarnos el barrio de los Dolores y «la piedra de don Pedro».

A mí, francamente, con el calor y el mucho andar, los entusiasmos se me habían apagado bastante, y así quise saber en seguida de qué barrio y, sobre todo, de qué piedra se trataba.

—Se trata—replicó doña Teresa - del barrio indio; estos indios se mantienen aislados y descendientes son de aquellos que tanto dieron que guerrear a los conquistadores. También hemos de ir a la piedra en que don Pedro de Alvarado, derrotado y herido gravísimamente en una pierna, se sentó a descansar.

De todo ello sabía yo algo gracias a la "Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España", del soldado Bernal Díaz del Castillo, y tanto por esta circunstancia como por no desagradar a doña Teresa, me manifesté dispuesto a seguir la marcha.

Largo rato invertimos en recorrer el barrio aborigen, llamado de "Los Dolores", y con razón, acaso por los muchos y muy acerbos que se padecen andando por él. No hay calles, sino rutas herbosas y sin rumbo, que vacilan caprichosamente entre los ranchos o bohíos, con paredes de tablazón y techumbre de guano, levantados aquí y allá, sobre un terreno desigual y carrascoso, sem-

brado de arbolillos miserables: Mujeres y hombres de piel cobriza y medio desnudos, y chiquillos completamente en cueros, nos espiaban curiosos desde las puertas entornadas o a través de las rendijas de las sebes. Nuestros pies fatigados resbalaban o tropezaban en los mil accidentes del suelo ingrato; el sol deslumbraba, mordía. Ni un soplo de brisa. Estábamos empapados en sudor.

Doña Teresa, que caminaba delante, quiso reafirmar sus recuerdos preguntándole a una india la dirección más breve para ir a «la piedra de don Pedro».

—Vuelvan ustedes atrás—contestó la mujer—y sigan por el cauce del río.

—¿Está muy lejos?—preguntó uno de los excursionistas.

—Pues... ¡quién sabe, señor!...

—Está cerca—dijo doña Teresa—; ¡sigamos!

Tras un silencio, la india repitió impasible:

—Pues... ¡quién sabe!...

He aquí una modalidad de expresión que impresiona en seguida al forastero: los indios de México, como los de Guatemala, como los de toda Centro-América, nunca afirman; tampoco niegan nunca...

"¡Quién sabe!..."—dicen. Y quizás esta duda, esto de suponerlo todo, de admitirlo todo, sea el rasgo que mejor traduce la honda sabiduría de su vieja raza.

Otra particularidad curiosa: los indios guatemaltecos, y más aún los del Salvador, jamás dicen "Alvarado", sino "Don Pedro", cual si el temible conquistador viviese todavía. No obstante las centurias transcurridas, el nombre del glorioso aventurero es familiar allí, y persiste con la energía amenazadora de un presente de indicativo. "Don Pedro"—dicen. ¡Como si le conocieran, como si acabaran de verle pasar!...

Caminábamos, de dos en fondo, por el cauce pedregoso, completamente seco, de una torrentera, que no de un río. En ambas orillas se alineaban multitud de árboles, deshojados por el rigor esti-

val, que nos quitaban el aire y apenas nos defendían del sol. El suelo granítico, coruscante, reverberaba a la luz, y a despecho de nuestro calzado percibíamos su espantoso calor. Afortunadamente marchábamos cuesta abajo.

Yo, entretanto, iba cavilando en la extraordinaria resistencia del buen don Pedro; pues si era cierto que la batalla por él perdida se libró en las alturas que me señalaron cuando salimos de Izalco, y que la herida que peleando recibiera en una pierna fué de tal gravedad que le dejó "lisiado para el resto de sus días", según Bernal Díaz escribe, no era verosímil que el héroe hubiese arrastrado su cojera hasta tan lejos. Lo humano, lo discreto, lo higiénico, hubiera sido sentarse mucho antes. Una caminata así carecía de sentido común.

Participé mis dudas a la señora de González Asturias.

—Oigame, doña Teresa, por amor de Dios: no es posible que mi señor don Pedro, desangrado y vestido de hierro, zancajease tanto... Que fué hombre ágil ya lo sabemos, y así lo demostró en México en "la noche triste"; ¡mas nunca como ahora! Acabará usted por convencerme de que don Pedro fué una bailarina...

Doña Teresa sonreía y proseguía la marcha.

—Señora—porfiaba yo, jadeante—: usted no pretenderá que yo imite la resistencia de don Pedro: yo no he venido a América con Cortés, ni he nacido en Extremadura, ni en el siglo xv... ¿Para qué diablos quiere usted llegar a la piedra de don Pedro?... Como nadie la conoce, designe usted cualquiera de las muchas que vamos encontrando—yo la aconsejaría que se fijase en la más próxima—dice usted que en ella se sentó don Pedro, todos nuestros acompañantes lo creen... ¡y asunto concluído!... No es necesario pujar la honradez histórica tan lejos!...

Desgraciadamente mis razonables consejos cayeron en el vacío.

Al fin llegamos—¡todo llega!—ante un canto rodado poco más alto que un banco.

—¡Esta es la piedra de don Pedro!—exclamó doña Teresa triunfante.

Yo lo creí—¿cómo dudar de una guía de tan buena fe?—y me dejé caer con cierto orgullo, allí donde Alvarado detúvose a cobrar alientos. ¡En verdad que no lo necesitaba menos que él!...

Pero esta fe, esta cándida alegría, subsistieron en mí menos de un instante; y fué la misma doña Teresa, llevada de su inmoderado prurito de ilustrarme, la causante de mi desilusión. Cerca de la piedra memorable, grabado en un denso bloque de granito, aparecía la huella de una mano de dedos finos, largos... La señora de González Asturias dijo:

—Aquí tiene usted la mano de don Pedro.

Me sublevé.

—Niego, señora; no es posible que don Pedro Alvarado, tan ducho en el arte de partir cabezas a golpe de mandoble, tuviese unas manos tan pequeñas.

Doña Teresa, asustada de mi rebeldía, se apresuró a rectificar:

—Acerca de esto hay dos leyendas: unos dicen que es la mano de don Pedro; quién, que la mano de la Virgen...

Esta segunda explicación me pareció aún menos admisible que la primera. ¿A qué Virgen aludía la leyenda? ¿A la madre de Jesus? Imposible. ¿A una Virgen india? Tampoco, pues don Pedro, a quien los aztecas, a causa de su magnífica belleza varonil, llamaban "el sol" ("tonatiuh"), no era hombre capaz de permitir que hubiera doncellas en sus dominios...

Después me mostraron unas señales hechas en la roca viva por los cascos del caballo del conquistador. Me incliné a examinarlas, y en el acto mi curiosidad se trocó en desencanto y burla: las tales huellas apenas si tenían el tamaño de una moneda de cinco pesetas.

—¡Pero señores!—exclamé—: ¿ustedes creen que don Pedro pudo venir de Guatemala a El Salvador montado en una cabra?...

Y allí, una vez más, quedó muerta mi fe en la verdad histórica. Cuando regresé a Sonsonate no creía en las ruinas de Izalco, ni en las huellas del caballo de don Pedro, ni en la piedra de don Pedro... ¡ni en el mismo don Pedro!



¡Manes irritados de Tucídides y de Xenofonte, de Herodoto y de Salustio, de Mariana y de Lafuente, de Macaulay y de Michelet!... Perdonadme si digo que vuestros bellos libros no me inspiran confianza. ¡Sombras amables de cuantos rebuscadores de antigüedades fueron y han de ser!... Excusadme si pienso que la Historia Universal, con su relación interminable de batallas y de atropellos, no pasa de ser el melodrama o el novelón con que se divierten las personas eruditas.

Las tareas del historiador y del folletinista son, en el fondo, tan semejantes, que a ratos se hermanan, y de ahí el éxito de las novelas históricas. Los límites de la verdad y de la leyenda nadie los sabrá nunca. La sola diferencia entre el novelista y el historiador estriba en que el primero "sabe que inventa", mientras el segundo "inventa sin saberlo". Pero, realmente, su labor es la misma. César Cantú es una Carolina Invernizzio, en serio...

LA MANIA DE HABLAR

A los oradores — a imitación de lo que alguien hizo con los profesionales de la pluma—se les debe clasificar en tres grupos: los que, antes de levantarse a hablar, piensan o recapacitan lo que van a decir; son los menos. Los que piensan al mismo tiempo que hablan; de éstos hay muchos. Y, finalmente, los innumerables que hablan sin meditar ni saber lo que dicen.

España se halla convaleciente todavía de aquella "manía de hablar" con que los maravillosos tribunos de hace veinte años la colocaron en extremadísimo trance de morir; por dicha, esa terrible "fobia" declina rápidamente y nuestros prohombres van habituándose a dedicar a la acción el precioso tiempo que antes malgastaban en inútiles retóricas.

Desgraciadamente, en la América llamada "latina"—¿por qué no llamarla "española", que sería lo justo? — la reacción contra la oratoria insustancial no aparece aún. Ciertos espíritus selectos han protestado; ya algunas inteligencias de vanguardia dijeron que los pueblos jóvenes hacen mal en dejar ir sus energías por las bocas de sus oradores; pero estas voces de aristocracia y profecía son obscurecidas por el zumbador enjambre de individuos vanidosos y acéfalos que, apenas ven ocho personas reunidas, se creen obligados a "decir algo"; y a decirlo "de pie", que es lo grave.

Esto lo escribo sin rencor. En los incontables banquetes a que asistí, ya en calidad de protagonista, ora como simple comparsa, los oradores "por generación espontánea" no sólo no me molestaron, sino que me divirtieron grandemente, y hasta me sirvieron de digestivo.

Hay oradores que se reservan para la solemnidad de la sobremesa; otros, más impacientes, o temerosos acaso de no hallar ocasión de largar su discurso, se levantan al tercer plato, "después del pollo". Yo gozo lo indecible viéndoles erguirse, un poco turbados, inclinarse ante la asamblea mientras se apoyan con la punta de los dedos sobre la albura del mantel, y pronunciar conmovidos el "señores", de ritual. Luego me complazco, con complacencia cruel, en seguirles en su labor: les miro palidecer, enrojecer, embrollarse, luchar desesperados por redondear una frase rebelde, buscar inútilmente el adjetivo oportuno y fugitivo, y no hallándolo, endilgar otros que no vienen a cuento; naufragar después en un mar de repeticiones, de solecismos, de lugares comunes, lanzados con teatral acompañamiento de gritos y de gestos, hasta llegar, como a una playa, al ansiado "he dicho...", que la buena crianza de los oyentes ahogará en una breve salva de aplausos. Entonces, mientras el orador, visiblemente emocionado, sonríe a los más próximos y se enjuga el sudor, mis manos, que durante su discurso anduvieron distraídas modelando una miga de pan, aplauden también.

Bodas, bautizos, inauguraciones de carreteras o de puentes, descubrimientos de estatuas o de lápidas, banquetes literarios, entierros... todo sirve de pretexto a los devotos de la oratoria para tomar la palabra.

En San Juan de Puerto Rico, donde según parece no hay sepelio de cierto viso sin oración fúnebre, tuve la dicha de asistir a una escena aderezada con la salsa de una ironía maestra.

La triste comitiva habíase detenido cerca de la

sacramental. En mi memoria los detalles del paisaje, alumbrado por un crepúsculo de invierno, se dibujan indecisamente. Sólo recuerdo las líneas generales, los perfiles máximos; a la izquierda una hilera de casas desiguales; a la derecha algunos lienzos aspillerados y negruzcos, perfectamente conservados, de una recia muralla española, y al fondo, bañada en sol, alba, bajita, casi a ras de tierra, como una novia muerta, la ciudad del Olvido. Cerca de nosotros, suelta y feliz entre los altos herbazales que cubrían los fosos de los viejos reductos, había una cabrita blanca, con limpieza de nieve, más blanca quizás de lo que realmente era, por el contraste entre su blancura y la robusta entonación verde de la hierba.

Desde el repecho que me servía de observatorio, yo veía la carroza mortuoria, llena de severidad, y en primer término el centenar de personas que aproximadamente componían el séquito: era una muchedumbre callada, negra, enfundada en esas largas levitas, librea de las grandes solemnidades y de los dolores definitivos. Los sombreros de copa brillaban a la luz.

De pronto, todas las cabezas se descubrieron. Un caballero, calvo y barbado, de aspecto tribunicio, acababa de ponerse de pie en un coche. Aquel caballero contempló a sus oyentes, y después de cerciorarse de que su levita estaba bien abrochada, abrió los brazos.

—Señores: un deber, un tristísimo deber, me obliga...

Sus palabras, en el silencio rosado de la tarde, llegaban a mis oídos diáfanamente. Todos los rostros se hallaban vueltos hacia el orador, y la cabrita, inmóvil, revelando sorpresa, parecía escucharle también. Su cabeza pequeña, con sus cuernos y su hocico alargado por una perilla blanca, recortaba sobre la hierba un perfil burlesco. De repente baló:

—¡Mmeeeeé!

El orador continuaba, dirigiéndose al cadáver:

—Todos le conocimos, todos disfrutamos de su amistad. ¿Dónde hubo un hombre más afectuoso, más probo, más inteligente, para los negocios?...

—¡Mmeeeeé!...—contestó la cabrita.

La fúnebre oración seguía devanándose lentamente entre los tópicos mas vulgares del elogio.

—Esposo ejemplar, padre amantísimo, ciudadano modelo, fiel cumplidor de todos los deberes sociales, el hueco que deja en nuestros corazones es de los que no se llenan nunca.

—¡Mmeeeeé!...—comentó la cabrita.

—Su vida fué una existencia dedicada al trabajo, al sacrificio... a la virtud.

—¡Mmeeeeé!...

—¡Porque yo entiendo, señores, que la virtud es la... es lo... es aquello...

El discurso se embrollaba. Y la cabrita, con la cabeza erguida y quieta sobre sus cuatro patitas muy juntas:

—¡Mmeeeeé!...

Aquel diálogo absurdo no llevaba trazas de concluir. Los circunstantes, enterados ya de lo que sucedía, empezaban a sonreir y a cuchichear. Al octavo, al noveno, al décimo "¡Mmeeeeé!", el orador también miró al animal comentarista de una manera fulminante y terrible.

La cabrita, apacible, curiosa, inocente de todo, repitió:

—¡Mmeeeeé!...

La hilaridad pública estalló. No era posible continuar hablando con aquel "leitmotiv" grotesco. Furioso el orador, bruscamente descendió del coche.

Estos oradores que pudiéramos calificar de "incondicionales", se parecen al "Primer Principio" de las cosas en que ellos también de la nada sacan un discurso. El hecho más trivial, el asunto más conocido, más resobado por todo el mundo, lo hallan bueno para una improvisación. ¿Que no poseen acerca del tema que van a desenvolver ninguna idea propia? ¿Que las frases que tienen preparadas

las sabemos ya de memoria...? ¡No importa!... Puesto que lo único que les interesa es no estarse callados.

A los pocos días de desembarcar en El Salvador, debí acompañar al entonces presidente de aquella República, señor don Carlos Meléndez, a la inauguración del ferrocarril que hoy une a Zacatecoluca con la pequeña ciudad de San Vicente. Dando escolta al automóvil presidencial salieron de la capital muchos coches. Yo iba en uno de mi excelente amigo Antonio Sanz Agero. La excursión prometía ser alegre y ofrecía, por añadidura, un cariz político muy interesante: el señor Meléndez iba a cesar pronto en su alto cargo; los doctores Palomo y Quiñones aspiraban a sustituirle, y tanto para el uno como para el otro aquél era un verdadero "viaje de propaganda" y la inauguración del ferrocarril un pretexto airoso para reverdecer amistades y atizar entusiasmos.

Los partidarios de los dos candidatos beligerantes no se habían descuidado; a lo largo del camino todo sonaba a fiesta: en unos caseríos éramos recibidos con música; en otros con flores y cohetes y arcos triunfales, improvisados con tablas y percalinas de gayos colores.

Llegamos a Zacatecoluca cuando ya se apagaba el crepúsculo. Todo el vecindario, exaltado por el fervor político y por las libaciones, estaba en las calles. El estallido de los cohetes, los "¡Vivas!" discordes a Palomo y a Quiñones y la alegría de una charanga militar, llenaban de estrépito el ambiente. Sin perder instante, el señor Presidente se dirigió al Palacio del Ayuntamiento, situado en la plaza principal de la ciudad. Al pie del edificio la multitud se arremolinaba tempestuosa; la noche había cerrado y los faroles daban al cuadro una claridad de misterio. El vocerío era ensordecedor:

—¡Viva el doctor Palomo!...

—¡Viva el doctor Quiñones!...

—¡Viva don Carlos Meléndez!...

Apremiado, acosado por las personas que le rodeaban, el señor Meléndez, que entre otras excelentes cualidades tiene la de no gustarle la oratoria, se asomó al largo balconaje que decora la fachada del Ayuntamiento. Este era el momento que "los tribunos" acechaban para desatarse:

—¡Pido la palabra!—gritaron a coro más de cinco individuos, quién subido en una silla, quién encaramado sobre un par de amigos de buena voluntad. Pero nadie quería oirles, y la muchedumbre, semejante al mar, les envolvía en su oleaje y les tiraba al suelo. La multitud repetía:

—¡Viva el doctor Palomo!...

—¡Viva el doctor Quiñones!...

Los ánimos iban enardeciéndose: los más ternes blandían garrotes y miraban a los partidarios del candidato enemigo con aire hostil. La policía, temiendo una colisión, comenzaba a repartir empujones...

De improviso, un hombrecito mal vestido, mal afeitado, descolorido por la anemia y por la escasa limpieza, consiguió encaramarse a la verja que rodeaba la plaza. Un chiquillo, como de doce años —hijo suyo, sin duda—trepó tras él. Aquel individuo sacó del bolsillo un grueso paquete de cuartillas y se dispuso a leer.

Le oímos gritar por dos veces:

—¡Señor Presidente!... ¡Señor Presidente!...

El muchacho alumbraba con una vela. Pero había brisa, la vela flameaba mucho, amenazaba apagarse, y el hombrecillo no veía bien y tartamudeaba. De los espectadores unos se reían de él, otros le insultaban. El hombrecillo acabó por quitarse su sombrero—un pobre sombrero de paja color de limón—y se lo dió a su adlátere para que le sirviese de reflector, al par que de abrigo contra el aire.

El orador.—¡Señor Presidente!

El público.—Ya te hemos oído: bájate.

El orador.—El noble pueblo de Zacatecoluca, a quien tengo el inmerecido honor de representar en estos momentos...

El público.—¡Fuera!... ¡fuera!... ¡que lo bajen de ahí!...

El orador (desgañitándose).—Quiere que su señoría tenga presente el entusiasmo, el agradecimiento, la emoción, que ha encendido en nuestros corazones ese ferrocarril que... que...

El público.—¡Viva el doctor Palomo!... ¡Viva el doctor Quiñones!...

Nuevas voces.—¡¡Viva!!...

En estas, por un descuido del muchacho, la llama vacilante de la vela prendió en el sombrero y éste empezó a arder como una antorcha. Risa general. El disertante, saltándosele las lágrimas de cólera, hubo de renunciar a su discurso. Cuando se deslizaba desde la verja al suelo, sus oyentes más próximos tuvieron la crueldad de administrarle varias nalgadas humillantes. Se le silbó, se le empujó. En honor suyo algunas hortalizas volaron por el aire. ¡Y considerar que ese hombre no habrá escarmentado aún, y lejos de romper sus infelices cuartillas las tendrá guardadas por si, transcurridos cinco o más años, recibe Zacatecoluca otra visita presidencial!... ¡Porque es curioso ver cómo estos discursos, a imitación de los gabanes ingleses, parecen hechos a la medida de todo el mundo!...

De algo más cómico aún he sido testigo—o para expresarme con mayor propiedad, causa ocasional—y fué en Colombia.

Cuando después de varios días de navegación por el Magdalena desembarcamos en Girardot el señor Vidal Caro, nuevo ministro de Cuba en Colombia, y yo, fuimos acogidos por el ministro cubano saliente, don Rafael Rodríguez Altunaga, y el ministro de España, don Juan Manuel Aristegui, quienes tuvieron la muy hidalga cortesía de salir a recibirnos hasta allí. Horas después yo me quedaba en La Esperanza, y ellos continuaban el viaje a Bogotá.

Al llegar a la famosa ciudad que muchos llaman "la Atenas sudamericana"—otros creen que

"la Atenas sudamericana" es Montevideo—un grupo de señores graves y correctamente vestidos se acercó al vagón donde iban los tres ministros. Estos, un tanto sorprendidos, se habían detenido en la plataforma del coche. Entretanto varios fotógrafos, "armados" de "kodaks", cumplían con su deber: "Tic... tic..."

Mi amigo don José Vidal Caro es un hombre de mediana estatura, grueso y dueño de un magnífico bigote blanco; se parece bastante al mariscal Joffre. Digo esto para significar que, a no ser por haber cumplido, como yo, los veinticinco años, no se asemeja a mí absolutamente en nada; lo que no evitó que aquellos caballeros severamente trajeados de que antes hablé le confundiesen conmigo, y así acudieron a él, y uno de ellos comenzó a leer:

—Nosotros, los modestos intelectuales de esta altiplanicie...

Al principio todo marchó bien: el orador hablaba de "la madre patria", de las Repúblicas hispano-americanas, de cómo los viejos rencores que antaño separaban a tantos países hermanos van desapareciendo, etc., y luego se dirigía a "un hombre que venía a visitarles desde muy lejos".

Vidal Caro escuchaba, sin desconfianza: efectivamente aquel hombre, que venía "de muy lejos", podía ser él...

Hasta que el propinante nombró "al autor de *Punto Negro*"... Entonces Aristegui, expeditivo y franco, le interrumpió:

—¡Le advierto a usted que el autor de *Punto Negro* se quedó en La Esperanza!...

Y allí, sin más comentarios, finó el discurso a manos del ridículo. ¡Qué escena! Los señores de la Comisión acogedora que escapan avergonzados, el público que se desbanda riendo... Es un cuadro bufo que aprovecharía Carlos Arniches para un final de acto.

Y ahora el cronista pregunta:

¿Por qué esos señores bogotanos no tuvieron la

precaución elemental de cerciorarse de quién era yo? ¿Por qué el hombrecillo de Zacatecoluca arrostró, sin necesidad, las burletas y los azotes de sus conciudadanos? ¿Es que las ganas de perorar, como la tos, como el estornudo, no pueden contenerse?...

¡Señor!... En los banquetes, en los Congresos, en las Academias, en los Ateneos, en todos esos lugares donde los hombres—que nada tienen que decirnos — se levantan a hablar, ¡qué falta hace, para bien de los pueblos, la cabrita de San Juan de Puerto Rico!...

Aquella cabrita que yo no cambiaría por el mejor epigrama:

—¡Mmeeeeé!...

BAÑOS

En general los países ibero-americanos se bañan bastante más que Italia y España, aunque no todo lo que la comodidad y la higiene prescriben. Los viejos refranes: "La corteza guarda el palo"... "Más vale tierra en cuerpo que cuerpo en tierra", etc., etc., pasaron el Atlántico con los primeros conquistadores y todavía se recuerdan. En las ciudades de segundo orden, especialmente, el baño no es indispensable; se aceptan sus excelencias, pero se le olvida con frecuencia deplorable; es una necesidad, pero nunca "una primera necesidad", de lo que deben congratularse no poco los constructores de casas de alquiler.

Cuando a un hotelero le preguntamos si en su establecimiento hay baño, siempre responderá afirmativamente; pero ¡qué libro delicioso podría componerse con la descripción de esos baños de Hotel, cuyo defecto mayor no suele ser la falta de agua!... En éste no funcionará la ducha; aquél no tendrá puerta; en otro, instalado junto al departamento más fétido, umbrío y secreto de la casa, pulularán las cucarachas, las hormigas, las arañas y los alacranes venenosos, los mosquitos transmisores del paludismo, las ratas, los sapos... y de noche su silencio se llenará con el chirriar desapacible de los murciélagos. En Centro América es popular la historia de cierto inglés que, para ir a bañarse, llevaba siempre su revólver.

—Nadie sabe—decía—lo que puede sucederle a uno allí...

Lances pintorescos, lances cómicos, relacionados con el jabón y el agua corriente, conozco muchos; diríase que, en ciertos países, el problema del baño es algo inclinado a la pirueta y a la risa.

Un caso...

Yo había llegado a una pequeña ciudad, cuyo nombre no importa; tomé posesión de mi cuarto, abrí mis baúles, me endosé un pijama y salí al corredor. Allí estaba el dueño en mangas de camisa; pequeño, vivaracho, el chaleco abierto sobre un abdomen redondo y alegre; la barriga del comerciante cuyos negocios marchan bien.

—¿Hay baño en la casa?—interrogué.

—¡Cómo no, señor! Allí, al fondo del patio.

Su brazo extendido me señalaba un rumbo, un oriente, a través del jardín arbolado, que era bastante grande. A un lado estaba la cocina, al otro la caballeriza y el gallinero Delante de una pila había dos mujeres lavando ropa, y poco más allá una parodia o remedo de kiosco formado por unos lienzos o tabiques hechos con telas de sacos, y sujetos a tres troncos de árbol. Aquel era "el cuarto de baño". Estupefacto metí en él la cabeza, y vi que lo amueblaban un platón de zinc, un banquillo y una escalera. ¿Y el aparato de la ducha?... ¿Y el agua?... En estas acudió un muchacho portador de una enorme regadera.

—Aquí está el agua, señor...

¿Qué hacer?... Iba a indignarme, pero todavía la cólera no me había subido a los ojos cuando se resolvió en risa. Acepté, pues, la situación; la verdadera superioridad del individuo consiste en su adaptación al medio: vence quien se adapta.

Mientras me desnudaba, mi acompañante se encaramó en la escalera, dispuesto a regarme, y de este modo yo, parado y como sembrado en el recipiente de zinc, quedé convertido en planta, y él transformado en nube, como proveedor que era de

la lluvia. Había yo comenzado a enjabonarme, y mi ayudante, obediente a mis indicaciones, me regaba o suspendía el riego. El viento, entretanto, hinchaba las paredes del kiosco, las entreabría y yo oía reir sofocadamente a las dos lavanderas con quienes antes hablé, de cuya mal represada hilaridad deduje que me veían y se burlaban de mí. Y no fué esto lo más aflictivo, sino que cuando mejor enjabonado me hallaba el agua se acabó, y el muchacho debió marcharse en busca de una segunda regadera.

También es digna de recordación la ducha de cierto hotel centroamericano.

Aquella mañana, muy temprano, salí de mi habitación envuelto en un peinador, los desnudos pies metidos en unas chineías orientales, una toalla en la mano izquierda, una pastilla de jabón en la mano derecha, los cabellos mal peinados sobre el rostro, todavía soñoliento, y la traza, en fin, tímida y siempre un poco cómica, del individuo que siente frío y va a bañarse.

—¿Los baños?—pregunté a un camarero que pasaba.

—Sí, señor; siga usted este pasillo; luego, a la derecha verá usted una escalera. Baja usted esa escalera, y en seguida, a la derecha, por un corredor, llegará el señor a un patio. Después, otra vez a la derecha... ¡Siempre a la derecha!...

Dime por informado y caminé, aunque sin grandes esperanzas de llegar; aquella ruta en espiral me parecía confusa. Pero no, pues a poco me hallaba en una habitación de madera, con solado de cemento, en cuyo centro y junto al techo, vi el aparato, en forma de regadera, de la ducha. Se movía con ayuda de una cadenita. Desgraciadamente la cadenita se había roto a considerable altura, y no era fácil sujetarla a ninguna parte. Además, el ganchito destinado a este menester que sin duda hubo en la pared, había desaparecido, lo cual, como demostraré después, representaba para los bañistas un grave inconveniente.

Sin embargo, me desnudé, tiré de la cadena y durante medio minuto recibí sobre las espaldas un copioso y frigidísimo chaparrón. En seguida me enjaboné concienzudamente. Hasta allí todo fué a pedir de boca; mis tribulaciones empezaron después, cuando quise quitarme el jabón. Si tiraba de la cadena con la mano derecha, sólo disponía de la izquierda para desenjabonarme, y viceversa; y yo necesitaba de mis dos manos a la par, para bien a mis anchas restregarme y limpiarme. ¿Qué hacer?... Ocurrióseme, de pronto, la siguiente astucia: tirar de la cadenita con los dientes. Para conseguirlo hube de ensayar una actitud poco envidiable; a saber: me puse de puntillas, la cara vuelta hacia arriba y el cuello alargado cuanto podía, como una jirafa, hasta que el extremo colgante de la cadena quedó al alcance de mis incisivos. Entonces hice presa en ella, me agaché un poco para halar y recibí en pleno rostro el chaparrón de la ducha. Comencé a restregarme. Pero la frialdad del agua me arrancó una inspiración demasiado fuerte, abrí los dientes y la cadenita se me escapó, con lo cual la ducha quedó interrumpida. De este modo, entre sobresaltos, contorsiones, estiramientos y fatigas, acabé de bañarme.

En otra población conocí una ducha digna, como las anteriores, de figurar en alguna película festiva.

El mecanismo se manejaba con auxilio de dos cadenitas suspendidas a los extremos de un eje o palanca, exactamente cual los platillos de una balanza. Cuando la palanca se hallaba colocada horizontalmente, la ducha no funcionaba; pero tirábamos de la cadenita derecha, y el agua caía abundante; tirábamos, por el contrario, de la izquierda, y cesaba la mojadura. Ahora bien: el mecanismo estaba tan gastado, que bastaba no ya la presión más leve, sino el liviano estremecimiento de aire producido por una tos o el golpe de una puerta al cerrarse, para inclinar la balanza a un lado u otro y

producir así, a destiempo, la lluvia o la sequía.

....

....

Afortunadamente para los artistas o políticos célebres, los periodistas que van a entrevistarles para luego hablarnos de sus "intimidades", no se han atrevido todavía a sorprenderles en el baño...

LA PESCA DEL CAIMAN

Estábamos en San Miguel, pequeña ciudad de la República de El Salvador. Al propietario del Hotel París, donde yo me hospedaba, le llamaban Luis Stirnemann: era un ingeniero suizo, joven aún, flaco, de ojos azules y con un semblante anguloso prolongado por una barbita rala y rubia. Usaba cuellos a la marinera, tenía el pescuezo seco y crecido, y caminaba a largos pasos. Hablaba poco. Le caracterizaban una notable frialdad de ademanes, y un pleno y elegante dominio de sí mismo. Stirnemann salió de Europa contratado por una Compañía, al parecer fuerte, que acababa de fundarse en San Miguel; pero cuando el ingeniero llegó a su destino la Compañía había quebrado. Entonces, para arbitrar recursos con qué vivir, abrió un hotel. Stirnemann entiende de carpintería, de fotografía, de jardinería, de decorado, de cocina; entiende de todo. A fuer de buen suizo, es un andarín heroico: maneja perfectamente toda clase de armas; es un infatigable cazador; sabe pescar, nadar, montar a caballo; en él se reconoce inmediatamente al hombre que ha vivido en contacto con la naturaleza.

Luis Stirnemann, después de llevarme a pescar caimanes de día, me invitó a atacarlos de noche; ello ofrecía, según él, serios peligros y, de consiguiente, una muy tremante emoción.

—Iremos—dijo—al lago de Olomega, y dirigirá

la batida don Emilio González, que posee allí vastas haciendas, y es el mejor cazador de caimanes de la región.

Al siguiente día se unieron a nosotros, en la estación del ferrocarril, los tres amigos que habían de acompañarnos: el suizo Max Haltmayer, notable tirador también, gran comedor, gran bebedor y gran sensual, obeso, rojo y alegre, como una figura del retablo de Rabelais; el periodista Salvador Guerrero, y un turco llamado Julio Lahud; caravana babélica sobre la que podían ondear las banderas de cuatro patrias distintas. Estas agrupaciones cosmopolitas son muy frecuentes en América, país de aventuras.

El tren corría entre un bosque torturado por las llamas de la sequía y del sol; las hierbas palidecían sobre la tierra ardiente y polvosa; en las ramas el follaje desjugado amarilleaba; los árboles tenían, bajo el tórrido añil celeste, un gesto de sed.

En poco más de una hora quedaron atrás las estaciones de Miraflores, San Antonio y El Carmen, cuyos nombres españolísimos trajeron a nuestra memoria visiones de Castilla, y a las cuatro de la tarde echamos pie a tierra en Olomega. Ante nosotros el lago terso, dormido, fulgurando al sol como una armadura, extiende su cristal inmenso, cristal sin contornos, que parece diluirse allá, muy lejos, en una evaporación dorada medio verde, medio azul. A lo largo de las orillas planas, tan humildes que apenas descuellan del agua, los juncares erigen la muchedumbre de sus bayonetas de esmeralda. Descansa el viento; la luz abrasa; en la superficie del lago no hay ningún temblor.

La tarde la pasamos cazando patos: nuestra embarcación resbalaba suavemente, dócil al empuje parsimonioso de los remos. Apenas hablábamos. Los ojos perspicaces de los tiradores registraban el espacio, mientras los rifles descansaban sobre las rodillas. A intervalos, un disparo, y un pato que huye volando y luego se desploma desde lo azul

en una línea vertical; el agua salta, blanca, alrededor del cadáver, con la gracia ligera de una fuente. A la hora del crepúsculo la matanza aumenta: el espacio ha ido tiñéndose con las agonías violetas del sol, y el averío regresa a los parajes adonde acostumbra pasar la noche; son éstos los viejos árboles que, de trecho en trecho, decoran las orillas. Allá nos lleva nuestra crueldad: de pie sobre la lancha disparamos a porfía nuestras armas; en la obscuridad creciente, los pobres animales, asustados, tropiezan con las ramas y sucumben por docenas; en el fondo del bote hay un charco de sangre.

Es casi de noche cuando desembarcamos frente á la casuca de tablas donde don Emilio González nos espera: allí cenamos sardinas y otros fiambres al resplandor doliente de tres o cuatro velas que lucen ahincadas en el cuello de otras tantas botellas vacías. El apetito es bueno, y vehementes los deseos de salir a pelear con los saurios del lago. Los riesgos de la lucha exaltan nuestro fervor combativo. En el Olomega los caimanes se cuentan por millares; es muy improbable, por tanto, que la persona que caiga en él, sobre todo si es de noche, vuelva a salir.

—Yo he visto muchos caimanes de tres metros, lo menos, de longitud—dice Max Haltmayer.

—Esos son pequeños—interrumpe Lahud—; yo he visto matar uno de cinco metros. No creo que el Nilo los críe mayores.

Don Emilio González corrobora, con su indiscutible autoridad de experto cazador, las palabras del turco.

—Sí, señor—dice—; aquí, en Olomega, hay caimanes viejos de cuatro y cinco metros; verdaderas fieras...

Explican las costumbres de los temibles reptiles; algunas son interesantísimas: su afición a la carne de perro, por ejemplo. Los canes lo saben y así, cuando tratan de atravesar un río, se acercan a la

orilla y prorrumpen en ladridos furiosos para atraer a los caimanes y concentrarlos allí; su ladrar dura largo rato; después se apartan de aquel lugar y se arrojan al agua. Todas estas glosas y el afán con que los boteros van preparando los arpones y cuchillos que hemos de llevar, acucian nuestros entusiasmos cinegéticos.

—¿A qué hora saldrá la luna?—preguntó don Emilio.

—Tarde; nunca antes de las diez.

Respondiendo a una mirada mía, que era una interrogación, don Emilio González repuso:

—A los caimanes sólo puede cazárseles en noches obscuras, pues de lo contrario la luz de carburo que el arponero lleva en la frente no tendría fuerza suficiente para deslumbrarlos.

A poco, terminados ya todos los preparativos, saltamos a bordo de dos botes: son embarcaciones ligerísimas, sin quilla, como las célebres piraguas precolombianas, y de consiguiente muy fáciles de zozobrar. Aquella en que yo tomé pasaje la manejaban dos remeros. Stirnemann se había sentado a popa, con su rifle entre las rodillas; González iba a proa, de pie, con un arpón en la diestra y en la frente una luz de carburo. Yo, a su lado, en cuclillas, espiaba.

A nuestro lado el paisaje componía una extraña aguafuerte. Tinieblas por todas partes: negro el cielo, negra el agua, negras también—más negras aún—las orillas inciertas. Al fondo del cuadro, recortándose del espacio obscuro, el volcán de San Miguel arrojaba una enorme sombra triangular sobre la obscuridad, menos densa, del lago quieto. Las estrellas parecían no alumbrar, cual si su luz se agotase mucho antes de descender a la tierra. De cuando en cuando, a trechos, un temblor metalescente mordía el espejo del lago, y nada más. Era una visión de Wagner, una sinfonía pavorosa de acero y hollín: el acero, que da la muerte; el hollín, que puede simbolizar la Nada.

Avanzábamos bordeando, porque entre los juncales la afluencia de caimanes es mayor, y a veces íbamos tan cerca de la orilla que el fondo de la embarcación rozaba el suelo. Como el menor ruido podía espantar la pesca, nadie hablaba; el mismo González dirigía las maniobras por medio de gestos: mover el brazo derecho significaba que los boteros debían bogar hacia aquel lado, y lo contrario si el brazo que agitaba era el izquierdo. La lámpara de carburo sujeta, por medio de correas, a la frente del cazador, pintaba en la vastedad entintada un vigoroso chorro de luz al que acudían millares de insectos. Esta claridad divagaba rauda de un lado a otro: unas veces iluminaba los juncales verdes, entre los cuales cuchicheaba el agua; otras las márgenes sin vegetación, blandas, fangosas, en donde los grandes reptiles gustan de tenderse; otras, la serenidad muda del lago.

De súbito, muy cerca de nosotros, a ras del agua, aparecieron dos puntos rojos, encendidos, como rubíes. Eran los ojos de un caimán que iba nadando y que, al ser sorprendido por la luz, quedóse deslumbrado e inmóvil. Con nuestra ansiedad pareció aumentar nuestro silencio. Dócil a un ademán de González, la liviana embarcación ció ligeramente hacia babor. Los dos rubíes, de una expresión antes asustada que hostil, iban aproximándose: los veíamos subir, bajar; comprendíase que flotaban. Don Emilio González levantó el arpón, sujeto por el extremo del astil a un grueso ovillo de cordel encerado; lo balanceó varias veces de arriba a abajo, para rectificar la puntería, y al fin lo clavó, con destreza admirable, en el cráneo del saurio. Al sentirse herido, el animal lanzó un grito, un "¡ay!" calofriante, perfectamente humano; un "¡ay!" que era una súplica, que era también una acusación, una imprecación, y se sumergió.

Comenzó la lucha. El caimán, en su huída, arrastraba nuestra embarcación tras sí; los boteros, que apreciaban todos sus movimientos por la mayor o

menor tensión del cordel, tan pronto lo dejaban correr como procuraban sujetarlo. Este artero tira y afloja, añadido al dolor de la herida, debían de fatigarlo muy pronto. Cuando, transcurridos algunos minutos, conseguimos volverlo a la superficie, lo enlazamos por la cola para paralizarlo, y luego por las mandíbulas y de manera que no pudiese cerrarlas. Diríase que bostezaba y sus dientes agudos blanqueaban siniestros en la palidez de las fauces. La presa resistía, haciendo oscilar violentamente la pequeña embarcación; sus ojos parpadeantes habíanse tornado verdosos y expresaban odio, angustia, terror infinito. Uno de los remeros, pasándole atrevidamente una mano por detrás de la cabeza, le hundió su cuchillo en el cuello, y como la herida no le pareciese bastante grande, empezó a ensancharla moviendo el arma de un lado a otro. Entonces el animal prorrumpió en gritos que, poco a poco, iban apagándose:

"¡Ay... ay... ay... ay!...—decía—¡ay!..."

Su último lamento, al apagarse en el infinito silencio, pareció extender un temblor de pánico por las orillas. Después se le arrancó el arpón, y el cuerpo inerte quedó tendido en el fondo del bote y nos servía de rodrigón. Un olorcillo nauseabundo—olor a podrido—se desprendía de él.

La cacería continuó y al poco tiempo cobramos otra presa, más importante que la anterior; por lo mismo su captura ofreció mayores riesgos y más satisfactorio triunfo. La embarcación filaba callada, fantasmagórica, sobre el agua muerta, bajo cuya mansedumbre los reptiles, verdosos y hambrientos, nos acechaban tal vez. Los remos trabajaban sin ruido; prolongados y rápidos sacudimientos grises, de un gris metálico, reflejos de algún remotísimo claror astral, estremecían la embetunada superficie del lago; lejos, cerca, unas veces sobre el agua, otras a lo largo de la orilla, los caimanes encendían y apagaban los fieros rubíes de sus ojos; mientras don Emilio, erguido siempre sobre la proa, lanzaba

a través de la noche el venablo luminoso, semejante a un zodiaco, de su lámpara.

Alguien, que tenía frío, preguntó:

—¿Seguimos?

Su insinuación fracasó; todos, enardecidos, replicamos:

—¡Sí; sigamos!

Mucho rato la embarcación adelantó ondulando ante la línea insegura de la orilla; González, rígido, inmóvil y con el brazo derecho en alto, parecía arengar algo invisible. Eran las diez. De pronto, sobre una crestería lejana, apareció la luna, redonda, amarillenta, con su enfermiza lividez de oro viejo. Al principio creeríase que rodaba por el lomo de un monte; después, casi sin interrupción, alzóse en el espacio taciturno, y el Olomega cubrióse instantáneamente de una triste claridad plateada. Esta claridad nos descubría, nos hacía visibles, nos inutilizaba: la pesca había terminado. En el horizonte, el volcán de San Miguel, orlado de un halo lechoso, dibujaba en el cielo un triángulo colosal.

La noche la pasamos en un islote donde Max Haltmayer ha levantado un hotel, un verdadero capricho suizo. Su dueño lo llama "el hotel del amor"... ¡él sabrá por qué!...

A la mañana siguiente, bañados en sol, examinamos los dos caimanes pescados la víspera; todavía alentaban. El más grande, tumbado panza arriba, con el cuello estirado y la cabeza echada hacia atrás, como si cantase, su cola semejante a los faldones de un chaquet, y un brazo doblado sobre el pecho, tenía el gesto teatral de un tenor moribundo.

DE EL SALVADOR A HONDURAS

La filosofía de Sócrates.

Anochecía cuando llegué al puertecillo salvadoreño de La Unión, sobre el lago Fonseca, con un apetito de cazador.

En un malísimo mesón, bautizado con el sonoro nombre de Hotel de Italia, hallé alojamiento y comida. La mesa me la habían aderezado en un corredor, y era el mismo dueño quien me servía. Me trajo pan, aceitunas y un par de huevos fritos. En seguida se retiró.

—¡Amo!—grité—tráigame una botella de vino.

El hostelero reapareció y..., ¡no cabía duda!..., volvía cambiado. Aquel hombre, un milanés, alto, gordo y con cara de bueno, repentinamente se había quedado triste.

—¿Deseaba usted?...—balbuceó.

—Quiero vino, tinto o blanco; me es igual.

Hizo un ademán vacilante, impreciso, y se fué. Su melancolía me preocupó; pensé: "¿Por qué se habrá puesto así?..."

A poco, detrás de una puerta le oí cuchichear, y a su voz, otra voz regañona de mujer respondía. Volvió:

—Señor, no hay vino.

La noticia me supo a agua de Loeches.

—¿Y cómo quiere usted que cene sin vino?... Usted es italiano, usted me comprende...

Vi claramente que una nueva ráfaga de dolor cubría su rostro, y hasta me pareció que las largas guías de su bigote rucio languidecían.

—Yo le comprendo a usted muy bien—repuso—; el agua, efectivamente, es muy desagradable... ¡Muy desagradable!...

Me consternó su humildad; además, en sus palabras vibraba el magnetismo de los grandes convencimientos.

—No pase usted apuros—exclamé—y pues no queda vino, déme usted cerveza.

Lejos de alegrarse, según yo esperaba, mi interlocutor continuó afligiéndose. Yo juraría que sus ojos se humedecieron. Comprendí:

—¿Tampoco hay cerveza?

—No, señor; tampoco.

Resignado con mi infame suerte, llené de agua mi vaso, que apuré de un trago. Seguí comiendo. Agradecido a mi docilidad y cristiana paciencia, el hostelero se decidió a sentarse al otro lado de la mesa, enfrente de mí. Charlamos, y como el buen charlar acerca tanto, pronto surgió entre ambos una simpatía. Llegó el café...

—Pero explíquese: ¿por qué en su Hotel no expende usted cervezas ni vinos? ¿No ganaría usted más?

—Sí, señor—suspiró—; ganaría mucho más; ¡ya lo creo!...

Volvió a suspirar y adoptó en su silla una actitud de gran postración.

—Yo, en su lugar—proseguí—tendría siempre a mano unas cuantas botellas.

—Ay, sí—replicó—; usted lo haría... ¡pero yo no puedo! Porque... yo me conozco; yo... ¡me las bebería!

Su respuesta sencilla me dejó admirado. Confieso que muy contadas veces he oído o leído palabras tan definitivas, tan hilarantes y tan profundas.

Aquel hombre, al parecer rústico, poseía el supremo conocimiento, puesto que "se conocía". Mi hotelero había leído a Sócrates.

Amapala.

A la mañana siguiente, muy temprano, nos plantamos en el muelle; serían las seis y media. Nos habían dicho que la lancha gasolinera que nos llevaría a Amapala, primer puerto hondureño, zarparía a las siete en punto. Varios hombres, desnudos de medio cuerpo arriba, embarcaban los equipajes. Los viajeros iban llegando, jadeantes bajo el sol. El golfo Fonseca, sin olas, absolutamente inmóvil, refulgía cegador: imposible mirarlo. La brisa cálida nos producía, al rozarnos, la impresión de un aliento.

Dieron las ocho, las ocho y media... las nueve... y la gasolina no desatracaba. ¿A qué esperábamos? Nadie lo sabía. Nos rodeaba un silencio profundo, y en aquel silencio el calor parecía intensificarse, porque toda nuestra atención hallábase concentrada en nuestra piel. De pronto el motor de la lancha comenzó a latir, y seguidamente la embarcación se apartó de la orilla, dejando tras sí, en la estela, un coruscante rebullir de cristales.

Los pasajeros nos habíamos sentado a popa bajo un toldo. Eramos pocos. Una señorita inglesa, pequeñita, flaca, rubia y vestida de blanco; otra señorita, en buenas carnes, y vestida de negro; un señor gordo, con lentes y provisto de un Kodak y de un voluminoso paraguas de algodón, que miraba tiernamente a la señorita vestida de negro; y un yanqui alto, que fumaba en pipa y llevaba en sus manos huesudas y en su mandíbula fuerte la enérgica voracidad de su raza.

De repente advertimos que el timonel realiza una

maniobra para acostar al vapor *San José*, que va a Acajutla. Esta detención nos irrita a todos. El *San José* rezuma calor; aturde el chirriar de sus grúas; nos asfixiamos; del agua quieta se exhalan olores nauseabundos a carnes y a verduras podridas. Los pasajeros se enjugan el sudor, y los tripulantes hacen lo mismo; ninguno se mueve. Es de presumir, sin embargo, que estamos allí "por algo". Transcurre un cuarto de hora...

La inglesita, muy nerviosa, pregunta por dos veces:

—Pero ¿a qué esperamos?

Nadie responde. Yo, a saber inglés, hubiese contestado:

—¡Ah, eso no se sabe, señorita!... En estos países, demasiado amados del sol, las gentes esperan siempre algo "que no saben lo que es". Esperan, esperan... Yo creo que cada cual espera a que, como de milagro, alguien haga lo que él tenía que hacer...

Cuando menos lo aguardábamos, el motor vuelve a palpitar y la lancha se aparta del *San José*. ¿Quién ha dado la orden? Lo ignoro; probablemente nadie; ha sido que el motor, espontáneamente, se ha puesto a funcionar.

Hace más de una hora que navegamos, y el caserío de La Unión se ha esfumado, casi por completo, en la distancia azul. Enfrentamos unas grandes rocas alrededor de las cuales las aguas, aunque tranquilas, gemebundean un poco. El "señor gordo", deseando interesar la curiosidad de "la señorita vestida de negro", ha empezado a contarnos la leyenda de una mujer a quien unos piratas tuvieron cautiva en aquellos peñascales, y que para libertarse pidió a Dios la convirtiese en sirena.

A cada momento el narrador se interrumpía para exclamar, ingénuo:

—Eso es lo que cuentan...

Lo que nos hizo comprender que era un varón prudente, enemigo de contraer responsabilidades. Hecha esta advertencia, continuaba:

—Dios, al fin, por complacerla, la transmutó en sirena; y, desde entonces, todas las noches viene a cantar aquí...

Como nadie hablaba, fué inevitable escuchar la historia hasta el fin, y advertí con satisfacción que "la señorita vestida de negro" no se había enternecido. Ella, como yo, debía hallar ilógico que Dios se metiese a fabricante de sirenas, lo que era incurrir en delito de paganía. Además, no parecía verosímil que la joven raptada se aburriese tanto entre piratas; y, sobre todo, ¿a qué obedecía aquel su empeño de seguir cantando?

A mediodía llegamos a Amapala. Es un islote riscoso y forman la ciudad la Aduana, la cárcel y un centenar de casas.

En Amapala había un español. He escrito "había" como pude escribir "hay". Porque si aquel español—Mario Ribas, se llamaba—no está ya allí, habrá "otro".

Grandes viajeros me han asegurado que en todos los rincones del mundo, por apartados y absurdos que sean, siempre hay un español.

Hacia San Lorenzo.

Hemos cenado frugalmente y dormido—también "frugalmente"—en el Hotel Morazán, hasta las dos de la madrugada. A esa hora vienen a decirnos que la lancha-automóvil que ha de transportarnos a San Lorenzo, segundo puerto de Honduras, va a salir en seguida.

Llegamos medio dormidos al muelle, que aparece sumergido en las tinieblas de que habla el Génesis. Como no hay ni un solo farol encendido, caminamos a tientas; esto es, adelantando las manos al mismo tiempo que los pies. Imposible reconocer nuestros baúles, ni a nuestros amigos, en medio de tal obscuridad. Algunos empleados de la

Aduana esgrimen una linterna sorda para guiarse entre la multitud de equipajes amontonados. A intervalos, en la negrura ilimitada de la noche sin luna y sin estrellas, distinguimos un rápido albear de espumas, mientras el mar cuchichea abajo, entre los machones del muelle.

Asperamente una voz anuncia:

—¡No podemos irnos; no hay gasolina!...

Estas palabras encienden nuestra cólera. ¡No hay gasolina! ¡Bonita administración!... ¿Y para eso, para decirnos que no había gasolina, nos sacaron de la cama?... Nosotros protestaríamos, nosotros asesinaríamos a alguien... ¿pero a quién, si con la falta absoluta de luz no vemos a nadie?...

Transcurren diez, veinte... minutos, durante los cuales esperamos, a fuer de buenos españoles, a que "todo se arregle"... Ha pasado media hora...

Otra voz varonil grita:

—Ya pueden ustedes marcharse; pero conste que es a mí a quien tienen que agradecérselo, porque yo acabo de prestarle mi gasolina a la Administración de transportes.

Vemos pasar una silueta vanidosa y triunfal, pero no llegamos a distinguir sus facciones. Aquel hombre magnánimo ha realizado su sacrificio en la sombra; es un héroe. Mañana, a la luz del sol, no le reconoceremos, y como no hemos conseguido ver ni su nariz, ni sus ojos, ni siquiera su cuerpo, nuestro agradecimiento, en lo sucesivo, no tendrá sobre qué apoyarse.

Ya la lancha se ha separado del muelle, y al hendir el agua dormida, sobrecargada de fosfatos, la percusión de la proa enciende fosforescencias tan intensas, que a su resplandor podríamos fácilmente escribir una carta. Nuestros equipajes, hacinados delante, a barlovento, nos quitan la brisa. Estamos sentados a popa y a obscuras, bajo un toldo que nos impide ponernos en pie. Somos unos quince pasajeros; todos los asientos se hallan ocupados; asfixia el calor.

Y pronto, al calor se añade la sed; una sed horrible que nos seca las fauces, que nos sube a las sienes...

Alguien, que se ahoga, pregunta a los que nos ahogamos con él:

—¿Tienen ustedes un poco de agua?

—No—responde una voz.

—¿Y naranjas?

—Tampoco.

En la obscuridad columbro las siluetas de la inglesita ataviada de blanco, de "la señorita vestida de negro", del "señor gordo" y del yanqui, atlético y rubio, que ronca a nuestros pies, tendido en el fondo de la barca. Todos somos españoles, o salvadoreños, u hondureños, o nicaragüenses... esto es, latinos; gentes imprevisoras que, por no saber mirar al porvenir, no recapacitaron en los inconvenientes de un viaje largo... Abrasado de sed, comienzo a reflexionar en el suicidio seriamente. La embarcación fila, con una rapidez de saeta, sobre el golfo encalmado; a nuestro alrededor el agua adquiere fulgores astrales que la nimban de luz: la lancha, vista desde arriba, debe de parecer la cabeza de un santo.

De pronto el "americano" despierta, se incorpora, bosteza, se restriega los ojos e inmediatamente sus manos enormes registran en un cajón. Allí guardaba, perfectamente metidas en hielo, naranjas, manzanas y varias botellas de wisky y de cerveza. También llevaba copas y un sacacorchos. El "gringo", como los centro-americanos llaman a los yanquis, enciende una lámpara de carburo, a cuyo resplandor amarillean en la obscuridad nuestros rostros sutibundos.

—¿Ustedes gustan?—interroga cordial.

Todos aceptamos, y nuestro anfitrión nos da el ejemplo comiéndose media docena de naranjas y trasegando generosísimos tragos de cerveza y de wisky. Después encendió su pipa y se puso a cantar *La Marsellesa.* Nosotros estábamos asombrados

de su juventud, de su fuerza expansiva. Finalmente charló algunas palabras con la inglesita, la dió muchos besos, la pidió autorización para apoyar su cabeza en sus rodillas, y se quedó dormido.

Alboreaba cuando llegamos a San Lorenzo, y como la lancha no podía atracar al muelle por haberse iniciado ya el reflujo, unos hombres se acercaron a nosotros, con el agua a la cintura, para transportarnos a tierra en brazos. Yo, como los demás, me dejé llevar, pero estaba indignado: me humillaba el sentirme aupado, como si fuese un niño. Unicamente el yanqui, que acababa de despertar, se negó a desembarcar así.

—Yo no necesito ayuda—decía.

Quiso dar un brinco, resbaló y cayó al agua. Nosotros nos reíamos, viéndole pernear. En el fondo le admirábamos y reconocíamos su superioridad: era el único de nosotros que, en menos de una hora, había tenido tiempo de comer bien, beber largamente, besar a una mujer, dormir y tomar un baño.

Cuesta arriba.

En San Lorenzo descendimos casi a tientas; este viaje de El Salvador a Honduras el viajero puede decir que lo realiza "al tacto". Es un viaje para ciegos.

En el muelle un empleado me dijo:

—El automóvil para Tegucigalpa lo tomará usted en la plaza. Corra usted, porque va a salir.

—¿Y mi equipaje?—repliqué.

—Su equipaje no puede ir con usted porque el automóvil sólo admite viajeros. Su equipaje saldrá de aquí pasado mañana, en un camión de carga.

Yo contemplaba melancólicamente mis baúles, colocados bajo un sotechado, al aire libre, sobre la acera y, de consiguiente, al alcance de todo el mun-

do. Aunque resignado con mi suerte, quise formular una última objeción:

—¿Y si se los llevan?...

—¡No se preocupe usted! — replicó el empleado alzándose de hombros—no se los llevará nadie.

Me callé y me fuí a buscar el automóvil. "¡No se los llevará nadie!"—rumiaba yo—; ¿por qué?... Y de mis cavilaciones saqué en consecuencia que los vecinos de San Lorenzo eran muy honrados, o tenían muy poca fuerza.

En el automóvil que "cubre" dos veces por semana la distancia del puerto de San Lorenzo a la capital, nos acomodamos la señorita vestida de negro y la inglesita vestida de blanco, el "señor gordo", el yanqui de mandíbula cuadrada y otras cinco personas más. El *chauffeur* era un "gringo", hercúleo y albino, con los cabellos, cortados al rape, del mismo color que el polvo de la carretera. El pesado automóvil partió a gran velocidad. Rodábamos cuesta arriba, el viento era duro y a poco empezó a lloviznar, lo que refrescó el ambiente y nos sirvió a todos de notable alivio.

De improviso, una ráfaga le arrancó al "señor gordo" de la cabeza su sombrero de paja, que fué a chocar contra la nariz del yanqui. Este, que iba dormido, refunfuñó algo, apretó el entrecejo y volvió a dormirse. El "señor gordo" recobró su sombrero. Ibamos venciendo una cuesta y al ganar la cumbre, el viento volvió a quitarle al "señor gordo" su sombrero; éste revoló por el interior del coche, con un ruido áspero semejante al aleteo de un pájaro, y por segunda vez cayó sobre el rostro del yanqui.

—Si usted no sujeta mejor su sombrero—dijo el "americano" amenazador—se lo tiraré al camino.

El "señor gordo", cautamente, no replicó. Este accidente estuvo a punto de repetirse otras dos veces, y yo, con el propósito de evitar disgustos, acabé por aconsejar al "señor gordo" que, pues su sombrero no quería vivir con él, lo dejase marchar, o,

de lo contrario, se sentase encima. El "señor gordo", embarazado con su Kodak y su paraguas de algodón, decidió ponerse el sombrero debajo del brazo.

Empinado, ondulante, caprichoso, este camino de San Lorenzo a Tegucigalpa tiene la ligereza y la elegancia de una espiral de humo. Es, sin duda, uno de los más bellos de América, y al recorrer aquel otro que guía de La Guaira a Caracas, nuestro corazón, emocionado, le dedicó un recuerdo. Esa carretera tiene "momentos suizos": a ratos trepa flexible, cual una serpiente, hacia el remate de los montes; otros domina los abismos y se convierte en balcón, y así, a veces, las nubes nos envolvían y cegaban, o bien las veíamos rodar allá abajo, lejos, sobre la oquedad de los valles profundos sembrados de pinares. Y para que nada faltase, las mil fragancias a flores, a resinas, a savias rústicas, y, sobre todas, ese olor a tierra mojada, que es acaso el mejor perfume del mundo.

A mediodía, empapados por una lluvia sigilosa y compacta, llegamos a la capital.

El señor Bertrán.

Una tarde tuve el placer de saludar al entonces presidente de la República de Honduras, don Francisco Bertrán. Considerándose tal vez poco aislado del mundo en Tegucigalpa, el señor Bertrán vivía en una casona situada a tres o cuatro kilómetros de la ciudad. Era el señor presidente un hombre moreno, enjuto y pequeño, que accionaba apenas y hablaba muy poco.

—"Yo sueño" —empezó diciendo el señor Bertrán—con realizar la unión de todas las Repúblicas centroamericanas. Es indispensable que estos pueblos de raza española se conozcan... Etc.

Yo le escuchaba pensando que esto me lo decía un hombre en los alrededores de una ciudad, para llegar a la cual — y siguiendo la ruta más breve— son indispensables dos viajes en lancha-gasolina y uno en automóvil.

—"Yo sueño"... — había empezado a decir el señor presidente.

Fué lo mejor que dijo.

LA TUMBA DE RUBÉN DARÍO

El más personal, el más fuerte y abundante sugeridor de emociones, el más glorioso y "sin fronteras" de los poetas hispanoamericanos, quien revolucionó con flexibilidades insospechadas toda nuestra lírica—evidente es que hablo de Rubén Darío—nació en Metapa, aldehuela nicaragüense de ciento veinte casas, de las cuales—según un cronista—"sólo una es de tejas".

Su biografía, tantas veces comentada, no reserva secretos. El autor de *Los Raros* fué un gran errante taciturno. A poco de casarse abandonó a su esposa en Panamá, y se entregó a su pasión favorita: los viajes. Estuvo en Buenos Aires y en Río de Janeiro, embarcó para Europa y visitó Francia, España, Italia, Inglaterra, Holanda...; luego cruzó de nuevo el Atlántico y conoció los Estados Unidos. Pero en aquel pueblo de "las terribles velocidades" su alma contemplativa se sintió mal y regresó a Europa, y otra vez bajo el cielo de París—la Ciudad Unica—el ruiseñor de su corazón volvió a cantar. Entretanto los años huían y con ellos la vida alegre por fuera, infinitamente desolada por dentro, de Rubén.

Un día el poeta hallóse más postrado que nunca; voces proféticas interiores le advirtieron, sin duda, que su camino iba a concluir, y experimentó el deseo de tornar a Centro-América. ¿Por qué este deseo?... Probablemente él no se lo explicó: fué algo

instintivo, fué como si su país, "su tierra", aquel suelo donde sus progenitores dormían, le llamase a sí. Rubén Darío llegó a Guatemala y enfermó. Advertida de la extremidad de su mal su esposa corrió a buscarle, y con mil cuidados pudo volverle a Nicaragua; y fué en la ciudad de León y entre los brazos de la Olvidada, donde el maravilloso artista cerró los ojos. Días después la viuda telegrafiaba al doctor Martínez:

"Tengo en mi poder el cerebro de Rubén Darío. ¿Quiere usted hacer su estudio?»

La pobre Abandonada no meditó tal vez en la elocuencia conmovedora del telegrama en que se declaraba "dueña"—¡al fin!—de un cerebro que nunca fué suyo, acaso porque habiendo tenido mucho en qué pensar, jamás pensó en ella.

¡Darío ha muerto!... Cuando llegó la noticia a Madrid me pareció que en las calles se producía un silencio nuevo. ¡Darío ha muerto!... Una tarde varios poetas mozos se fueron en grupo al parque de El Retiro a leer en alta voz, de pie sobre los bancos, los versos más famosos del maestro: *Sonatina, ¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier?... Era un aire suave... La marcha triunfal, Los cisnes...;* y la gente vulgar que pasaba se detenía a oirles y vibraba con ellos. Este fué, quizás, el homenaje más espontáneo, más emocionante, más juvenil, de cuantos se hayan tributado a la memoria de Rubén.

***

El autor de *Cantos de Vida y Esperanza* tuvo que expatriarse temprano, porque sus conciudadanos no le comprendieron. El caso se repite mucho. Las multitudes lo primero que admiran en los hombres ilustres es su parte plástica: su juventud, su elegancia, su simpatía; la parte decorativa...; y Rubén Darío, desaliñado, melancólico, huraño, tímido con las mujeres como un seminarista, no era decorativo.

Muy al contrario, su espíritu, hecho de aristocracia y de armonía, esquivaba dolorido el contacto del rebaño. La bambolla "oficial" le aterraba. Recordemos aquella *Letanía* maestra dedicada a *Nuestro Señor Don Quijote*, y escrita a propósito de alguno de esos "Aniversarios" o "Centenarios" con que afligimos a las grandes sombras, y que "los Insignificantes" aprovechan diestramente para ponerse de puntillas:

"¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!..."

....

Y proseguía con amargo buen humor:

"... Soportas elogios, memorias, discursos;
resistes certámenes, tarjetas, concursos..."

Contra toda su voluntad, el excelso poeta vivió así siempre, entre veladas, banquetes y apoteosis teatrales. En su muerte—¡bien a despecho suyo, claro es!—hubo asimismo detalles grotescos, por no decir crueles. ¡Ah, "los Insignificantes" no retroceden ante nada con tal de brillar un poquito!... A Rubén le retrataron agonizando; después le extrajeron el cerebro para examinarlo...

Hablando de esto con el doctor Debeile, amicísimo de Darío, pedíle informes de un folleto en que el doctor Martínez describe el cerebro de Rubén. El doctor Debeile, que también es responsable de otro folleto sobre igual tema, tuvo una sonrisita elocuente y no dijo nada. Cuando, más tarde, conocí al doctor Martínez, quise saber el concepto que le merecía el trabajo de su colega, y el doctor Martínez sonrió... ¡también con elocuencia!...

Creo que ambos doctores se juzgan discretamente. El doctor Debeile tiene derecho a sonreirse del

opúsculo del doctor Martínez; por su parte, al doctor Martínez le asiste muchísima razón para echar a broma el estudio del doctor Debeile.

Verdaderamente para decirnos que el cerebro de Rubén pesaba mucho y que en él abundaban la substancia gris y las circunvoluciones profundas—pormenores todos muy de sospechar—no debieron jamás abrirle el cráneo. ¿Por qué lo hicieron? Porque en aquel cerebro había dos folletos: uno que firmaría Debeile y otro que firmaría Martínez...

¡Pobre Rubén!...

*
* *

Apenas llegué a la ciudad de León, mi primer cuidado fué llevar una corona de flores a la tumba de Rubén Darío. Varios amigos, entre ellos el poeta Luis Avilés, me acompañaron. Penetramos en la catedral, majestuosa, ecoica, solemne, con esa solemnidad y esa tristeza—dolor de Raza, dolor de siglos—de que están impregnadas las solidísimas catedrales españolas. De los muros elevados y renegridos descendía una penetrante sugestión mística. Dimos algunos pasos inciertos...

—¿Dónde está la tumba de Rubén?

—Ahí—me dijeron.

Nos habíamos detenido ante una verja tras la cual yacía un león de blanquísimo mármol; un león enorme y ridículo, con cara de académico. Sobre él, destacándose de la obscuridad de una columna, aparecía una lápida, alba y risueña como un cartel, que recordaba a un "Monseñor Deán Doctor Rafael Jerez"...

—Pero ¿dónde estará Darío?—me interrogaba yo.

Al fin leí su nombre glorioso abajo, esculpido sobre una especie de escudo que la fiera llorosa y grotesca sujetaba entre sus garras.

¡Qué pena, qué desacato, qué ofensa al buen gus-

tol... ¿Cómo la distinguida sociedad de León y los centros culturales de Managua consintieron semejante atropello? ¡El espíritu tan libre, tan iconoclasta, de Rubén, metido en un ataúd adornado con águilas y caballos, aplastado bajo la pesadumbre de un león y defendido por una verja!... Aguilas, caballos, leones... ¡como si se tratase de un general!... Pero ¿qué relación puede haber entre toda esa fauna bélica y el alma dulce, soñadora, infantil, de Darío?... ¡Oh!... ¿Cómo "los atenienses" de Nicaragua no impidieron que la Beocia oficial triunfase esta vez?... ¡Desdichado poeta! Cuando él hablaba,

> "... de las epidemias de horribles blasfemias
> de las Academias..."

debió de presentir algo semejante a ese león que hoy simboliza, sobre su tumba, el alcaloide de la cursilería y de lo absurdo.

La condición entera del artista se retrata en estas palabras:

> "... Y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
> y muy moderno..."

Así fué Darío. Su sepulcro, de consiguiente, sólo debe adornarse con un "motivo" griego: una doncella desnuda que deshoje flores sobre la piedra tumbal, y un bajorrelieve donde, entre frondas, el dios Pan y su cortejo de ninfas celebren la alegría de vivir. O también un grupo de "princesitas Watteau", que fuese como la ilustración de aquella página de oro cuyo primer verso dice:

> "Era un aire suave, de pausados giros..."

El cronista habla con tanto fuego porque Rubén, aunque nicaragüense, es también español, es mundial, y por igual pertenece a cuantos—¡gracias a él!—un instante hemos temblado de emoción.

Hay que deshacer lo hecho; hay que liberar a Darío de la atroz pesadilla de ese león académico. Para ello recurro a las iniciativas del doctor Urtecho; al ilustre poeta Santiago Argüello; a los diputados y periodistas Mario Sancho, Gabry Rivas, Juan Ramón Avilés, Sáenz Morales, Castrillo... y a cuantos espíritus de selección, en fin, apasionan estas cuestiones de Belleza.

Saquemos a Rubén de la vieja catedral umbría, medrosa y resonante, y coloquemos su tumba en un parque donde haya rosas y donde haya sol y resuenen canciones infantiles, y parejas de enamorados pasen lentamente mirándose a los ojos. Llevemos a Rubén—a "nuestro Rubén"—a un jardín: en los jardines la tierra pesa menos...

CAMINO DE COSTA RICA

La hecatombe europea ha perturbado hasta los servicios marítimos más modestos y locales del Océano Pacífico. Especialmente desde que los Estados Unidos entraron en guerra, no hay barco con itinerario seguro, ni días fijos de salida. Ogaño ningún empleado de la Pacific-Mail sabría decirnos cuándo los vapores de esta poderosa compañía llegan o zarpan: ello depende de la carga, de que haya pocos o muchos pasajeros, a veces de un aerograma que alcance al buque en alta mar e inopinadamente lo obligue a cambiar de rumbo.

De aquí el fracaso completo de cuantas gestiones realizamos para inquirir si habría o nó barco desde el puerto nicaragüense de Corinto, al de Puntarenas, en Costa Rica. Imposible obtener informes ciertos: las respuestas que nuestro testarudo preguntar conseguía eran siempre imprecisas; por lo cual decidime a emprender por tierra mi viaje a Costa Rica. Busqué informes, y aunque nadie supo proporcionarme los datos que yo solicitaba, aquéllos fueron, en general, optimistas. Mis amigos de Managua sabían que a Puntarenas "podía irse por tierra"... y esto debía bastarme. ¡Es curioso el desdén que aquí, en América, lo mismo que allá, en Europa, inspira la pobre geografía!... ¡Y

luego, en las sobremesas de tanto banquete inútil, hablamos "de acercamiento" y "de unión"! Todas estas pequeñas repúblicas centro-americanas podrían decir:

—"Hermana Guatemala, hermana El Salvador, hermana Honduras, hermana Nicaragua, hermana Costa Rica, hermana Panamá: tu sangre es la mía, tu corazón es mi corazón... ¿Pero cómo ir hacia ti a través de esta horrible tiniebla producida por la ausencia de barcos, de carreteras y de ferrocarriles?..."

¡Oh, dolor! Los políticos separaron regiones ligadas por montañas y ríos comunes; la obra de fraternidad que hizo la Naturaleza, la rompió el hombre. ¿Hasta cuándo el hombre tendrá más fuerza que las montañas y los ríos?...

En Managua el ministro de Relaciones Exteriores, mi querido amigo don José Andrés Urtecho, me dijo:

—En el viaje de Granada a Puntarenas no invertirá usted más de tres o cuatro días.

Yo, que acababa de releer la *Historia de la conquista de México*, por Solís, me sentí casi decepcionado ante la brevedad de la ruta.

—¡Nada más!—exclamé.

—A lo sumo, cuatro días—afirmó Urtecho, que es un temperamento optimista.

¿Cabe dudar, en asuntos de esta índole, de las palabras de un ministro de Relaciones Exteriores?...

Luego, los cuatro días se alargaron a nueve...

Los Tres Mosqueteros.

Los héroes de tan memorable jornada fuimos tres, no menos maravillosos que aquellos que, con "Monte-Cristo", ganaron para el viejo Dumas la inmortalidad.

Merece ser citado el primero don José Márquez, mi secretario. Nos conocimos en Cuba, me demostró siempre buen afecto, me ayudó bien durante mis seis meses de viaje por aquella república, y aquí está conmigo. Su edad fluctúa entre los cuarenta y dos y los cuarenta y cinco años; escaso de estatura y de carnes, la nariz larga, el bigote rubio y caído, el rostro cenceño, el mirar afectuoso y astuto. En seguida se comprende que ha visto mucho y que no echó en saco roto nada de cuanto le pasó ante los ojos. Tiene un envidiable conocimiento de todos los perfiles y detalles de la vida, y una admirable memoria para acordarse de las horas de llegada y salida de los trenes, y del costo de cada billete, y de los nombres de los Hoteles donde estuvimos, y de los apellidos y fisonomía de cuantas personas le fueron presentadas.

¿Pues qué diré de aquella insuperable destreza con que, horas después de llegar a una ciudad, aparece informado de quién vende buenos tabacos, y de dónde está el edificio de Correos, y de a qué horas se certifican las cartas, y de cuantos pormenores, en fin, pueden sernos más necesarios? Nunca sabríamos decir el alivio que recibimos de estos hombres minuciosos cuya voluntad marcha delante de nuestra memoria, y cuyo espíritu parece consumirse perpetuamente en la sagrada luz de la Previsión. Cuando yo me acuerdo de hacer una cosa, Márquez vuelve de hacerla; los objetos o papeles que yo pierdo o tiro, él los recoge, los examina y, si los considera útiles, los guarda. Después, cuando yo me lamento de su pérdida, me los devuelve, y así me abruma con su superioridad. El conoce lo que guardan mis baúles mejor que yo mismo...

A menudo, para proporcionarme la exquisita voluptuosidad de olvidar algo, le he dicho:

—Márquez, acuérdese usted de "eso"...

Y, efectivamente, a despecho del tiempo, a despecho también de tantas emociones y de tantas fronteras que dejamos atrás, él se acuerda siempre

fechas, tipos, paisajes, escenas, todo perdura en su memoria. Márquez es una especie de Diccionario Larousse...

Diré además que este don José Márquez sufre dos enfermedades que de manera providencial hiperestesian y mejoran las ya felicísimas inclinaciones de su espíritu. Estos males, que hicieron de él la imagen o personificación del "secretario ideal", son la dispepsia y el insomnio: la dispepsia, que le obliga a ser un abstemio incorruptible capaz de levantarse tranquilo de las sobremesas más peligrosas; y el insomnio, que le hace refractario a la pereza. No hay temor, a su lado, de perder esos trenes «homicidas» que salen de madrugada. Márquez vela: desde mi habitación yo le oigo ir y venir por su cuarto, encender cigarrillos, remover papeles... La obra de constante actividad y vigilancia que comienza su dispepsia, la completa el insomnio.

En cambio Mr. Ward, el otro "mosquetero", quiero decir, mi segundo camarada de viaje, no padece de nada.

¡Bravo tipo, este Enrique Ward!

Es inglés; fué marino, y ahora se dedica a asuntos comerciales. Alto, ancho, hercúleo, rubio, sanguíneo y alegre. Cuarenta años. No usa barba ni bigote, y posee unos dientes de oro que llenan su boca de luz y dan a su risa un regocijo saludable y faunesco. Enrique Ward come bien, bebe bien, duerme profundamente, y cuando ve una mujer bonita sus ojos azules se cubren de un brillo acerado, sus mejillas se arrebolan y una ola roja le incendia el cuello, las orejas y la frente.

"¡Una mujer bonita!"—dije. ¿Para qué especificar? Después de ciertas venturas suyas que conozco, debo asegurar que la belleza femenina no le es indispensable. Tratándose de faldas, a Mr. Ward todo le parece bien; su indulgencia es infinita; tiene unos brazos hospitalarios que no rechazan nada, y un paso largo y firme, de oso que va de caza.

Mr. Ward es "El libro del buen amor", del Arcipreste de Hita, traducido al inglés.

Hablando de cuestiones espiritistas y teosóficas, a las cuales Mr. Ward dedica una atención harto escurrida, éste me contaba cómo cierta señora le aseguró que él, en otra encarnación, "había sido pirata".

Recuerdo esta frase para acabar de describirle, y sin ánimo—naturalmente—de molestar a los piratas.

Lances de mar y tierra.

Embarcamos en la bella ciudad de Granada un lunes, a mediodía, a bordo del *Nicarao*. El lago de Granada, el lago inmenso cuyas aguas dibujan horizontes y que los conquistadores de Centro América denominaron Mar Dulce, extendía ante nosotros su cristal inquieto, furiosamente reverberante bajo el sol. A un lado, el volcán Mombacho, de trágico historial, inmergía en las aguas su sombra gigantesca y cerúlea, y las orillas verdes escapaban hacia la lejanía zigzagueando, semejantes a rúbricas de esmeralda.

A poco el viento comenzó a picarse hasta convertirse en tempestuoso, y la embarcación, que era de poco aguante, dióse a ejecutar, así en su línea de eslora como en la de manga, toda clase de aflictivas piruetas. Fué necesario amarrar sólidamente los equipajes, y nosotros hubimos de asirnos a la borda para no rodar por el suelo. Una ola tiró el bote salvavidas al agua y lo dejó sin remos; otra se llevó varios tablones; toda la armazón del buque crujía. ¿Y a esto le llamaron nuestros gloriosos abuelos Mar Dulce?... En verdad que quien lo bautizó así debió de ser un terrible ironista.

Tan hostil se mostró el tiempo, que el patrón

desistió de llegar al puertecillo de San Jorge, término del viaje, y a las siete de la tarde fondeamos al abrigo de la isla Ometepe, cerca del caserío de Moyogalpa. Allí las ondas se mostraban pacíficas, y el volcán de la Concepción, plantado delante de nosotros, extendía sobre ellas una sombra aquietadora, severa y enorme. Un hondo silencio llenaba el paisaje; cesó el trajín de la hélice, callaron los gemidos del maderamen y el *Nicarao* se balanceó con la alegría del caballo a quien se le acaba de quitar la silla. La noche la pasamos a bordo, en pintoresca promiscuidad con todos nuestros compañeros de viaje: Márquez sobre un banco; míster Ward en una litera; yo hundido — y como pescado—entre las mallas de una hamaca.

A la mañana siguiente, muy temprano, desembarcamos en San Jorge, de donde nos trasladamos en coche al vecino pueblo de Rivas. Allí almorzamos, subimos nuestros equipajes a una carreta, y a media tarde salimos a caballo hacia San Juan del Sur, el puerto más meridional de Nicaragua.

Márquez, que no había jineteado nunca, dió a la excursión un sabrosísimo interés festivo, que ni Enrique Ward ni yo le agradeceremos bastante. Gracias a él, toda la ruta fué de risas. Mi secretario se afianzaba con ambas manos a las crines de su cabalgadura, a cada momento los estribos se le escapaban de los pies, y tan pronto el cuerpo se le iba a un lado como a otro. Ni un instante consiguió mantenerse erguido en la silla.

—¡No galopen ustedes!—nos gritaba.

Eran las nueve de la noche cuando descabalgamos en el corral de la única posada que hay en San Juan del Sur, y mientras nos aderezaban las camas y la cena, Márquez se paseaba por el comedor con las piernas muy abiertas y las manos puestas en aquella parte que más le maltrató la silla del caballo. Cada movimiento le obligaba a exhalar un quejido, y contribuía a acrecentar la comicidad de

su figura las extrañas arrugas de su traje: repentinamente, cual por obra de un ensalmo burlesco, las mangas se le habían quedado cortas y el pantalón a media pierna. ¿Cómo surgieron de pronto aquellas coderas, aquellas desvergonzadas rodilleras, aquellos fondillos de botarga?...

La sola idea de tener que sentarse para cenar, le arrancaba ayes amarguísimos.

—Aseguro a ustedes—decía—que el menor roce me hace ver las estrellas. Esta noche no voy a poder dormir ni boca abajo.

Para convencernos de que no exageraba, nos enseñó, a la luz de un quinqué, puesto en una silla, la parte lastimada. Aquello era un cuadro de Sorolla. ¡Qué ocres, qué violetas, qué azules! A Mr. Ward y a mí, semejante espectáculo nos llenó de admiración; aquel trasero equivalía a un arco iris o a una puesta de sol, y así aconsejamos a Márquez que en la primera oportunidad concediera a sus posaderas los honores de la fotografía, con cuya ocurrencia él mismo acabó por echarse a reir, y de pronto se halló más aliviado.

Al otro día, ya muy adelantada la mañana, dejamos San Juan del Sur embarcados en una lancha de gasolina; una lanchita poco más grande que un zapato.

Habíamos colocado nuestros baúles en el sollado de la embarcación, los cubrimos con varias telas impermeables y encima nos instalamos los tres, quedando así expuestos a cuantas inclemencias pudieran sobrevenir. Los tripulantes se pusieron a popa, al cuidado de la máquina y del timón.

Durante los cinco o seis primeros minutos todo marchó bien: el piélago verdoso y terso, el espacio añilado, el pueblecito blanco, tendido a lo largo del rubio arenal de la playa; y al fondo una hilera de montañas azules, y en el muelle varias manos amigas—las últimas manos nicaragüenses—que nos decían "adiós"... No faltaba, de consiguiente, ninguno de los tópicos indispensables a todo buen

paisaje. Mas no bien doblamos la boca de la rada, cuando el viento se nos puso de proa, y con él su inseparable aliado el mar. Las olas espumeantes brincaban en ininterrumpido galope sobre la minúscula embarcación, empapándonos de pies a cabeza; a los pocos minutos nos hallamos completamente mojados. Apenas pudimos comer porque con el agua, los alimentos se nos deshacían en las manos; los cigarrillos quedaron inservibles, de suerte que hasta el alivio de fumar nos faltó; a veces las olas se sucedían con tan apretado ahinco, que costaba trabajo respirar. Enrique Ward, a fuer de buen inglés, sufría en silencio; en cuanto a Márquez, que no cesaba de maldecir de su sino, yo procuraba consolarle asegurándole que el agua salada era excelente para curar las despellejaduras. ¡Cinco horas duró el chapuzón!...

En El Tamarindo, que este es el nombre del apeadero adonde nos dirigíamos, nos aguardaban varios jinetes, militares unos y otros paisanos, y todos de muy gentil presencia. El Mayor, don Aquiles Martínez y Quesada, se adelantó, y cuadrándose delante de mí, pronunció estas palabras generosas e hidalgas:

—Os traigo el saludo de mi Gobierno, al cual me permitiréis añadir el mio. Sed bienvenido a esta tierra de Costa Rica que os conoce y os quiere. Entrad, señor: estáis en vuestra casa.

Después me alargó su diestra, flaca y nerviosa, y yo experimenté una emoción hondísima, una emoción de raza. Era el presentimiento, confirmado después de mil delicadas maneras, de que todo un gran pueblo acababa de estrecharme la mano.

Inmediatamente la cabalgata se puso en camino, y anochecía cuando llegamos a La Cruz, donde dormimos; o para hablar más exactamente, donde nos acostamos, pues el mucho molimiento de nuestros huesos de una parte, y de otra el frío del larguísimo remojón sufrido, apenas nos dejaron cerrar los párpados.

A la tarde siguiente salimos de La Cruz a caballo y escoltados por el comandante don Julio Ugalde, el mayor Martínez y Quesada y el profesor don Otoniel Vega, quienes nos acompañaron hasta un lugar del bosque denominado Tierra Blanca. Allí nos despedimos de ellos y reanudamos nuestro éxodo tras el guía, cuya figura blanqueaba en las cerradas penumbras del crepúsculo como una aparición.

Cabalgábamos de uno en fondo por un angostísimo camino, bajo la tiniebla, por momentos más densa, que descendía de los árboles. Detrás del guía iba Mr. Ward; luego yo; Márquez cerraba el convoy.

—¿Cuándo llegaremos a Santa Rosa?—pregunté al "vaqueano".

—No descuidándonos—repuso— dentro de cinco horas.

A mi lado, en la obscuridad, oí suspirar a mi secretario: suspiro que de parte a parte debió de traspasarle, ya que no era su corazón, sino sus cuitadas posaderas, las que se quejaban.

Seguí averiguando:

—¿Y de Santa Rosa para dónde salimos?

—Para Liberia; el camino podemos hacerlo en seis o siete horas. Allí dormiremos.

—Y desde Liberia a Puntarenas, ¿verdad?...

—No, señor; desde Liberia vamos a la hacienda de El Viejo, residencia de don Alfonso Salazar, gobernador del departamento de Guanacaste.

—¿Siempre a caballo?

—Siempre a caballo. En El Viejo haremos noche.

—¿Y en seguida a Puntarenas?

—¡Quia, no señor! Desde El Viejo tienen ustedes que ir a Puerto Ballena.

Este diálogo, sostenido a voces en la tiniebla y el silencio de la noche, parecía lloviznar un tenue desaliento sobre la caravana. ¿Adónde íbamos? ¿Existía Puntarenas? ¿Qué significaba aquella sucesión

inacabable de cortijadas y de pueblos, que gradualmente aparecerían ante nosotros? Y aquel guía, ¿no sería un fantasma, el San Juan de un más allá quimérico?

—¿Y en Puerto Ballena?—insistí febril.

—En Puerto Ballena—replicó—tomarán ustedes la gasolina para Puntarenas.

—¡Luego Puntarenas es una realidad!—grité con el júbilo del náufrago que, tras larguísima inmersión, vuelve a flor de agua.

El guía giró la cabeza para mirarnos, y en el cobre de su rostro la risa dejó blanquear los dientes.

—¡Claro que sí!—exclamó—. De Puerto Ballena a Puntarenas no tardarán ustedes más de ocho horas.

Efectivamente, el programa del guía fué cumpliéndose punto por punto. Hemos vadeado numerosos ríos: el Tempisque, el de Los Ahogados, el Colorado, el Blanco, etc.; hemos cruzado llanuras con un sol de infierno a la espalda; hemos visto serpientes, y ciervos, con ojos dulces de mujer, y cocodrilos verdosos y enormes, y monos vocingleros y cariblancos que parecían burlarse de nuestra fatiga desde la copa de los árboles; y en el polvo del camino hemos reconocido las huellas del león. Fué un viaje fatigoso, ciertamente, pero, por lo accidentado, inolvidable y exquisito.

—Con la diferencia—nos explicaba Márquez después a Ward y a mí—que ustedes lo hicieron sentados, mientras yo he venido parado sobre los estribos.

—¿Todo el trayecto?

—Todo el trayecto.

—¿Sin sentarse una vez?

—Ni una vez. ¡Palabra!

Y su cara se iluminó con la noble luz de la sinceridad. Era evidente que no exageraba, que no mentía.

¡Hombre estoico, te creemos! Puedes decir que viniste desde La Cruz a Puntarenas a pie; hazaña

que habrán efectuado muy pocos, y con la rara particularidad de que no fueron tus pies los que se estropearon en el camino. Y así, la mayor gloria de estas esforzadas aventuras de mar y tierra será para ti, porque tuyo fué el más grave dolor.

VISION PESIMISTA

Al recordar mis laboriosas andanzas por tierras de Centro-América, las impresiones de entonces—gracias al tiempo transcurrido—se diseñan mejor, y en mi memoria resurgen impolutos tipos y paisajes, y la emoción de humildad que dieron a mi alma Guatemala, San Salvador, Tegucigalpa, Managua y San José de Costa Rica...; las cinco hermanas perezosas y tristes, favoritas del dios Silencio.

De Panamá no hablemos; de Panamá, en donde el idioma español va extinguiéndose, no queda más que el nombre vinculado a una bandera — ¡pobre bandera!—que por altas razones de política internacional y como de caridad, flota todavía. De allí el soplo latino se fué ya: Panamá es yanqui.

La visión de esta crónica, de consiguiente, abarcará únicamente las cinco repúblicas centrales. Nada supone que la capital guatemalteca sea más grande, y que las ciudadas de San José de Costa Rica y de San Salvador muestren alguna mayor actividad y alegría que sus hermanas. ¡La diferencia es tan corta, el esfuerzo tan débil...!, que bien puede decirse que todas son iguales, porque el alma de todas es la misma.

El autor deploraría molestar el amor patrio de esos pueblos que tan hidalgamente le acogieron, y que españoles son por decretos del idioma y de la

herencia; pero el autor los quiere y, porque los quiere, no puede abstenerse de preguntarles: "¿Por qué os separásteis de España?... ¿Para qué quisísteis ser libres, si luego, en tantos años de independencia, no habíais de hacer nada?..."

Es la suya una anquilosis desoladora, una paralización rotunda de iniciativas: son las industrias muertas, la agricultura rudimentaria y miserable, el comercio constreñido a su expresión mínima: comercio "al por menor". En la mayoría de los puertos no hay muelles; tampoco existe marina mercante. Faltan carreteras, faltan puentes y todo el dinamismo de la nación se reduce al ferrocarril que conduce a la capital. Esto no sucede siempre: en Honduras, por ejemplo, no hay ferrocarril.

De aquí la enorme postración, el descaecimiento horrible de esas ciudades donde la vida "oficial"—¿pero es que la "vida oficial" es vida?—se refugia. Las edificaciones, modestísimas; las calles solitarias, mal urbanizadas y anegadas en silencio. Como es raro que pasen artistas por allí, los teatros permanecen cerrados, o exhiben películas. Las mujeres, como no tienen en qué emplearse, lo esperan todo del matrimonio. Los hombres, que aborrecen—odio muy español, por cierto—el comercio y la agricultura, se hacen abogados o médicos, para oirse llamar "doctores", y en seguida se dedican a la política y a la búsqueda de un destinillo. La Prensa languidece, ayuna de noticias y de anuncios. Nadie ofrece, nadie compra. De noche, a falta de otras diversiones, el elemento masculino se va a los Casinos, a beber: el alcohol es también algo "oficial". Y siendo los medios de comunicación molestísimos y costosos, casi nadie viaja, por cuanto el vecindario de cada población no cambia, y los matrimonios entre parientes se repiten con frecuencia malsana. Allí, en grados diferentes, todos son sobrinos, o primos, o tíos, de todos. Aquella humanidad, como las aguas de los pantanos, no se renueva, y esta falta de renovación lleva en sí gér-

menes gravísimos de corrupción; hay familias numerosas cuyos miembros sólo se casan entre sí. A estas dos causas: a la acción del alcohol y a las relaciones entre consanguíneos, debe atribuirse la despoblación creciente de esas repúblicas.

La política, pero no aquella que es patriotismo, desinterés y sacrificio, sino la otra, la ruin, la política egoísta y de campanario, acarrea asimismo males innúmeros.

En esas pequeñas naciones—que no son naciones propiamente dichas, sino feudos—no hay leyes, pero sí policías. ¡Imposible imaginar nada peor! La oligarquía lo ha vulnerado todo. La mayoría de los Presidentes son verdaderos déspotas; ante la voluntad atropelladora de Su Majestad el Cacique, los derechos más respetables del ciudadano se encorvan, y así los ciudadanos se convierten en siervos. Centro-América vive ahora su Edad Media; una Edad Media que no ofrece, ¡claro!, la grandiosidad bárbara de la otra; una Edad Media de chaqué..., pero no menos trágica que aquélla.

Estas vejaciones de que son víctimas las clases pobres y la empleomanía, que paraliza las actividades de la juventud estudiosa, producen un ambiente militarista muy peligroso. Los pronunciamientos se suceden; los machetes nunca están envainados del todo, y basta que un «doctor» o un «general» consiga reunir un centenar de facciosos, para que estalle una revolución. Todo el mundo conspira; es la lucha, unas veces solapada, otras sangrienta, entre los gobernados, que quieren gobernar, y los Poderes públicos. Los Gobiernos caen, se levantan, vuelven a caer; los Presidentes, o sucumben en algún encuentro o son fusilados, o consiguen huir al extranjero, desde donde inmediatamente se ocuparán en reorganizar a sus partidarios. De la Revolución, así "los de arriba" como "los de abajo", lo esperan todo: ella, según la suerte disponga, acrecentará el imperio de los que mandan o dará el éxito a los que estaban vencidos. La

Revolución es una especie de Lotería Nacional; una Lotería roja...

Nada, de consiguiente, ofrece garantías; nada es durable.

Cuentan que debutaba, en un teatro de Centro-América, una compañía de ópera. Momentos antes de alzarse el telón, la *prima donna* recibió en su camerino la visita del señor Presidente de la República, cortesía que ella agradeció muchísimo. El señor Presidente estuvo amabilísimo, y ofreció a la insigne artista un ramo de flores. Inmediatamente se retiró. Terminaba el tercer acto, cuando la artista recibió aviso de que el señor Presidente de la República quería merecer el honor de conocerla.

—¡Pero si ya me conoce!

—¡Ese era el Presidente anterior—la informaron—; ahora, cuando salga usted a escena, verá que en el palco presidencial hay otro Presidente.

La penetración pacífica.

Los yanquis, entre tanto, suave y rápidamente, sin disparar un tiro, realizan la conquista segura de Centro-América. Ya en los litorales Pacífico y Atlántico de aquel continente se habla tanto inglés como español. Pasado un siglo o dos, en el interior de esos países, probablemente, sólo se hablará inglés. Es asunto de tiempo: el coloso del Norte caza «a espera».

Guatemaltecos, salvadoreños, hondureños, nicaragüenses y costarricenses, odian al yanqui. Es un odio de razas. Pero es odio baldío, puramente "lírico", que se desvanece en odas a Colón y a Cervantes, y crepita al final de los banquetes en honor a España, en brillantes discursos. Ese amor a la «Madre» me parece muy justificado; es más: creo que no debían limitarse a amarla; creo que debían volver a ella... porque, de no hacerlo, irán desapa-

reciendo poco a poco, como Panamá ha desaparecido.

El odio, para ser útil, deberá realizar una labor afirmativa, esto es, oponer algo contrario a la entidad o persona odiadas. Las únicas armas con que los centro-americanos pueden combatir a los yanquis son la agricultura, el comercio y la industria, y mientras no consigan desenvolver estos tres grandes aspectos del esfuerzo humano de manera que basten a satisfacer sus propias necesidades, vivirán de un modo adjetivo y como de misericordia. Yo desearía que esos pueblos sacudiesen la tutela, de año en año más absorbente, que gravita sobre ellos. Para eso necesitan politiquear menos ó nada, y trabajar infinitamente más. Trabajar es "hacer patria", es odiar al yanqui; pero aborrecer al yanqui y no trabajar, es ingratitud.

Porque lo que el viajero encuentra en la riquísima Centro-América—fuera de lo poco que de la civilización española resta allí—es yanqui.

—El calzado, ¿es nacional?—preguntamos.

—No, señor: nuestro calzado viene de los Estados Unidos.

—¿Y las ropas?

—De los Estados Unidos.

—¿Y los sombreros?...

Y nuestro interlocutor, que es guatemalteco o nicaragüense o costarricense, responde:

—Los sombreros también son de los Estados Unidos. Todo lo que vea usted aquí es importado; viene del norte. Hasta los alimentos...

¡Todo viene del norte!... De modo que si el Norte se negase a exportar, esos países regresarían a la edad precolombiana, o poco menos. ¿Cómo detestarlo entonces si—aunque sea cobrando sus favores a muy elevadísimo precio—es el bienhechor?...

Lo más peligroso no es que los yanquis sean los dueños únicos de la vida comercial centro-americana, sino que, por añadidura y, como siempre—la

historia lo dice—la mujer se ha puesto al lado de los nuevos conquistadores.

Las mujeres centro-americanas, por razones de idioma y de simpatía, querrían, sin duda, casarse con hombres de su raza. Pero el centro-americano es sedentario y poco emprendedor: le gusta la política, el Casino le atrae, y un destinillo que le permita "ir viviendo", le basta. El yanqui, en cambio, viaja mucho, es ambicioso, gasta, ama las empresas arriesgadas y el hogar, y la mujer centro-americana prefiere al yanqui.

En San José de Costa Rica visité la Exposición fotográfica de Hernández. El gran artista supo elegir sus modelos: había mujeres de suprema belleza y de insuperable distinción. Verdaderos "ejemplares" de raza.

—¿Quién es esta hermosura?—pregunté.

Hernández, que caminaba a mi lado, repuso:

—La señora de un americano.

Seguí adelante:

—¿Y esta otra "diosa"?...

—También es señora de un americano.

—¿Y ésta, que no cede en gentileza a ninguna?

—Lo mismo.

Instintivamente me sentí humillado.

—Pero, ¿en qué piensa—exclamé—la juventud masculina de Costa Rica, que así se deja quitar sus mejores mujeres?

A mi ademán, a mis palabras, el señor Hernández replicó con esta declaración terrible; la declaración de un "fin de raza".

—Aquí, las mujeres más bellas, las más distinguidas, las más ricas, se casan con "americanos".

La célebre frase del presidente Monröe va cumpliéndose con tal exactitud, que ya es realidad. A los yanquis no se les llama allí yanquis, si no "americanos"; como si los únicos verdaderos americanos de América, fuesen ellos.

Y para esos "americanos" son los puertos, los ferrocarriles, los buques, las minas, las grandes in-

dustrias, las mujeres... Esas mujeres en quienes la sangre española perderá su último combate, y que luego enseñarán a sus hijos a hablar en inglés.

Pueblos de Centro-América, oid estas palabras de sinceridad: si no procurais vivir bajo el protectorado de Castilla, vuestros días están contados. "El americano" os ganó la batalla, en el terreno económico, primero, y en el sentimental después. Ya es muy difícil—escribo "difícil" por no escribir "imposible"—expulsarlo de vuestras tierras. En sus manos centellean las dos varitas mágicas de todas las victorias: el Amor es suyo... y el Dinero también.

El presente de indicativo.

Los hispano-americanos hablan y escriben a cada rato de Cristóbal Colón, de Hernán Cortés, de Pizarro, de Valdivia... como si éstos viviesen todavía; lo cual explica que muchas veces también refiriéndose a España, recuerden "la tiranía del opresor"... "la crueldad del invasor"... etc., etc. Y si esto lo dijesen los indios, descendientes de aquellos que sucumbieron bajo la espada de los conquistadores, me parecería bien, porque su rencor sería—hasta cierto punto—disculpable. Lo incomprensible es que los propagandistas—pocos, afortunadamente—de tales ideas, se llaman Pérez, González, Vargas, Rodríguez, Martínez... hijos, según lo acreditan sus apellidos y la pureza aria de sus facciones, de aquellos heroicos Pérez, González, Vargas, Rodríguez y Martínez, que marcharon al descubrimiento y asalto del Nuevo Mundo.

Esos antiespañoles hacen gala de un "americanismo" furibundo:

—"En tiempos de España"—exclaman—en estos países no había nada; ¡ni siquiera higiene!... Ahora, en cambio, gracias a los "americanos"...

Tienen razón, pero yo les interrumpiría para decirles:

—No comparen ustedes a la España, sin ferrocarriles, ni luz eléctrica, de a principios del siglo XIX, por ejemplo, con los Estados-Unidos del siglo XX.

Conozco, en cambio, hispanófilos *a outrance;* hispanófilos tan exaltados, que con titularse "hijos de Cortés" o "hijos de Vasco Núñez de Balboa", creen tenerlo todo conseguido.

—Nuestra raza es inmortal—me decía uno de ellos—; todavía en nuestras selvas se oye galopar el caballo del Cid...

Estábamos en un hotel de Quito, y las calientes frases de mi interlocutor vibraban raramente en el silencio gélido del salón. Agonizaba la tarde y la lluvia tamborileaba melancólica en los cristales.

Como respondiendo a sus palabras, llegaron a nuestros oidos los compases de un *fox-trot.*

—Esa es mi contestación—exclamé—; escuche... Los Estados-Unidos, que viven deprisa,—cultivan los "dos tiempos" del *fox-trot;* esos "dos tiempos" bastan a su sentimentalidad, todavía ruda. Europa, en cambio, adora los «tres tiempos» del vals; y ese "tercer tiempo" con que Europa sueña, es, en las actuales circunstancias, "tiempo perdido". ¡En todo, hasta en el arte de divertirse, la gran vieja gloriosa va atrasada!... Los ecuatorianos, como todas las repúblicas de la América española, necesitan reaccionar, necesitan producir, si no quieren que el gigante norteño las devore. ¡Ya ve usted!... Usted creía oir el galope del caballo del Cid, y era un *fox-trot,* lo que estaba usted oyendo...

Estos hechos aislados, al parecer triviales, recogidos por el viajero a lo largo del camino, encierran una robusta elocuencia, y la síntesis que de ellos se deriva es desoladora para nosotros.

Unos estudiantes me decían:

—Queremos reformar el diccionario español. La necesidad de un idioma nuevo, de un idioma "nuestro", empieza a sentirse. El español no basta a ex-

presar las "penumbras" del espíritu contemporáneo.

—Pues... ¡mano a la obra—les respondí—y aprisa!... Porque aquí, dentro de poco, todos los niños hablarán inglés...

En otras ocasiones me han hablado de «ligas antiasiáticas», para impedir que la emigración amarilla, más caudal cada vez, siga invadiendo las costas del Ecuador y del Perú.

Yo les diría a todos esos funestos líricos que sueñan con "Diccionarios" y con "Ligas":

—¡No más discursos, no más veladas conmemorativas! ¡Basta de fuegos pirotécnicos en verso o prosa!... Lo que urge es crear industrias, explotar las riquezas incalculables del subsuelo, abrir vías fluviales, hacer fábricas, ferrocarriles, carreteras, muelles, barcos y chiquillos; ¡muchos chiquillos!... Porque cuando aquí sobre gente, ni los yanquis ni los amarillos vendrán.

Es preciso llevar los ojos tapados con las densísimas vendas del prejuicio, para no comprenderlo así.

¡Pobre América española! El ilustre doctor don Pedro Acosta Delgado, de Caracas, propone la idea de erigir una estatua a Simón Bolívar, y al cabo los directores del proyecto acuerdan levantarla en Panamá. ¡Precisamente en Panamá!

También he sabido que el «Monumento a la Independencia", construído con materiales yanquis en una plaza de Guayaquil, está cayéndose porque pesa demasiado y el suelo no ofrece la resistencia necesaria.

¿Pero no hay en tales coincidencias algo burlesco, la mueca de una predestinación irónica?... ¡Ah!... Bolívar, con su gran olfato de guerrillero, «venteó» algo de cuanto iba a suceder; pero no «lo vió» plenamente, que a adivinar la inutilidad de su heroísmo, antes que sacar su espada contra España la hubiese roto.

Estas palabras mías no son de acusación ni de

desdén: son, por el contrario, palabras leales, de aviso y de afecto.

Centro-América, particularmente, se consume en la inacción. Esos pueblos contemplativos acarician ensueños irrealizables, comen mal y hablan mucho: son el Pasado. Los yanquis, todo acción, hablan mucho menos y comen muchísimo mejor. Aquéllos «piensan hacer», y los segundos «hacen»; son el presente de indicativo. Y, ¿qué fuerza hay superior a la virtud del presente de indicativo?...

DE BARRANQUILLA A BOGOTÁ

En Barranquilla, el puerto más importante y de mayor actividad de Colombia, me dieron un catálogo desconcertante de los sufrimientos y peligros que había de arrostrar antes de llegar a Bogotá.

—Si ello es como cuentan—discurría yo— al Gobierno colombiano yo le pido una cruz.

—No tiene usted idea de los pésimos ratos que le aguardan—insistían mis amigos—; por lo largo y lo molesto, un viaje a la capital de nuestra querida república es algo verdaderamente heroico. Tome usted nota de las etapas siguientes: se embarca usted en Barranquilla, y por el río que, en esta su parte más inmediata al mar, es llamado "Bajo Magdalena", navega usted contra corriente hasta el puerto fluvial de La Dorada. En La Dorada se va por tren a Beltrán, primer puerto del "Alto Magdalena". Allí tomará usted otro barco, más pequeño que el anterior, que le llevará a Girardot. De Girardot se sigue el viaje, en ferrocarril de vía estrecha, a Facatativá, donde subirá usted al tren que ha de dejarle en Bogotá.

Mis amigos parecían tener razón; aquel éxodo, efectivamente, con sus cuatro o cinco trasbordos, era laborioso. Inquiero si aquellos trenes son "de confianza", y me informan de que los descarrilamientos, los choques y otras averias, se cuentan por meses. A cada una de estas réplicas empavorece-

doras sucede una pausa. Quiero saber lo que dura el viajecito.

—Si el río trae bastante agua—me dicen—puede usted llegar a Bogotá en diez o doce días.

—¿Y si trae poca?

—Entonces... ¡nadie sabe!... Cuando el barco encalla no hay manera de sacarlo a flote, y si eso ocurre forzoso es armarse de paciencia y esperar. Lo mismo puede usted aguardar un mes, que dos... Todo depende de que las nubes digan: "Allá vamos nosotras"... y hagan subir el caudal del río.

Había en mis interlocutores como un propósito de amedrentarme, y enflaqueciéndome el ánimo moverme a corregir mi itinerario. Los más vehementes y comunicativos charlaban arrebatándose la palabra unos a otros: los sesudos, los graves, se complacían en escuchar, y cada vez que yo les miraba pidiéndoles su parecer, hacían con la cabeza y los párpados un doble gesto afirmativo, que significaba: "Sí, señor; todo eso que le dicen a usted es cierto"... Me hablaron de la intolerable comida de los vapores, del calor asfixiante, de los terribles mosquitos — denominados allí *zancudos*— transmisores del paludismo, que en nubes nutridísims caen sobre el barco apenas éste embarranca, o se detiene a aprovisionarse de leña; de aquellos lugares abruptos donde el río se angosta tanto que los árboles tienden sobre el viajero un palio de verdura, y centenares de monos, enlazados por las colas, pasan de orilla a orilla; de las piraguas, manejadas por indios emplumados, extrañamente tatuados y semidesnudos; de los caimanes que escoltan el buque y que, de no espantarlos a balazos, subirían a bordo...

Estas descripciones, lejos de amilanarme, me efervorizaban, y no bien me entraban por los oídos cuando me parecía verlas materializarse ante mis ojos. Esa, precisamente, era la Colombia soñada; la de los prodigiosos yacimientos de esmeraldas, la Colombia enigmática de los conquistadores, que iba

a ofrecerse a mí, hombre del siglo xx, tal como la conocieron los soldados de hierro de Jiménez de Quesada.

Terminada la enumeración de los trabajos que iba a padecer, comenzaron los consejos. ¿Cómo pretender que la humana discreción llegue al extremo selectísimo de no dar consejos?

—De todos modos—me dijeron—¿usted está resuelto a continuar su viaje a Bogotá?...

—¿Qué puedo hacer sino seguir?...

Yo me hallaba en la comprometida situación del bañista que, cuando el agua le llega a la cintura, la siente muy fría y, sin embargo, marcha adelante porque sabe que retroceder sería ridiculizarse...

—En tal caso—continuaron mis amigos—debe usted proveerse de un catre de tijera con su petate, una o dos almohadas—las que usted acostumbre a usar—y un par de sábanas, pues en estos vapores al pasajero se le da únicamente el camarote. Para defenderse de los insectos le conviene comprar un mosquitero, una grasa cuyo olor posee la virtud de ahuyentar los *zancudos*, y con la cual tendrá usted la precaución, al acostarse, de embadurnarse cuidadosamente el cuello y las manos. Procúrese también unos guantes de gamuza, densos; unos guantes de *chauffeur*, que le resguarden los antebrazos.

—Yo tengo guantes de hilo.

—No le servirían de nada. ¡Usted no sospecha la fuerza que tienen los *zancudos* en el aguijón!

Todo esto lo sabía yo; me lo habían dicho diferentes personas en Panamá, y ahora eran colombianos los que ratificaban tales noticias; a ser falsas las hubiesen desmentido, y no lo hacían. ¿Cómo dudar, pues, de su certeza?...

—Asimismo sería oportuno—continuó otro aconsejador—que llevase usted a mano un traje, cuando menos, de invierno. Bogotá se halla a unos cuatro mil metros sobre el nivel del mar; el frío que hace allí es horroroso.

Y luego me hablaron de turbaciones cardíacas y respiratorias producidas por el aire rarificado de las alturas; de todo lo cual deduje que el mero hecho de vivir en Bogotá merecía constituir una patente de heroísmo.

Yo había tomado pasaje en el vapor *Lopes-Penha*. Cuando subí a bordo me reconocí en un buque muy distinto del que esperaba encontrar. El interior, pintado de blanco, producía una amable impresión de limpieza y de claridad; los camarotes eran bastante capaces y tenían ventanas apercibidas por una red metálica contra los insectos. Había luz eléctrica, ventiladores y timbres. En el comedor general, muy espacioso, los viajeros podíamos disponer de una pianola para bailar.

La alimentación era buena. Teníamos bebidas de todas clases, hielo...

Casi de noche el *Lopes-Penha* soltó amarras y su proa comenzó a romper la corriente. A popa una rueda de aspas gigantescas, azotaba ruidosamente las aguas. La mayoría del pasaje se hallaba sobre cubierta; una ráfaga frescachona y constante de viento, nos envolvía y despeinaba a las mujeres; algunas de ellas luchaban contra la indiscreción de sus faldas estivales, demasiado cortas, demasiado sutiles. Desde el cénit una luna magnífica iluminaba el paisaje, de un azul cerúleo, empapado en silencio y en amplitudes de eternidad. Las ondas mansas, albazanas, turbias, de aquel río que venía de tan lejos, infundían, al pasar, estremecimientos dilectos de inquietud. ¿Por qué ignorados cauces derivaron hasta caer en el anchurosísimo cauce del Magdalena? Y cuando diesen en el océano, ¿qué sería de ellas?... Y más tarde, al evaporarse bajo el sol y escalar los espacios convertidas en nubes, ¿a dónde irían a precipitarse para ser otra vez agua, flor, sangre?... ¡Oh, el eterno, el polifacético, el delirante circular de la Vida!.. A derecha e izquierda, muy lejos, las orillas prolongaban dos líneas negras, interminables. A nuestra espalda las

luces de Barranquilla iban debilitándose, hasta desaparecer una a una.

Cuando bajé a mi camarote, llamé al camarero:

—Se le ha olvidado a usted colgarme el mosquitero.

—No, señor—repuso—; no se me ha olvidado. Es que no hace falta: ¿para qué lo quiere el señor si aquí apenas hay mosquitos?...

La sorpresa me dejó boquiabierto y pasmado. El camarero prosiguió con aire de íntimo convencimiento:

—Yo estoy cierto de que el caballero dormirá muy bien.

—¿Qué hago entonces de unos guantes y de una grasa que mis amigos me recomendaron contra los "zancudos"?

—¡Son cosas que se dicen! Las dice uno y las repiten todos, sin detenerse a pensar. Los guantes, puede usted guardarlos, que ya le servirán para otra cosa; en cuanto a la grasa, tírela usted. Nada de eso hace falta. Aquí hay menos mosquitos que en tierra.

Dormí perfectamente, el camarero tenía razón; y atentos a este ejemplo y a otros análogos que, por centenares, podrían citarse, debemos reconocer que lo único malo de los viajes es lo pintoresco que contamos de ellos, por darnos importancia.

Desde el día siguiente cada pasajero eligió el lugar que juzgó más simpático, y la existencia a bordo adquirió ese carácter tranquilo, íntimo, ecuánime, familiar, que conservaría hasta el fin. Informados de que habíamos de vivir juntos dos o tres semanas—acaso más—por egoísmo quisimos desde el primer momento sernos agradables los unos a los otros, y lo conseguimos: no conozco cortesía más segura que la inspirada en el cálculo.

Los madrugadores estaban en mayoría. Al amanecer la atmósfera tenía una limpidez suprema, y el panorama, con sus añiles, sus púrpuras, sus verdes

y sus ocres, parecía incendiado. Arboles de majestad druídica festoneaban las márgenes, y al inclinarse reverentes sobre el agua sumergían en ella sombras enormes y temblantes. Ni un caserío, ni un camino, rompían la uniformidad de la selva virgen. Limitaba el remoto horizonte una larguísima cadena de montañas azules. Sobre los bancos de arena formados en medio del río, y en las orillas cenagosas, caimanes de color terroso dormían al sol. Más tarde, según adelantaba el día, la claridad hacíase tan estuante, tan irresistible y cegadora, que todos los verdes, todos los azules, todos los ocres, se resolvían y anulaban en una inmensa y prepotente llamarada de albayalde y oro; el río, el cielo, el bosque, las montañas, todo se barajaba, descoloraba y se hacía luz. El aire insolado abrasaba los rostros. Los viajeros entonces retirábanse a descansar, unos a sus camarotes, otros a proa, a la sombra de los toldos, y diríase que un nuevo silencio caía sobre el buque: en aquel encalmamiento de modorra, el ruido húmedo de la gran rueda que impulsaba al *Lopes-Penha* parecía agrandarse. A la hora vesperal, ya después de comer, el pasaje volvía a cubierta. El viento tornaba a refrescar y su frescura producía una impresión sedante en las sienes. La agonía de la luz llenaba el espacio de rápidos temblores polícromos; no había dos iguales: los verdes se obscurecían, los anaranjados y los añiles se apagaban; todo se descomponía en una especie de neblina violeta—humo de nostalgia—que ponía un dolor de suspiro en los árboles y en el río; en los árboles inmóviles que se quedaban, y en el río filante que se iba. El violeta es el color de los adioses. Entre el bosque gritaban, invisibles, millares de cotorras. Según la sombra crecía lentamente, aquellos ruidos iban apaciguándose. De cuando en cuando algunos viajeros disparaban sus piatolas contra un caimán, y el reptil asustado, herido, acaso moribundo, se hundía en el agua. El cielo iba poblándose de estrellas; de pronto surgía

la luna, y una llovizna de plata aljofaraba el negro terciopelo del río.

Llevábamos tres días de navegación, y por ellos adivinábamos lo que sería el viaje hasta su terminación. Las graves penalidades que tanto nos ponderaron, no aparecían. No eran necesarios los mosquiteros, y mucho menos la grasa antidiptérica—llamémosla así—ni los altos guantes de gamuza; las orillas en ningún momento se acercaban lo suficiente para que sus árboles se abrazasen; no había monos, ni indios tatuados, y los caimanes que veíamos, no se manifestaban animados a subir a bordo. Yo, lejos de felicitarme por esto, me sentía decepcionado y como estafado; mis amigos de Barranquilla le habían dedicado a mi viaje un proemio verdaderamente robinsónico, mas apenas me separé de ellos, cuando la realidad comenzó a deshojar una a una mis gentiles quimeras de explorador. Yo espero que mis lectores sabrán apreciar la rara lealtad con que escribo lo que mis ojos vieron, y nada más. Yo, para mi mayor honra, podría mentir un poquito; ¿quién me atajaría?... pero con ello cooperaría a sostener una leyenda de sabor precolombiano, que perjudica a Colombia, lo que no está bien.

Viajaban en el *Lopes-Penha* varias personas interesantes: citaré a la familia Casabianca, que volvía de Europa, a los hermanos Holguín Caro, al capitán del buque, don Julio Acosta, y al médico de a borbo, el simpático doctor Chapman de Lima, implacable ajedrecista, que iba de pasajero en pasajero sin hallar a quien ganarle una partida.

También recordaré—pero en párrafo aparte, porque su originalidad no merece menos—a un anciano alto, seco y pajizo de bigote blanco, con una gorra a cuadros demasiado grande y una sordera que, obligándole a cada momento a inclinarse ante su interlocutor, para oirle, constituía para él una verdadera fuente de elegancias. De frac, aquel hombre hubiera estado admirable. Tenía los ojos azules

e "incompatibles"; quiero decir, que bizqueaban del modo más raro y desagradable, pues mientras el derecho miraba a estribor, miraba a babor el izquierdo. Aquel señor, que se desvivía por serme agradable, únicamente sabía decir cosas inconcusas. Por ejemplo:

—Hace calor.

He aquí una aseveración que si los termómetros señalan cuarenta grados a la sombra, es indiscutible.

Otras veces decía, refiriéndose al viaje:

—Ya falta menos que cuando salimos de Barranquilla...

¿Cómo contradecirle? ¿Cómo oponer a sus observaciones, tan sabias, tan prudentes, tan irrebatibles, ni siquiera un sofisma?...

Una noche, ya tarde, sentí que me tocaban en un hombro. Me volví; era El:

—Ya ha salido la luna—dijo.

No cabía duda; la luna estaba allí. ¿Qué comentarios poner a sus palabras? Yo me desesperaba con aquel hombre, que sin duda era muy bueno; hubiese querido ser amigo suyo, hablarle, entretenerle... pero ¿de qué manera sostener con él un diálogo que exigiese más allá de un gesto afirmativo?

Las márgenes del Magdalena continuaban prolongando a uno y otro lado su monotonía verde. A muy espaciados intervalos el barco se arrimaba a la orilla para cargar la leña con que alimentaba sus calderas, y entonces el trajín de la rueda impulsadora cesaba y el silencio parecía más hondo y el calor más pegajoso. Hecho esto seguíamos río arriba. Todo era soledad selvática, y así nos sorprendía ver de tarde en tarde algún caserío ribereño; quince o veinte chozas hundidas y como olvidadas, en el bosque; en seguida quedaban atrás. Luego, otra vez, la selva interminable. Cuando comentábamos esto, todos, hasta los mismos colombianos, nos extrañábamos de que Jiménez de Que-

sada hubiese tenido el capricho—mejor dicho, el aliento—de ir a fundar la capital tan lejos del mar.

Al cuarto o quinto día de navegación desembarcamos en La Dorada, de donde, una hora despues, salíamos en ferrocarril hacia puerto Beltrán, primer embarcadero del Alto Magdalena.

A cada rato oía decir:

—Vamos subiendo; desde Barranquilla hasta Bogotá no hacemos más que subir. La Dorada está a mayor altura que Barranquilla; Beltrán a mayor altura que la Dorada; Girardot a mayor altura que Beltran; Facatativá a mayor altura que Girardot... y así siempre.

"Pues señor—pensaba yo—el camino que lleva a Bogotá debe de llevar también a Júpiter. ¿A que resulta que para salir de Bogotá, el viajero no tiene más que "dejarse caer"?...

Cuando en una rubia tarde otoñal y tras once días de marcha, llegamos a la capital colombiana, nuestras ansias de descansar eran grandes. La fatiga de las vastas distancias nos invadía. El corazón, más que los pies, nos exigía un alto, una tregua. Los conquistadores, cuando se detuvieron allí, debieron de sentirse rendidos también, y esto quiere explicarnos el nombre agudo de la bella ciudad: Bogotá. Es un nombre truncado, inconcluído. A su fundador Jiménez de Quesada, al bautizarla, le faltó el aliento tal vez; abrió la boca y no pudo cerrarla; se ahogaba...

A Bogotá, como a Bilbao, parece faltarle una sílaba...



SOBRE EL RIO MAGDALENA

Tres días hace que el vaporcito *Lopes-Penha*, que salió de Barranquilla en la tarde de un lunes, 27 de Mayo de 1918, remonta el caudaloso Magdalena con rumbo a Bogotá. El río, ancho, manso, de color barroso, arrastra su enorme lomo de cristal entre orillas cubiertas de lozano verdor. A intervalos, un grupo de palmeras, una ranchería con techumbres de palma, un potrero, en el cual los caballos y las vacas contemplativas salpican de manchas ocres, negras o blancas, la bruñida esmeralda de la hierba. Muy lejos una línea de montañas azules. Hemos dejado atrás los puertecillos fluviales de Calamar, Zambrano, Magangué, El Banco, La Gloria, Gamarra... y otros.

Son las ocho de la noche. La escena en el comedor. Dos camareros, vestidos con uniforme de color kaki, acaban de servir la sopa. Un enjambre de sanguinarios dípteros, de diversos colores y tamaños, zumba glotón sobre las cabezas de los comensales.

PERSONAJES

Una señora que tiene las pantorrillas gordas. Una señorita que las tiene delgadas, pero muy lindas. *Don Enrique*, cuarenta años. *Joven 1.°*, *Joven 2.°*, *Joven 3.°*. *Don Pablo* y *don José*, caballeros de edad indefinible. *Otra señora*.

Seis ventiladores giratorios combaten la temperatura tórrida, y su zumbido monorrítmico llena las pausas de la conversación.

Don Enrique.—¿Han reparado ustedes? Los ventiladores en movimiento tienen una expresión se-

mihumana. *(Los circunstantes siguen la dirección de los ojos de don Enrique.)* Observen: su redondez recuerda una cara. Cuando en su vaivén dirigen su rostro hacia nosotros, creeríase que acabamos de deci- algo interesante, y que nos miran. Luego miran a otra parte, vuelven la cabeza... (*Un silencio.*)

JOVEN 1.°—Es verdad.

JOVEN 2.°—Es verdad.

JOVEN 3.°—Bonita observación.

DON JOSÉ.—Los ventiladores sirven contra el calor pero no contra los mosquitos.

DON PABLO (*dándose un pescozón*).—¡Este ya cayó!

DON JOSÉ.—¿Un mosquito?

DON PABLO (*mostrando triunfal a la concurrencia la palma de la mano insecticida*).—Mírenlo ustedes.

DON JOSÉ (*escudriñando a su alrededor*).—Si yo pudiera hacer lo mismo con otro que oigo por aquí... (*Da una terrible palmada creyendo atraparlo en el aire*). ¡Se escapó!

El joven 1.°, que ha seguido con ojos de lince la fuga del mosquito, trata de aplastarlo entre sus manos.

DON JOSÉ.—¿Lo mató usted?

JOVEN 1.°—No.

Joven 2.° Joven 3.° La señora de las pantorrillas gordas, y la señorita que las tiene delgadas, don Enrique y don Pablo, tratan de exterminar al feroz insecto. Suenan, casi a la vez, seis, ocho, diez palmadas.

DON ENRIQUE.—Diríase que estamos en un teatro.

UN CAMARERO (*desde abajo*).—¡Va en seguida!

DON JOSÉ (*rascándose desesperadamente detrás de una oreja*).—Es muy feo rascarse, lo comprendo; pero no nos queda otro recurso.

JOVEN 1.° (*rascándose también*).—¡Naturalmente!

JOVEN 2.° (*imitándoles*).—¡Es claro!

LA SEÑORITA DE LAS PANTORRILLAS GORDAS.—(*deslizando una mano debajo de la mesa y rascándose con furia*).—A mí me devoran.

La señorita de las pantorrillas delgadas.—Y a mí. ¡A poder los mataría con un cuchillo!

Don Pablo.—¿Por qué no a balazos?

Joven 1.º—Realmente, el mosquito es un ser odioso. Lo que le hace más desagradable es su ingratitud. ¡Pase que nos pique!... pues al cabo goza, como nosotros, del derecho a vivir. Lo imperdonable es el veneno, la ponzoña que nos deja en la carne después de haber comido. ¡El miserable se bebe nuestra sangre, y no nos lo agradece!...

Joven 2.º.—Yo tengo divididos los mosquitos en dos grupos: el grupo noble, el más valiente, "opera" sobre las mesas, en plena claridad, y nos asesta sus picotazos en las manos o en la cara. Son los mosquitos "aeroplanos", que zumban y se dejan ver. La otra categoría la constituyen los mosquitos cobardes, los mosquitos "submarinos", que nos atacan por debajo de la mesa, validos de la obscuridod, y alevosamente nos secan las pantorrillas.

Don Pablo *(sirviéndose un vaso de agua mineral)*.—Hallo muy oportuna esa clasificación. Y añadiré que los mosquitos del segundo grupo me parecen, amén de cobardones y crueles, unos pobres animales privados de lógica y hasta de instinto. *(Sonríe malicioso)*. ¿Una prueba? Allá va: a mí, desde que nos sentamos a la mesa, están devorándome las pantorrillas.

Joven 2.º—A mí también.

Joven 3.º—Y a mí.

Don Pablo.—¡Ello corrobora mi opinión! Porque si esos terribles dípteros fuesen inteligentes, no malgastarian su tiempo en picarnos las pantorrillas teniendo, como tienen, a su disposición, las de estas señoras. *(Risas)*. Quién, que no sea imbécil, preferirá una canilla desjugada, velluda, dura y seca, a un trozo de suave y sabrosa carne blanca.

Joven 1.º.—Efectivamente.

Don Pablo.—¡Y no hablemos de la descortesía que implica el acto de no distinguir una pierna de hombre de una pierna de mujer!...

DON JOSÉ.—¡Falta de cortesía evidente!

LA SEÑORA DE LAS PANTORRILLAS GORDAS *(rascándose sañudamente)*.—¡Ay! Pues crea usted que entre los mosquitos de este barco hay unos cuantos que me son particularmente adictos.

DON JOSÉ *(travieso)*.—Todos hallamos muy justa esa adhesión. Yo, mosquito, no saldría de debajo de la mesa.

LA SEÑORITA DE LAS PANTORRILLAS DELGADAS.—¡Yo no aguanto más! *(Arroja su servilleta sobre su plato y se levanta)*.

DON PABLO.—¿Adónde va usted?

LA SEÑORITA DE LAS PANTORRILLAS DELGADAS.—Van ustedes a saberlo. *(Entra en su camarote y reaparece a poco trayendo una sábana con la cual, después de sentarse, se envolverá las piernas)*.—¡No quiero enfermar de anemia!

DON PABLO.—¡Traición, traición!

(Todos ríen sin explicarse bien la causa)

LA SEÑORITA DE LAS PANTORRILLAS DELGADAS.—¿Traición? ¿Por qué?

DON PABLO.—Porque deserta usted, porque nos abandona usted en esta hora de dolor... Si usted se cubre las piernas de ese modo, "sus mosquitos" refluirán sobre nosotros. *(Cómicamente.)* ¡Por Dios, señorita, no nos niegue usted su sangre! ¡Sacrifíquese usted!

LA SEÑORITA DE LAS PANTORRILLAS DELGADAS.—Muchas gracias; le cedo a usted mis "abonados".

DON JOSÉ.—¿Y a usted, don Enrique, no le pican los mosquitos?

DON ENRIQUE.—Sí, señor.

DON JOSÉ.—Como usted no se queja...

DON ENRIQUE.—¿Mejoraría con quejarme?... No. Pero conste para su consuelo que me tienen acribilladas las pantorrillas.

JOVEN 1.°—Admiramos su estoicismo. ¿Mas por qué no lucha usted contra ellos al igual que nosotros?

DON ENRIQUE (*humorista y paradójico*).—No pue-

do; yo soy capaz de aplastar a uno y a cien mosquitos que fuesen a picarle a usted, por ejemplo; pero nunca mataré al mosquito que venga contra mí. Y no lo mato por cálculo, por voluptuosidad; por consejo de una sutil y ultrarrefinada voluptuosidad; porque si es verdad que matándolo me evito el dolor del aguijonazo, también pierdo con ello el exquisito placer de rascarme la parte picada.

Don Pablo.—Ingeniosa teoría.

La señora de las pantorrillas gordas.—¿Tan bueno es rascarse?

Don Enrique.—No hay delicia comparable. Es un estremecimiento íntimo que a veces llega a recorrernos la espalda, tal que una descarga epiléptica. Toda nuestra sensibilidad interviene en esto. Yo, que he sufrido de sarna, se lo aseguro a usted. El rascarse es un deleite solitario, reconcentrado, que podemos administrar enteramente según nuestro capricho, y nos regocija desde las plantas de los pies a la punta de los cabellos. La mujer más inteligente, la más perversa, no acertaría a rascarnos como nosotros sabemos hacerlo. Al rascarnos disfrutan simultáneamente la parte activa, la que rasca, y la parte rascada; son dos goces en uno. (*Sentencioso.*) Yo tengo mucho que agradecerle a los mosquitos: en mis noches de insomnio o de aburrimiento ellos fueron mis amigos mejores.

Don Pablo.—Aceptamos la explicación; pero después que un mosquito le ha picado, con lo cual ya le proporcionó la ocasión de refregarse, ¿por qué no lo mata?

Don José.—Por agradecimiento. (*Risas.*)

Don Enrique.—No; por agradecimiento no, aunque pudiera ser. Aquí el problema aparentemente se complica un poquito. Para medir bien la transcendencia de mi respuesta es indispensable que todos nos coloquemos en un plano intelectual más alto, más comprensivo. (*Corta pausa.*) Yo no mato a los mosquitos que me han picado por un escrúpulo de consanguinidad. (*Risa general.*) ¡No

hay para qué echarlo a chacota! Seamos reflexivos. Desde que el díptero clava en nuestro cuerpo su aguijón y bebe nuestra sangre pasa a ser un poco pariente nuestro.

La señora de las pantorrillas gordas *(rascándose a dos manos por debajo de las faldas)*.—Según esa teoría, yo estoy creándome en estos momentos un familión.

Don Enrique.—Afírmelo usted, y no olvide que esos insectos, más que parientes o primos hermanos de usted, por ser en cierto modo carne de su carne y sangre de su sangre, debe considerarlos como a hijos suyos.

La señora, etc.—No podré, don Enrique.

Don Enrique.—¿Por qué? Nada más fácil: limpie usted de prejuicios su espíritu, deje que el instinto hable en su corazón... y llegará a quererlos con amor de madre. ¿No ha oído usted hablar de «la voz de la sangre»?...

Joven 1.º *(aplastando un mosquito contra el mantel)*.—¡No quiero descendencia! ¡Viva Saturno!... ¿Serían de esta clase los hijos que devoraba el dios?...

Don Enrique.—Toman ustedes a risa una opinión que será discutible, pero que tiene más de filosófica que de extravagante. *(Muy serio)*. Un mosquito nutrido con nuestra sangre, es casi como un hijo natural. Ellos prolongan nuestra raza. ¿Que sufrimos con ellos? La paternidad fué siempre sacrificio. Recordemos a Molleschott: en la naturaleza nada se pierde. Yo he leído, no sé dónde, que en cierta ocasión se reunieron en Roma varios cardenales, arzobispos y otros altos mandatarios de la Iglesia, para acordar lo que debía hacerse con unos ratoncillos que habían devorado unas sagradas formas: y al cabo resolvieron quemarlos y guardar religiosamente sus cenizas. Pues a la opinión de aquellos doctos y piadosos varones, ajusto mi teoría.

Don Pablo *(dándose una palmada en la frente)*.—¡Abajo la familia!

Don Enrique.—Cuando por las mañanas veo entre las cortinas de mi lecho media docena de mosquitos dormidos y rebosando sangre mía, siento hacia ellos una inefable ternura paternal.

La cena ha concluído y los comensales se levantan: unos se dirigen a sus camarotes y otros a la toldilla. Hay luna.

Don Enrique *(apoyándose amistosamente en un brazo de don José).*—¿Quiere oirme usted una confesión?

Don José.—Será deliciosa.

Don Enrique *(en voz baja).* Una mañana reventé contra la pared un mosquito que durante la noche me había mortificado mucho. ¿Y, sabe usted lo que sentí al ver su sangre?... Pues fué algo así como si acabase de darme una puñalada.

(Desaparecen por una escalerilla.)

HISTORIA DE UN SACACORCHOS

El vaporcito remonta cachazudamente el Alto Magdalena. Ocho días hace que perdimos de vista el mar, y aun habrán de transcurrir cuarenta y ocho horas antes de que lleguemos a Bogotá. El aburrimiento nos asedia: nadie baila, ni refiere cuentos, ni juega al ajedrez; los mismos tiradores ya no se molestan en disparar sus revólveres contra los caimanes verdinegros que duermen sobre el fango de las orillas!... Todas las distracciones se agotaron. Congestiona el calor, y el fastidio diluye en el aire su tósigo sutil. Acabaremos por odiarnos unos a otros.

Aquella mañana fuí al camarote de mi secretario, señor Márquez, no sé con qué motivo. Empujé la puerta. No había nadie. Márquez es un espíritu ordenado y conservador, que da mucha importancia a las cosas. Sobre una mesita tenía dispuestos, en líneas paralelas, el frasquito de la brillantina, el cepillo de dientes, la navaja de afeitar, una lima para las uñas, unas tijeritas, un sacacorchos... En la seguridad de darle a Márquez un disgusto terrible, cogí el sacacorchos—que él estimaba mucho—y me lo eché en un bolsillo.

No volví a acordarme del sacacorchos. Ya anochecía, y yo me hallaba a proa charlando con un pasajero, cuando Márquez se me acercó misterioso.

—¿Qué hay?—le pregunté.

Mirándome bien a los ojos, repuso:

—¿Ha entrado usted hoy en mi camarote?

—No.

—Dígame usted la verdad.

—Le repito que no he ido a su camarote. ¿Qué sucede?...

Comprendí que en aquellos momentos mi secretario "vivía" un melodrama espantoso. Su rostro se cubrió de ferocidad.

—¡Entonces—rugió—es lo que yo temía!... ¡Me han robado el sacacorchos!

—¿Quién?

—El camarero; no puede ser nadie más que el camarero.

Todos los camareros de a bordo eran chinos, y Márquez se desató en improperios contra los naturales del Extremo Oriente. Al mismo Confucio le tocó algo. Para exasperarle, puse a sus insultos este comentario venenoso:

—Si el sacacorchos fuese mío, yo sabría recobrarlo; pero usted lo pierde, usted no hace más que hablar.

El señor que nos oía quiso informarse del hecho, y Márquez satisfizo su curiosidad con abundancia tropical. El señor, no obstante su gordura y su bonachería, no tardó en vibrar con la tempestad de cólera que asolaba el corazón de mi secretario, y ambos reconocieron que el sacacorchos debía aparecer, "no por lo que valiese, sino para castigar el abuso".

Un marinero pasaba, y Márquez le ordenó buscar al camarero. Este llegó momentos después, pequeñito y delgado; en su cara amarilla, sus ojuelos brillaban oblicuos y humildes.

MÁRQUEZ.—Cuando esta mañana arreglaste mi camarote, ¿no viste un sacacorchos?

EL CHINO.—No, señor.

MÁRQUEZ.—Estaba sobre mi mesa. Ese sacacorchos se ha perdido y tiene que aparecer.

El chino.—Bueno, señor. ¿Quiere que lo busque ahora?

Márquez (*hecho un jabalí*).—¡¡Naturalmente!!... ¡Búscalo ahora mismo!...

Se va el chino, y nosotros continuamos hablando. El señor bonachón y gordo, que parece poseer acerca de la propiedad ideas muy exactas, insiste en que el sacacorchos debe aparecer, "nó por lo que valiese, sino para castigar el abuso".

El camarero vuelve:

—Señor, el sacacorchos no está.

Márquez quiere arrojarse sobre el chino y apretarle el gaznate, como si aquél se hubiese tragado el sacacorchos y lo tuviese allí. Nosotros le contenemos; el minuto criminal pasa. El chino, asustado:

—Quizás el señor lo llevase al comedor para descorchar alguna botella, y lo haya dejado allí. Se lo preguntaré al otro camarero.

Se marcha, y Márquez queda bufando. ¡Bien seguro está él de no haber llevado el sacacorchos al comedor!... El señor gordo, testigo de todo este interesante drama, dice:

—Ha estado usted muy bien; ha sabido usted mostrarse enérgico; el sacacorchos aparecerá. Conozco a esta gente.

Yo creo lo mismo, y así lo declaro con gran suficiencia:

—Sí: ahora es cuando el sacacorchos aparecerá.

Mi afirmación satisface a Márquez, y el señor gordo repite por vigésima vez que debemos recobrar el sacacorchos, "no por lo que vale..., etc."

El chino vuelve, acompañado de otro chinito, y son tan semejantes el uno al otro, que parecen gemelos.

—Señor, el sacacorchos no está.

Márquez se pone lívido.

Chino primero.—Lo hemos buscado debajo de la mesa y no está.

Márquez se pone rojo. Yo le observo y acaricio la esperanza de que le dé una congestión.

CHINO SEGUNDO.—Lo hemos buscado en la basura y no está.

MÁRQUEZ (*recobrando el uso de la palabra*).—¡Pues ha de aparecer! Ya lo saben. ¡El sacacorchos ha de aparecer! De lo contrario, se lo diré al capitán.

LOS CHINOS (*a dúo*).—El señor puede hacer lo que quiera: el sacacorchos no está.

MÁRQUEZ (*agarrando fuertemente a cada chino por un brazo*).—¿Sí, eh?... ¿Dónde anda el capitán?... ¡Granujas!... ¡A la cárcel vais a ir!...

Se marchan los tres forcejeando, y el señor gordo suspira; a él le aflige el malísimo rato que mi secretario está sufriendo.

—Veremos—añade—la actitud del capitán.

Me echo a reir.

—¡No pase usted apuros! ¡El sacacorchos está aquí!...

Y se lo enseño en la palma de mi mano derecha.

EL SEÑOR GORDO (*echando los ojos fuera de sus órbitas*).—Pero... ¡No comprendo!... ¿Por qué ha hecho usted eso?...

YO.—Por nada... para que suceda algo a bordo... para destruir la monotonía...

EL SEÑOR GORDO.—Es que esos chinos, con el valor que les da su inocencia, pueden agredir al señor Márquez... (*Hace ademán de dirigirse hacia donde él supone que continúa desarrollándose la tragedia.*)

YO (*deteniéndole*).—¡Déjeles usted que se maten! Lo más que puede ocurrir es que los chinos asesinen a Márquez o que el capitán mate a los chinos... ¡Qué importa!... Lo que suceda siempre será para nosotros una distracción.

Ha cerrado la noche. Lejos, a popa, se oyen voces de gesta. De pronto, casi seguidas... ¡pam, pam!... suenan dos bofetadas.

—Vamos—exclamo, tomando a mi interlocutor por un brazo—; venga usted a conocer el resultado de mi farsa. ¡Creo que ha sido un éxito!...

JOSE ASUNCION SILVA

Al día siguiente de llegar a Bogotá, quise visitar la tumba de aquel gran torturado que fué José Asunción Silva.

A cuantos somos buenos—buenos y misericordiosos hasta el suicidio, no obstante los siete mantos de pecado con que nuestra pobre vida se emboza y disimula—los cementerios nos sugieren emociones inefables de paz: son como playas, como refugios claustrales, y se perfuman con la fragancia de silencio de los libros místicos. Acudimos a ellos en un deseo impreciso de confesión; nos parece que para todos cuantos allí duermen no tenemos secretos, ya que la muerte les hizo omniscientes, y así no necesitamos hablarles para que de corrido lean en nuestro afligido corazón.

En el "Hotel Nacional" me dijeron que los huesos del autor de *Nocturno* reposaban en el cementerio "de los suicidas".

—No obstante haber transcurrido veintidós años desde que se mató—agregó mi informante—la Iglesia no ha querido perdonarle.

Subí al primer coche que pasaba.

—Vamos a la tumba de Asunción Silva—dije al cochero.

El vehículo recorrió varias calles. De pronto el cochero me habló: él no quería engañarme, no quería abusar de mi ignorancia de forastero: él era un hombre honrado.

—Usted sabe que José Asunción Silva no tiene monumento...

—No, no lo sabía.

—Por eso se lo advierto: el lugar donde se halla, realmente, nada tiene que ver.

—No importa—repuse—sigamos.

Llegamos a las afueras de la ciudad. Ibamos por una calle, mejor la llamaremos avenida, ancha, arbolada y polvorienta. El crepúsculo hilaba sobre ella la dulzura de su agonía. Pocos transeuntes.

—¿Y por qué no le han levantado un monumento a Silva?—exclamé.

El cochero tornó a mirarme.

—Como se mató...—dijo.

Una sonrisa triste acompañó y dió relieve a sus palabras; una sonrisa que aludía a una injusticia y significaba: "Como el pobre se mató y la Iglesia no le perdona... y Bogotá no se ocupa de obtener su perdón..."

Al fondo de la necrópolis, traspuesto un terreno enarenado, especie de plazoleta cuadrangular que lo separa y aísla del camposanto católico, aparece el cementerio de los suicidas. Redúcese a un frontis que un largo pórtico, sostenido por columnas vulgares, resguarda de la lluvia; numerosos nichos distribuídos en andanas horizontales y simétricas, tal que los anaqueles de una librería, lo ocupan, y cada nicho es como el tejuelo de un libro trágico, cerrado para siempre. ¡Coincidencia impresionante! Casi la totalidad de aquellos suicidas—entre los que no hay ninguna mujer—"se fueron" en los meses de Octubre, de Noviembre, de Diciembre, de Enero... cual si hubiese habido una concatenación arcana y fatal entre la desesperación de sus almas y la melancolía del invierno. José Asunción Silva, no; el poeta enfermo de tristeza y de ambición, enfermo de Ideal, herido en el alma por la que podríamos llamar "la divina desgracia" de ser joven, se suicidó antes de los treinta y cinco años, en la noche

de un domingo de Mayo, impelido a ello tal vez por la desgarrada disonancia entre el mundo objetivo, adornado con todas las lozanías vernales, y la secreta nieve de su corazón.

Cuando José Asunción Silva nació, su familia era rica, y su casa uno de los centros predilectos de la alta sociedad bogotana. Su niñez, de consiguiente, se desarrolló en un ambiente de lujo, de elegancias y de arte. Su juventud fué triunfal. Muy mozo viajó por Europa y rápidamente comprendió y supo asimilarse el espíritu exquisito de las razas-madres. Los que le conocieron me hablan de su magnífica belleza varonil, de su talento, de su bondad, de la aristocracia de sus ademanes y costumbres, de aquella exquisitez refinada con que sabía elegir sus lecturas, sus trajes y sus muebles...

"Todo respiraba en él—escribe el ilustre Guillermo Valencia—distinción y rareza: tenía del *Des Esseintes*, de Huysmans, y del *Dorian Gray*, de Oscar Wilde; del señor de *Phocás*, de Juan Lorrain, y del infatigable creador *Pío Cid*, de Angel Ganivet."

Y así debió de ser, efectivamente, a juzgarle por los dos únicos retratos que de él se conservan. Aquel en donde aparece vivo nos recuerda, por la majestad de la frente, la dulzura de los largos ojos serenos, y el esplendor abundante y viril de la negra barba, la cabeza del gran poeta indio Rabindranath Tagore, y el busto del emperador Lucio Vero, con que se ennoblece el Museo del Louvre. En la fotografía que nos le presenta cadáver, el autor de *Gotas amargas*, con su nariz aguileña, sus párpados herméticos y esa honda quietud sabia que la Muerte infunde a las cosas, se parece al Bautista.

¿La razón del suicidio de Silva?...

He aquí una pregunta ociosa. Los hombres complicados contadísimas veces llegan a la acción por la virtud de un hecho concreto; en ellos la voluntad no se mueve si no es bajo la presión de una alianza

de motivos, muchos de los cuales suelen ser de índole tan privada, tan personalísima, tan arcana, que jamás se manifiestan.

Sabemos que la fortuna de la familia de Silva sufrió, de súbito, quebrantos irreparables y que el poeta, para hacer frente a las necesidades prosaicas del vivir, se lanzó en aventuras comerciales para las cuales, evidentemente, no estaba preparado. A la pesadumbre de estos descalabros deben añadirse otros dolores, más graves aún: en primer lugar la muerte, casi fulminante, de su hermana Elvira, a quien adoraba; y luego su ansia descomedida—ansia enfermiza—de conocer, de aprender; la pérdida de sus manuscritos más amados en el naufragio del vapor *América*, frente a las costas colombianas; y, finalmente, el criterio rutinario y la gazmoñería asfixiante, de sus contemporáneos. Ese espíritu pacato, esa tacaña mentalidad de sacristía que ha osado modificar, y aun suprimir, de las ediciones póstumas de los libros de Silva las composiciones, precisamente, que él amó más, fué lo que con mayor eficacia empujó al poeta a la muerte. José Asunción Silva era un desorbitado, un inadaptable—tenía que serlo—y el medio le mató.

"Su rebeldía—dice Guillermo Valencia—recorrió todas las formas, y la sociedad, que no logró comprenderle, llegó, si mucho, a tolerarle, pero jamás a amarle." Así fué: el artista se sintió solo, ¡solo en medio de tantas personas que le saludaban sin saber a quién saludaban, que le conocían sin conocerle!... y por eso resolvió irse...

La víspera de suicidarse visitó a su íntimo amigo el doctor Manrique, y fingiendo enfermedades y aparentando dolores, llegó a rogarle que le explicase el emplazamiento exacto del corazón.

«Me presté gustoso a satisfacerle—cuenta el doctor Manrique—y con un lápiz demográfico tracé sobre el pecho del poeta toda la zona mate de la región precordial. Le aseguré que estaba normal ese órgano, y para dar más seguridad a mi afirmación,

le dije que la punta del corazón no estaba desviada.»

El poeta quiso saber el lugar donde latía exactamente esa punta o vértice, y el médico repuso determinando el sitio con una cruz.

—Aquí.

—Muy bien—contestó Silva tranquilamente—; acaba usted de hacerme un inmenso favor.

Aquella noche, acostado en su cama y vestido de frac, con toda minuciosidad, con toda limpieza, cual si fuese a un gran baile, el poeta, de un tiro, se rompió el corazón. Detalle: sobre la mesilla de noche—que era para él "mesita de lectura"—dejó un libro; el último que hojearon sus manos: *El triunfo de la muerte*, de Gabriel D'Annunzio...

....

Más de veinte años filaron desde entonces y, a pesar de la gloria y del tremendo dolor que santificó los últimos días del escritor, Bogotá no se ha resuelto a erigirle un monumento que asegure y glorifique su memoria. ¡Ni un busto en el Parque del Centenario, bajo aquellos viejos eucaliptus, que el poeta amó tanto! ¡Ni siquiera una lápida!... ¡Aquí, en donde—como en todos los países, desgraciadamente—se malgasta tanto bronce en estatuar generales!...

Cuando hablamos de esto, nuestro interlocutor, si es colombiano, pondrá una cara muy triste.

—Es que el clero se opone...—dirá.

No; yo no puedo creer esto de una Iglesia que extrae toda su fuerza de su indulgencia, precisamente; de una Iglesia afirmada sobre los inconmovibles cimientos del perdón; y sus representantes—hombres, al fin, de su época—son demasiado inteligentes para no indultar a Silva del delito—si en ello hay delito—de haberse "suprimido".

Bogotá debe determinarse a corregir, hoy mejor que mañana, esa grave ingratitud; y yo, modesto viajero, la incito a ello en nombre de los muchos millares de españoles que conocen y admiran a

Silva. Hay que estatuar al poeta que, después de rendir a la Emoción, tuvo la suprema elegancia de despreciar la vida. Una estatua blanca, entre la fronda verde de un jardín, es siempre, para el forastero que pasa, una sonrisa de cultura.

TIPOS DEL CAMINO

Artista hermano: escritor, pintor, escultor, músico, lo que fueses... Si quieres producir obra duradera, no inventes. ¿Para qué inventar cuando la Realidad nos lo brinda todo hecho? Lo trágico, lo folletinesco y también lo más cómico, lo bufo, Ella lo posee y distribuye, y de hora en hora suavemente resbala ante nosotros. La Vida es un lienzo que las Musas brujas de la Sorpresa, de la Emoción y de la Risa, bordan sin cesar; ¡y con qué amor prolijo, con qué dulzura, con qué lógica aparecen trenzados en sus dibujos irónicos los hilos de lo dramático y de lo grotesco!...

Así el artista debe disciplinar y asotilar su atención de modo que nada le pase inadvertido. El secreto de su triunfo está en "saber ver". Quien "sabe ver" va en camino de conocerlo todo.

¡La vida!... Comparados con Ella—la Eterna, la Inagotable — Cervantes, Shakespeare, Dickens, Gœthe, Dumas, Balzac... fueron unos pobres hombres sin imaginación.

Don Paco.

A este gran sin ventura, ya cincuentón, que conservaba, no obstante el ruin pelaje de su indumentaria, restos de una vida holgada y señoril, le cono-

cí en Barcelona. De desdichado que era, don Paco movía a risa: flaco, raquítico, amarillento, a lo largo de su cuerpecillo devorado lentamente por la anemia de los crueles ayunos, sus ropas lamentables se escurrían. Sus manos lívidas perdieron la costumbre de accionar. Hablaba quedamente, como quien sabe que nunca ha de ser escuchado; y su corbata grasienta, su sombrero descolorido bajo las inclemencias de varios inviernos, sus botas torcidas por las caminatas inútiles en busca de colocaciones inhallables, componían una desgarradora sinfonía en tono menor. Don Paco era infortunado en la calle, donde todas las puertas parecían cerrársele sistemáticamente; pero dentro de su hogar su situación era más aflictiva aún, pues al no comer añadíanse las exigencias de una esposa, bruta y obesa, que a cada rato le humillaba reprochándole su tibieza sentimental.

¡Pobre don Paco!...

Cierta noche de negra miseria, de absoluto abandono, recurrió a la caridad de un amigo casi tan desvalido como él.

—Si pudiese usted socorrerme con algo... ¡Hoy no he almorzado!...

El otro repuso:

—Yo le ayudaría a usted de muy buen grado; pero... sólo tengo dos pesetas... en una pieza.

—No necesito más.

—Es que son falsas...

El pedigüeño abrió los ojos y la boca; luego se rascó la cabeza con el aire perplejo de quien enfrenta un problema difícil. Vaciló.

—No importa—suspiró al fin—démelas usted; veremos si las paso...

En una taberna pidió de comer. Cuando llegó la hora fatídica de pagar, don Paco acercóse al mostrador, reclamó su cuenta, que apenas ascendía a seis reales, y dió sus dos pesetas.

El tabernero cogió la moneda, miró a su cliente de hito en hito, y exclamó:

—¿Quién le ha dado a usted esta basura?

—¿Cómo?... ¿Son malas?...

—Si las hubiesen hecho con un pedazo del alma de Judas no serían más falsas.

Don Paco enrojeció y comenzó a mascullar disculpas. Su deseo de quedar bien le autosugestionó de manera que estaba sinceramente sorprendido de que aquellas dos pesetas no fuesen buenas. Y las miraba y remiraba con un aire vergonzoso y perplejo que ningún comediante hubiese igualado. Después agregó suplicante:

—Lo peor es que no llevo más dinero...

La cortesía de sus palabras, la distinción triste de su persona y, sobre todo, su ingenua turbación, le salvaron.

—Es igual—replicó generoso el tabernero—; mañana me pagará usted.

Don Paco escapó; iba feliz; dentro de su pobre estómago los alimentos ingeridos entonaban una canción optimista.

A lo largo de varios días esta escena se repitió en distintas tabernas con el mismo resultado brillante, y cada vez don Paco se sentía más contento, más esperanzado y dueño de sí mismo, como el actor que ha ensayado mucho y domina "su papel".

Cerca de un mes vivió don Paco así, y por su gusto hubiese vivido años... Hasta que una noche se ruborizó tan magistralmente e hizo de su turbación una tan perfecta obra de arte, que el tabernero se apiadó de él.

—No se apure usted—exclamó aquel hombre magnánimo—; vengan las dos pesetas; como a usted se las dieron yo se las daré a otro... ¡y en paz!... Vaya usted con Dios... ¡y tan amigos!...

Don Pacó salió a la calle renegando de su estrella; había perdido su talismán. Se sentía cesante: aquellas dos pesetas representaban para él un destino. Al otro día don Paco se acostó sin comer.

Una Comisión.

En un hotel de Centro-América tuve un camarero que llegó a dedicarme el afecto abnegado y leal de un "hermano mayor". Aquel hombre, no satisfecho con quererme, me protegía, me aconsejaba:

—Usted no debía levantarse tan tarde, porque el mucho dormir le quita las ganas de almorzar... Usted, bañándose todas las mañanas en agua fría, quebranta su salud... Usted hace mal en recibir a tanto indocumentado que viene a visitarle. Créame: usted se prodiga...

Sus palabras, llenas de sana intención, fueron ganándome poco a poco, y como es tan cómodo y tan blando dejarse conducir, acabé por hacer de él una especie de "administrador general". ¡Y qué bien supo agradecérmelo!...

Se llamaba Luis.

Una tarde, ya anochecido, vino a mi cuarto a manifestarme que varios señores me aguardaban en el salón. La noticia me contrarió mucho.

—¿No he dicho—le grité—que hoy no recibo a nadie? ¿Qué necesito hacer para que me entiendan?...

Luis no se inmutó.

—Creo—repuso conciliador—que le conviene a usted atender a esos caballeros. A ser individuos de poco más o menos, yo no le molestaría; pero se trata de una Comisión constituída por lo mejorcito de la ciudad.

Empecé a humanizarme. El prosiguió:

—El señor A, el señor B, el señor C, el señor D. Son seis, me parece... todas personas de viso...

—Bien—repuse vencido—; diles a esas notabilidades que allá voy; que esperen un minuto...

Y mientras me abrochaba las botas, pensaba: "Cuando Luis insiste en que les reciba, por algo será."

En el salón saludé a media docena de señores correctamente vestidos, con botas de charol, levita, corbata blanca y sombrero de copa. Sobre las paredes y los muebles, de una tonalidad clara, aquellas figuras enlutadas se recortaban fúnebremente. A la sonrisa de mi saludo, mis visitantes correspondieron con una circunspecta inclinación de cabeza. Ninguno de aquellos rostros expresó alegría, ni siquiera emoción, al verme. Allí, ¡cosa rara!, el único que parecía contento era yo.

—¡Siéntense ustedes!—exclamé.

Uno replicó:

—Muchas gracias; estamos bien así.

La seriedad de sus semblantes rimaba extrañamente con la negra severidad de sus trajes. Mi sonrisa, evidentemente, había sido inoportuna.

—Estos—pensé—o vuelven de algún entierro o vienen a proponerme un desafío...

El que había hablado recobró la palabra:

—Los aquí reunidos componemos la Junta directiva del Ateneo de esta culta ciudad; Ateneo que tengo la honra inmerecida de presidir...

Yo le interrumpí con algunas frases de cortesía, a las que él correspondió con otras semejantes, muy almibaradas y pulidas. Repliqué yo galante... tornó a replicarme él... Entonces, pareciéndome que el hielo de los primeros instantes "se había roto", me atreví a insistir:

—Pero... ¡siéntense ustedes!...

Ellos se negaron ceremoniosos y protocolarios:

—Todavía no; así estamos bien.

Tuve un impulso de cólera contra mí mismo.

¿Por qué seré tan risueño, tan llano? ¿Cuándo aprenderé a fingir que doy importancia a esas trivialidades sociales que el vulgo imbécil toma tan en serio?...

El señor presidente del Ateneo continuó:

—Cuando los periódicos anunciaron la llegada de usted, el secretario de nuestra Asociación, el señor X, aquí presente...

El aludido, que llevaba en las manos un largo papel enrollado, se inclinó, cerrando los ojos beatífico. Y de nuevo, en el silencio del salón, volvió a resonar la voz firme, un tanto enfática, del señor presidente:

—El señor secretario, teniendo presentes los altos merecimientos del escritor que nos visitaba, convocó a todos los miembros de la Junta directiva a "sesión extraordinaria", y, una vez reunidos, propuso nombrar a usted "presidente honorario" del Ateneo de esta capital...

Al recibir este honor, que llegaba a mí adulador semejante a una tufarada de incienso, fuí yo quien se inclinó conmovido.

—Y debo hacer constar—agregó el señor presidente—que la proposición del señor secretario fué aprobada en el acto "por unanimidad".

Una pausa, durante la cual yo no sabía si levantar o no los ojos de la alfombra, que era en donde mi lastimada modestia los había puesto. Finalmente, el señor presidente, tras algunas frases retóricas de notable paramento, tuvo la discreción de concluir:

—Señor secretario, entregue usted a nuestro "ilustre huésped" el título que le hemos extendido...

Lo recibí con manos temblorosas; en mi vida me había sucedido nada igual. Era un gran papel apergaminado, ennoblecido por una orla de oro dentro de la cual mi título—un alarde caligráfico—de "presidente honorario", surgía bellamente escrito con letras de complicados rasgos, negras, rojas y azules.

Terminada la ceremonia todos nos sentamos y el diálogo se generalizó frívolo y cordial. Se habló "del tiempo", de las fatigas de los viajes, de lo mucho que la ciudad había progresado en aquellos últimos años... Más de una hora duró la conversación; se acercaban las nueve y yo temía quedarme sin cenar.

Cuando aquellos señores decidieron retirarse, yo

les manifesté mi agradecimiento y mi intención de visitar el Ateneo al día siguiente.

—Díganme la hora más a propósito; por la tarde... o por la noche... cuando ustedes digan... Deseo ser recibido amistosamente: sin etiquetas, sin *champagne*, sin discursos... ¡Como a un antiguo hermano!...

Noté, sorprendido, que mis interlocutores se miraban desconcertados unos a otros. Añadí:

—Si mañana tuviesen ustedes algo que hacer, aplazaré mi visita. ¡Ustedes disponen!...

El señor presidente tomó la palabra:

—Señor, nosotros... Usted lo ignora y debemos decírselo: nosotros somos muy pobres. Hasta hoy nuestras reuniones se han celebrado unas veces en mi domicilio particular, otras en el domicilio particular del señor secretario...

El señor secretario (*suspirando*).—Porque el Ateneo no existe.

El señor presidente (*suspirando también y con cara de Dolorosa*).—Nuestro Ateneo no existe aún; esa es la verdad.

Todos (*moviendo las cabezas con ademán negativo y desolado*).—Así es; no existe.

Yo.—¿Cómo?

El señor presidente.—Hasta ahora nuestra Asociación, que, como he manifestado a usted, es muy pobre, sólo ha podido adquirir el solar que ocupará nuestro edificio.

Yo (*con ganas de reir, pero muy serio*).—¿Y cuándo quedarán las obras concluídas?

El señor presidente (*con la melancolía de quien no tiene fe en sus palabras*).—Según mis cálculos, dentro de tres o cuatro años...

La Comisión se despide; frases mutuas de felicitación: "He tenido mucho gusto..." "El placer ha sido para mí..." Sonrisas, reverencias, apretones de manos..., etc., etc.

Regresé a mi cuarto y no sabía si indignarme o si reir de cuanto acababa de sucederme... "¡Yo, pre-

sidente honorario!...“ Pero “presidente honorario“ ¿de qué? ¿De un solar?... ¡Bonita presidencia!

¿Qué significaba aquella farsa? ¿Era creíble que para una escena de tan poca substancia, seis hombres, que parecían serios, se hubiesen vestido de levita?...

Al cabo mi buen humor prevaleció, y con el gesto tranquilo del filósofo que comprende la vacuidad de los honores humanos, en mi título flamante de “presidente honorario“ envolví un par de botas...

EL GENERAL GOMEZ

El viajero que se dirige a Venezuela, recibe en todas partes el mismo consejo.

—Procure usted no decir nada molesto para Gómez, y si le sucediese algo desagradable, cállese; de lo contrario, se expone usted a no salir más del país. Si "el silencio es oro", en Venezuela el silencio es la libertad.

A lo largo del litoral colombiano, el apellido del terrible Presidente proyecta una especie de sombra procelosa. ¡Son tantas las crueldades que se cuentan de él!... Ese malestar lo sentimos también a bordo: nos lo traen los ojos que nos observan, y se agrava en la isla de Curaçao, donde hay muchos venezolanos fugitivos, y en la cual, por lo mismo, aseguran que el temido general mantiene un severísimo servicio de espionaje. El viajero que, al pasar por Curaçao, hubiese saludado algún venezolano refugiado allí, puede estar cierto de que cuando horas después desembarque en Puerto Cabello o en la Guaira, las autoridades, avisadas ya, le mirarán como "a sospechoso".

Llegué a Caracas una tarde de Julio; y después de atravesar un paisaje tan bello como los más bellos de Suiza o de Asturias. Lloviznaba y el agua había desempolvado las calles y la fronda de los árboles, y bruñido el asfalto de las aceras.

Caracas es una de las ciudades más lindas de

América, y su clima tan delicioso como sus alrededores, perpetuamente verdes.

Desde un balcón del hotel oteo la plaza a la que el frontis de la catedral da prestigio: de repente se oyen las notas, cada vez más próximas, de una corneta, y luego un rumor de pasos. Son soldados. Su indumentaria y la disciplina de sus movimientos me sorprenden: el armamento es bueno; son soldados bien vestidos, bien calzados, decorativos, ágiles; soldados "de Europa"...

El caraqueño es afectuoso y llano, y en su corazón, de consiguiente, el sentimiento de la amistad camina de prisa. Hay, además, allí un grupo de personas interesantísimas, tanto por su cultura como por su personal simpatía—Andrés Mata, verbigracia, Benavides Ponce, Vallenilla Lanz, Carlos Villanueva, Acosta Delgado, López de Ceballos, Manrique Pacanins y otros—junto a los cuales el forastero, inmediatamente, se halla bien y «como en su casa».

A todos ellos, reiteradas veces, les interrogué acerca del general don Juan Vicente Gómez.

—¿Cómo es? ¿Se deja entrevistar fácilmente? Cuéntenme ustedes detalles de su vida y de su advenimiento al poder...

Pero ninguna de las personas a quienes iban dirigidas estas preguntas temerarias me respondía. Los más atrevidos, después de pronunciar el nombre del Presidente suspiraban y miraban al cielo, cual si el nombre aquel envolviese un maleficio.

Un día llegué a decirles:

—No me extraña lo bien que Caracas recibe a los artistas que la visitan; porque cada uno de nosotros es «un pretexto» para que la prensa local hable de algo que no sea de «los hechos y dichos» del señor Presidente...

Poco a poco, relacionando insinuaciones y frases recogidas aquí y allá, fuí conociendo el inmenso dolor de la vida venezolana. Allí donde el despotismo impera, la alegría de pensar no existe. El

machete ha matado al espíritu. De los intelectuales que había en Venezuela, unos están en las cárceles, otros en el destierro, y sólo han podido salvarse los que tuvieron la fortuna de callar a tiempo. Desorientada, oprimida, acobardada por los fantasmas del espionaje y la delación, sin libertad para asociarse ni tribunales fuertes que la defiendan, la juventud—aurora de la patria—languidece bajo las altas botas del señor Presidente, cuyas espuelas se oyen en toda la República.

Con esto, mi deseo de conocer al antiguo lugarteniente de Cipriano Castro llegó a ser tan agudo, que se hizo obsesión. Acabé por decir a cuantas personas iba conociendo:

—¿Usted se atrevería a presentarme al general Gómez?

Todos contestaban afirmativamente, pero llegado el momento de precisar la fecha de la visita, las facilidades trocábanse en obstáculos y aplazamientos. Evidentemente los venezolanos no quieren presentar al señor Presidente; sin duda le creen "impresentable" y le esconden "por patriotismo" para evitar que el viajero se lleve una mala impresión...

Al cabo, una mañana, fuí presentado a Él...

Pero semejante acontecimiento merece, en el curso de este relato, unos asteriscos.



Don Juan Vicente Gómez reside en Maracay, un pueblecito que él ha convertido en ciudad y se levanta a pocas leguas de la capital. La casa presidencial se halla frente a una plaza magníficamente arbolada; centinelas armados, oficiales del ejército e individuos de la policía, custodian día y noche la puerta, ante la cual está rigurosamente prohibido transitar. Aquel trocito de calle es un "lugar sagrado" que nadie tiene derecho a ensuciar con sus pies.

¿Y para esto—y para abusos peores—dió Simón Bolívar la libertad a América?...

El señor Gómez, que antes que militar fué campesino y continúa siendo campesino, me recibe en un establo, rodeado de sus vacas. También le acompañan—pero en un justo "segundo término"—algunos generales y varios ministros. Entre éstos reconozco al doctor Márquez Bustillos, titulado "presidente provisional"... y con razón, pues allí, mientras Gómez gobierne, todo es "provisional".

El general Gómez representa la edad de su protector don Cipriano Castro: sesenta años. Es un hombre de corpulencia atlética, de mandíbula fuerte, de cuello atorado; un verdadero tipo de andino, astuto, imperioso y sensual. Dicen que tiene setenta y dos hijos... Viste rústicamente, calza unas botas que le llegan arriba de las rodillas y ciñen unas piernas musculosas y ágiles de caballista. En sus ojos pequeños, de mirar sondeador y ladino, hay siempre una luz de ironía. Un denso bigotazo corta el semblante, bronceado y montaraz. El general camina a largas zancadas y balanceando el cuerpo. Cuando acciona lo hace cerrando los puños. Con su voz dominadora, sus ademanes resueltos, su occipital aplastado y ancho, y la inclinación de sus yugulares a hincharse de sangre, este hombre parece "una fuerza de la Naturaleza".

La fortuna de don Juan Vicente Gómez asciende a varios millones. Puede decirse que es propiedad suya "media Venezuela". Por esto, quizás, gobierna en amo "la otra media".

Solamente en Maracay posee diez y siete mil cabezas de ganado vacuno, y más de trece mil vacas "de vientre". En sus hatos de La Cruz Rubiera, La Candelaria, Santa Isabel, Santa Rosa, La Guanota, El Silvero y otros situados en el llano, el número de cabezas de ganado bovino pasa de medio millón. Los caballos y cerdos son incontables. Cosecha, además, cantidades fabulosas de algodón y de maíz, y son tantas las garzas blancas que hay en sus do-

minios, que la venta de sus plumas llegó a producirle, en sólo un año, trescientos ocho mil bolívares.

El general Gómez va a Caracas muy poco; prefiere vivir en Maracay; aquél es "su centro": para sentirse dichoso necesita respirar el olor agrio de los establos, oir el balar de sus ovejas, el bramar de sus toros, y ver cómo los cubos que alimentan sus queseras rebosan a diario de leche recién ordeñada... Es evidente que el general prefiere los animales de sus haciendas a los hombres. Es lógico, después de lo que hizo con Castro...

El señor Presidente recorre sus posesiones de Maracay dos veces al día: por la mañana muy temprano y por la tarde, y siempre acompañado de un grupo de prohombres.

—A "esta gente"—me decía el general—quiero inculcarles el amor a la Naturaleza, porque la tierra es la madre de todas las riquezas. La prosperidad de una nación nace de sus ganados, de sus campos y de sus minas.

El procedimiento que el general Gómez emplea para infiltrar en "sus satélites" el cariño a la Naturaleza, es origen de incidentes muy cómicos. Gómez no se satisface con que el doctor Márquez Bustillos, por ejemplo, prorrumpa en frases admirativas ante la magnificencia sexual de un toro cebú: quiere que el pobre doctor se aproxime al toro, que lo huela, que lo palpe y lo oiga... ¡que le dedique sus cinco sentidos!...

Una tarde el señor Presidente penetró en un establo con todo su séquito, y se detuvo extasiado ante una vaca. De sus labios salieron los elogios más férvidos:

—¡No hay en todo el departamento ubres mayores... ¡no las hay!... Toquen ustedes... ¡toque usted, doctor!...

El señor Márquez Bustillos, caminando con grandes precauciones sobre el estiércol, se había acercado bastante, dócil al imperativo presidencial, pero no se atrevía a palpar. El animal volvía la ca-

beza. De súbito, comenzó a satisfacer una necesidad...

Impávido, don Juan Vicente insistía:

—Es la mejor vaca que tengo. No conozco otra más lechera.

Los circunstantes no sabían qué hacer para no ensuciarse el calzado. Por su gusto se hubiesen ido; pero el miedo a disgustar al general les retenía allí. Fué un momento—a la vez bufo y triste—de primer orden.

*
* *

Al otro día, ya en Caracas, muchas personas me preguntaron:

—¿Y bien?... ¿Qué le ha parecido a usted nuestro Presidente?

—El general Gómez—les dije—me ha interesado extraordinariamente, porque es rectilíneo y bravo, y posee el don dificilísimo de conocer a los hombres a la primera ojeada. Tiene la sencillez pasional de los instintivos, y por lo mismo le creo capaz así de lo bueno como de lo peor. Gómez es un macho inteligente que pisa fuerte, que va con la cabeza bien alta, que es "amo de sí mismo"... Los desagradables son los aduladores que le rodean y seguramente le aconsejan mal; todos esos pobres individuos que siguen al jefe, no por cariño, sino por miedo, y que, a poder, le asesinarían a traición. Lo más curioso de esta farsa es que ellos creen engañar al "amo", y no es así. El Presidente comprende que no debe fiarse de ninguno de esos ex hombres; les desprecia; el Presidente sabe que en la espalda de cualquiera de ellos, cuando guste, puede limpiarse las botas...

. . . .

En Panamá he conocido al coronel venezolano don Sebastián Alegrett, que peleó a las órdenes de Cipriano Castro. Con sus ojos de un verde muy claro, su cráneo rapado y su rostro seco, anguloso

y amarillento, el coronel Alegrett parece una figura de marfil antiguo.

Me dice Alegrett que sus ideas políticas le impiden volver a su país y que hay setenta mil venezolanos en el mismo caso de él.

—¿Usted desearía—pregunto—que Cipriano Castro recobrase el poder?

—¡No!—responde—. Ni Castro, ni Gómez. ¡Basta de generales barateros!... Es indispensable que un día Venezuela, toda Venezuela, como un solo hombre se ponga en pie para limpiarse de tanto oprobio.

Hablamos después de las supuestas industrias fomentadas por el señor Presidente, y sale a colación la fábrica de papel de Maracay. ¡Curiosas ironías de la suerte!

El general Gómez, amo supremo de la prensa, funda una fábrica de papel, acaso para que los periodistas tengan siempre dónde citarle y alabar su nombre; y sucede que después de mil ensayos, la fábrica sólo acierta a producir papel de estraza.

Para tales prestigios, tal papel...

MAS TIPOS DEL CAMINO

El comisionista y el fraile.

El vapor *Legazpi* sale de la Habana, un anochecer de julio, con rumbo a Colón: luego irá a Puerto Colombia, Curaçao, Puerto Cabello y La Guaira; después, antes de enderezar su fatigado tajamar a España, tocará en Puerto Rico. El *Legazpi* es un "veterano" que camina de nueve a diez millas por hora, con lo que demuestra no ser un dechado de velocidad. Abochorna el calor, el sol caribe abrasa y su lumbrarada, implacable, es tan fuerte, que el océano pierde su azul.

Somos pocos pasajeros y la mayoría se quedará en Colón. Viajan con nosotros ocho franciscanos descalzos que se dirigen a Colombia. ¡Es curioso!... Cuantos frailes he conocido en mis andanzas, o iban a Colombia o venían de allí. Por algo llaman a Colombia el «convento» de América. Pero la frase no es exacta; peca de modesta. Yo llamaría a Colombia "el convento del mundo".

Viene también a bordo un andaluz, cordobés por más señas, y representante de bodegas jerezanas: se llama don Antonio.

Entre los frailes hay uno regordetillo, bajito, joven aún, muy rosado de mejillas y muy risueño, con largas barbas rubias, y unos pies que, bajo la severidad parda del sayal, parecen de blanquísimo mármol.

Es sabido que a los andaluces, por la gracia de su ceceo y por aquel agudo donaire y amable frivolidad con que aderezan cuanto dicen, se les permiten pullas y confianzas que no toleraríamos a ningún español de otra región. Valido de esto, don Antonio ha emprendido la tarea de convencer al fraile de las barbitas doradas de que use calcetines. La empresa es ardua. El fraile, como es de suponer, se niega, y hace tres días que dura el litigio, con gran alegría de los pasajeros testigos del combate. El religioso ya no puede más. Por las mañanas, cuando don Antonio aparece sobre cubierta, el pobre fraile escapa.

Comienza el cuarto día de navegación, y todos nos hemos apresurado a salir de nuestro camarote para gozar de la brisa matutina. La borda de barlovento es la preferida.

DON ANTONIO (*acercándose a un grupo*). —Señores, buenos días.

UNO (*indicando con el gesto al fraile rubio que, sentado en un banco, lee un breviario*).—Ahí tiene usted a «su hombre».

DON ANTONIO.—¡Y con las ganitas que tenía yo de agarrarle por mi cuenta!... Voy a darle la puntilla.

ALGUIEN.—¿Cómo marcha el asunto?

DON ANTONIO.—El hombre (*alude al fraile*) se resiste bien, pero caerá. Me parece que hoy le convenzo. ¡Por supuesto, que a mí los clientes me gustan así, que sepan defenderse!... (*Dirigiéndose al fraile.*) Buenos días, padre.

EL FRAILE (*procurando sonreír*). — Buenos días. ¿Quiere usted sentarse? (*Receloso.*)

DON ANTONIO.—Yo lo iba a hacer; pero ahora que usted me invita lo haré con más gusto.

Le ofrece un cigarrillo, que el religioso acepta. Nosotros, los mirones, vamos acercándonos a ellos para mejor oir la conversación.

EL FRAILE (*guiando el diálogo por caminos de paz*).—¿Durmió usted bien anoche?

Don Antonio. — No, señor; y la culpa la tuvo usted.

El fraile.—¿Yo?...

Don Antonio.—Usted mismo.

El fraile (*adivinando el pensamiento de su interlocutor*).—¿Porque todavía no me he resuelto a usar calcetines?

Don Antonio.—¡Precisamente! No tenía sueño y dí... ¡como siempre!... en pensar en usted y en preguntarme: "¿Por qué el padre estará tan colorado?" ¡Fíjese usted (*mira a los circunstantes*) en que aquí el único que luce colores es usted!... Hasta que caí en la cuenta: "Eso es—me dije—porque como el franciscano no lleva calcetines, la sangre se le sube a la cabeza."

El fraile ríe y nos observa.

Don Antonio (*hablando despacio y muy serio*).—¿Se ríe usted? ¡Me gustaría que estuviese presente el médico de a bordo para que me diese la razón... (*Doctoral.*) Le advierto, padre, que es muy malo andar con los pies fríos y que le va a dar a usted una congestión. (*Pausa.*) ¿Se apuesta usted cinco pesetas a que ahora mismo tiene usted los pies como la nieve?

El fraile sonríe bondadoso, mueve la cabeza y trata de leer en su breviario.

Don Antonio.—¡No lea usted!... ¡Si en ese libro no va usted a encontrar verdades más grandes que estas que yo le voy explicando!... Usted ahora se halla a gusto porque hace calor; los termómetros, a la sombra, marcan cuarenta grados...; pero dentro de un rato, quizás antes de almorzar, atravesaremos una zona de frío que le van a salir sabañones a la chimenea del buque, y hasta los fogoneros van a comprarse mitones... (*Examinando detenidamente los pies del religioso.*) ¿Pero usted no ve que todos usamos calcetines?... ¿O es que anda usted así por llamar la atención?...

Los circunstantes ríen. El franciscano balbucea frases que nadie comprende, y se ruboriza.

Don Antonio.—Yo, el primer día que le vi a usted así, con los pies al aire, pensé: «Será una distracción...» Pero a la mañana siguiente me dije: "Pues no es una distracción; es que el padre no tendrá calcetines; se le habrán concluído... (*Transición.*) ¿Usted se marea?

El fraile.—Algunas veces.

Don Antonio.—¿Ve usted? Para librarse del mareo nada mejor que llevar los pies abrigados.

El fraile (*por decir algo*).—Acabará por convencerme.

Don Antonio.—De eso estoy yo tan seguro como de que no seré fraile. (*Amistoso.*) Yo comprendo que usted me aborrece... yo sé que se alegraría de que yo, verbigracia, me cayese al mar... (*El descalzo hece con la cabeza enérgicos movimientos negativos.*) Pero... ¿usted conoce la razón de que insista tanto?... Se la voy a decir: yo, además de vinos, represento una importante casa de géneros de punto; yo tengo familia... ¿usted me entiende?

El fraile (*ingenuo*).—No muy bien.

Don Antonio.—Que si el día de mañana, yo, ¡un pobre viajante de comercio!, puedo decir que he conseguido que un fraile franciscano use calcetines, el pan de mis hijos está asegurado; porque eso de persuadir a un fraile no lo hace todo el mundo. (*Pausa.*) Bueno. ¿Qué tiene usted que contestarme? ¿Se declara usted vencido?... Esta tarde, cuando estemos solitos, yo le enseñaré a usted los muestrarios que traigo: hay calcetines de todos colores: negros, blancos, azules, a rayas... que hacen la pierna muy bonita... ¡Hombre, se me ocurre una idea! Llévese usted una docenita de calcetines de color de carne, y así apenas se ven...

Transcurrieron otros dos días; ya Colón había quedado atrás, y del lado de estribor, muy lejos, las costas panameñas insinuaban una línea azul. El fraile, lejos de molestarse con las bromas de don Antonio, se hizo amigo de éste. El franciscano era alegre, sabía granjearse simpatías y la noche vís-

pera de nuestra llegada a Puerto Colombia, subió a cubierta... ¡con calcetines!... En seguida se los quitó, pero es lo cierto que se los puso. El fraile fué calurosamente ovacionado y a don Antonio le costó su victoria una botella de *champagne*.

«Quinito.»

No bien hablamos tres o cuatro veces con una persona, y la conversación establece entre ella y nosotros cierta confianza, esa persona nos dice:

—Si yo le refiriese a usted mi historia podría usted componer una novela.

Los escritores suelen burlarse de estas declaraciones, en las que sólo ven ingenuidad y vanidad pueriles. Mi crueldad, sin embargo, no va tan lejos; yo no me río. Nuestra pobre vida, con su larguísimo acompañamiento de enfermedades, de afanes y de reveses, trasuda amargura, y así no puede negarse que cualquiera de nosotros, chicos y grandes, mujeres y hombres, llevamos un drama dentro. La única diferencia esencial que advierto entre estos millones de dramas redúcese a que unos, los menos, son *teatrales*, y los otros no...; aquéllos interesan, los segundos aburren, y por eso los primeros únicamente despiertan la curiosidad. Nuestro egoísmo no transige con el dolor ajeno sino a condición de que ese dolor ha de divertirnos.

A los pocos días de llegar a Caracas conocí a *Quinito*; así firmaba él la carta donde me anunciaba una visita y su seguridad de que yo extraería, cuando menos, de su biografía, "un par de novelas". ¡Dos novelas!...

—"Gracias—pensé yo—que me sirvas para una crónica."

La figura de *Quinito* ratificó mi pesimismo. Vestía modestamente y sus ademanes ignoraban la

gran elocuencia silenciosa del aplomo. En su mirada no había voluntad. Tenía unas muñecas pueriles. Era pequeño, cenceño, cuellilargo... *Quinito* pesaría escasamente cincuenta kilos...

Comenzó a explicarse mientras sus manos daban vueltas y más vueltas a su sombrero de paja.

—Tengo tanto que contarle—decía—que no sé empezar...

Poco a poco fuí enterándome de que nació en Madrid, de que a los veinte años se marchó de su casa. Conoció *la bohemia*... A cada momento se interrumpía para exclamar:

—¡Oh, si yo le explicase!...

Y entornaba los ojos, cual si alguna cabalgata de espantables visiones desfilase ante él. Según hablaba, yo iba convenciéndome de que *Quinito* era de esos hombres inofensivos que, desorbitados por nadie sabría qué extraño virus folletinesco, procuran desacreditarse, avillanarse, y persuadirnos de que son unos redomados bribones. El tipo abunda mucho.

Inesperadamente mi colocutor cesó en sus divagaciones. ¡Basta de generalidades! *Quinito* quería concretar.

—¿Cuánto tiempo puede usted dedicarme?—interrogó.

Aunque nada tenía que hacer, arrugué el entrecejo y adopté un aire preocupado. Miré mi reloj. Yo no conseguía tomar a *Quinito* "en serio".

—Media hora—insinué.

—Es poco.

—¿Una hora?

—No, señor. Es poco.

—¡Puñales!... Supongo que la biografía de usted no será tan laboriosa como la de Chateaubriand.

El semblante seco y amarillento de *Quinito* se cubrió de gravedad.

—Yo—dijo—para contar mi historia necesito dos horas.

Viéndole así, sentado en una silla, tan pequeñín, tan insignificante, y encogido en la actitud del hom-

bre que descorcha una botella, me parecía un muñeco "de cuerda". *Quinito* calculaba exactamente lo que había de prolongarse su confesión; hablaba con taxímetro... Y me asaltaron unos furiosos y descorteses impulsos de reir.

—¿Nada menos de dos horas necesita usted para entreabrirme su corazón?

—Nada menos.

Quien hubiese llegado en aquel instante hubiera creído que yo deseaba comprarle algo a *Quinito*, y que regateábamos el precio.

—Porque yo no aspiro únicamente—continuó—a que usted conozca escuetamente los hechos de mi vida; quiero, además, que descienda al fondo de mi espíritu y se empape en el ambiente de las crisis psicológicas por que he pasado.

—¡Cáscaras!

—Como usted lo oye. Sabrá usted cosas que, de no haber venido usted a Caracas, hubieran bajado a la tumba conmigo.

—¡Pero eso equivale a leerse un volumen de trescientas páginas!...

—Poco más o menos.

Curioso de ver lo que *Quinito* haría, repuse:

—Entonces otro día hablaremos; hoy no dispongo de tiempo.

—Perfectamente; yo volveré por aquí.

—Cuando usted guste.

Y se fué, inexorable, llevándose a la calle su secreto.

Yo almorzaba todos los días en el Hotel Klindt—que, dicho sea de pasada, sólo me atreveré a recomendar a mis enemigos—y muchas tardes, a través de la puerta de cristales del comedor, veía ir y venir la figura macilenta, minúscula y vigilante de *Quinito*, que me atisbaba, apuntándome con su historia como con un fusil.

Volvió a visitarme y apenas nos saludamos, quiso informarse del tiempo que mis quehaceres le otorgaban. Por atormentarle repliqué:

—Dispongo de una hora.

—Necesito dos: ya se lo dije.

Procuré ablandarle.

—Pero seamos razonables. ¿Qué edad tiene usted?

—Cuarenta años.

—Muy bien; ¿a qué edad dejó usted el hogar de sus padres?

—A los veinte.

—Le quedan a usted, de consiguiente, veinte años de vida aventurera. ¿Y no cree usted que una historia de veinte años—aunque esa historia sea la mismísima biografía de Hernán Cortés—cabe en una hora de conversación?

A *Quinito*, que me miraba fijamente, le temblaron los párpados. Yo creí que iba a rebajar diez, quince minutos, de «su cuenta»... Pero me equivoqué.

—No, señor; me son indispensables dos horas; mi vida no cabe en menos de dos horas... y eso... ¡hablando de prisa!

—¡Qué tozudo es usted!—interrumpí—. Supongamos que usted es un personaje de tragedia griega, un héroe de Sófocles. Admitamos que usted, como Edipo, se ha enamorado de su madre y ha matado a su padre, y que más tarde envenenó usted a sus hermanas para heredarlas... ¿Cuánto he tardado en hilvanar estos horrores? Apenas medio minuto. Ea, desembuche usted: ya le oigo. Crea usted que una hora bien administrada da mucho de sí. No imitemos a Castelar.

Quinito luchó desesperadamente por arrancarme aquella otra hora que yo le negaba, y al fin se retiró vencido, pero sin descoser sus labios. Hoy me arrepiento de mi actitud. ¿Por qué le dejé marchar cuando yo aquella tarde, realmente, no tenía nada que hacer? ¿Quién sabe si su historia guardaba un capítulo, una página, una frase, siquiera, ¡interesante!... ¿Por qué no le hice hablar? ¿Por qué no le permití acercarse a mi corazón?

Ahora, según el tiempo huye, la figura de *Quinito* se agranda. El misterio de lo que quiso decir, y no dijo, le envuelve, le magnifica, le exalta, y con su sombrerillo de paja parece tocar a las nubes. *Quinito* se ha convertido a mis ojos en un signo de interrogación. En el desierto de mi vida, llanura cubierta por la arena gris de las horas tediosas, de las horas vulgares, *Quinito* es la Esfinge...

OTRAS SILUETAS PINTORESCAS

El irreductible

Este tipo no abunda; solemos encontrarlo en las pequeñas ciudades, y cuando nos tropezamos con él nos produce, en los primeros momentos, una inquietud. Su frialdad, su corrección, imperceptiblemente desdeñosa, clavan sutilísimos alfileres en nuestra vanidad.

—¿Por qué este hombre me acoge así?—pensamos.

Procuraremos atraerle, capturarle entre las mallas de una conversación que sabemos ha de serle grata. Muy pocas veces conseguimos vencerle; como luchamos contra su propósito, bien deliberado, de "no amarnos", generalmente los vencidos somos nosotros. Luego le olvidamos: entre la muchedumbre de personas efusivas, bondadosas, alegres, progresistas, curiosas, que vienen a traernos las dulzuras de su hospitalidad, la figura esquiva, casi siempre pálida, cual roída por los vinagres de la envidia, del "irreductible", se olvida pronto.

Le conocimos en una estación de ferrocarril, entre el grupo de amigos que nos aguardaban; o en una carretera, a ocho o diez kilómetros de la población adonde nos dirigíamos. En este segundo caso la escena tiene más fuerza.

Desde nuestro automóvil acabamos de divisar,

allá lejos, otros automóviles que corren veloces hacia nosotros. "Deben de ser—pensamos—Fulano y Mengano que salen a recibirnos"...; y el corazón experimenta un sobresalto y una alegría. Miramos atentamente y vemos la blancura de unos pañuelos que nos saludan: imposible dudar; son "Ellos"... Ya estamos muy cerca; ya se distinguen las caras. Nuestro *chauffeur* acorta la marcha; los coches que llegan acaban de detenerse casi en fila, y componen una especie de trinchera que cierra el camino. También nosotros hacemos alto e inmediatamente echamos pie a tierra. "Ellos" hacen lo mismo, y son más de veinte personas las que se acercan. Sus trajes son democráticos, familiares; trajes "de campo". Al frente de "la Comisión encargada de recibirnos", marchan Mengano y Fulano, los dos únicos amigos a quienes anunciamos nuestro viaje y a los que sólo conocemos "por carta". Ellos nos presentan a los demás, y los saludos de bienvenida comienzan.

—El señor alcalde...

Un apretón de manos.

—El señor Equis, presidente de la Colonia Española.

Otro apretón de manos, muy fuerte.

—El señor presidente del Ateneo.

Lo mismo.

—El señor A, periodista...; el señor B, también periodista...; el señor C, rentista...; el señor D, concejal...; el señor E, juez de instrucción...; el señor F, dueño del hotel donde va usted a hospedarse...

Las figuras van desfilando ante nosotros sencillas y cordiales, y cada cual, con la mano que nos da a estrechar, parece prendernos en el alma una simpatía. Después Mengano y Fulano, a dúo, nos presentan al señor R; un señor en quien ya habíamos adivinado el deseo de no ser presentado o de ser presentado el último.

—El señor R — nos dicen — es un hombre muy culto; un hombre cultísimo... ¡Ha estado en Europa...!

El señor R hace gestos y mira al suelo polvoriento, pero sin ruborizarse.

—Es—prosiguen—, dicho sea sin intención de adularle, de lo mejorcito que tenemos.

Con la mejor voluntad estrechamos la mano, poco expresiva en esta ocasión, del señor R.

"Pertenece al grupo antipático, enfermo de presunciones, de "los irreductibles"—pensamos.

Efectivamente; después sabemos que aquel señor tan callado, tan incoloro, es un terrible "independiente", un iconoclasta furibundo que aborrece todo lo español.

Los que le dirigen estos cargos lo hacen sonriendo, y él, escuchándoles, también sonríe. El señor R se cree un hombre "aparte", un hombre de "ideas" e imagina demostrar superioridad no estimando a nadie. Al señor R podría argüírsele que, con arreglo a su criterio, el salvaje emplumado que no admira a Cervantes ni a Marconi, es un hombre superior.

Fulano y Mengano—buenos muchachos—añaden:

—Nuestro amigo R no quería venir con nosotros: ¡él es así!... Pero, al fin, se decidió...

El señor R replica, dedicándonos una leve inclinación de cabeza:

—Ahora me alegro de haber venido.

Y sonríe, feliz de haber hallado, tan a tiempo, una frase urbana.

Emprendemos el regreso a la ciudad. El señor R ha vuelto a hallar su actitud fría, su silencio que parece disimular una reprobación. Durante el viaje, primero, y luego en el salón del hotel adonde la cortesía de nuestros nuevos amigos le ha arrastrado, cultiva el mismo gesto expectante. El señor R nos observa atentamente, con perseverancia molesta, y si acertamos a decir algo que interesa o hace reir a los circunstantes, él nos mirará inmutable, complaciéndose en darnos a entender que nuestras palabras no le sorprenden, que está acostumbrado a oir mucho bueno y que los vericuetos

que conducen a su simpatía están muy defendidos.

Después de permanecer a nuestro lado lo estrictamente mandado por los cánones de la buena crianza, el señor R desapareció casi sin hablar.

No volvió a visitarnos y siempre que le vimos fué de lejos.

No sabemos si "el irreductible" es alto o bajo, rubio o moreno; diríase que los contornos de su figura se esfumaron en el grave hermetismo de sus labios. Allá se quedó, en su pueblo, con sus celos, con sus envidias. Ahora de él sólo vemos los ojos: unos ojos que nos miran tenaces, aviesos, desconfiados, cual si envidiasen nuestra libertad, y nos odiasen sólo por eso: por libres...

El aconsejador.

He aquí un tipo internacional muy conocido, muy frecuente. ¿Quién no ha encontrado en su ruta un individuo—un "fracasado", casi siempre—que le dé consejos?... Y no debe sorprendernos que la especie abunde, pues los dictámenes, si se formulan con cierta prestancia, producen estimación y dinero a quien los reparte.

En la mayoría de los casos, y esto es lo que antes nos pica y enciende la ira, los aconsejadores dedican su sabiduría a "lo irreparable"; lo que significa que su experiencia—si alguna tienen—no sirve para nada. Comentarán prolijamente lo pasado, nunca lo futuro; nada o muy poco dirán referente a lo que intentamos hacer, y en cambio serán inagotables en la tarea baldía de demostrarnos que lo que hicimos fué mal hecho. Generalmente pasan de los cincuenta años: son unos pobres diablos que, no obstante la tremenda derrota de su vida, se creen por su edad capacitados para dirigirnos y aptos para salvar cualquier negocio. De teatros, de periódicos, de mi-

nas, de industrias, de comercio, de agricultura... de todo hablarán con suficiencia pasmosa.

—Ya sé—nos dice cualquiera de ellos—que ha emprendido usted "tal" asunto.

—Sí—respondemos—es cierto.

Nuestro interlocutor arquea las cejas, mira al suelo como para evitar que leamos en sus ojos su pensamiento, y suspira. Permanece callado unos instantes, titubea la cabeza... vuelve a suspirar...

—¡Qué lástima!—exclama.

—¿Por qué?...

Al hacer esta pregunta hay en nosotros una pequeña ansiedad.

—Porque sí: el asunto es bueno... ¡muy bueno!... pero... ¡no ha sabido usted enfocarlo!... ¡Si me lo hubiese usted dicho a mí!...

—¿Usted entiende de eso?

—¡Cómo, si entiendo!... Tengo más de veinte años de experiencia. ¿Cuánto arriesga usted en esa empresa? ¿Cuatro mil dólares? Pues yo, con mil... ¡qué digo con mil!... con quinientos dólares... ¡sólo con quinientos dólares... me comprometo a sacarle al negocio más provecho que usted!

Estos desdichados se parecen a los vendedores de billetes de lotería, que pregonan: "¡A quién le doy la suerte! ¡Llevo el premio mayor!..." Mientras vagabundean por las calles con el fondillo roto y los pies descalzos...

En New York conocí a un individuo que había sido empresario de teatros. Le llamaremos "Pérez". Este hombre fué rico varias veces y otras tantas se arruinó; conoció toda clase de vicisitudes, recorrió muchos países, enviudó, y tras mil andanzas, hallándose viejo y pobre, se casó con una mujer muy linda. El heroísmo se manifiesta de diversos modos.

Pérez era un "aconsejador" implacable; y lo que es aún peor, un aconsejador que cobraba los consejos que nadie le pedía. Al menos yo, durante más de quince días, estuve pagándoselos a diez pesetas, uno con otro.

Buen madrugador, como todos los necesitados, fué a verme una mañana; estos pequeños sinsabores económicos me los daba siempre por las mañanas: los disgustos, al igual que los purgantes, en ayunas producen más efecto.

—¿Cuándo da usted su primera conferencia?—entró diciendo.

—No lo sé—repliqué—; no tengo teatro.

—¿Por qué no alquila usted el "Carnegie Hall"?

—Porque está pedido hasta mediados de abril y nos hallamos en febrero; yo no puedo aguardar tanto tiempo.

Pérez sonrió con lástima:

—Si usted me hubiese dicho que quería el "Carnegie Hall", el "Carnegie Hall" sería suyo a estas horas. Yo soy íntimo amigo del administrador.

—No sabía... ¡Sí que lo siento!

Pérez creyó en mi pena, lo que le hinchó de satisfacción.

—Usted no me concede importancia—dijo—y no me extraña. ¡Claro!... Como ando tan mal vestido...

Me regañó un poco, hizo algunas consideraciones relativas a la humana ingratitud, censuró agriamente a quienes, como yo, juzgan del mérito de los hombres por su traje, y antes de marcharse me sacó dos dólares.

Al día siguiente sucedió lo mismo, y al otro y al otro... Todas las mañanas hallaba palabras nuevas con que celebrar mis facultades de artista, me daba un consejo y me quitaba dos dólares. No he visto jamás una constancia superior a la suya. Al principio solía agradecerme el favor con frases corteses; luego, ni eso; el cobro cotidiano de aquellas diez pesetas se había convertido para él, en un hábito. Y no es lo raro que Pérez se hubiese acostumbrado tan pronto a cobrar; lo fabuloso es que yo, en virtud de la fuerza envolvente de la costumbre, me habitué de tal modo a pagar, que apenas le veía entrar en mi cuarto, a la vez que la mano le daba "lo suyo".

Una mañana le dije que ya había encontrado teatro. La noticia le supo a confites.

—¿Cuál?—preguntó.

—El de la calle Treinta y nueve, esquina a Broadway.

Tras una pausa bien calculada hizo un guiño desdeñoso.

—¿No le gusta a usted?

—¡Psch... no es malo!

Después de otro silencio agregó:

—¿Cuánto le cuesta a usted?

—Doscientos dólares.

—¡¡Por noche!!... Parecía aterrado.

—Evidentemente: ¿creía usted que era a la semana?...

Comenzó a recorrer a zancadas presurosas la habitación, los brazos en alto, las manos abiertas.

—¡Qué atrocidad!...—repetía—; ¡qué disparate!... Le han estafado a usted y lo celebro mucho. ¡Doscientos dólares!... ¡Qué robo! Ese teatro, ¿entiende usted?, ese mismo teatro, si usted me lo dice, lo alquilo yo por cincuenta duros... ¡Sí, señor!... Y me he excedido: por cuarenta duros se lo alquilo a usted. Hay muy pocas personas que sepan de asuntos teatrales más que yo. Usted es un inocente...

No le dejé concluir; acababan de salírseme los pies de los estribos:

—¡Señor Pérez!—grité—quien como usted llegó a viejo sin haber triunfado, ni como hombre de negocios ni como artista, no tiene derecho a emitir su opinión en ninguna parte. Si, desde que nació, caminó usted de fracaso en fracaso, ¿quién tendrá fe en sus palabras?... ¡Se acabaron los consejos! Márchese con ellos y con su "inutilidad" a otra parte. No le aguanto ni medio minuto más. ¡Lárguese de aquí!

Pérez se fué; llevaba los ojos húmedos. ¡El pobre!... Quizás pequé de duro en aquella ocasión, y por eso, ahora, al recordarle, sufro muy hondo, muy leve, el dolorcillo de un remordimiento.

Un periodista.

La escena en el "Hotel Inglaterra", de San Juan de Puerto Rico. Son las tres de la tarde. Yo cruzo el patio, decorado con macetas y mecedoras de mimbre, que sirve de salón al establecimiento, cuando me sale al encuentro un joven de buen talle, de ojos inteligentes, de aspecto simpático y exótico. Enmarca su rostro descolorido una de aquellas melenas negras y rebeldes que amaba Mürger.

—Deseaba hacerle a usted una *interview* — me dice—; ¿no recibió usted mi carta? Yo soy Equis.

—¡Ah, sí!...

—¿Puede usted complacerme?

Vacilo un poco:

—Sí; bien... pero...

—¿Dispone usted de poco tiempo?

—De una hora.

—Es lo suficiente.

Y añade, indicándome una mecedora:

—Puede usted sentarse.

Obedezco, sorprendido; yo creía hallarme en mi casa... Equis saca un paquete de cuartillas en blanco y un lápiz, y exclama con un entusiasmo altamente halagador para mí:

—¡Quién iba a decirme que un día estaríamos juntos! Yo tenía muchos, muchísimos deseos, de conocer a usted. Cuando leí su primera novela, yo no habría cumplido aún los doce años. Voy a contarle a usted cómo empecé a escribir...

Equis, que pertenece a esos conversadores que en su hablar jamás hacen "punto y aparte", sino "punto y seguido", me refiere la historia—poco interesante, en verdad—de sus primeros pinitos literarios. Yo procuro dedicarle una atención correcta. Cuando termina son las tres y quince minutos.

—Supongo—continúa—que la primera juventud de usted, allá en Madrid y en París, habrá sido accidentadísima...

Yo, francamente, no sé qué responder. Al fin me resuelvo a decir algo, pero él me interrumpe:

—La juventud de usted habrá sido como la mía. Mis veinte años fueron espantosos; un verdadero vértigo. Yo tuve relaciones con una mujer...

Sin piedad me informa de cómo conoció aquella mujer y de cuanto le aconteció con ella. Yo me duermo; la historia es larguísima y no me parece extraordinaria. Además... ¡hace tanto calor!... Dan las tres y media.

Ahora Equis, siempre férvido, siempre copioso, se declara un sensual, un terrible sensual, y con alegría estudiantil va confesándome todos sus defectos, de los cuales el "defecto de hablar" no es seguramente el menor; ¡pero él no lo sabe!... Equis pone un afán irrevocable en convencerme de que le gustan las mujeres, el juego y el vino. ¿A qué ese empeño de ofrecerse a mis ojos como un perdulario? ¿Para qué tanta modestia?... Además, todo ello me parece bien...

—¿Conoce usted ya la isla?—pregunta.

—No, señor; todavía no.

—Yo, sí: es bellísima.

Y me la describe. Después, con gesto desengañado, me asegura que en San Juan de Puerto Rico no existe verdadero ambiente literario.

—Sin embargo—continúa optimista—yo publiqué aquí un libro que obtuvo un éxito enorme.

Me cuenta la historia de aquel primer libro: cómo lo concibió, cómo lo escribió, cómo lo imprimió, cómo lo vendió...; y yo asisto, los párpados medio cerrados, a la venta, ejemplar por ejemplar, de toda la edición. Afortunadamente la bibliografía de Equis es muy corta. Miro con disimulo mi reloj; las cuatro y diez...

Doy un salto, mi "querido compañero" comprende y se pone de pie. ¡Dios se lo premie!

—Perdone usted—exclama—ahora recuerdo que usted tenía que hacer...

Mira sus cuartillas, en las que no ha escrito ni un solo renglón, y se echa a reir.

—La *interview* ha resultado "al revés", porque de los dos el único que hizo declaraciones fuí yo. Usted no ha dicho nada.

—No me ha dado usted tiempo.

—¡Es verdad!... ¿En qué estaría yo pensando?

Parece muy contrariado y se muerde los labios; antes debió mordérselos.

—Mañana—dice—volveremos a reunirnos, y mañana será usted quien hable.

—Si usted me lo permite...

NUEVOS PERFILES PINTORESCOS

El asustado.

Le conocí a bordo de la *Santa Rosa*, una de las lanchas-gasolinas que cubren en cuatro horas aproximadamente la distancia entre Puerto Limón y la playa de Gandoca, inmediata a la desembocadura del río Sixaola, que por el litoral atlántico separa la república de Costa Rica de la panameña.

Aquel hombre llevaba cinceladas en su rostro afeitado y amarillo las mil arruguitas que traducen la inquietud, el miedo, el sobresalto, los remordimientos, la inseguridad en uno mismo...; todas las depresiones, en fin, del ánimo. Cuando le vi aparecer cargado de maletas, el débil cuerpecillo inclinado en la actitud humilde de la persona "que pide permiso", las mejillas y los labios descoloridos, y las cejas dibujando un acento circunflejo sobre la frente, pensé:

—Este hombre se ha fugado de alguna parte y viene huyendo...

Esta opinión debió de ser general, pues la mayoría de los pasajeros comenzaron a observar al desconocido de un modo insistente. Durante el viaje, el hombre sospechoso se mantuvo aparte y solitario, junto a la borda.

Yo meditaba, compasivo:

—¿Qué sucederá en su alma? ¿Qué mala acción

habrá cometido?... Quizás el desdichado trata de elegir entre la prisión que le acecha y el suicidio.

La *Santa Rosa* había fondeado a menos de una milla de Gandoca; el pésimo humor del mar y las insuaves condiciones de la costa impedían al timonel acercarse más. Para desembarcar necesitábamos ganar la playa a remo en unas embarcaciones que ya se aproximaban, y al llegar a cierto sitio arenoso que los botes no podían trasponer, dejar que los remeros nos llevasen a tierra en brazos. Claro es que, merced a este sistema primitivo de locomoción, puedo decir que en muchos países centroamericanos me recibieron "con los brazos abiertos"; pero ello, sin embargo, me molesta: hay algo depresivo en esto de sentirnos separados del suelo y cargados y manejados como peleles.

La expresión pusilánime del Desconocido se agravó y exageró en términos que me apiadé de él.

—No tenga usted miedo—le dije—; no corremos ningún peligro; este litoral es poco profundo.

El sonrió con la sonrisa exangüe de un sentenciado a muerte.

—No, señor—repuso—; si yo no tengo miedo; yo nado como un pez.

Reconocí que mi interlocutor, efectivamente, no estaba asustado. El pánico que afligía su rostro no alcanzaba a su corazón; era puramente epidérmico. Aquel hombre tenía la expresión empavorecida, como otros la tienen perpleja, o risueña o terrible, y esta circunstancia le hacía sospechoso. Cada semblante nos sugiere una disposición de alma: vemos, verbigracia, una cara fosca, y, sin advertirlo, la nuestra se enfosca también; nos irritamos con quien se irrita y sonreímos al que nos aborda risueño y cordial. Aquel pobre hombre, con su rostro asustado, sólo ideas de desconfianza inspiraba. Verle y sentir deseos de gritarle: "¡Alto a la Guardia civil!...", era todo uno.

En la aduana de Colón, minutos antes de tomar el tren para Panamá, le detuvieron; sus miradas

oblicuas, lo cohibido de sus ademanes, la timidez que revelaba al caminar, al sentarse, al comprar su billete, interesaron la atención de la policía; sin duda le creyeron espía alemán. Inmediamente fué conducido a una oficina de Vigilancia, donde le registraron y desnudaron. ¡La cara que, a pesar de su inocencia, pondría el desdichado al verse entre las uñas de la Justicia!...

Verdaderamente, las personas que nacieron con la desgracia de un semblante así, no debían viajar. Porque las gentes consideran que si "la cara es el espejo del alma", un rostro asustado delata una alma poco limpia.

Las pequeñas vanidades.

En una ciudad de Colombia me presentaron a un señor cuarentón, alto, gordo, afeitado, de aspecto sencillo y bonachón. Se llamaba—ojalá continúe llamándose así larguísimos años—don Pedro. Al pronto no reparamos en él; luego sí. Era un hombre tranquilo, de inteligencia mediocre, pero muy cortés y de una lenta y certera simpatía personal. A esta gran fuerza añadía el mérito de una positiva modestia. Jamás le vi descubrir empeño en significarse, y su constante ecuanimidad le permitía aceptar sin trabajo todas las opiniones. Si hallándonos varios amigos juntos en una casa, queríamos ir de una habitación a otra, el último que pasaba la puerta era él; si éramos muchos a hablar, la última voz que se dejaba oir, pastosa, cachazuda y cordial, era la suya,

A poco de tratarnos nació entre nosotros un muy buen afecto. Don Pedro nunca se confiaba, pero el reposo de su espíritu se comunicaba rápidamente a su interlocutor y a su lado, bajo el mirar de sus ojos apacibles y leales, se hallaba uno bien. En sus mocedades había sido guerrillero—; ¿qué hispanoamericano no lo fué alguna vez?... Cuando le co-

nocí disfrutaba de medios de fortona y se dedicaba al comercio.

Un día, hallándonos de sobremesa los dos, don Pedro me abrió su corazón un poco más que de costumbre y pude registrar mejor el fondo de su alma: ¡qué sorpresa la mía! Aquel hombre llevaba oculto en los arcanos hondísimos de su conciencia un formidable vanidoso. ¿Lo hubiese creído nadie?

—Donde usted me ve—decía—yo soy un individuo de extraordinaria voluntad. ¿Usted cómo anda de voluntad?

—Muy mal; en palotes.

—Yo, muy bien.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque en mis temporadas de ocio, que fueron frecuentes y largas, para distraerme y hacer algo me dediqué a contrariarme, a prohibirme aquello, cabalmente, que más me gustaba, y siempre mi decisión derrotó a mi deseo. Es una gimnasia moral excelente.

Don Pedro se animaba y en sus ojos placenteros fulguraban luces extrañas de rebeldía.

—¿Quiere usted ejemplos?—continuó—. Pues allá va uno. Yo era antes un señor que se fumaba veinticinco y treinta tabacos al día; era un vicio que me dominaba y no me hacía daño. Una noche, en un banquete, se me ocurrió decir:

—Yo sería capaz de dejar de fumar.

—¿A que no?—exclamaron mis amigos.

—¿Que no?... A partir de este instante. Y tiré al suelo el tabaco que tenía en la boca.

—¡Y no ha vuelto usted a fumar!—exclamé congestionado de asombro.

—Ni un pitillo: y hace de esto que le cuento más de dos años.

No paraban aquí los hazañosos alardes de don Pedro.

—Yo, por aquella época—prosiguió—bebía bastante; no era un alcohólico, precisamente, pero entre los mejores bebedores figuraba yo: vinos, lico-

res, cerveza, coñac, ron, wiski, ginebra... todo me parecía bueno. Hasta que un día dije, así también, de repente, por capricho: "No bebo más". Y no he vuelto a beber.

El espíritu nietzscheano de don Pedro me pareció tan extrahumano, que hablé de él con varias personas que le conocían de muy atrás, y todas se manifestaban tan pasmadas como yo.

—Es cierto—declararon—; una vez dijo: "No fumo más"; y no volvió a fumar. Otra vez dijo: "No bebo más"; y no volvió a beber.

Consideremos ahora las inaccesibles cumbres de amor propio, los caudales ingentes de vanidad que necesita un hombre para imponerse y verificar tamaños sacrificios,

La mayoría de las personas—por no decir todas las personas—que realizan algo notable, es "para que se sepa". Sin el humo áureo de la gloria, sin la esperanza de vivir en la memoria de la posteridad, no hubiera habido sabios, ni artistas, ni conquistadores, ni mártires.

En el teatro, reflejo de la vida, los comediantes, si ven que no hay público, trabajan peor.

Por eso don Pedro, hundido en el silencio de su tierra colombiana, es admirable y es heroico. Su orgullo lo abarca todo, su vanidad se extiende de horizonte a horizonte. El principal aplauso lo busca en sí mismo. Don Pedro es "un selecto" que no necesita del incienso de las muchedumbres para comportarse de un modo extraordinario; le basta el elogio de tres o cuatro amigos: sólo para ellos, para que le admirasen, cesó de fumar y se declaró "estado seco."

La verdad es que si esta voluntad la hubiese aplicado a abrir un agujero en la tierra, habría llegado a los antípodas.

El poeta-hércules.

Yo iba a salir a escena cuando, precipitadamente, me detuvieron cinco o seis amigos que llegaban acompañando a una especie de gigantón vestido de smoking. Sobre aquel grupo de hombres de estatura vulgar, la cabeza, orlada de cabellos absalónicos del coloso, sobresalía lo menos dos palmos.

—El señor B, distinguidísimo poeta.

Los labios del jayán se distendieron risueños sobre la blancura lobuna de una enorme caja dental, apoderóse de mi mano que, aunque grande, puesta en la suya parecía la mano de un niño, me la estrujó y en testimonio de afecto me sacudió el brazo con tal rudeza que su amistad me llegó al hombro.

Era el caso que B había "improvisado" un soneto en mi alabanza, y deseaba recitárselo al público. Para obtener mi autorización iban a verme. Yo accedí gustosísimo, y acordamos que B recitase en "el intermedio".

—Hasta luego, pues.

Comenzó el espectáculo. Al finar la primera parte del programa y después de inclinarme varias veces, modesto y alegre, bajo los aplausos de la sala, avancé hacia la batería con la diestra extendida y el semblante reidero del hombre que va a dar una buena noticia:

—Señores...

Cesó el murmullo de las conversaciones, detúvose el vaivén coquetón de los abanicos, los impacientes, que ya se levantaban para salir a fumar, volvieron a sentarse. En aquel silencio, ante la espectación de tantos rostros vueltos hacia mí, continué:

—Tengo el honor de anunciarles que el ilustre poeta señor B pide permiso para decir un soneto que me dedica y que acaba de improvisar...

Varias voces:—¡Sí!... ¡Sí!...

Las damas sonríen, los hombres aplauden, los fumadores se resignan considerando que un soneto es "cosa corta", y yo me eclipso haciendo reverencias.

Junto a la primera caja, mis amigos y el gigante me esperan. El gigante parece emocionadísimo.

—Vamos—exclama cogiéndome de un brazo.

—¿Adónde?

—A escena; usted viene conmigo.

Trata de arrastrarme; yo me defiendo y lo hago con heroísmo ejemplar.

—¿Para qué quiere usted que le acompañe?

—Es indispensable.

—¿Por qué es indispensable?

—Sí, hombre; en mi soneto digo: "Aquí le tenemos". ¿Usted comprende? Es preciso que el público le vea...

—No es preciso; el público ya me conoce, el público sabe que estoy aquí... Cuando usted termine, entonces sí, saldré...

Él hizo un gesto desesperado que sacudió, que convulsionó, todo su ciclópeo corpachón.

Su mano entretanto continuaba pesando sobre mi hombro. Yo, disimuladamente, para no descubrir flaqueza, me había agarrado a las cuerdas del telón. Esta porfía, sostenida en voz baja en la obscuridad de los bastidores, tenía una vehemencia angustiadora. Los circunstantes, cuya alianza yo solicitaba con los ojos, no decían nada; se limitaban a oir: ni aprobaban mi negativa, ni la desaprobaban.

—Pero ¿no comprende usted—insistía yo—que si le acompaño ahí fuera voy a colocarme en una actitud ridícula?... Usted, seguramente, me dirá en su soneto cosas agradables... ¿Qué haré yo entretanto?... ¿Dónde pondré las manos?... ¿Adónde miraré? ¿Quiere usted que me ruborice como "primer premio" de un Concurso de virtud?...

El hércules no hizo caso.

—¡Venga!... ¡Sígame!...

Tirando de mí, a la fuerza, me sacó a escena. Un

aplauso formidable estalló en la sala. Yo me había quedado junto al telón de foro, con los pies vueltos, quizás, un poco hacia adentro y los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco. B adelantóse orondo, triunfal, y su prepotente vocerrón llenó los ámbitos.

—¡Soneto!—gritó—. "¡Improvisación!..."

Y allá fué el soneto, con la violencia de la piedra que sale de una honda. Las frases rimbombantes, los adjetivos, caían como granizada sobre los espectadores. Una estruendosa ovación premió la labor del poeta, que se curvaba con una flexibilidad de efebo ante aquel aroma de gloria. Yo no había comprendido el egotismo ni la vanidad infinita de los comediantes hasta entonces. ¿Por qué? No sabría decirlo; pero de súbito tuve celos crueles; celos del hombre que venía a triunfar sobre el mismo escenario donde yo estaba triunfando, y a llevarse unos pocos de aquellos aplausos que eran míos. Momentáneamente me sentí eclipsado y la envidia —vergüenza me da confesarlo—rebosó de mi corazón. ¿Cómo derrotar al rival que tan fácilmente me convertía en plataforma de su victoria? ¿Cómo volverle a la sombra? ¿Cómo conseguir que en tal instante la última ovación fuese para mí?...

Instantáneamente hallé el ardid, y dando algunos pasos:

—¡Noble público!—grité—. ¡Agradecido a este pueblo, que tantas cortesías tuvo conmigo, yo lo abrazo en la persona de su poeta!...

Y abriendo los brazos enlacé a B por la cintura; no me fué posible llegarle más arriba. La concurrencia, en pie, aplaudía. Yo pensaba, en tanto prolongaba mi "abrazo de Judas":

—Fastídiate; te he "pisado" el éxito.

Pero mi alegría fué efímera; yo no calculé que el poeta hércules iba a medirme con la mismísima vara con que yo acababa de medirle a él. Probablemente B experimentó los celos que yo acababa de sufrir, porque librándose de mí y aproximándose a la

batería cual si fuese a precipitarse de cabeza sobre los músicos, exclamó:

—¡Y yo, noble pueblo, interpretando tus deseos, doy a nuestro insigne huésped aquel estrecho abrazo de hermano que tú quisieras darle!...

Uniendo a la palabra la acción, me agarró y estrujó contra su pecho; yo sentí que mis pies se separaban del suelo y que debía de tener, suspendido así en el aire, el aspecto lamentable de un muñeco. Aquel torneo de cortesías amenazaba convertirse en una parodia de lucha greco-romana, y me dí por vencido.

Cuando descendió el telón y B y yo regresamos a bastidores, me hallaba humillado. Los últimos aplausos habían sido para él.

Artistas ignorados.

En casi todas las pequeñas ciudades el viajero saludó a un hombre sencillo, ecuánime, sobrio de palabras y un poco triste, enamorado fervoroso de Nuestra Señora la Belleza.

A veces ese hombre solitario es joven.

Ha ido a visitarnos con esa emoción que le inspiran las personas que sólo ha de ver una vez; los errantes que venimos de muy lejos y que pronto volveremos a marcharnos muy lejos... Tiene el recién llegado una silueta imprecisa de bohemio montmartrés, que le infunde en estos lugares tan apartados del Sena una melancolía de destierro: el rostro descolorido por las largas vigilias, ahondada la expresión de los ojos por el mucho imaginar y el mucho apetecer, la melena crecida, la corbata flotante, el traje negro, enlutado como la alegría...

Este solitario, que leyó bastante, ha sufrido con todos los refinamientos de Europa, y espera conocer algún día las tertulias literarias de Madrid, los bulevares de París, las nieblas londinenses, los canales venecianos, las ruinas sagradas de Roma. ¡Sí,

ver todo eso!... ¡Verlo una vez siquiera y morir!... Y al remover estas hondas y amarguísimas ansias de su espíritu, su voz tiembla, se apaga y parece cubrirse de sombras.

—Aquí es inútil trabajar—suspira—; aquí un escritor no encuentra lectores. De los cinco periódicos que tenemos, el de mayor circulación tira ochocientos ejemplares. ¿Qué milagros pueden hacerse con una Prensa así?...

Hay en su interrogación una pesadumbre resignada, infinita, que nos lastima el corazón... ¿Cómo desvanecerá la obscuridad de su nombre? ¿Cómo se impondrá a la desidia mental de los que no leen, y a la envidia burlona de cuantos se ríen de sus esfuerzos?...

Y aquel hombre, que colocado en otro ambiente más respirable, quizás llegase a ser un buen artista, me recuerda la agonía lenta de esos pececillos que los pescadores, al recoger sus redes, dejan olvidados, ahogándose sobre la arena, a orillas del mar.

—¿Ha publicado usted algún libro?—pregunto.

—No he podido. La impresión de un volumen de tres cientas páginas, exige un desembolso superior a mis recursos. Además, desconocido como soy, ¿quién compraría mi obra?...

Se interrumpe, descorazonado, y sobre nosotros el silencio vuelve a caer, solemne. Lejos se oye el rodar de un coche, pero pronto aquel ruido se esfuma en la paz de la ciudad muerta.

—¡Si yo fuese a Europa!—murmura el soñador.

Calla otra vez.

—¿Qué edad tiene usted?—interrogo.

—Veinticuatro años.

—¿Sin familia?...

"El ignorado" fija en mí un mirar de indescriptible, de incurable dolor, y responde:

—Casado y con cinco hijos.

¡Pobre esclavo! Siervo, primero, de sus impaciencias de vivir; siervo, después, de las más impe-

riosas cadenas de nuestro corazón!... ¿Cómo restituirle a la libertad? ¿Cómo aliviarle de las enormes obligaciones, de las tremendas responsabilidades, que le abruman? ¡Imposible...! Su miserable vida ya no es suya. En aquel pueblo—con ínfulas de ciudad—nació; allí envejece; allí morirá...

A su abatimiento uno el mío; ni una frase de optimismo he conseguido que suba a mis labios.

—Realmente—le digo—el pozo donde ha caído usted, es demasiado hondo. Desde esa sima ve usted la luz: ¡pero, está tan lejos...!

En otro país conocí a otro "vencido", también escritor. Era un sexagenario encorvadillo y rugoso, de ojos azules y pueriles, de cabellos blancos, de manos de abuelo, rugosas e inseguras. Dirigía, desde hacía cuarenta años, un diario que contaba con un núcleo de trescientos suscripciones; y había conocido en México al poeta Zorrilla, cuando el cantor de Granada era joven. A esto se reducía su historia, tan corta... ¡tan corta!... a pesar de ser tan larga.

Al despedirnos me regaló tres folletos, impresos en un papel sutil, amarilleado por el tiempo y la humedad, en cuya anteportada su mano trémula, fatigada de escribir sin éxito, había trazado una dedicatoria.

¡Artistas ignorados!... Que estos renglones del hermano que pasa, tengan para vuestras frentes cansadas, la dulzura de una caricia, la suavidad cristiana de una oración.

MUJERES

La mujer tiende con notable tenacidad a conservar los rasgos del padre; en esto, como en otras muchas virtudes, supera al hombre. La naturaleza lo ordenó así porque la misión de aquélla es ser madre; ser raíz, fuente, origen... y la naturaleza, que en su eterna ruta de selección busca "lo heterogéneo y definido", quiere que las sangres sean limpias.

Sorprende, pues, la pureza con que bajo la diversidad de climas del inmenso continente americano resurge, a intervalos, el tipo de la mujer española, y si consideramos que a esta pluralidad de latitudes y de condiciones geográficas ha de añadirse una mezcolanza babélica de pueblos, nos maravillará doblemente tropezarnos allá, en las profundidades de Colombia o del Perú, con un talle flexible y ágil de doncella andaluza, o con uno de esos rostros morenos, aguileños y graves, que son el verbo de Castilla. Yo recuerdo haber visto en una iglesia de Panamá, las manos cruzadas y de hinojos ante un Cristo, una vieja sarmentosa y enlutada, de nariz corva, de labios sumidos, de mejillas esqueléticas; una figura admirable y amarga, hecha de ocre y hollín, que era toda el alma de El Escorial.

Una de las primeras preguntas que los naturales de cada país hacen al viajero, es:

—¿Qué le parecen a usted nuestras mujeres?...

Y esta interrogación, aunque harto traída y vul-

garísima, no debe desdeñarse, pues son Ellas, mucho antes y muy por encima del cielo azul y del mar y de la nieve y de las flores y de las noches estrelladas y de todos los trinos con que los pájaros acogen el orto del sol, la síntesis de toda hermosura y el alquitarado compendio de toda delicia.

Las tres armas capitales que se esgrimen en los duelos del amor, son la belleza, la elegancia y la bondad. Evidentemente las dos cualidades primeras, porque impresionan antes y a traición, son las más temibles: ellas constituyen la vanguardia, las fuerzas que cada persona lleva "de avanzada", y disparan de un modo que sus saetas van a clavársenos en los ojos. La elegancia y la belleza "se ven" ...¿y quién esquivará su imán después de haberlo visto?... Nadie; que son los ojos, con respecto a nuestro enamoradizo corazón, como puertas que jamás hubiesen tenido llave.

La bondad es una virtud cristiana, que en estas peligrosas gestas del cariño representa una especie de segunda trinchera o de artillería gruesa. Su encanto—por cierto de los más seguros—se experimenta "después". La acción de la bondad no es fulgurante, como las de sus hermanas de conquista; el caminar de la bondad es lento; pero quizás por lo mismo las huellas que su dulzura deja en las almas, sean más hondas.

De estas tres excelencias las mujeres hispanoamericanas fueron dotadas próvidamente. Tienen la bondad, belleza del corazón; y conocen además la elegancia, que es aquel divino momento, todo ritmo, en el cual la materia parece dejar su pesantez, y diafanizarse y transmutarse en espíritu... y el espíritu, a su vez, pierde algo de su incorporeidad y se hace línea y carne rosada...

Finalmente, poseen la hermosura.

¡Y si Europa, la brumosa Europa, supiese cuán difícil le es a una mujer ser bella, completamente bella, en esos países donde la luz excesiva descubre los defectos más nimios!...

¿Habéis pasado algún invierno en New-York?... Los inviernos neoyorquinos son trágicos: nieva, llueve, graniza, ululean los vientos, y el frío es tan punzante, tan sutil, que suspende la circulación capilar y determina congestiones. Hay mañanas en que la densidad de la niebla interrumpe el tráfico de vehículos, y semanas enteras durante las cuales el alumbrado público no se apaga. El claror lechoso de las calles nevadas, y las brumas que ensucian el espacio, vierten sobre la metrópoli una rara luz difuminada, mentirosa, incopiable...

En aquel ambiente lleno de penumbras y fertilísimo, de consiguiente, en medias tintas, conocí a una señora cuya belleza, desde el primer momento, juzgué extraordinaria. Vestida de negro y envuelta en pieles, su silueta elegante adquiría, bajo la claridad sofística de las lamparillas eléctricas y sobre el fondo de las paredes grises y del moblaje obscuro del hotel, prestigios novelescos. Tenía la color mate, azabachados los cabellos, los ojos negrísimos, inmensos, dolientes, como el cristal de los pozos profundos...; y luego sus dientes blancos, blancos... que daban a su sonrisa una expresión malsana... la expresión de una novia muerta que sonriese todavía...

Meses después volví a verla en la Habana. Me recibió en un salón anegado en sol: los muros eran claros, de rejilla los muebles, el suelo de mármol blanquísimo. "Ella" misma apareció vestida de blanco, desnudos los brazos y el cuello... Y en el acto sentí que su recuerdo, aquella imagen suya, grácil, felina, que vivía en mi memoria, se desplomaba. No reconocí sus ojos, ni la sed de sus labios: me pareció más carnosa, más pequeña... y la ilusión se fué, murió; la había matado, con sus invisibles puñales, la luz tropical.

De esto deduzco que las mujeres que son hermosas en las tierras favoritas del sol, pueden triunfar en todas partes...

Las mujeres de España, dentro de los grandes

trazos o perfiles raciales comunes a todas ellas, manifiestan cualidades morales y rasgos anatómicos ligados severamente a las líneas étnicas propias de cada región ibérica: y así es facilísimo, a primera vista, diferenciar una andaluza de una catalana, o una vascongada de una castellana, o una aragonesa de una gallega, etc...

Pues de igual modo cada región de la América española produce mujeres que son «suyas», y, de consiguiente, que jamás podrán confundirse con las nacidas en ninguna otra parte; que así es, fuerte como «la marca» que cada ganadero pone, a fuego, en el anca de sus reses, la huella que la tierra, tan madre y tan inexorable a la vez, graba en los autóctonos de cada país.

Las cubanas, gruesas, perezosas, sensuales, ojinegras, exquisitamente imaginativas, perpetúan, a despecho de la influencia de los Estados-Unidos, la leyenda romántica y salvaje un Beso, una Puñalada, y una Cruz—de las mujeres andaluzas, nietas del Islam: la palmera de hojas lánguidas comprende el dolor de las columnas de la mezquita cordobesa; la «Media-Luna» pasó el mar y llora en los medios tonos de la güagira; *Las mil y una noches* pudieron escribirse bajo el cielo, maravilloso como la cola de un pavo real, de la isla de Cuba. A nacer dos siglos más tarde, Shackespeare hubiese puesto en Cuba el balcón de Verona...

La mujer guatemalteca, distinguida, señorial, melancólica, con algo de aquella melancolía devota que debió de informar el carácter de la muy sin fortuna doña Beatriz de Alvarado, perpetúa la severidad de Aragón y de Castilla.

La colombiana es prócer, como sus hermanas de Guatemala; pero por viajar más, su aristocracia es más moderna, más en consonancia y armonía con las liberalidades de nuestra época.

La nicaragüense, aunque obligada a vestir sencillamente—los rigores del clima no permiten complicados alardes de indumentaria—posee, en grado máximo, el don de la elegancia.

Las mujeres de Costa-Rica, ágiles, delgadas y conocedoras de la mágia musical de los movimientos, son tal vez, juntamente con sus hermanas de El Ecuador, las más «andaluzas» de la América hispana.

Y no olvidemos en esta relación, harto sucinta y hecha a vuela pluma, el garbo mimbreante de las caraqueñas; ni la espiritualidad frívola, genuínamente europea, de las peruanas; ni la alta jerarquía intelectual de las chilenas; ni tampoco a las argentinas, de pupilas de ébano y cabellos de sol, porque quizás fué en Buenos Aires donde el cruce violento de pueblos distintos produjo las mujeres más bellas del mundo; como si allí, en aquella New-York del sur, brotase con ellas, para bien de la vieja raza latina, un amanecer nuevo...

A estos tesoros de elegancia y de hermosura, debemos añadir—ya lo dijimos—un fondo enorme, un verdadero cimiento, de bondad. Ese caudaloso venero de pasión, de fidelidad y de rebeldías, que informa toda la ética de la hembra española; porque las mujeres nacidas en esta bravia tierra nuestra no son castas, precisamente, si no buenas, pues la castidad y la bondad o fidelidad no deben confundirse, dicho sea con permiso de los «señores moralistas»...

Hay mujeres absolutamente castas muy malas, porque su castidad se deriva de la dureza de su corazón; y otras que amaron libremente a un hombre, y no obstante son de bondad ejemplar, pues jamás, ni por codicia ni por amenazas, le engañarían. En España—resultado de influencias climatológicas, sin duda—la pasión ciega es ley. Sobre nuestra raza, tan prolífica, los imperativos del deseo pesan como una *jettatura*. Recordemos que la Historia de España es la única que nos habla de una reina loca de amor...

Hace mucho tiempo—más de diez y siete años—los periódicos refirieron un crimen repugnante, perpetrado en el pueblo extremeño de Don Benito. El

hecho fué así: dos o tres individuos penetraron de noche, y con alevosía, en el domicilio de una muchacha de gran hermosura, llamada María Calderón; y como ella les hiciese frente y se defendiera con furores de leona, ellos la cosieron a puñaladas. Y comentando este lance bárbaro escribimos entonces que España mucho debe esperar de esas mujeres suyas que, cuando no quieren, saben resistir hasta la muerte...

. . . .

Pues yo afirmo ahora que María Calderón, aunque murió doncella, ha dejado en la América española numerosas hijas; y que entre los brazos de hembras que saben odiar o querer así, hasta más allá de la perdición, la raza puede salvarse todavía.

DIAS DE ENCIERRO

El vapor *Zacapa*, de la *United Fruit Company*, nos trajo en poco más de treinta y ocho horas desde el minúsculo muelle de Santa Marta, en las costas colombianas, a la Aduana de Colón, en Panamá. Aquí, bajo los horrores de una temperatura hórrida y entre un infernal *bric-a-brac* de personas y maletas, los empleados examinaron nuestro equipaje y luego, en automóviles, fuimos conducidos al Lazareto.

El Lazareto de Cristóbal, situado a orillas del mar y circundado de cocoteros, es una casa de madera instalada, según el estilo "americano", sobre medias columnas de ladrillo. Tres pisos, paredes pintadas de gris, ventanas verdes, espaciosas galerías exteriores defendidas por una red metálica, tan sutil, que parece cristal, etc., etc. La techumbre, pendiente y muy saledíza, tiende sobre las cuatro fachadas de la finca una especie de visera.

PERSONAJES PRINCIPALES:—DON AMADO. Cincuenta años. Rentista. Estatura mediana, grueso, sanguíneo, las sienes desguarnecidas por las vigilias de una existencia consagrada al trabajo, y el bigote teñido de un negro magnífico. Viste de blanco.

DULCE LORENZA, esposa de don Amado. Veintitrés años. Alta, rubia, cimbreante, bonita, pavorosamente delgada y maestra en ciertas coqueterías y languideces estudiadas de actriz, que tienen la virtud de exasperar a su marido y de revolverle todas

las bilis... Lorenza, que vivió en París algún tiempo, se desarticularía por parecer francesa: habla mimosamente, con los labios casi cerrados; arrastra las rr, desfallece los ojos y a cada momento se remira en un espejito que lleva en un bolsillín de plata.

Personajes secundarios:—El matrimonio Ramírez: ella joven y él viejo. El matrimonio Díaz: ídem, ídem. Una señorita yanqui, que viaja sola. Otra señorita inglesa, que también viaja sola. Un colombiano, buen mozo. Un peruano, que tampoco es feo. Dos turcos, comerciantes. Un venezolano, enfermo de apendicitis, que viene a operarse en el ya famoso Hospital de Panamá. Un chino. Un negro.

Las seis de la tarde. Llueve abundantemente y don Amado, desde una galería del piso tercero, ve descender la lluvia. A un lado, el cielo y el mar se barajan y pierden en el mismo gris sucio; al otro, aparece un paisaje criollo: grupos de cocoteros y de lozanos bananales, y casitas de planta baja con techumbres bermejas de cinc. Una carretera asfaltada, de un negro lavado y reluciente, cruza el campo sobre el cual la pertinacia del aguacero comienza a formar grandes charcos. Por la carretera pasan, a cada momento, automóviles y coches, y viandantes con paraguas abiertos. Siempre que divisa uno de esos coches, don Amado se acuerda de aquel en donde "León", tuvo, por primera vez, entre sus brazos, a "Madame Bovary".

"Hay libros —piensa don Amado rememorando sus escasas lecturas— que siempre, de jóvenes como de viejos, nos producen la misma impresión.

Permanece absorto considerando cuanto podía ocurrir dentro de aquellos coches que escapan bajo el triple misterio del campo, del crepúsculo y de la lluvia. Luego recuerda que pronto llamarán a cenar, y que hace mucho tiempo que Dulce Lorenza dijo que iba a vestirse.

Don Amado (empujando la puerta de su habitación, que automáticamente se cierra tras él).—¿Puedo entrar? *(Sorprendido).* ¿Qué te sucede?

LORENZA *(en camisa y corsé, el aire aburrido, medita profundamente sentada a los pies de una cama).*—¡Déjame! ¡Estoy furiosa! ¡No sé qué traje ponerme!...

DON AMADO *(por decir algo).*—Yo elegiría el azul pálido.

LORENZA *(que pensaba lo mismo).*—Si ese es tu gusto...

DON AMADO.—¡Pero date prisa! ¡Las seis y cuarto!

LORENZA.—¿Prisa? Si crees que voy a presentarme en el comedor, delante de todo el mundo, hecha una cursi, te equivocas.

DON AMADO *(impacientándose poco a poco).*—¡Presumida!

LORENZA.—¿Yo? ¿Presumida yo? Cualquiera mujer lo es más que yo.

DON AMADO.—¿Más?... Tú reúnes todas las presunciones de veinte, de cuarenta, de cien mujeres juntas.

Dulce Lorenza, con aquella parsimonia de desperezo que tanto encoleriza a su marido, se acerca al espejo y se observa los ojos, la lengua, las encías... De cuando en cuando se compone un rizo con un leve toque de sus dedos ensortijados.

DON AMADO *(rencoroso).*—Si no estás arreglada cuando llamen a comer, cenaré solo.

LORENZA.—Mejor: justamente me conviene adelgazar...

DON AMADO.—¡Adelgazar! ¿Tú quieres morir?

LORENZA.—Con tal de morir bonita...

DON AMADO.—¡Ser bonita! He ahí tu obsesión, tu gran defecto. Unas mujeres presumen de tener buen cuerpo; otras de poseer buena dentadura, o hermosos ojos... Tú presumes con todo: con el cuerpo, con los dientes, con los ojos, con los pies, con las uñas...

LORENZA *(sacándole la lengua).*—Me aburres.

DON AMADO.—Mal criada.

LORENZA.—Necio.

Don Amado.—Tienes menos substancia gris que una mariposa.

Lorenza.—Grosero.

Don Amado.—¿Acaso he olvidado lo que sucedió esta mañana a la hora de la consulta?

Lorenza *(mirando fijamente a su marido y mientras se estira una media).*—¿Qué sucedió?

Don Amado.—Cuando el médico fué colocándonos a todos un termómetro en la boca.

Lorenza.—No sucedió nada, si no que todos nos reíamos.

Don Amado.—Exacto; pero tú, por distinguirte, le pediste a ese joven colombiano... ¡el de la barba!... una caja de fósforos, e hiciste ademán de encender tu termómetro como si fuese un cigarrillo.

Lorenza.—¿Y qué? Se trataba de una escena cómica. ¿Qué pecado hay en eso?...

Don Amado.—El grave pecado de querer significarte, de querer llamar la atención haciendo tonterías. *(Pausa).* Lo peor vino después, cuando empezaste a chupar el termómetro, como quien chupa un dulce, y a entornar los ojos y a mirar a los hombres... Acuérdate de que los dos turcos cuchichearon no sé qué, en su lengua, y se echaron a reir. Después me miraban.

Lorenza.—No quiero contestarte porque acabaríamos riñendo, y hoy estoy contenta; hoy me encuentro hermosa...

Su marido se desploma en una mecedora, saca sus lentes y se abisma en la sección de telegramas de *La Estrella de Panamá.* Diez minutos de silencio.

Don Amado *(mirando a Dulce Lorenza por encima del periódico, y casi gritando).*—¿Vas a ponerte los zapatos blancos?

Lorenza.—¿Hago mal?

Don Amado.—¿Olvidas que cometiste la ridiculez de comprártelos dos números más pequeños de lo que te convienen?

LORENZA.—Sufriré un poquito. El dolor purifica... (*Irónica*).

DON AMADO.—Es que no te caben en ellos los pies.

LORENZA.—Creo que sí: cortándome bien las uñas...

DON AMADO.—Mejor sería que te quitases las medias (*Se oyen repicar, en diferentes tonos, varios timbres.*) Ya están dándonos el primer aviso. Las siete.

LORENZA.—No tardo cinco minutos en vestirme.

Son las ocho menos cuarto cuando Dulce Lorenza y don Amado hacen su entrada en el comedor. Ella se apoya desmayadamente en el brazo de su esposo, y, al andar, mueve exageradamente las caderas. Viste un traje azul pálido y lleva alrededor del talle y enredado a los brazos, un trozo de tul blanco.

LORENZA (*pensando que su aparición no ha impresionado bastante a los comensales*).—¡Ay, ay!...

DON AMADO (*en voz baja*).—¿Has perdido algo?

LORENZA (*palpándose el seno*).—El pañuelo... pero, no; lo llevo aquí, amor mío.

Las últimas palabras las dice de modo que puedan ser oídas. Todos la miran: los Ramírez, los Díaz, la señorita yanqui, la señorita inglesa, el joven colombiano, el peruano, el venezolano, los turcos, el chino, el negro. El levantamiento de cabezas ha sido isócrono y unánime. Don Amado se ha puesto encendido.

Durante la comida, Dulce Lorenza charla continuamente a su marido, pero sin dejar de observar a los circunstantes. Todo es *para ellos*. Si a don Amado se le ocurre alguna agudeza, ella reirá clavando sus bellísimos ojos en el hermoso colombiano; y si ella es quien habla, lo hará mirando al venezolano, al peruano, a los Ramírez, a los Díaz, al negro, al chino... No la interesa ninguno aisladamente, pero la interesan todos. Su esposo no es más que *el pretexto* para que ella dé animación a su rostro y luzca las perfecciones de su dentadura

y la atrayente claridad verde de sus pupilas, y adopte en la silla diversas actitudes de voluptuosidad y solicitación. Tan pronto comienza a ensanchar y fruncir los ojos cual si quisiera leer algún cartel colgado en un punto distante del comedor; como vuelve la cabeza aparentando interés y sorpresa. Dulce Lorenza está *viéndose* siempre, y esta autoinspección ininterrumpida la permite ir detallándose, gesto tras gesto, como delante de un espejo. Dulce Lorenza se parece a esos malos comediantes que todo lo dicen de cara al público.

Don Amado (*de pronto, irritadísimo*).—¿Con quién hablas? ¿Con los turcos? ¿Con el chino? ¿Con el negro?

Lorenza (*mostrándose ingenua*).—¡Contigo!

Don Amado.—Como miras a todo el mundo menos a mí...

Lorenza.—¿Tienes celos?... ¡Ah! (*Con acento ultrafrancés.*) ¡Mi pobre amigo! ¡Nunca serás un hombre *chic*!... (*Un silencio.*) Te adoro. (*Un pellizquito.*) Eres mi ideal. (*Otro pellizquito.*) ¡Deja que yo misma, con mi servilleta, te limpie los labios!

Don Amado.—¡Coqueta maldita! ¿No ves que la gente mira? (*Atragantándose con un trozo de pan demasiado grande*).

Lorenza.—Por eso lo hago; para que rabie la gente con lo que te quiero.

Don Amado (*rojo de indignación*).—Es imposible vivir así, en exhibición perpetua. ¡Qué cuarentena, Señor!... ¡Qué cuarentena!...

Sin querer vierte sobre la blancura del mantel una salsa picante.

A la hora del café se acerca a saludarles el bello colombiano, y su presencia reanima la conversación. Dulce Lorenza ríe, entorna los párpados, mordisquea golosa un terroncito de azúcar, enseña la punta de la lengua y hace, en suma, toda clase de monadas y de melindres.

Lorenza.—¿No me encuentra usted hoy muy pálida?

El Colombiano.—No, señora.

Lorenza.—No mienta usted.

El Colombiano (*comiéndosela con los ojos*).—Digo la verdad. A mí me parece... (*Se interrumpe cohibido por la presencia de don Amado*).

Lorenza.—Fíjese usted en mis manos.

El Colombiano.—Muy blancas.

Lorenza.—Demasiado blancas. (*Muestra sus uñas preciosamente talladas y pulidísimas.*) Vea usted qué uñas...

El Colombiano (*batiéndose en retirada*).—Las encuentro perfectas...

Lorenza.—Manos y uñas de enferma; sí, señor; ¡de enferma!

Don Amado (*deseando concluir*).—No hagamos caso. Cuando las mujeres están satisfechas de sus sortijas es cuando más procuran convencernos de que están enfermas. Vuelvo en seguida. (*Se levanta y sale del comedor*).

El Colombiano (*confidencial*) —¿Se ha incomodado?

Lorenza.—¿Por qué? (*Angelical*).

El Colombiano.—No había motivo.

Lorenza.—Vea: yo insisto en que examine usted bien mis manos: la izquierda me parece más pálida aún que la derecha... (*Siguen hablando*).

Media hora después Dulce Lorenza sube al piso tercero, donde tiene su habitación, y encuentra a don Amado en la galería, en mangas de camisa y sumido ante el paisaje lleno de sombras.

Lorenza (*cariñosa, poniéndole una mano sobre el hombro*).—¿Qué haces? ¿Me quieres?

Don Amado (*seco, como si no hubiese bebido agua en tres días*.—Sí.

Lorenza.—Hay un poco de luna. ¿Salimos a pasear por el jardín? (*Pausa.*) Yo vuelvo ahora de allí. ¡Suspira la brisa de un modo tan dulce entre los cocoteros!

Don Amado.—¿Callarás?... (*Dando un grito.*) ¡Estaba sacando unas cuentas y con tus tonterías me has equivocado una suma!...

LORENZA (*oscilando sobre sus zapatitos microscópicos*).—¿Tonterías?... ¡Hi... hi... hi!... (*Rompe a llorar. Llora de fastidio, llora sin saber por qué*).

DON AMADO (*furibundo*).—¿Lagrimitas ahora?

LOREÑZA.—Hi... hi... hi...

DON AMADO (*sudando*).—Hay que ponerte en cura. Estás neurasténica.

LORENZA.—¡Neurasténica!... Eso faltaba; que me acusases de neurasténica. ¿Sabes lo que te digo? ¿Sabes lo que digo?... (*Con rayos en los ojos*).

DON AMADO (*hecho un basilisco*).—¡Acaba!

LORENZA.—Que la neurastenia es la palabra con que cuatro necios designan la espiritualidad de las mujeres, el exceso de poesía de nuestras almas, el lirismo divino de nuestras almas... ¡Todo eso exquisito que nunca, nunca, nunca, vuestra grosería de machos podrá comprender! ¡Te odio, te odio!... ¡Te engañaré con el primer neurasténico que encuentre!...

Se marcha llorando y desaparece en sus habitaciones dando un tremendo portazo.

DON AMADO (*filosófico y prendiendo un cigarro*).—¡Bueno!...

Momentos después la oye silbar una canción de café-concierto.

PANAMA

Dotada de perfiles propios, Panamá interrumpe la monotonía de las ciudades centroamericanas. Hállase dividida la capital panameña en dos partes, radicalmente distintas: la parte americana o zona del Canal, formada por el barrio de Balboa, y aquella otra que aun pudiéramos llamar "española".

Balboa tiene ese aspecto ligero y rústico, común a todos los pequeños pueblos norteamericanos. Es un arrabal aristocrático, apacible, verde, en cuyo silencio, a la puesta del sol, se oyen cantos de pájaros: las calles, pulquérrimas y asfaltadas, serpean entre jardines; las casas de madera, en su mayoría nuevecitas, bien pintadas, con persianas de colores, son de planta baja y edificadas sobre pequeños macizos de ladrillo a manera de columnas. Por todas partes amplios trozos de *turf*, flores, árboles, apretados telones de hiedra, en los cuales los ruidos y el polvo parecen detenerse. De noche, cuando los fenestrajes se iluminan, todo aquel parque — porque Balboa es eso, un gran parque—ofrenda al paseante la alegría de un árbol de Noel.

La verdadera Panamá, o "Panamá la vieja", es una población fea, de callejones sórdidos que zigzaguean sobre un terreno desigual, de casas con anchos aleros y colgadizos al aire libre, donde siempre hay ropas tendidas; pero bulliciosa, alegre y muy activa. Numerosos Bancos y cerca de mil automóviles, los más de alquiler, la llenan de ruido

y de fiebre. Allí se trabaja intensamente, y la gente desprecia el calor tórrido y camina de prisa. A veces tiene "gestos" de ciudad grande. Su Avenida Central recuerda la arteria principal, calle-eje, de Gibraltar: en ambas flota cierto indefinible abigarramiento; son los mismos comercios exóticos, donde se venden marfiles y sedas orientales; son los mismos tipos, amarillos, o negros o bronceados, venidos de muy lejos. El viajero tarda en acostumbrarse a la algarabía multicolor de esos bazares donde refulgen las púrpuras ardientes, los violetas dolorosos y los escandalosos ocres nacidos bajo el sol de Asia; y al trato de esos hombres de leyenda—árabes, persas, indostánicos, japoneses, chinos—que suelen adornarse con un fez y chapurrean todos los idiomas; individuos de piel aceitunada, trapaceros y flexibles, de sonrisa triste y cruel, en cuyos ojos negros parece vivir toda la experiencia de sus viejas razas.

Caracteriza justamente a la capital panameña su "falta de carácter", su heterogeneidad, su cosmopolitismo. Las personas, los comercios, hasta los edificios, parecen estar allí "provisionalmente". Si un día leyésemos: "Panamá se ha ido"... la noticia no nos sorprendería mucho, porque Panamá huele a muelle y a estación de ferrocarril.

Examinando el aspecto sedentario y retraído de otros pueblos, el observador piensa:

—Estas mujeres y estos hombres nunca saldrán de aquí. Como sus padres, aquí nacieron y aquí morirán...

El vecindario panameño produce la impresión opuesta: son gentes que parecen recién llegadas y que van a irse en seguida; gentes "de tránsito"; y si alguien nos dice que reside allí hace veinte años, cuesta trabajo creerle.

Esa ciudad en donde—¡oh ingratitud humana!—nada recuerda el nombre glorioso de Fernando Lesseps, ha sido llamada con razón "la garganta del mundo". Efectivamente, Panamá, con su perímetro

largo y estrecho, paralelo al Canal, tiene la silueta de un esófago o de un camino. La vida es cara allí, porque la asimilación del dinero de los extranjeros ha de ser rápida; Panamá, a imitación de los hoteles, vive de los que llegan y de los que se marchan. Los pasajeros que arriban a Colón, o cruzan el Canal o por ferrocarril siguen viaje a la capital y luego a Balboa, o viceversa.

Panamá es una especie de frontera, y es alegre porque no nos invita a quedarnos. Según de donde vengamos, será para nosotros la ruta de Europa o el camino de Oriente. Panamá es un puente; el alma del Canal es la suya. Panamá se ha hecho "para pasar"...

Oficinas "americanas".

En poco tiempo los yanquis han sabido convencer a los panameños de que el reloj es un objeto de verdadera importancia. Antes, los panameños, desmoralizados por el terrible calor de su país, no comprendían bien la diferencia que puede haber entre las nueve de la mañana y las dos de la tarde; hasta que al cabo reconocieron su error, y hoy se manifiestan casi tan activos como sus protectores.

"A la tierra que fueres, haz lo que vieres"—ha dicho el pueblo, que presintió mucho antes que Darwin la necesidad de adaptarse al medio. Pero esta regla, como todas las reglas y leyes del mundo, tiene excepciones.

El viajero que llega, supongamos, a un país de poderosas actividades, si quiere afianzarse en él y medrar, deberá desenvolver una notable diligencia en todo, aunque no siempre. Diré más, y es: que en determinados momentos, no solamente no deberá seguir el ejemplo común, sino contradecirlo. En el caso de tener que despachar asuntos en alguna oficina, verbigracia.

Un español recién llegado a Panamá, y que iba a Colombia, me decía:

—Mañana he de madrugar para visar mi pasaporte en el consulado. Las horas de despacho son de nueve a doce.

—¿A qué consulado va usted?

—Al americano.

—Entonces no se apresure. Vaya usted a las once y media.

—¿Cómo?... ¿No sabe usted lo puntual que es "esa gente"?

—Por lo mismo—repuse con aquella seguridad nacida de la personal experiencia—no se arrepentirá usted de seguir mi consejo. Si el consulado fuese mexicano, o peruano, o español... yo le recomendaría ir temprano, ¡bien temprano!; pero siendo yanqui, vaya usted tarde y le atenderán en seguida.

Esta opinión mía tiene la mueca de una paradoja, pero no lo es.

A las oficinas, como esa del consulado americano, donde se trabaja "de nueve a doce", los yanquis, reloj en mano, acuden preguntando:

—¿Han abierto ya? Son las nueve y un minuto.

Un español, en cambio, también reloj en mano, llegará diciendo:

—¿Han cerrado ya? Falta un minuto para las doce...

Y es porque "nosotros" lo dejamos todo para "lo último".

Este hecho, repetido mil veces, me ha convencido de que, tratándose de oficinas latinas, debemos ir temprano, porque "todavía" no habrá nadie; pero si la oficina es americana, será prudente ir tarde, porque "ya" no habrá nadie.

Esta es una de las contadísimas circunstancias en que importa hacer lo contrario de lo que hace la mayoría; y la única vez, quizás, en que la madrugadora diligencia yanqui y la proverbial indolencia latina engranaron bien.

El carácter yanqui.

Para el turista estudioso que desembarca en New-York con intención de conocer la idiosincrasia yanqui, más eficaz y precioso que un psicólogo, a lo Paul Bourget, le sería un cartero. Un buen cartero que, en cada esquina, le repitiese:

—Vea usted qué calle tan derecha...

El yanqui se retrata en sus ciudades de tal manera, que cada calle merece considerarse como el gesto representativo de cuantas personas habitan en ella.

La figura síntesis del espíritu yanqui es la línea recta, en cualquiera de sus dos trayectorias máximas: la vertical y la horizontal. Su carácter es franco, sencillo, sin recovecos, diáfano, en fin; y nada más claro que la línea recta: también es impaciente y eficaz en la acción; ¿pero no dice la Geometría que "el camino más corto entre dos puntos es la línea recta"?... Asimismo su actividad voluntariosa es primitiva, ingenua, con un algo infantil: ¿Y no es la línea recta la más al alcance de los niños?...

En ese gigantesco pueblo pueril los medios tonos se ignoran; allí los hombres, o fracasan completamente o ganan millones; o no hacen nada, o de resolverse a la acción, lo acometen todo. Si quisiésemos expresar esto de un modo gráfico, diríamos que el yanqui, para pasar del día a la noche y viceversa, no necesita de los crepúsculos.

La línea recta aplicada a la Arquitectura, a la Mecánica o al Comercio, produce—según los peritos—beneficios inmejorables. Pero, aplicada a nuestra parte moral, sus utilidades son muy diferentes. La Ley es buena, sí, mas a condición de que tenga "un margen"; es decir, con tal de que el juez pueda aplicarla íntegra, o dulzurarla según su buen criterio; o lo que es igual: siempre que deje de ser rec-

tilínea, siempre que aquella parte "humana", aquella parte "palpitante", que tanto se echa de menos en los Códigos, ondule...

El pueblo "americano" no sabe de esto, y cuantos viajeros llegan a Panamá, especialmente los que pasaron por allí durante la guerra, podrían referirnos mil episodios grotescos de puro graves y protocolarios.

En la Aduana, los interrogatorios policíacos se prolongaban, inacabables: "¿De dónde viene usted? ¿Adónde va usted? ¿Qué amigos tiene usted? ¿De quién son esas cartas que lleva en su baúl? ¿Cómo acredita usted que la señora que le acompaña es su esposa legítima?..." Aquel registro de conciencias, más escrupuloso aún que el celosísimo registro de los equipajes, producía vértigos. Prohibido el uso de armas, prohibido en absoluto el uso de alcoholes. Recuerdo la solemnidad, la prestancia heroica, con que un señor aduanero extrajo de la misérrima maleta de un emigrante media botella de vino. El representante de la Ley, membrudo, macizo, hecho de líneas rectas por fuera como por dentro, miró la botella al trasluz, la destapó con un guiño de precaución, como si se tratase de un líquido infllamable, la olisqueó y empleando un ademán magnífico vació su contenido en el mar.

Salir de Panamá era también dificilísimo. El pasaporte presentado en los Consulados correspondientes «veinte días» antes del señalado para el embarque, y autorizado por todas las rúbricas y sellos necesarios, no bastaba. Era indispensable, además, responder por escrito "y bajo juramento", a las "Preguntas" impresas en unos largos pliegos, titulados: "Pormenores y antecedentes del pasajero que se exigen en cumplimiento de la Ley de Inmigración."

Perdón por los barbarismos gramaticales insertos a continuación. Quien los lea comprenderá que el autor no pudo substraerse al placer de copiarlos "al pie de la letra":

Artículo 21. "¿Ha estado usted alguna vez en prisión o en hospital de caridad?"

Claro es que a esta impertinencia se responde negativamente.

Artículo 22. "¿Es usted polígamo?"

Artículo 23. "¿Es usted anarquista?"

También es evidente que el interrogado, aunque sea ácrata activo y disponga de más esposas que Barba-Azul, con las ganas que tiene de marcharse, responderá: «No.»

El mejor «artículo» es el 24. Dice:

"Cree usted en o abogar por derrocar por fuerza o violencia el Gobierno de los Estados Unidos, o toda forma de ley, o desaprueba y se opone a toda forma de gobierno organizado, o aboga el asesinar a empleados públicos, o predica usted la ilegal destrucción de propiedades; o es usted miembro o afiliado de cualquier organización que se opone a todo gobierno organizado, o que predica y aconseja la destrucción de la propiedad, o enseña la necesidad, deber y correcto proceder en asaltar o matar a oficiales del Ejército de los Estados Unidos..." etc., etc.

Este cuestionario inútil, marea, desazona; nos produce el efecto de hallarnos acostados y con una pesa de cincuenta kilos sobre el vientre.

Lo que no impide, ¡claro es!, a los escritores europeos puestos al servicio de la "frase hecha", seguir hablándonos de "la libre América".

Pero como nada de esto es serio, ¿a qué incomodarnos?

En fuerza de ser candoroso, el yanqui nos trae una emoción de infancia. El alma «americana», recta y simple, amiga de la libertad y acribillada de prejuicios, sin embargo, tiene a ratos el perfil cómico de un hércules con cabeza de muchacho. Sobre la "Victoria de Samotracia", los cabellos rizados de "un niño" de Rubens.

CAPÍTULO UNICO

(En donde el autor ruega a Dios le libre de los malos cronistas.)

Del psitacismo.

Muchos pensadores ilustres, tales Voltaire, Montaigne, Pascal, Diderot, Rousseau y muy especialmente el gigantesco Leibnitz, hicieron observaciones interesantísimas relativas al «psitacismo», o «lenguaje de los loros».

El psitacismo nace de la no comprensión exacta de aquellas ideas que recibimos o emitimos creyendo comprenderlas; y también de la desarmonía entre la idea y las palabras. El psitacismo significa un desequilibrio, una secreta incoherencia mental de la que todos andamos aquejados más o menos gravemente. En los espíritus inferiores—esto es, en la mayoría de los espíritus—esa depresión representa una normalidad que conturba las pulsaciones todas de su mundo interior; en los espíritus selectos, por el contrario, dicha depresión es fortuita; pero seguramente nadie ha dejado de caer alguna vez en las ridiculeces ornitológicas del psitacismo.

El psitacismo es un mal formidable cuyas víctimas, a cada momento, nos tropiezan y nos contagian. En la calle un amigo nos saluda con un efusivo apretón de manos:

—¿Cómo está usted?...

Y sin darnos tiempo a responderle, añade:

—Yo, bien, muchas gracias. ¿Y usted, cómo sigue?...

Analicemos estas palabras, que parecen las de un diálogo, y en realidad sólo forman un monólogo. Nuestro amigo nos ha preguntado por nuestra salud, pero lo hizo maquinalmente, lo hizo de un modo subconsciente, o, en términos más vulgares, lo hizo "sin saber lo que hacía". (Caso de psitacismo). Después "le pareció" que nosotros le contestábamos (segundo caso de psitacismo) y agregó: "Yo, bien, muchas gracias". Finalmente repitió sin acordarse de que ya lo había dicho: "¿Y usted, cómo sigue?"... Véase que nuestro colocutor habla sin saber lo que dice, y cómo cree haber oido una respuesta que no llegaron a dar nuestros labios.

Lo peor es, que de tan lamentable aturdimiento se hallan más o menos inficionados nuestros pensamientos, nuestras conversaciones y hasta nuestros sentidos. El mito admirable de la Torre de Babel dura todavía. El hombre no entiende al hombre, y esto le separa de su hermano. Sobre las mil dolencias que alteran nuestro funcionamiento sensorial, existe otra enfermedad gravísima nacida de la "no aplicación" de nuestra atención a los sentidos. El Evangelio lo dice: "Hay quien tiene ojos y no ve; hay quien tiene oídos y no oye"... Y es porque el espíritu se halla ausente.

El psitacismo nace en la escuela. A los niños no les enseñamos ideas, ni les descubrimos sensaciones, ni les revelamos los caminos de la investigación; sólo les enseñamos palabras, y esta obsesión de las palabras llenará más tarde su vida intelectual de ruidos inútiles. Ejercitamos su memoria, no su razón, y así ésta raras veces conseguirá romper la epidermis de las cosas. "El niño retiene las palabras y rechaza las ideas; los que le escuchan las comprenden; sólo él no las comprende" — escribe Rousseau.

Las fuentes del psitacismo son innumerables. La

primera, en el orden cronológico, y acaso la más temible, reside en nosotros mismos. Nace de la dificultad primordial de conocer los objetos según son, y luego del trabajoso arte de vestir nuestras ideas adecuadamente, de hallar la palabra justa: esto es, de decir "lo que queremos decir". Del desacuerdo entre el pensamieuto y el lenguaje resulta qne nuestras ideas salen deformadas, adulteradas, de nuestra boca, para caer en los oidos de uuestro interlocutor, quien a su vez y sin advertirlo, al repetirlas las someterá a nuevas tergiversaciones, Esta es la segunda gran raíz del psitacismo. El hecho es tan frecuente que ha llegado a constituir uno de esos llamados "juegos de sociedad".

En un salón donde se celebre un baile, lancemos una afirmación cualquiera. Por ejemplo:

—Anoche, al cocinero de don Fulano le mordió un gato.

La noticia vuela de boca en boca, y sucede que éste no la oye bien, que otro la sazona con un comentario, y cada cual la sopla o la mutila o la tuerce, según los capriehos de su imaginación. Quién añade... quién suprime... y la pobre noticia va despedazándose como un cuerpo desnudo que rueda entre zarzas. Dos horas después el amigo que eharla a nuestro lado, nos dirá:

—¿Sabe usted lo ocurrido?... Que anoche el cocinero de don Fulano le dió a comer a su amo un gato...

Otro poderoso origen de psitacismo son las lecturas mal digeridas. De cien personas que conozcan el abecedario, noventa y cinco "no saben leer"; y no saben leer porque leen de prisa, por distraerse; leen "por pasar el rato", y sin que su atención esté allí. De aquí que no asimilen nada, o que si algo asimilan lo hagan muy imperfectamente.

"No conozco escritores más claros, más diáfanos, que La Fontaine y La Bruyére—declara Emilio Faguet—y, no obstante, tengo la certeza absoluta de que, aun leyéndolos por la veinteava vez, se en-

cuentran párrafos, se descubren bellezas y se hallan observaciones que pasaron inadvertidas en lecturas anteriores."

Si esto le acaecía a un lector tan benemérito como Faguet, ¿qué no les sucederá a esas personas que únicamente recurren a la lectura cuando quieren distraer el fastidio de un viaje en ferrocarril?

"Por la sola razón de que ningún hombre se parece completamente a otro—dice Diderot—nunca comprendemos perfectamente, ni tampoco somos perfectamente comprendidos; siempre hay de más o de menos en todo, y nuestras palabras se quedan más acá o van más allá de la sensación."

Los oradores, y más aún los innumerables cándidos que creen ¡todavía!... en la eficacia educativa de la oratoria, debían reflexionar minuciosamente en todo esto.

Si no comprendemos bien al camarada que conversa con nosotros en la paz de un salón, ¿qué asimilaremos del discurso oído en el exaltado tumulto de un "mitin" al que asisten cinco o seis mil personas?...

Examinemos la psicología cierta de uno de esos lances que suceden, casi a diario, y a los cuales los periódicos no dan importancia:

"Pérez", en política, tiene "sus ideas", o cree "tener ideas", y quiere oir lo que aquella noche dirá en un mitin don Alejandro Lerroux. Al salir de su casa, su mujer le grita:

—¡Ten cuidado!... No te metas en jaranas... Si hay palos, procura que no te alcance ninguno.

Pérez mira a su consorte despreciativamente, enciende un tabaco y se lanza a la calle con un tremendo garrote debajo del brazo.

En el local donde el mitin se celebra, se apretuja una muchedumbre enorme, exaltada y ruidosa. Se oyen gritos, los ojos relucen; un ambiente de batalla enardece las frentes. Individuos de la policía guardan las puertas. De pronto estalla un ensordecedor y larguísimo aplauso, al que sucede un pro-

fundo silencio. Don Alejandro ha subido a la tribuna. Al principio su palabra es templada, cordial; luego se exalta, levanta los brazos y pide "la muerte" de algo... o de alguien... La multitud no ha comprendido bien, pero responde iracunda:

—¡Muera!... ¡Muera!...

Don Alejandro, maestro en el arte de desencadenar los entusiasmos populares, grita:

—¡Abajo la!...

Su voz se pierde. No obstante, la asamblea responde furiosa:

—¡Abajo!... ¡Muera!...

El escándalo crece y la Guardia civil trata de desalojar el salón. En lo alto de la tribuna Lerroux lucha a brazo partido con dos policías que quieren detenerle. Suena un tiro y la Guardia civil arremete contra los revoltosos, a culatazos. Pérez, en lugar de huir, enarbola su garrote y pega sobre lo que tiene delante; luego recibe un golpe terrible en la cebeza, siente que un líquido caliente le moja el rostro y cae desvanecido. Más tarde, acusado de haber hecho armas contra la autoridad, será condenado a ocho o diez años de presidio...

Y sucede que Pérez va a presidio sin saber por qué, pues él no entendió nada de lo que dijera Lerroux; él gritó "¡Muera"!... lo mismo que pudo gritar: "¡Café!"... Pérez no es víctima de "sus ideas"; lo que a Pérez le perdió y le llevó a presidio, fué su psitacismo.

Llegamos, pues, a la dolorosísima conclusión de que nadie comprende bien a nadie. El niño aprende palabras... ¡nada más que palabras!... El profesor estudia libros que no acierta "a leer del todo", y de ellos extrae conceptos y teorías que sus alumnos tampoco digieren completamente, lo que no les impedirá explicarlas después...

¡Palabras, siempre palabras!... A nuestro alrededor, desde que nacemos, sólo hay palabras. Las pasiones, las ideas, todo lo positivo, lo que vive, lo genuinamente humano, desaparece bajo las artifi-

ciosidades, más o menos dichosas, del estilo. Buscamos amor, y tropezamos con una palabra; buscamos ciencia, y nos cierra el camino otra palabra.

¡Y qué triste es llegar al convencimiento de que la mitad de los hombres no saben lo que hablan, mientras la otra mitad, la que permanece callada, no sabe lo que oye!...

El señor coronel.

Pirrón y Abelardo negando, casi absolutamente, la realidad objetiva y porfiándonos que todo se reduce a palabras—*flatus vocis*—dejaron sentada una verdad inconmovible. Las palabras no sólo avasallan las ideas y las deforman, sino que obscurecen nuestra propia conciencia al extremo de hacernos barajar lamentablemente lo soñado con lo vivido, lo que asimilamos leyendo con cuanto brotó espontáneamente de nuestro espíritu, lo que en una conversación dijimos y lo que nos dijeron.

El *Perú*, de la *Pacific Steamship Navigation Company*, deriva hacia el sur ante las costas del Ecuador. Son las ocho de la noche y sobre cubierta apenas quedan pasajeros. Navegamos combatidos por un rabioso viento de proa; a cada momento el tajamar desaparece bajo las olas encoraginadas y espumeantes. Llovizna.

Caminando lentamente y esparrancado, el coronel Z., se aproxima a nosotros.

—Buenas noches, coronel—le gritamos.

Al hablarle sentimos que el ventarrón nos arranca de los labios las palabras y que sílaba a sílaba—esto es, en pedazos—se las lleva.

Z. es un coronel italiano que, a pesar de haberse batido heroicamente en "el frente" austriaco—las cruces que ennoblecen su uniforme lo dicen—parece un coronel de vaudevil. Z. es grueso, pequeño, nalgudo y muy rosado de mejillas; lleva los cabellos rizados, usa camisas de *sport* y se afeita el pe-

cho para parecer más blanco. El pobre cree que a las mujeres las importa eso...

Informado de mi profesión y de lo que hago en América, Z. quiere hablarme de sí mismo con la esperanza de sugerirme una crónica—muy diferente, claro es—de ésta que su gran ingenuidad me ha inspirado.

Z. charla extensamente. Los mayores honores militares le fueron otorgados: tiene la cruz A., la cruz B., la medalla C., la medalla D...

Yo.—¡Ah!...

Z. describe la guerra en las montañas, casi inaccesibles, ganadas y perdidas cien veces bajo la espantosa conflagración de la metralla y de la nieve: el fragor de las baterías atruena el horizonte; hay asaltos delirantes a la bayoneta; los pies de los combatientes patinan sobre la sangre de los que cayeron; los abismos de la cordillera abrupta van rellenándose de cadáveres...

Yo.—¡Oh!...

La imaginación cálida del bizarro coronel evoca las márgenes—cuyas arenas no son más abundantes que sus recuerdos históricos—del Adriático azul; la melancolía de Trieste, la serenidad con que Venecia se dispuso a morir...

Z. perora sin interrupción; apenas si se detiene lo estrictamente indispensable para tomar aire. Los únicos signos ortográficos que emplea en su discurso son la coma y, de tarde en tarde, el punto y coma. Z. parece ignorar la existencia del "punto y aparte."

Yo continúo asombrándome, mas no puedo añadir ni siquiera una palabra a mis exclamaciones porque Z. no me da tiempo.

Z. habla de Fiume.

Yo— ¡Ah!...

En seguida habla de D'Annunzio.

Yo— ¡Ah!...

Se esfuerza en convencerme de que la intervención de Italia dió la victoria a "los aliados;" o, más

exactamente: que fué Italia, nada más que Italia, quien ha ganado la guerra. Y como el tema es, sin duda, de muy difícil demostración, el bravo coronel emplea en su alegato unos cuarenta minutos, aproximadamente.

No puedo mas; mis ideas se van; mis piernas se doblan; los ojos se me cierran; siento que voy a marearme. Cuando Z. se despide mí—¡con qué alegría, por mi parte—van a dar las once. El monólogo de Z. ha durado cerca de tres horas.

Al día siguiente, durante el almuerzo, un viajero me llena de confusión con estas palabras:

—El coronel Z. me ha hablado de usted. Dice que es usted un maestro de la conversación, y que anoche le dió usted una conferencia admirable acerca de la intervención de Italia en el conflicto europeo...

Hechos tan elocuentes como el precitado, demuestran que nada existe fuera de nosotros, y que escribir acerca del arte de la conversación, como hizo La Bruyére, es perder el tiempo. El psitacismo hace estragos en nosotros. Unas veces nos hablan y no oímos; otras, en cambio, nuestro interlocutor no nos oye. Esto proviene de que, generalmente, cada cual únicamente habla de lo que le interesa y para sí mismo. El coronel Z. quedó tan satisfecho de mí, porque, al decirme adiós, se iba satisfecho de sí, de su ingenio, de cuanto había dicho...

Para bien de todos la Higiene Pública no ha pensado en recluír en Sanatorios a los enfermos de psitacismo: de hacerlo, nuestras ciudades se quedarian vacías.

Las entrevistas.

El interés pintoresco, así como la utilidad comercial de las *interviews,* es innegable: una información hábil puede disponer en pro o en contra de un artista a toda una ciudad. Lo que nos infunde po-

quísima confianza es lo que haya de real o de falso en las *interviews*.

Conocemos reporteros biliosos, sistemáticamente hostiles a todo, que mientras se dirigen al hotel donde "la figura del día"—escritor, torero o político—les aguarda, van diciéndose irónicos, como aquel señor Penitenciario, de Galdós, en *Doña Perfecta:* "Vamos a conocer a ese prodigio."

Todas las atenciones, todas las cortesías que dediquemos a estos "queridos compañeros," serán pocas; mejor dicho: serán estériles. Su carácter seco, impermeable a la simpatía, les mantendrá alejados de nosotros; no sentirán la afectuosidad leal con que les hemos recibido, ni el calor de nuestras confesiones. Esos hombres que, antes de tratarnos, ya nos odiaban, no serán nunca nuestros amigos.

Otros reporteros, por el contrario, nos son adictos, desde el primer instante, con adhesión incondicional.

Tanto en el espíritu de éstos, los optimistas, los cordiales, como en el de aquellos, los discutidores y picajosos, el psitacismo cuelga densísimos cortinajes de sombras. El señor reportero verá en nosotros lo que él esperaba ver, y pondrá en nuestros labios cuanto él hubiese querido oírnos decir. Nosotros exclamaremos, "blanco"; y él escribirá en su cuaderno de notas: "negro". Porque pensaba que nosotros íbamos a decirle: "negro". Inútil luchar contra su apriorismo: no nos entenderá, ni nos verá, ni nos oirá, más que muy *in partibus*. El psitacismo levanta entre los hombres reductos inexpugnables. En cada alma hay un Verdún.

De aquí el horror que a los señores ministros y a los grandes diplomáticos, especialmente, les inspiran las informaciones periodísticas; nó porque desdeñen la pequeña notoriedad que de aquellas reciben, sino por el miedo a que les atribuyan afirmaciones que no han hecho.

En este vidrioso campo de la política, unas pala-

bras imprudentes pueden provocar una ruptura de relaciones entre dos países.

Acerca de esto el cronista, recurriendo a su personal experiencia, podría referir casos, muy hilarantes, de psitacismo visual y auditivo.

Yo tengo los ojos verdosos, pequeños y alegres. Lo siento: a poder elegir hubiese escogido otros... Con ellos, pues, llegué a la muy bella y muy española ciudad de Cartagena de Indias, en Colombia. Un periodista me entrevistó, charlamos largo rato y después nos fuimos a pasear en automóvil. Cenamos juntos.

Al otro día el reportero, en su artículo, me describía así:

"Es alto, viste bien, tiene los ojos tristes, rasgados e intensamente negros"...

¿Por qué me embelleció tanto? No me lo explico: acaso su imaginación "me vió" así, y aun después de conocerme, lo soñado continuó imponiéndose en su memoria a lo verdadero. O quizás esos ojos admirables eran los de alguna cupletista de quien él habló en otra ocasión, y gustándole su descripción la aplicó a mí. Meses después recibí una carta de mi madre, que decía: "Me ha causado mucha pena lo que he leído en uno de los periódicos que nos envías. ¿Es posible que te pintes los ojos?"...

En Lima me sucedió algo semejante.

Yo charlaba, y el reportero—que era un joven inteligente—me escuchaba atento. Un camarero me trajo una carta. Las cartas ejercen sobre mí una fascinación extraña. Desde hace años espero una que ha de cambiar toda mi vida. Yo sé que no vendrá, pero la espero... Resumen: que no puedo permanecer indiferente ante un sobre cerrado.

Yo.—¿Me permite usted leer la firma?...

Reportero.—*(Gesto urbano de consentimiento.)*

Yo.—*(Mientras rasgo el sobre.)* ¡Qué atracción diabólica tienen las cartas para mí!... En esto no me parezco a Anatole France. *(Dejo la misiva sobre la mesa.)* Escribirle a France es perder el tiempo.

"Las cartas que recibo las echo al fuego sin leerlas—me decía el maestro una tarde—; estoy tan viejo, que no espero nada, ni nada me interesa.,."

Continúo hablando; mi interlocutor toma notas y a cada momento me mira, sonríe, hace signos de asentimiento... No debo dudar, pues, de que nada de lo que voy explicando escapa a su atención.

Al día siguiente aparece la *interview*, y uno de sus párrafos dice:

..."A Zamacois le traen una carta. Zamacois suspira y, sin leerla, la rompe. "¡Estoy tan triste—dice—tan viejo, que nada me interesa." Etc.

Las sienes se me hincharon de cólera. ¿Qué pensaría de mí la sociedad limeña, tan obsequiosa, tan culta, tan deferente conmigo?... "Si todo le aburre—murmurarían con razón mis amigos—¿para qué viaja?"

¡Rectificar!... ¿Para qué rectificar?... Unos leerían mi rectificación, otros no... Y aunque rectifiquemos, ¿no es cierto que siempre queda "algo" de lo que quisimos borrar?...

Las informaciones periodísticas, de consiguiente, son siempre peligrosas para el señor entrevistado, y más cuando el reportero le pide su opinión acerca de tal o cual autor; o, lo que es más grave, respecto a tal o cual país.

El reportero.—¿Conoce usted la república de El Ecuador?

El viajero.—Sí, señor.

Reportero.—¿Qué me cuenta usted del puerto de Guayaquil?

Viajero.—Me gustó mucho.

Reportero.—¡Calle usted!... Un puerto pequeño, sin tráfico...

Viajero.—No podrá comparársele al de Buenos Aires, pero está bien.

Reportero.—¿Se atrevió usted a subir hasta Quito?... Hábleme con toda franqueza, porque yo no soy ecuatoriano.

Viajero.—Fuí a Quito, y me alegro, porque es

uno de los caminos más interesantes de América.

REPORTERO.—Un camino de cabras.

VIAJERO.—Por eso, por temerario, es bellísimo.

REPORTERO.—Muy peligroso.

VIAJERO.—El peligro añade al viaje una emoción que también es belleza.

Prosigue el diálogo, y el viajero, torturado a preguntas, reconoce que en Guayaquil le molestó el calor, que Quito es una ciudad triste y que cuando llegó a Ríobamba estaba fatigadísimo, etc...

Lo suficiente para que luego el reportero le cuente a sus lectores:

"Don Fulano tiene frases de cortesía para El Ecuador; yo comprendo que no quiere molestar a sus amigos de allá... Pero al fin declara que Guayaquil es un puerto insignificante donde se achicharró de calor, que el viaje a la capital es penosísimo y expuesto, y Quito la ciudad más triste del mundo"...

Un reportaje, no lo olvidemos, no es realmente un diálogo entre el reportero y el reportado, sino un monólogo: el periodista, sin advertirlo, habla consigo mismo y nada más.

....

A nadie extrañe, pues, que el autor—dentro de su insignificancia y aunque poco devoto—ruegue a Dios le libre de los malos cronistas.

LAS PALMERAS

¿Habéis meditado en la expresión, casi humana, de los árboles?... Las flores, que aprisionaron en sus pétalos, unas el radioso azul de los cielos vernales, otras la púrpura cruel de la sangre, o el amarillo del oro, o la extraña esmeralda de los estanques muertos, les aventajarán en gracia y ligereza; pero aquéllos las sobrepujan en profundidad y misterio. Las vidas de las rosas, la de las magnolias, la de los lirios... son demasiado breves para entristecernos, porque sólo lo que dura nos entristece. Las primaveras se van y, con ellas, las flores; los azahares que hogaño mayo nos trajo, no fueron nunca, ni volverán a ser...

No así los árboles. Todo cuanto bajó a la tierra y en sus incansables entrañas se descompone, a ellos refluye, y con inesperadas savias, maravillosamente, en ellos renace. La inmovilidad les hace fuertes.

Viven mas que nosotros, y esta conciencia que tenemos ds su duración les magnifica y a nuestros ojos les inviste de un raro poder fascinante.

Todos, hace tiempo, al salir de la casa paterna por vez primera, levantamos los ojos hacia un árbol, que parecía decirnos:

—Pero... ¿te vas?... ¿Y por qué te vas, si lo tienes todo aquí?...

Y rodaron los años, muehos..., y, al reintegrarnos al hogar olvidado, el mismo árbol nos dijo:

—¿Para qué vuelves, ingrato? ¿Qué vienes a buscar, ahora que ya todo se fué?...

Los árboles, que acaso nos hablan y acaso nos ven, son seres extraños compuestos de dos manos. Con una de ellas se aferran a la tierra; sus dedos largos, torcidos, ávidos como tentáculos de pulpo, se llaman raíces. La otra mano, vuelta hacia arriba, se abre bajo la alegría del sol; sus dedos son las ramas. La primera es agresiva, desjugadora: las plantas nacidas en su vecindad mueren desecadas; la segunda, por el contrario, es cordial, oxigena el ambiente y brinda al caminante fatigado el beneficio de su sombra. Cuanto más se ahincan las raíces en la inmensa tiniebla fangosa del suelo, cuanto más profundas son, mayor tamaño alcanzan las ramas,

Toda la fiebre de barro, la sed de podre, que hay en aquéllas, resurge en éstas trocada en codicia de limpieza y de azul. Los árboles, hechos están de claridad y de sombra; son el nexo entre la tierra y el espacio añilado.

Los árboles más interesantes, los de mejor alcurnia y elocuencia, los más "humanos", y así merecen ser llamados porque sus siluetas responden exactamente a gestos precisos de nuestra alma, son tres: el sauce, el ciprés y la palmera.

El sauce es el llanto, el renunciamiento, el libro de oraciones; es la tumba abierta: las viudas, los huérfanos, las madres, lloran con él. En cada una de sus hojas menudas hay una lágrima suspendida. El follaje tiene la expresión de una cabellera despeinada por el dolor. Un sauce, por frondoso que sea, por alegre y lozano que parezca, siempre está de rodillas.

El ciprés es la plegaria; la pena hermética, rígida y sin palabras. Al acercarse a él, los vientos se amansan; su fronda, densa, tiene el silencio del terciopelo. Negros, erguidos, callados, los cipreses parecen almas que, para morir, se hubiesen puesto en pie.

La palmera, ornato máximo de los países tropicales y del viejo Oriente, representa la laxitud, la indiferencia, el desdén. Por eso es refinadamente elegante; porque nada hay tan elegante como el desdén.

Resbala la Vida y, ante la momentaneidad de sus formas, los tres árboles magos hacen comentarios:

El sauce dice:

—Quiero morir.

Y el ciprés:

—Espero.

Y la palmera:

—¿Para qué?...

Ella, la gracia del Desierto, la favorita del sol, la eterna sedienta, no quiere morir. "¿Para qué?..." Tampoco espera. "¿Para qué?..." Y allá, en el remate de su tronco blanco, como de plata, sus hojas lánguidas, sus hojas que desprecian a la tierra, demasiado baja, y que no quieren mirar al espacio, parecen encogerse de hombros. La palmera es la quietud, la fatalidad, la contemplación, el Destino. Ella, cuyo perfil melancólico rima con el andar parsimonioso de los camellos, aconsejó a Mahoma. El *Korán* fué escrito con una hoja de palmera.

Este árbol romántico, que algunos pueblos antiguos consideraron sagrado, y que dictó a la arquitectura árabe el secreto de su alada armonía, es el adorno supremo de los campos cubanos. Es el árbol novelesco, por antonomasia: las palmeras se aman, y este obscuro deseo de amor es constante en ellas y orienta en un rumbo o en otro su forma doliente. Cuando veamos que las pencas—semejantes a brazos implorantes—de una palmera solitaria se tienden, a pesar del viento, en cierta dirección, aseguremos que en ese rumbo otra palmera responde a su deseo nupcial y la llama y se ofrece.

A la luz del sol, y sobre el dúo verde y turquí del campo y del cielo, el tronco albo y sutil de las palmeras—altas, muchas de ellas de cincuenta y

aun de setenta metros— sus troncos verticales, rutilantes, parecen rayas hechas por un diamante en un cristal. De noche, al claror alechigado e impreciso de la luna, su belleza adquiere reflejos metafísicos, y son como las lanzas de algún ejército enterrado allí. Son armoniosas, sugeridoras; la palmera es el epitalamio y es la elegía, y es también el templo. Los iluminados que levantaron la mezquita de Córdoba y la catedral de Milán, se inspiraron en ella.

El alma de Cuba es la palmera.

Los viajeros no se cansan de remirar ese árbol admirable, impregnado de tristeza elegante, ungido de silencio, si la brisa duerme; desesperado, como la cabellera de las Furias, cuando el huracán lo combate.

Al tramontar el sol, en el término de la llanada feracísima, los ojos divisan una línea de palmeras, y es tal su gracia, tan alucinante su ligereza, tan armoniosos sus perfiles, que, aun estando quietas, parecen andar... Vistas así, a larga distancia, en la quietud inefable de los crepúsculos tropicales, sus copas, desmayadas, inmóviles, formadas por hojas perezosas, llenas de abatimiento, semejan gigantescas arañas muertas, colgadas en lo azul, y sus troncos, plateados, cilíndricos y erectos, de impecable esbeltez, tienen la emoción de la aguja gótica. Muéstranse gráciles como una tenue columna de humo blanco, y nostálgicas, místicas y dulces, como una oración. Son la esperanza. Son como dedos que señalasen al hombre la ruta de un más allá mejor. Vibra en ellas, cuyo follaje huye del suelo, una perpetua sed de Ideal, un ansia de espacio, una fiebre de azul, un miedo prócer a la tierra, a lo vulgar.

¡Arbol lírico, que llevas enredada en tu fronda la poesía del lontano Oriente! Arbol aristocrático, poseído de una divina repugnancia a todo lo feo, a todo lo sucio, a todo cuanto se arrastra por el suelo y vive en el polvo... Tú eres el rezo sin palabras

que elevan de noche, bajo las estrellas, los campos de Cuba.

Arbol brujo: tú, que escapas de la tierra para abrir tus ramas en la luz, ¿no serías el símbolo de aquellas ideas generosas que nacen en nosotros y luego se desgranan y subdividen en muchas?...

Las ideas geniales, las grandes ideas libres y puras, son las palmeras de nuestro corazón.

FRASES HECHAS

La calumnia es una especie de orín, de cuyas corrosivas mordeduras nadie escapa; pues lo que no sabemos de nuestro prójimo lo inventamos, y en esto del imaginar la jorobadísima condición humana propende a lo sucio: «que Fulanita tiene relaciones secretas con don Fulano»... «que si las manos de don Mengano no están limpias...»

Por dicha, el radio de acción de la calumnia es, de ordinario, limitadísimo; esto que apasiona aquí, ocho kilómetros más allá a nadie interesa, y luego viene el Olvido, el divino Olvido, que serena las cosas y las viste de blanco. Hay excepciones, sin embargo, y el autor sabe de cuatro grandes calumnias vencedoras del Espacio y del Tiempo: cuatro calumnias que podrían denominarse «clasicas» y «universales», pues triunfan sobre todas las latitudes desde hace siglos.

Las entidades así calumniadas son—las citaré de Oriente a Occidente, según va alumbrándolas el sol—: Asia, la diosa Venus, Suiza y San Francisco de California.

Sería interesante averiguar la ruta seguida por esas mentiras hasta llegar a ser centenarias y cosmopolitas.

Asia, la historia entera de Asia, redúcese en el cerebro de millares de millones de individuos, á Babilonia, cuyas vicisitudes, a su vez, se fundan y desaparecen en la biografía del fastuoso Baltasar.

Sabemos que este rey vivía espléndidamente en un palacio de oro y mármol; que tenía más favoritas que minutos caben en un año, y que dió un festín... "¡El festín de Baltasar!..." A Baltasar nos le imaginamos siempre apoltronado entre almohadones de seda, circundado de esclavas desnudas que le abanicaban, y comiendo; no sabemos que hiciese otra cosa. Debió de venir al mundo con la dentadura completa, y así, en cuanto nació, se sentó a comer, y moviendo las regias mandíbulas estuvo hasta la hora de su muerte. La biografía del rival de Ciro queda reducida a una digestión.

Véanse ahora los arcanos, los tortuosos, los inimaginables caminos, de la calumnia. Como Baltasar es Babilonia, y Babilonia es Asia, sucede que llegamos a París o a Río de Janeiro o a Fernando Póo—no importa el lugar, porque la humanidad ofrece una monotonía aplastante—en ocasión que don Fulano—un personaje—acaba de comprar un piano, una vajilla de quinientas pesetas y un armario de luna. En seguida un amigo nos dice:

—Quiero que conozca usted a don Fulano: es un hombre que vive con un lujo "asiático".

Y nosotros nos dejamos llevar, y don Fulano, que quiere lucir su vajilla, nos ofrece un almuerzo que nos recuerda a todos—¡la comparación era inevitable!—"el festín de Baltasar".

Lo primero que en un país se le pregunta al viajero es:

—¿Qué le parecen a usted uuestras mujeres?

Generalmente, el interrogado, que acaba de apearse del ferrocarril, no sabe responder; no ha tenido tiempo de informarse. Entonces uno de los señores allí presentes, exclama:

—Ya tendrá usted ocasión de ir conociéndolas. Nuestras mujeres tienen fama: aquí hay verdaderas Venus...

En cuanto una doncella tiene los ojos algo grandes o la boca un poquito pequeña, ya oímos decir que Venus ha resucitado. ¡Diosa infeliz!... ¡Tú, toda

gracia, toda serenidad, toda armonía, cómo sufrirías, cómo tremarían de dolor tus carnes de espuma, si conocieses la audacia con que los hombres te calumnian!...

Otra gran víctima de la calumnia es Suiza, y es tan equivocado el concepto que la humanidad tiene de ese país de belleza única, que con el dolor de las comparaciones que Suiza padece, la madre Venus casi... casi... podría consolarse.

Unos amigos nos han invitado a dar un paseo en automóvil. Aceptamos. ¿Quién se negaría sin exponerse a rozar susceptibilidades?...

El coche rueda entre nubes cegadoras de polvo, por una carretera absurda. Todos son obstáculos, y cuando salimos de un bache es para tropezar con una piedra. Más que correr el automóvil parece danzar un furibundo "garrotín". Nadie habla, que el miedo a mordernos la lengua nos cierra la boca. De pronto, alguien pregunta, mirándonos:

—¿Le gusta a usted el paisaje?

Nosotros respondemos «sí», con la cabeza.

El paisaje lo componen un cielo azul, una línea de montañas escuetas, y al pie de un cerro mondo y seco como un fósil, una casita con techumbre de paja, un árbol y junto a una noria, un grupo de gallinas.

—Esto recuerda a Suiza—agrega nuestro interlocutor con ese aplomo que suele servir de librea y paramento a los mayores desatinos.

Y si tardamos en contestar, otra voz cualquiera repetirá:

—¡Oh, sí!... No cabe duda. Esto es «enteramente» un rincón de Suiza.

Una vez me atreví a decir:

—Quizás... no recuerdo... ¿Ustedes han estado en Suiza?...

—No, señor; pero lo dice todo el mundo.

Yo me quedo pensando: "Todo aquel mundo que no ha estado en Suiza?...

La ciudad que comparte con la República helvé-

tica, con la diosa Venus y con el rey Baltasar, las torturas de la calumnia, es San Francisco de California. El Palacio de lo extraordinario está allí o en sus alrededores; lo han decretado así los periodistas y las agencias telegráficas. La mujer que lleva en sus entrañas un niño con cabeza de camello irá a darlo a luz en San Francisco de California. En San Francisco ocurren los mayores incendios, los descarrilamientos más terribles, los crímenes más espeluznantes. Allí vivirá un hombre que nació hace doscientos años; allí será pescada una ballena que sabía leer... Las musas de ese pueblo son la señorita Extravagancia y la señorita Sorpresa. San Francisco es algo así como una comedia de magia: en cada esquina hay un peligro y en cada ciudadano un prestidigitador...

Sin embargo...

Hallándome en Nueva York quise conocer San Francisco, la fabulosa metrópoli de la Aventura.

—No vaya usted—me dijo un señor—; perderá usted su tiempo. Yo vengo ahora de allí.

—¿Y?...

—San Francisco es la ciudad más aburrida del mundo.

TIPOS DE A BORDO

La señora sola.

En todo viaje largo por mar, a los dos o tres días de perder de vista el último puerto, la humanidad masculina advierte la presencia de una señora "que viaja sola". Al pronto nadie se percató de ello; luego sí, y las miradas la siguen interrogantes, porque en toda mujer que viaja sola nuestra vanidad sospecha "una página" que añadir a nuestra biografía.

En el comedor, la desconocida, observa actitudes irreprochables: es de las primeras en sentarse a la mesa, y de las primeras también en levantarse. Madruga poco, y cuando sale a cubierta lleva siempre un libro. Por las tardes, después de una corta siesta, reaparecerá con otro peinado y otro traje. De noche es la última pasajera que se retira a su camarote. Representa treinta años, treinta y cinco... Viste con sencillez y elegancia y demuestra dedicar a sus pies un cuidado especial: las medias transparentes, bien tersas sobre la dura pantorrilla; el calzado nuevecito. Es la mujer "estío", discretamente carnosa, en cuyos movimientos los recuerdos nostálgicos del "abril" desvanecido, y el ansia de vivir su otoño, deslizan languideces insinuantes. Sus ojos bellos y tristes, que parecen buscar, nos inquietan.

—"¿De quién se habrán despedido? ¿Por quién habrán llorado?"—pensamos unas veces.

Y otras:—"¿A quién irán a ver?"...

Su presencia va imponiéndose al espíritu desocupado de los viajeros, y llega una mañana en que, al salir de nuestro camarote, nos bulle en el corazón la alegría de tropezarnos con ella, Un día la hemos saludado descubriéndonos, graves; otro, la sonreímos al pasar; al fin hallamos ocasión de hablarla. Luego averiguamos—nadie sabe cómo—algo de su historia: nos dice su nombre; se llama doña María; es rica, es viuda y va a unirse con su segundo esposo; un buen señor, treinta años mayor que ella...

Estos informes inflaman la condición galanteadora de muchos, y cuando la desconocida se acerca, en sus paseos, a un grupo de pasajeros, todas las miradas la esperan, la siguen...

Alguien se llega al corrillo en que estamos:

—¿Quieren ver ustedes a nuestra compañera de viaje?

No hemos comprendido bien. Una voz averigua:

—¿A quién se refiere usted?

—¿A quién había de ser? A "esa señora que va sola"... Vengan; no se molestarán en balde; está guapísima.

Algunos acompañan al indiscreto, y más tarde se congratulan, y entre risas pícaras reconocen haber hecho bien. "La señora sola", de pie, mira a proa dando el rostro al viento, que la sofalda atrevido, y con sus millares de dedos invisibles le modela las turgencias del busto. Evidentemente doña María, sin perder su aire ingenuo y burgués, sabe atraerse la atención; adopta en la silla donde distrae largas horas leyendo, actitudes interesantes; recogerse provocativamente el vestido al subir una escalera; detenerse ante las puertas llenas de sol para lucir, al trasluz, la esbelta escultura de sus piernas; aprovechar una oscilación del buque para mimbrear el cuerpo de un modo gracioso; elegir, en fin, aquellos lugares más descollados y visibles donde, con el favor del viento, su hermosura lucirá mejor...

Al sexto día de navegación uno de nosotros, el señor Equis, se acerca a la dama que, apoyada sobre una borda, contempla el piélago, extática.

—¿Usted no se marea, señora?

(Son las palabras que podrían llamarse "de ritual".)

—No, señor; nunca...

—Es raro; las señoras, generalmente...

El diálogo prosigue. Varios "mirones" observamos desde lejos a los dos interlocutores y envidiamos la juvenil audacia del señor Equis, que ha hecho lo que todos hubiésemos querido hacer: "La conquista"—piensan... ¡hasta los mejor pensados!

Tras un laborioso palique el señor Equis vuelve a nuestro lado. Manifiéstase alegre y le brillan un poco los ojos. Le rodeamos, codiciosos de inquirir, y él nos cuenta lo que ya sabíamos. "Que doña María es viuda y va a reunirse con su segundo marido, viejo y millonario..." Al decir esto de "viejo", el señor Equis se yergue, significando así que él es mucho más joven. Añade:

—¡Pero ustedes ignoran la desgracia que aflige a esa pobre señora! Al salir de R (aquí el nombre de un puerto) le robaron todas sus alhajas y cuanto dinero traía: cerca de sesenta mil pesetas en billetes... Ella sospecha de cierto individuo que desembarcó en N... (Aquí el nombre de otro puerto.)

—Crean ustedes—termina el señor Equis suspirando—que al conocer su pena se me quitaron las ganas de reir. "Señora—la dije—si algo necesita usted, disponga de mí; hágalo sin reparo; mi cartera está a su disposición.»

Así se habla, y el ademán "estatuario" de nuestro compañero merece la aprobación de todos.

En lo sucesivo Equis y "la señora sola" se reunirán a cada momento. En el salón de lectura les veremos pasar muchas tardes ante un velador cubierto de revistas que ninguno de los dos se acordará de hojear; cuando él se halle jugando al tresillo o al "pocker" con un grupo de amigos, "Ella"

que ha salido a recorrer la cubierta, acercará su rostro a los cristales del "fumadero" y Equis, solicitado, atraído por aquellos ojos que le buscan, acudirá a su llamamiento: de noche sus sombras resbalarán, casi abrazadas, por los lugares obscuros...

Lo cierto es que el señor Equis ha cambiado; parece esquivar nuestro trato, y cuando se reintegra a su camarote para dormir, sus ademanes, su mirar, el color acarminado de sus orejas, tienen la petulancia de la felicidad.

Un día sabemos que Equis—él mismo lo dijo—ha facilitado a su amiga cinco mil pesetas "para los primeros gastos".

....

En los grandes trasatlánticos, el tipo de "la señora sola" a quien han robado sus alhajas se repite mucho, pero siempre con éxito. Es una especie de "figurín" que no pasa de moda.

El capitán.

"A bordo—enseña un viejo apotegma marino—después de Dios, el capitán."

Esta frase célebre, contemporánea de los primeros veleros que surcaron el Atlántico, se repite aún y todavía—¡oh fuerza maravillosa de la tradición!—conserva íntegro su prestigio secular. Apenas separado de la tierra, dentro de su barco el capitán adquiere atribuciones de juez, de notario, de sacerdote y de emperador. Un capitán significa tanto o más que un rey constitucional, ya que nadie ataja los fueros de aquél, mientras la Constitución es un acotamiento o anquilosis de la realeza. Un capitán puede casar, puede recoger la postrera voluntad de un moribundo, y, llegado el caso, dictará su albedrío revólver en mano. Nada limita su autoridad.

De cuantas figuras adornaron el retablo cruel y violento del Pasado, la suya es la única que impone su gallardía despótica a la frivolidad de nuestra época. La leyenda le ayuda. Sus determinaciones no se discuten. Es el cómitre; es la Ley; es la Muerte; es también el Altar. El capitán vale lo que un obispo sobre cuyo traje morado reluciese un hacha de abordaje.

En periódicos y carteles las compañías navieras anuncian sus vapores así:

"El día tantos... saldrá de... para... y puertos intermedios, el hermoso vapor A, de equis toneladas. Capitán R..."

El público no sabe quién es R, pero aquel apellido, escrito en tipos versales, lo acredita, y es cual una garantía de que el barco confiado a su dirección no ha de perderse.

De aquí nuestra preocupación, apenas embarcados, de ver al capitán.

—"¿Es joven?... ¿Es viejo?—se preguntan los pasajeros.

Y todos, egoístamente, deseamos que sea viejo, porque la ancianidad implica experiencia. Alguien insinúa:

—El capitán es viejo; tiene barba blanca.

Otro, que parece mejor informado, le ataja:

—Se equivoca usted: la persona a que usted se refiere es el médico; el capitán usa bigote nada más.

Una voz.—¿Bigote blanco?

Voz segunda.—Gris.

Voz tercera.—Negro.

Esta diversidad de opiniones exalta nuestra ansiedad, porque de ella deducimos que al hombre, árbitro de nuestros destinos, nadie le conoce.

Hasta hace pocos años el capitán era un ser relativamente asequible, que solía mostrarse a las horas de comer y hasta se allanaba a conversar con el pasaje. El progreso tiende a suprimir estas condescendencias democráticas. En los mejores trasoceánicos de hoy el capitán vive aislado. Sabemos

que está arriba, en el puente; que tiene su camarote en el puente, que come allí y que no recibe visitas. Es, de consiguiente, una especie de oficina radiotelegráfica con la que no conseguiremos relacionarnos si no es valiéndonos de ciertas estaciones intermedias: el primer oficial, por ejemplo, el segundo oficial, el sobrecargo, etc... Tal aislamiento le cubre de enigma y le otorga entorchados heróicos. Es "el amo". Cada vez que el cielo se nubla y el mar ensombrecido parece enojarse, pensamos en él, en su inteligencia previsora, en su voluntad infatigable, en sus ojos sin sueño. El capitán se parece a Dios; nadie le ha visto, pero todo el mundo habla de El...

Llevamos dos semanas de navegación y ya el puerto adonde nos dirigimos nos ha enviado sus primeras gaviotas.

Un anochecer, un hombre vestido—según la estación—de blanco o de azul, cruza la cubierta. Sobre su flamante uniforme los botones y los dorados galanes brillan autoritarios y teatrales. ¡Es el capitán!... La noticia corre de popa a proa, de banda a banda. Hay como un murmullo de corazones. Sin saber por qué, los hombres desean saludarle, y las mujeres, adoradoras de la fuerza, le contemplan arrobadas; sin reparar en si es joven o viejo, más de una le ofrecería sus labios. A todos, sin discusión, nos ha parecido "simpático". Nuestra admiración le sigue y con ella le acompaña nuestro agradecimiento. ¿Cómo pagarle lo que hace por nosotros?... ¡Hombre superior!... Mientras nosotros dormimos vulgarmente a pierna suelta, él vela y anda en tratos cabalísticos con las estrellas; nuestras pobres vidas dependen de la suya; el rumbo seguido por el barco no es más que la materialización de su voluntad...

En realidad la misión del capitán, al igual de la de los reyes constitucionales, es meramente decorativa. Desde el momento en que un marino llega a capitán, su actividad cesa, sus iniciativas se apagan. Un capitán vive de "su pasado", del impulso adqui-

rido durante los años, positivamente batalladores y fructuosos, de su juventud. Vive de "lo que hizo". Luego, nada. ¿Trabajar? ¿Para qué?... El trabajo se lo repartirán entre los oficiales primero, segundo, tercero y cuarto; primero y segundo sobrecargo; mayordomo, maquinistas, fogoneros, etc., etc.; es algo precioso que se diluirá a lo largo de numerosísimas personas hasta alcanzar al último grumete. El capitán deberá limitar sus obligaciones a no conversar con nadie, y si alguna rara vez se resuelve a salir de su encierro será después de haberse compuesto un rostro grave, taciturno, impenetrable. Su camarote es su tabernáculo, su Sinaí. Un "perfecto capitán" no saludará a nadie, no sonreirá nunca, y llevará siempre entre las dos cejas una temerosa arruga vertical.

Pero si es cierto que el capitán no tiene que desempeñar personalmente casi nada, en cambio pesa sobre él algo terrible: "la responsabilidad" de cuanto le suceda al barco. De las torpezas de sus oficiales, el responsable único es él. Lo que hacen sus subordinados él lo firma. Por esto todo capitán pundonoroso llevará consigo un revólver para "eliminarse", en caso de siniestro. Es su obligación: afortunadamente las tragedias marítimas, merced a los tanques de aire, a las compuertas que cruzan la bodega y a la telegrafía sin hilos, son rarísimas; y así hay millares de capitanes que en veinticinco o treinta años de servicio no tuvieron que hacer... ¡ni eso!...

Píldoras, gotas..., etc.

Cuatro o cinco viajes largos, por mar, bastarían a documentarnos lo suficiente para componer un *Manual de la Salud*. Los médicos, los profesionales de la psicología y los novelistas, debían adorar el mar, porque la enorme fuerza de sinceridad que hay en él se transmite a nosotros y nos hace

veraces. Aquellas máculas morales o físicas que en tierra llevábamos gentilmente escondidas bajo el traje—sin poros ni costuras—de la más severísima reserva, a bordo emergen y se manifiestan de mil indiscretas maneras.

Al tercer día de navegación, la noble luz meridiana de la verdad, comienza a imponerse: los cabellos rizados a tenacilla se alisan y dan a los semblantes una expresión mística; palicece la púrpura de muchas bocas femeninas; los bellos lunares artificiales se borran o cambian de lugar, y los pseudo-elegantes fracasan deplorablemente. Es el mal implacable del mareo quien realiza el milagro. Los humores se amotinan y las ideas también; éste habla de sus enfermedades, aquel lleva a flor de labio palabras que, a no moverse el barco, nunca hubiese dicho; una viajera dejará "sus postizos" en su camarote y no los recobrará hasta el día del desembarque; la conciencia, en fin, es como una cárcel cuyas puertas, dóciles al sésamo del océano, de pronto se hubiesen quedado abiertas. Hemos perdido nuestra eubolia; estamos desorbitados. A bordo al señor Maura jamás se le habría ocurrido decir: "Nosotros somos nosotros"...

Este deseo de confesión se acentúa a las horas de comer. Momentos antes de que los camareros sirvan la sopa, aparecen sobre la blancura de los manteles cajitas de píldoras y frasquitos verdes, azules o negros, guardadores de misteriosos líquidos. Un poco avergonzados todos los pasajeros se creen constreñidos a explicar a sus compañeros de mesa el por qué se medicinan, y cada cual procura embellecer "su gesto". Quién se queja de reuma, quién de cefalalgia o de disnea...

Otro suspira:

—Mi salud es admirable; desde ayer, sin embargo, mi estómago no trabaja bien.

Ninguno es franco. Realmente aquellos frasquitos que vemos derramarse gota a gota, como si llorasen, dentro de las copas de agua o de vino, sólo

contienen remedios, más o menos ineficaces, contra el mareo; ese terrible azote de los barcos, que por grosero y sucio y enemigo de toda poesía, nadie se atreve a declarar.

Las mujeres, más artistas, más cuidadosas de "la línea" que nosotros, no hablarán de jaquecas, ni de ácido úrico, ni de desarreglos intestinales... ¡Horror!... Ellas están bien, ellas no se quejan de nada, ni siquiera de los pies, que era de lo que todas las mujeres—¡pobres víctimas adorables de la moda!—debían quejarse a gritos.

Las señoras hicieron de la terapéutica un apéndice del arte del tocador, y si se medicinan a bordo es únicamente por estética. De aquí, también, que prefieran las píldoras a las gotas. Aquéllas sirven mejor a la coquetería: una píldora sujeta entre los dedos índice y pulgar, da ocasión a lucir unos momentos la elegancia de la mano, las sortijas que enjoyan los dedos y el nácar pulidísimo de las uñas; y sostenida entre los incisivos servirá de pretexto para mostrar, como en una sonrisa, la blancura de los dientes.

Las mujeres, según ellas nos cuentan, se medicinan exclusivamente para engrosar o para enflaquecer; según... Pero en esto su vanidad deslizará un exquisito contrasentido.

Una señora gorda que ha llegado a extirpar de su escultura la línea recta, y cuyos cien kilos surgen triunfales a primera vista, nos dice con el más delicioso aplomo:

—Los médicos me han recomendado estas píldoras para engordar. El mar no me prueba. En estos ocho días que llevamos de navegación, "me he quedado en la mitad".

La miramos, procurando disimular la sorpresa que nos produce su revelación. "¡Cómo estaría antes!"—pensamos—. Y yo, curioso, examino la cajita del medicamento y me llevo en la memoria el nombre del fabricante por si algún día una flaca auténtica me pidiese un consejo para embarnecer.

En otro viaje, una señorita delgada, trágicamente delgada, nos decía:

—No se asusten ustedes de verme tomar estas píldoras; no son venenosas. Las tomo para enflaquecer...

Y nos registraba los ojos, procurando adivinar si la seriedad con que la escuchábamos era cortesía, o si, efectivamente, nos "tragábamos la píldora".

Continuó, palpándose el seno:

—Apenas me embarco, comienzo a engruesar. ¡Qué aflicción! En menos de una semana todas las blusas se me han quedado estrechas...

Lo interesante es que estas píldoras—que seguramente eran purgantes—con que la señorita ahilada pretendía enflaquecer, eran las mismas que la señora obesa utilizaba para engordar.

Lo cual demuestra que en el mar vacila y naufraga todo, menos la coquetería femenina, y antes se marearán los peces que las mujeres renuncien completamente a su excelsa decisión—que es misión de Arte, apostolado de Belleza—de parecernos bonitas. Grecia lo dijo: lo primero que la madre Venus hizo al salir de las aguas, fué mirarse a un espejo.

De regreso.

Contituyen la familia "Pérez" el padre y la madre, ya cincuentones, y tres hijas: Irene, de diez y seis años; Clotilde, de diez y ocho; Georgina, de veintiuno. La madre es una señora peliblanca y distinguida como una duquesa; sus ademanes, su indolencia al sentarse, el estudio que hizo del arte de saludar, sobre todo, son de un perfecto estilo "segundo imperio". El padre suele pertenecer al cuerpo diplomático: es un caballero amable y melancólico que al acercarse a nosotros lo hará sonriendo y frotándose lentamente las manos.

En cuanto a «las niñas»—así las llamamos a bordo—no conservarán ni en su carácter, ni en su indumentaria, ni menos en su modo de expresarse, nada, absolutamente nada, del tipo hispano-americano. Pudieron nacer en Honduras, o en Nicaragua, o en la república de El Ecuador... ¿qué importa, si ninguna de ellas guardará resquicios de la psicología de su país?... Eran niñas todavía las tres cuando fueron trasplantadas a Europa: Irene tenía cuatro años, Clotilde seis, Georgina nueve... y Europa, la enorme Europa, con su poderosa civilización tantas veces centenaria, buriló sus almas, modificó su léxico y el color de sus cabellos, presidió sus gustos. Son tres criaturas encantadoras para quienes no hay propósito extravagante, ni escote demasiado bajo, ni falda demasiado corta...

—A mi me gustaría naufragar—exclama con frecuencia Clotilde.

—Yo preferiría saber lo que es un temblor de tierra—responde Georgina.

—¡Yo quisiera vivir entre esquimales!—suspira Irene.

El señor Pérez ha permanecido en Europa doce años seguidos, y—según propia confesión—no conoce España.

—Cuando salí de mi país—dice—fuí destinado a nuestra Legación en París; después hemos vivido temporadas largas en Roma, en Londres, en Suiza y en Berlin... En Madrid estuvimos "de paso"...

Esta declaración la he oído muchas veces. ¿Por qué los hispano-americanos, que tan hispanófilos saben mostrarse en las sobremesas de los banquetes en honor de «la raza», cuando embarcan para Europa no sienten el deseo de conocer España?... ¿Por qué la ven «de paso», únicamente? ¿No es España, por imperativos inexorables de la Historia, la madre, «la fuente»?... ¿A qué debemos atribuir ese enfriamiento, por no decir esa ingratitud? ¿A influencias literarias, tal vez?...

Lo cierto es que entre el diplomático señor Pé-

rez, que alardea de saberse de memoria capítulos íntegros de Andrés Bello y de Juan Montalvo, y sus tres hijas, no existen lazos intelectuales. Ni Georgina, ni Irene ni Clotilde, han leído a Cervantes, si bien conocen perfectamente la obra literaria de Marcel Prévost, los aburrimientos peligrosos de "Claudina", las invenciones pedantescas de Farrére y de Loti, y la vida nocturna de Montmartre. Estas tres chiquillas de narices respingueñas, de ojos azules y de cabellos dorados, que repiten todas las actitudes vulgarizadas por los *Catálogos* del «Louvre» y del «Printemps», charlan con volubilidad ornitológica, adoran las danzas yanquis y pasean sobre el mar la leyenda de Babel. La mayor luce trajes blancos, deliciosamente transparentes. (Ella sabe que son transparentes.) La segunda viste de rojo; la tercera de verde. Todas suben a cubierta, por las mañanas, provistas de *Kodaks*, y cuando juegan se complacen en demostrarnos que conocen las guardias del "*boxe*". ¿Y para qué decir que aman el *pocker*, el *foot-ball* y el *tennis*?...

Sus padres conversan en castellano y con cierta melancolía, como personas "de otra época", de una época "pasada de moda"; pero ellas prescinden, casi en absoluto, del español. Irene, habitualmente, se expresa en francés; Clotilde, en inglés; Georgina, que es morena, prefiere el italiano. El castellano, tan rico, tan sonoro, tan jugoso, es, a juicio de las tres, un idioma rígido, anticuado, que no alcanza a traducir las "penumbras"—esta es la palabra—del alma moderna.

Son las nueve de la mañana. Duerme el mar, intensamente azul. La cubierta se baña en sol. Los señores de Pérez descansan alargados, el uno al lado del otro, sobre sus catrecillos de viaje; y Clotilde, Irene y Georgina, giran bulliciosas en torno de sus coautores.

Yo (*acercándome al grupo*).—Buenos días. (*Prendo un cigarrillo.*)

Irene.—Bonjour.

CLOTILDE.—Good morning.

GEORGINA (*riendo*).—Non capisco.

El señor Pérez me observa y sonríe. Su sonrisa significa: "No se enoje con ellas; hablan tres idiomas; son deliciosas."

Yo, *a Georgina*—¿No me comprende usted?

GEORGINA—Sí; perdone usted lo de "non capisco"; fué por decir algo.

CLOTILDE.—¿Papa, why are you so sorry?

Todas miran al autor de sus días y ríen.

IRENE.—C'est parce qu'il a mis ses chaussettes à l'envers.

Carcajada general, y yo miro el semblante amarillento y desengañado del honorable señor Pérez, cuyos ojos bondadosos me dicen: «Reconózcalo usted; verdaderamente son deliciosas; yo no he podido educarlas mejor.»

Luego piensa:

«Acaso las he educado demasiado bien para su país; el pobre país obscuro donde han de vivir y que no sabrá apreciarlas...»

Suspira. Conforme el puerto de llegada se acerca, el señor Pérez reconoce—aunque tarde—que educar a nuestras hijas "demasiado bien" puede ser para ellas casi tan adverso como el no haberlas educado bastante.

También a ellas el misterio de su destino incierto comienza a preocuparlas. ¿Cómo será Tegucigalpa? ¿Cómo será Medellín? ¿Y Quito?... De estas ciudades llegaron a sus oídos, a través de los diálogos paternales escuchados fragmentariamente durante su infancia, descripciones inseguras. Son pueblos minúsculos, tediosos, callados, católicos, propicios al espionaje, y de consiguiente, al chismorreo, donde no hay Exposiciones, ni Conferencias, ni espectáculos teatrales; donde todas las vidas son paralelas, y el miedo a distinguirse dispone que las conversaciones se parezcan al igual de los trajes, que por algo aquéllas son como los trajes del espíritu; y en los cuales las mujeres no salen solas

nunca, y en donde "todo se sabe"... Y según aquellos pozos de silencio van aproximándose, Georgina, Irene y Clotilde, sienten el miedo, el espantoso miedo, "de llegar." La alegría y la tristeza sacuden sus almas por ráfagas. De pronto su regocijo estalla en risas y frases trilingües. Clotilde se recoge la falda hasta las rodillas para saltar.

—That gentleman is looking at me—exclama—; ¿perhaps my dress must be short?...

Nueva hilaridad. Georgina enciende un cigarrillo, Clotilde se deja caer sobre las rodillas del señor Pérez, que acababa de rendirse bajo la dulce modorra de la siesta, y abre los ojos con un empavorecimiento que nos hace sonreír a todos. De súbito, también, las tres hermanas, enmudecen y se aislan. ¿Qué las aguarda allá, en su casa? ¿Encontrarán amistades agradables? ¿Hallarán el esposo deseado?... Y, sin advertirlo, sus conciencias balbucean estas palabras acusadoras: "Padre, si habías de fracasar en tu carrera, ¿por qué nos llevaste contigo?...»

¡Pobres almas niñas, pobres mariposítas destinadas a eterna obscuridad! Si vuestro padre, al sacaros de América, en vez de trasplantaros a Francia, a Inglaterra o a los Estados-Unidos, os hubiese llevado a España—que en el sentido histórico o artístico vale tanto como cualquiera otra nación—ahora vuestro destierro, el frío destierro que os acecha dentro de vuestro propio país, os parecería menos duro: porque sentiríais en español y os expresaríais en español. Esto es: porque nada habría cambiado substancialmente en torno vuestro, ya que el idioma era el mismo; que por algo—quieran o no los americanos—el alma española será, por los siglos de los siglos, el alma de América.

Madrid, Diciembre, 1920.

FIN

INDICE

	Págs.
El mundo espera	7
La invencible inquietud	9
Habla Tagore	10
El dolor de volver	11
El portero de *La Trasatlántica*	15
El tren se va	21
Los grandes trasatlánticos	25
¡Puerto!	27
Se dice	29
La moral	32
Cádiz	34
Viento de proa	37
Los camarotes	38
El mareo	41
Tipos de a bordo	45
Los que aman	46
Los graciosos	48
El hércules	50
Don Alfredo	52
El señor que está triste	54
El corazón del buque	57
Fiestas pascuales:	
La Nochebuena a bordo	65
Día de Inocentes	68
Mi primera conferencia:	
Pequeñas confesiones	73
El desembarque	76
El plan	78
La indumentaria	81

Págs.

La noche terrible 85
A propósito de mis conferencias:
Cosas de Baroja 93
Nuestros poetas en el teatro 96
Elogio de los hoteles:
Su alma 101
Los cuartos 104
Los criados 106
Hoteles memorables 108
De San Juan a Ponce 109
Una *Central* 113
El famoso Cipriano Castro 121
La isla del Espanto 129
En Tiscornia 135
Noches habaneras:
El Vedado 141
Los teléfonos 144
Cuba pintoresca 149
Las admiradoras 159
El «sin igual» 165
«Su excelencia» Estrada Cabrera 177
Guatemala fué 191
El amor patrio 201
La verdad histórica 209
La manía de hablar 217
Baños 227
La pesca del caimán 233
De El Salvador a Honduras:
La filosofía de Sócrates 241
Amapala 243
Hacia San Lorenzo 245
Cuesta arriba 248
El señor Bertrán 250
La tumba de Rubén Darío 253
Camino de Costa Rica 259
Los Tres Mosqueteros 260
Lances de mar y tierra 263
Visión pesimista 271
La penetración pacífica 274
El presente de indicativo 277
De Barranquilla a Bogotá 281
Sobre el río Magdalena 291

	Págs.
Historia de un sacacorchos	299
José Asunción Silva	303
Tipos del camino:	
Don Paco	309
Una comisión	312
El general Gómez	317
Más tipos del camino:	
El comisionista y el fraile	325
«Quinito»	329
Otras siluetas pintorescas:	
El irreductible	335
El aconsejador	338
Un periodista	342
Nuevos perfiles pintorescos:	
El asustado	345
Las pequeñas vanidades	347
El poeta-hércules	350
Artistas ignorados	353
Mujeres	357
Días de encierro	363
Panamá	371
Oficinas «americanas»	373
El carácter yanqui	375
Capítulo único:	
Del psitacismo	379
El señor coronel	384
Las entrevistas	386
Las palmeras	391
Frases hechas	397
Tipos de a bordo:	
La señora sola	401
El capitán	404
Píldoras, gotas..., etc	407
De regreso	410





